

LA IDEA DEL SOCIALISMO EN MEXICO

1. Como en muchos otros aspectos, América Latina en general y México en particular, se hallan rezagados de modo muy evidente respecto al viejo mundo en lo que se refiere a la idea del socialismo. Si en Europa la concepción moderna del socialismo –lleve o no este nombre- se remonta al siglo XVIII, en nuestro país no aparece en realidad como un movimiento fuerte, digno de tenerse en cuenta, sino hasta el siglo XX –aunque no deja de tener antecedentes y precursores importantes en el siglo anterior. Los estudios de José C. Valadés, Max Nettlau, Diego Abad de Santillán y muchos otros nos han puesto en claro el papel que jugaron en México durante la época de Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz un grupo de socialistas –más que nada anarquistas, con cierto tinte de fourieristas-, como Plotino C. Rodhakanati, Francisco Zalacosta y Julio Chávez (para no mencionar sino los más destacados) que no sólo organizaron escuelas y círculos de estudio –donde se leían y comentaban algunas de las obras de los “clásicos del anarquismo”-, sino que se buscaba la manera de llevar a la práctica las enseñanzas obtenidas, promoviendo con ello movimientos de rebeldía social y campesina, siendo el más connotado de ellos la insurrección de Chalco (mayo de 1869), derrotada por el ejército juarista y donde fue victimado Julio Chávez, discípulo, amigo y colaborador de Rodhakanati.

No cabe la menor duda de que las ideas de estos socialistas eran nobles y bienintencionadas, tampoco que –de conformidad con todo el movimiento anarquista- contenían principios de justeza indudable como es el caso de la severa crítica a toda forma de Estado, la denuncia del poder donde quiera que se halle y el anticapitalismo teórico y práctico que campea en todos los ácratas¹. Pese a algunas críticas que recibió el magonismo por parte de algunos anarquistas europeos y norteamericanos –como Jean Grave, Galleani y otros-, los miembros del Partido Liberal Mexicano –nombre de la organización política conformada por los magonistas a fines de 1905²-, tenían en común con todos los antiautoritarios del viejo mundo hallarse más embebidos en el *fin* de la lucha que en los *medios* para adquirirlo.

¹ Desde Rodhakanati –y su lucha contra Juárez- hasta Ricardo Flores Magón –y su pugna contra Díaz, Madero, Carranza y Obregón.

² La Junta Organizadora del PLM estaba integrada por Ricardo Flores Magón, presidente; Juan Sarabia, vicepresidente; Antonio I. Villarreal (que después se hará maderista), secretario; Enrique Flores Magón, cajero; Librado Rivera, Rosalío Bustamante y Manuel Sarabia, vocales.

Explico esto. En varios sitios he escrito que hay dos tipos de líneas de acción (o de organización de combate): la *línea-destrucción* y la *línea-construcción*. El marxismo en general –y Lenin, Tito, Mao o Castro en particular- pusieron el acento en la línea-destrucción. De ahí que los partidos u organizaciones encabezados por esos políticos, hayan logrado dismantelar el capitalismo privado en cada una de sus naciones, pero no les fue dable crear el socialismo. El marxismo doctrinario y ortodoxo cree que la *destrucción* del capitalismo trae por añadidura la *creación* del socialismo –o, si se prefiere, crea las condiciones favorables para que, por medio de una política idónea, aparezca el socialismo- como régimen de transición al comunismo. Para ellos todo partido-destrucción es en el fondo partido-construcción. Sabemos, sin embargo, que no es así: se puede destruir el capitalismo y dar pie a que emerja un sistema que ya no es capitalista, pero tampoco socialista.

Los anarquistas plantean el problema de la revolución en términos estrictamente opuestos: aunque luchan denodada y heroicamente contra el capitalismo y el Estado –y en ese sentido son partidarios de la lucha armada, las guerrillas, la huelga general, etc.-, no logran crear por lo general una línea-destrucción. ¿A qué se debe esto? Creo que la respuesta a esta pregunta puede ser formulada en este sentido: lo que les impide o, por lo menos, dificulta enormemente ser efectivos (o salir victoriosos) en su lucha contra sus enemigos, y convertir su línea de acción en línea-destrucción, es el anhelo de construir desde ya organizaciones de lucha que prescindan de todos los factores conformadores del poder y del sistema burgués. Los anarquistas tienden de tal modo a esta pureza doctrinaria que atentan contra la disciplina, la cohesión, la política de alianzas, la visualización del combate emancipatorio (de acuerdo con la formación social en que se desarrolle) como un proceso con diferentes etapas, que son prácticas imprescindibles para una lucha exitosa con enemigos tan extraordinariamente poderosos como son el Estado y el capitalismo. Esta es la razón por la cual el prejuicio de la línea-construcción perjudica en ellos la aparición del proceso destructivo. De la misma manera que he dicho que la destrucción del capitalismo no trae por añadidura la construcción del socialismo (libertario), habrá que afirmar que la construcción de islotes emancipados (por ejemplo, las “zonas liberadas” magonistas o la formación de la comuna de Baja California) no trae por añadidura la destrucción del capitalismo y el Estado. La teoría del *ejemplo* –una zona liberada servirá de modelo y acicate para que todo el sistema se venga abajo-, es una teoría idealista, negada una y otra vez por la historia. En todo lo anterior se plantea una cuestión en extremo paradójica: los autoritarios pueden destruir

el capitalismo, pero no crear el socialismo. Los antiautoritarios pueden construir socialismo (parcialmente, desde luego) pero no destruir el capitalismo. Es prematuro aún plantearnos si este problema tiene solución. A la pregunta ¿es posible crear en nuestro país un partido-destrucción-construcción?, intentaré darle respuesta, pero no ahora, sino con posterioridad, cuando tengamos presente no sólo el desarrollo teórico indispensable para plantearnos la respuesta requerida, sino que hayamos examinado en su decurso histórico la idea del socialismo en México.

2. Las primeras manifestaciones del socialismo en nuestro país constituyen lo que podríamos denominar un *socialismo artesanal*. Este socialismo –más cercano a Proudhon o a Fourier que a Marx, como dije- prendió entre artesanos que trabajaban en talleres de diferente tipo y entre algunos trabajadores que laboraban en obrajes y minas. Tiene el mérito indiscutible de haber ayudado a formar mutualidades y cooperativas que son, como se sabe, el antecedente de los sindicatos. “Al mediar la séptima década del siglo pasado –dice Armando List Arzubide-, la clase trabajadora organizada y el artesanado principian a darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos en su lucha contra la industria capitalista, y tratan entonces de acogerse a las sociedades cooperativas como una evolución de las mutualistas, con la esperanza de que con este sistema consiga quebrantar el poderío del capitalismo”³. Las organizaciones mutualistas –la forma más elemental de organización obrera en nuestro país- no sólo lucharon por beneficiar a sus agremiados promoviendo la formación de fondos de reserva –formados mediante la cuotas y destinados a salirle al paso a los costos de las enfermedades, entierros, etc. de sus afiliados-, sino que también levantaron las demandas elementales de los trabajadores: reglamentación de la jornada, escala de salarios y el derecho de huelga. Al parecer el más remoto antecedente de las organizaciones mutualistas se remonta a 1853: se trata de la “Sociedad Particular de Socorros Mutuos” que comenzó teniendo 12 artesanos y que 21 años después llegó a agrupar 80 socios. El buen éxito de algunas mutualidades, como la mencionada, condujo a que, a partir de los sesentas del siglo XIX, se extendieran estas agrupaciones mutualistas por toda la República, sobre todo en Puebla, Querétaro, Zacatecas, Oaxaca, Guadalajara, Monterrey, Tepic, Orizaba, Jalapa y, desde luego, el Valle de México. El mutualismo se convierte en cooperativismo por influencia socialista o, mejor, anarco-cooperativista.

Probablemente el promotor más entusiasta de la transformación de las asociaciones mutualistas en cooperativas sea el sastre José María González,

³ Armando List Arzubide, *Apuntes sobre la prehistoria de la revolución*, México, 1958, p. 35.

el cual, sin ser tan claramente anarquista como Rodhakanati y sus seguidores, probablemente recibió la influencia del cooperativismo inglés o francés de las décadas de los cuarentas y los cincuentas. “En una gacetilla que aparece el 6 de agosto de 1876 –escribe Armando List Arzubide-, informa *El Hijo del Trabajo* que los colonos de Buena Vista han inaugurado la primera sociedad cooperativa, bajo las mismas bases que sirvieron a los Tejedores de Rochdale en Inglaterra en 1844”⁴. José María González expone en varios sitios las ventajas que a su entender tienen las cooperativas sobre las mutualidades. En octubre de 1876, por ejemplo, expone en *El Hijo del Trabajo* estas virtudes. Las sociedades mutualistas tienen la falla de que sus capitales –el fondo de ahorro de que hablábamos– se encuentran estancados, cuando lo indispensable es inyectarles vida, moverlos, canalizándolos hacia una inversión productiva que capacite a la asociación fungir como cooperativa de consumo o de producción. El entusiasmo por el cooperativismo fue mayúsculo y hubo quien dijo que “el sistema cooperativo es la tabla de salvación del proletariado”. Pero pronto “la misma desilusión que tuvieron [los trabajadores] con el mutualismo, habrían de confrontarla con el cooperativismo, en el cual habían puesto sus esperanzas...La consolidación del capitalismo, cuando se iniciaba la integración definitiva de la dictadura porfiriana en 1884, puso fin a las amargas experiencias del artesanado para dar paso a la lucha abierta y definida de los capitalistas contra los asalariados”⁵.

3. Después de la primera manifestación del socialismo en México, aparece una segunda, de mayor importancia, trascendencia y significado histórico: el magonismo. Al parecer, la investigación historiográfica no ha dilucidado si hubo algún tipo de influencia entre el círculo proudhoniano-fourierista de Rodhakanati y el ideario de los hermanos Flores Magón. Las similitudes son, en algunos puntos, incuestionables; pero las diferencias, debidas a muchos y variados factores, también saltan a la vista. Los hermanos Flores Magón son tres: Jesús, Ricardo y Enrique. Jesús, el mayor, colaboró con sus hermanos en la lucha contra Díaz, y fue el primer director del periódico *Regeneración* (7 de agosto de 1900), fundado por los dos hermanos, pero no fue anarquista⁶. Quienes se definieron en este sentido o, mejor, quienes acabaron por definirse en este sentido, y dedicaron todo su esfuerzo y entusiasmo a lograr los principios contenidos en él, fueron Ricardo y

⁴ Ibid., p. 36.

⁵ Ibid., pp. 36-37.

⁶ De Jesús puede afirmarse que fue, en efecto, precursor de la revolución mexicana. No así de Ricardo el que, a mi parecer y de muchos otros, es más bien el iniciador de dicha revolución.

Enrique. Ricardo es, sin lugar a dudas, el elemento más importante y, como se sabe, la cabeza de este segundo gran movimiento socialista.

Ricardo Flores Magón nació en San Antonio Eloxochitlán, Oaxaca, el 16 de septiembre de 1873 y murió el 21 de noviembre de 1922 en la prisión de Leavenworth, Kansas. Estudiante de derecho, fue víctima de una redada policíaca y se le redujo por primera vez a prisión por su participación en una manifestación estudiantil en contra de la segunda reelección de Porfirio Díaz el 16 de mayo de 1892. Desde esta ocasión hasta su fallecimiento fue un hombre de pensamiento radical y de acción constante, que dedicó su vida y ofrendó su muerte a sus ideales y que estuvo preso por razones políticas innumerables veces tanto en México como en EE.UU., país al que tuvo que exilarse desde 1904 con su hermano Enrique y otras camaradas en Laredo Texas primero y después en otros muchos sitios, de los que hay que destacar sobre todo San Louis Missouri.

Desde un punto de vista doctrinario, podemos discernir en el pensamiento de Flores Magón tres etapas: a) la defensa del ideario liberal -y en alguna medida positivista- contra el porfirismo y los conservadores, b) una nueva noción del liberalismo que empieza a cristalizar en la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (1905) y que juega un papel histórico importante aproximadamente de 1906 a 1912 y c) una concepción más acendradamente anarquista y finalmente anarcosindicalista, que se inicia en el año de 1912, en que el PLM, de haber sido un gran partido de masas, se debilita hasta convertirse en una corriente política sin verdadera fuerza social en la situación revolucionaria de nuestro país.

a) Después del movimiento liberal del siglo XIX –con la Constitución de 57 y las Leyes de Reforma como hitos imprescindibles- a inicios de 1901, y a iniciativa del club Ponciano Arriaga, se reunió en San Luis Potosí el primer congreso de los liberales, al cual asistió Ricardo Flores Magón y en el que pronunció un encendido discurso de prosapia liberal. Por esta razón, entre otras, nos es dable afirmar que Flores Magón aún no es socialista a principios del siglo XX. Es, desde luego, antiporfirista, lucha contra las asechanzas del clero político y desea que se respete la esencia de la Constitución del 57; mas aún no hace suya la crítica del socialismo al liberalismo económico y a la propiedad privada, ni la teoría antiestatista del bakuninismo o de Kropotkin. Todo hace pensar que este liberalismo tradicional fue gradualmente desechado por Flores Magón en el período que va de 1901 a 1905-06 en que surgen la Junta Organizadora del PLM, primero, y el PLM después (1 de julio de 1906).

Resulta interesante examinar sucintamente las diferencias entre el viejo liberalismo (Juárez, Ocampo, Gómez Farías, Ramírez, etc.), un liberalismo finisecular intermedio (Camilo Arriaga, Juan Sarabia, Diódoro Batalla, Librado Rivera, etc.) y el nuevo liberalismo de Flores Magón. Como se sabe, los liberales de las leyes de Reforma, en contraposición a los conservadores, luchan encarnizadamente, desde el punto de vista político, por implantar en nuestro país un Estado laico, lo que implica, entre otras cosas, la definitiva separación entre el poder público y la iglesia católica; desde el punto de vista económico, por instaurar de manera generalizada la fórmula librecambista del *laissez-faire* (lo cual condujo a la desamortización de los bienes eclesiásticos y de las comunidades indígenas) y, desde el punto de vista social, por hacer prevalecer la igualdad de todos ante la ley, lo que llevaba implícita la ciudadanización de todos los mexicanos y la afirmación contundente del individualismo.

El liberalismo intermedio se halla convencido de que la oligarquía porfirista, aunque se autodesigne liberal, ha nulificado en la práctica los postulados de la Constitución de 1857. Al principio la pugna de estos liberales jacobinos iba dirigida más que nada contra el clero, al que consideraban como el principal responsable de que no se cumplieran los principios tutelares de la Constitución. Pero en el Primer Congreso del Partido Liberal (1901) reunido en San Luis Potosí, las intervenciones de Juan Sarabia, Luis Jasso, Diódoro Batalla y, sobre todo, Ricardo Flores Magón –que fue como representante del periódico *Regeneración*–, cambiaron la orientación de este liberalismo, haciendo ver la necesidad de oponerse, no sólo a las arbitrariedades consabidas de la iglesia, sino al poder dictatorial del general Díaz.

De 1901 a 1905 Flores Magón transitó gradualmente –en un proceso intelectual no muy conocido– del viejo liberalismo –incluido el intermedio– a un liberalismo de tal índole que, al principio conservando su nombre y algunas formulaciones, y después abandonándolas totalmente, acabaría por ser reemplazado por un anarquismo doctrinario, primero, y por el anarcosindicalismo después.

b) Para entender la conversión del pensamiento magonista desde las posiciones del viejo liberalismo al anarquismo –pasando por el liberalismo anarquizante que sostuvo en una época– conviene poner de relieve las simpatías y diferencias que hay entre el liberalismo –en su fase concurrencial– y el anarquismo.

¿Por qué Flores Magón dio la lucha contra la dictadura porfirista, primero, y contra los burgueses maderistas después (el Partido Antirreleccionista) bajo la bandera del liberalismo, cuando todo hace pensar que hacia 1905 se había finalmente identificado con las posiciones anarquistas?⁷ No cabe duda de que el liberalismo federalista y el anarquismo mantienen ciertas coincidencias en algunos principios políticos esenciales, como son el laicismo, la descentralización, etc. Pero es en la teoría económica del liberalismo donde nos es dable hallar una aproximación más nítida entre ambas doctrinas. En efecto, las teorías del *laissez-faire*, la “mano invisible” y el rechazo al intervencionismo estatal⁸, que caracterizan, desde el punto de vista económico, al liberalismo clásico, tienen evidentes puntos de contacto con el anarquismo. Hay en ambas teorías un recelo, una desconfianza, una reticencia ante el poder público y su tendencia irrefragable a inmiscuirse en todo. Pero el anarquismo lleva al extremo este antiestatismo, cree que se puede prescindir de todo Estado, y acaba por chocar y contraponerse hasta con las versiones menos autoritarias del liberalismo (como es el caso de Pi y Margall en España o de algunos de los próceres de la Reforma en nuestro país). Esta contraposición, que es múltiple, se evidencia sobre todo en dos puntos cruciales: a) los anarquistas no sólo tienen reparos respecto a la intervención del Estado en la economía –y, por ende, a todo “Estado benefactor”–, sino que niega contundentemente la necesidad de la existencia de dicho poder, b) los anarquistas (en realidad los anarco-comunistas, como es el caso de Flores Magón) rechazan terminantemente la “libertad” de explotar al obrero –que los liberales, al no cuestionar la propiedad privada, presentan como un derecho, una prerrogativa o un mal menor– y entran en contradicción, por consiguiente, con el régimen capitalista. Los liberales, por el contrario, no rechazan ni con mucho la necesidad del Estado (y el gobierno), lo que niegan es su intervencionismo, su conversión en capitalismo de Estado o en capitalismo monopolista de Estado, y la hipertrofia burocrática que eso trae irremediabilmente aparejado, lo cual perturba la economía concurrencial y la “libertad” de los industriales, los comerciantes y los asalariados. El papel socioeconómico fundamental del Estado es, para los viejos liberales, ser el garante no sólo de la libertad de pensamiento, palabra y organización, sino del libre cambio, política económica esta última que está garantizada por la

⁷ “En 1905, en Saint Louis Missouri, Ricardo Flores Magón estableció relaciones públicas con el anarquista español Florencio Bazona y con la ácrata ruso-estadounidense Emma Goldman. En esa época el dirigente liberal mexicano asistió asiduamente a las reuniones y conferencias de los libertarios de esa ciudad. Fue en este lugar en donde Ricardo Flores Magón y Rivera continuaron sus estudios sobre el anarquismo y en que se convirtieron al mismo”, Rubén Trejo, *Magonismo: utopía y revolución 1910-1913*, Colección Voces de la Resistencia, Cultura Libre, México, 2005, p. 116.

⁸ “El mejor gobierno es el que menos gobierna”, recordemos que argüían los librecambistas.

inhibición participativa del poder público. Ricardo Flores Magón va del viejo liberalismo, federalista y concurrencial, a un liberalismo tensado hasta coincidir con el anarquismo. Por eso en el período que va desde la formación de la Junta Organizadora del PLM hasta los años revolucionarios de 1911-1913 prácticamente el nombre que usaban los anarquistas y con el que se les conocía en todas partes era el de liberales o pelemistas. Si al principio, Ricardo Flores Magón coincidía con Juárez, Ocampo, Ramírez o con sus epígonos de principios del siglo XX (clubes liberales) después, tras de identificarse con Kropotkin, Malatesta y Emma Goldman, llega a la conclusión de que el liberalismo –como el juarista- quiere alcanzar la libertad y la igualdad sin destruir la propiedad, lo cual es imposible⁹.

En uno de los números de *Regeneración* (28 de enero de 1911) nos hallamos con la sugerencia de que es posible y necesario realizar en una revolución lo que tendría que hacerse en dos. Esta idea, que Flores Magón tomó de una curiosa observación de Juárez, tiene enorme importancia¹⁰. Veamos por qué. En la revolución francesa, los revolucionarios pensaban –con la salvedad de Babeuf y sus compañeros- que la transformación social que estaban realizando era única y definitiva: el arribo del Tercer Estado al poder significaba transitar finalmente del mundo de las tinieblas y la sinrazón al reino de las luces y la razón o, dicho de manera más comprimida, era saltar del reinado de la aristocracia al de la democracia. Con el advenimiento de la idea socialista –cuya primera batalla, de carácter crítico, consistió en develar por un lado que el nuevo régimen producto de la revolución lejos de ser la encarnación del humanismo y la racionalidad no era sino el mundo de la burguesía y, por otro, que este régimen, a pesar de sus pretensiones de ser el mejor mundo posible y representar el fin de la historia, era tan temporal, histórico y efímero como cualquier otro modo de producción-, con el advenimiento de la idea socialista, repito, se llega a la conclusión de que, para saltar de los sistemas feudales y absolutistas y acceder a un régimen de redención social se requerían dos revoluciones: la burguesa y la socialista. Influidos por el socialismo algunos empezaron a hablar de la “teoría de las dos revoluciones”. En un país feudal, autocrático o colonial –decían- se requieren dos grandes eclosiones revolucionarias: primero una revolución burguesa modernizadora y, después, cuando ésta se haya consolidado y rendido sus frutos –un vigoroso desarrollo de las fuerzas productivas y una generalización de la fuerza de trabajo asalariada-, debe emprenderse otro sacudimiento social: el socialista. Este era el punto de vista predominante en la socialdemocracia europea y entre los

⁹ Eduardo Blanquel, *Ricardo Flores Magón*, CREA, Terra Nova, México, 1985, p. 34.

¹⁰ Consúltese Rubén Trejo, op. cit., p. 62.

mencheviques rusos (Plejanov, Martov, etc.). En relación con la “teoría de las dos revoluciones” surgió la tesis del desdoblamiento del programa emancipatorio: era necesario tomar en cuenta un *programa mínimo* (que correspondía a la revolución burguesa) y un *programa máximo* (que hacía referencia a la revolución socialista). En un país atrasado o dependiente, muchos socialistas decían que era indispensable llevar a cabo el programa mínimo, pero sin olvidar el programa máximo. Esto trajo, sin embargo, muchos problemas y muchas discusiones. Una desviación hacia la derecha estaba representada por la absolutización del programa mínimo, aunque se hablara de dientes afuera de programa máximo; una desviación hacia la izquierda estaba representada por una subestimación del programa mínimo y una simultánea sobreestimación del programa máximo que impedían la creación de las condiciones objetivas y subjetivas para el salto.

Como puede advertirse, Ricardo Flores Magón, al adueñarse de la “observación de paso” de Benito Juárez, hizo suya una de las problemáticas sobre el cambio social más significativas al inicio del siglo XX. Los pelemistas –dice Trejo- “se proponían derribar la tiranía política y, simultáneamente, el capitalismo porfirista para arrancar de las manos de los burgueses la tierra y distribuirla entre los mexicanos”¹¹. Como la “simultaneidad” absoluta de las dos revoluciones es inconcebible –ya que la revolución que establece un régimen, como el mismo régimen establecido, o es capitalista o es socialista, en lo que a su esencia se refiere-, tenemos que volver al problema de las dos revoluciones.

Este problema no le fue ajeno a Marx. Como el gran crítico de la revolución francesa que fue, mostró con lujo de detalles que el arribo de la burguesía al poder, aunque no deja de tener ciertos elementos progresistas, representa el arranque de un nuevo modo de explotación del hombre por el hombre y no el inicio de la emancipación social, que sólo puede ser conseguida con un embate más. Pero Marx no acepta la “teoría de las dos revoluciones”: primero la burguesa y luego la socialista, sino que habla de una sola revolución, a la que da el nombre de *permanente* o ininterrumpida, que se ve en la necesidad de atravesar por dos fases –la burguesa (o lo que llamé hace un momento programa mínimo) y la socialista (o lo que denominé programa máximo). Ahora bien ¿cómo garantizar la permanencia de la revolución? ¿Cómo evitar que, aun prometiendo el programa máximo socialista, la revolución se estanque en el programa mínimo convertida en revolución democrático burguesa? Marx responde a estas preguntas haciendo énfasis en la dirección de la revolución. Una revolución puede ser permanente y transitar de manera

¹¹ Ibid., p. 61.

ininterrumpida del programa mínimo al programa máximo, si y solo si el proletariado es el que dirige el proceso. Si, por lo contrario, la dirección recae en la burguesía, la revolución, lejos de ser permanente, se congelará en una formación burguesa. Por otro lado, y profundizando más en la cuestión, para que el proletariado pueda dirigir el proceso revolucionario permanente o, lo que tanto vale, para que la clase trabajadora conquiste la hegemonía en el frente de clases que, lanzándose contra el viejo régimen, inicia una revolución que devendrá permanente, la clase obrera, aunque luche junto a la burguesía y sea el soporte político decisivo pero temporal de la fase democrático burguesa del proletariado, tiene que adquirir, proteger y consolidar su independencia de clase frente a la clase burguesa y sus capitostes ideológicos. Esta independencia de clase sólo puede ser creada y asegurada mediante un partido que represente los intereses históricos de la clase trabajadora. Como se sabe, la teoría de la revolución permanente formulada por Marx y Engels fue retomada por Alexander Parvus y, sobre todo, por Trotsky¹². Los anarquistas no aceptan, como se comprende, esta teoría de la revolución permanente, por la sencilla razón de que la fase burguesa de la revolución, aunque no se halle dirigida por los burgueses, implica la existencia de un Estado –un poder público supuestamente proletario que dirige el régimen burgués transitorio- y todo Estado, además de oprimir a los gobernados, tiende a perpetuarse. Ricardo Flores Magón en este punto parece alejarse de los anarquistas y coincidir con la teoría de las dos revoluciones concatenadas. Si comparamos la línea del Partido Antirreleccionista de Madero y la del PLM de Flores Magón –ambos antiporfiristas- salta a la vista que mientras Madero, Vázquez Gómez, Pino Suárez van en pos de una revolución, Flores Magón y sus compañeros persiguen dos. Hacia 1911 el PLM es un partido con una representación importante en varias de las regiones del país¹³ que lucha animado por la estrategia de que no sólo hay que derrotar al porfirismo –y a toda sustitución burguesa modernizadora, como la representada por el maderismo- sino ir más allá: al socialismo antiautoritario. Para llevar a cabo una revolución en que el poder obrero que sirve de base al proceso de cambio sea traslapado por un republicanismo burgués, se requiere hacer énfasis, como ya vimos, en la dirección. Bartra escribe: “Socialmente democrático-burguesa, la revolución que los magonistas proponen es, sin embargo, una revolución de nuevo tipo en lo que se refiere a su dirección política. Se trata de conquistar estas

¹² El libro de Lev Trotsky *La revolución permanente* fue traducida al castellano por Andrés Nin.

¹³ El magonismo se proyecta en 1911 “como la principal fuerza política, distinta del maderismo, que cuenta con un programa, organización político-militar y arraigo social”, Armando Bartra, “La revolución mexicana de 1910 en la perspectiva del magonismo” en *Interpretaciones de la revolución mexicana*, Editorial Nueva Imagen, UNAM, México, 1980, p. 106.

reivindicaciones no sólo por la acción de los trabajadores, sino bajo su dirección”¹⁴.

Antes de continuar con el análisis de los puntos de vista que sostiene el magonismo sobre la revolución, me gustaría hacer un comentario sobre la noción de lo *democrático burgués*. Se trata de un concepto empleado de común por los marxistas para aludir a una revolución, un régimen, una concepción política o una ideología en que se dan de *manera simultánea* una conformación burguesa y un sustrato popular o, lo que es igual, una configuración capitalista (o tendente al capitalismo) y una forma de organización social basada en el sufragio y la participación ciudadana. En un sistema social democrático burgués el pueblo –obreros y campesinos- sirven de sustentáculo al modo de producción capitalista, y las instituciones derivadas de éste hacen ciertas concesiones –que no rebasan ciertos límites precisos- a su basamento laboral. Además de este empleo de la noción, yo he propuesto un uso diferente de la categoría. Creo que el concepto democrático burgués puede usarse no sólo de manera simultánea o sincrónica sino de manera *sucesiva* o dialéctica. La revolución francesa o la mexicana –he dicho- es una revolución a la que podemos caracterizar de democrático-burguesa ya que es una revolución hecha *por* la democracia *para* la burguesía. En toda revolución, insisto, participan tres elementos: los *agentes de la revolución* (el *por*), los enemigos de la misma (el *contra*) y los *beneficiarios* de ella (el *para*). En una revolución democrático-burguesa los agentes de la revolución – que constituyen el factor empírico decisivo del proceso- constituyen el elemento *democrático* –campesino, obreros, etc.- y los beneficiarios de la revolución –que fueron los líderes, ojo con ello, de esos agentes- son los *burgueses*: en nuestro país los burgueses carrancistas, etc. La misma fórmula, pero en términos de poder, puede formularse así: cuando los gobernados desplazan a los gobernantes instauran un nuevo régimen de gobernantes/gobernados. Esto ha ocurrido siempre. Pero ¿por qué? Porque los gobernados que luchan en un momento dado contra los gobernantes, también presentaban entre ellos la diferenciación entre jefes (o dirigentes) y masa dirigida, por eso cuando estos gobernados destruyen el gobierno *externo* que los esclavizaba, y se hacen del poder, establecen un nuevo régimen en que sus viejos gobernantes internos se convierten en sus nuevos gobernantes externos. La utilización del método de la “tríada preposicional” para caracterizar las revoluciones (por, contra, para) sale al paso a una desviación interpretativa frecuente: la *empirista*. Esta quiere caracterizar una revolución aludiendo a los agentes realizadores principales del desmantelamiento del viejo régimen. La

¹⁴ Armando Bartra, op. cit., pp. 97-98.

revolución rusa –se dice- fue una revolución obrera. La revolución mexicana – como la china, la yugoslava o la cubana- fue campesina. También corresponde a la concepción empirista la idea –muy cara a ciertos historiadores mexicanos- de que más que hablar de una revolución hay que aludir a varias que se dan de manera más o menos simultánea. Se arguye, por ejemplo, que, para entender la lucha revolucionaria en México no hay que referirse, como suele hacerse, a una revolución, y mucho menos democrático-burguesa, sino a varias revoluciones –la del norte, la del sur, etc.- y al predominio final de una de las facciones. Es indiscutible que para interpretar correctamente qué fue y cómo tuvo lugar un proceso revolucionario, es indispensable mostrar qué elementos de la sociedad fueron los determinantes del cambio –porque ellos constituyeron el factor empírico decisivo, *sine qua non*, del viraje-; pero si sólo hacemos eso nos olvidamos de la *esencia* de la revolución que está representada por los beneficiarios de la guerra civil. En una revolución pueden intervenir –y de hecho intervienen- varias facciones revolucionarias con diferentes posiciones políticas y diversos intereses de clase; pero una facción acaba por adquirir la hegemonía y, derrotando a las demás, erigirse en el sector usufructuario del proceso. Este sector, y el régimen creado a su conveniencia, representa la esencia de la revolución y es un elemento indispensable para entender con justeza el carácter de una revolución.

Pero tornemos al problema de las dos revoluciones. La revolución democrático-burguesa, dirigida por la burguesía, es un proceso *lineal*: la revolución es realizada *por* la democracia *contra* la aristocracia *para* la burguesía. La revolución democrático-burguesa, dirigida por los socialistas, es un proceso *bilineal*: la revolución es realizada *por* la democracia *contra* la aristocracia, *para* un régimen burgués que ha de ser reemplazado por uno socialista.

No soy, desde luego, el primero en decirlo; pero estoy en contra del viejo argumento –surgido inicialmente en las filas del carrancismo constitucionalista- de que el magonismo es un movimiento precursor de la revolución mexicana. El magonismo es muchísimo más que eso: es la corriente iniciadora de la revolución. Cuando el maderismo comienza su revolución –después del último fraude electoral porfirista- ya estaban los magonistas en la lucha armada, ya habían creado por medio del periódico *Regeneración*, multitud de clubes clandestinos en buena parte de la república, además de haber jugado un papel de suma importancia, como se sabe, en las huelgas de Cananea y Río Blanco y otras muchas luchas de carácter campesino.

Hacia 1910 saltan a la palestra las diferencias políticas entre el PLM y el Partido Nacional Antirreleccionista. Ante un artículo periodístico norteamericano –cuando los Flores Magón se hallaban exilados en Estados Unidos- que confundía a los liberales con los antirreleccionistas, Flores Magón escribió en *Regeneración* el 5 de noviembre de 1910: “El Partido Liberal lucha por obtener la libertad política y la libertad económica para todos los mexicanos, esto es, que todos sean libres como ciudadanos y todos tengan pan. Para que el pueblo esté en camino de conseguir esos bienes, el Partido Liberal quiere el debilitamiento de la fuerza absorbente que caracteriza al Poder Ejecutivo; el debilitamiento igualmente de la influencia que ejerce el clero en la vida política y en el hogar de los ciudadanos; la dignificación y educación del proletariado teniendo como base el bienestar material que produce el aumento de salarios y la disminución de las horas de trabajo”. Añade: “Este programa es bien distinto del Programa del Partido Antirreleccionista que no pone ningún freno a la influencia del clero en los destinos del pueblo mexicano, influencia que ha sido funesta a la evolución de los pueblos que la han sufrido y retarda el proceso de los que aún se hallan sometidos a ella”.

Continúa: “Nada se dice en el Programa del Partido Antirreleccionista sobre la dignificación y educación del proletariado teniendo como base el bienestar material que produce el aumento de salarios y la disminución de las horas de trabajo. Esto se explica si se tiene en cuenta que dicho partido está integrado por la clase capitalista e influido por el clero. A los capitalistas, naturalmente, no les hace gracia el dar mejores salarios a los trabajadores. Menos aún se dice algo en el Programa del Partido Antirreleccionista sobre la abolición de la miseria y engrandecimiento de la raza por medio de la entrega al pueblo de la tierra y de los útiles para trabajarla”.

Y finalmente: “Se ve, por lo expuesto, que el Partido Liberal y el Partido Antirreleccionista no tienen nada en común a no ser el deseo de que deje de oprimir al pueblo mexicano la dictadura de Porfirio Díaz; pero mientras el Partido Liberal trabaja por un cambio radical en las condiciones de vida del pueblo, el Partido Antirreleccionista se conforma con la simple caída del tirano y, muy especialmente, de la camarilla *científica*, que ha acaparado los negocios por los que suspiran los capitalistas que no forman parte de esa camarilla”.

Los dos grandes movimientos antiporfiristas de 1910-1911 son, pues, el maderismo –que pone el acento en el derrocamiento del tirano y en el sufragio efectivo y no reelección- y el magonismo –que no sólo pugna por darle un contenido social al levantamiento, sino que, de manera más o menos intuitiva,

trae consigo la concepción de las dos revoluciones. Como se afirmaba en la terminología política decimonónica mientras los antireeleccionistas iban en pos de una *revolución política*, los liberales perseguían una *revolución social*. El maderismo prende como reguero de pólvora y se convierte en masivo, pujante, arrollador. Pese a su organización, empeño y experiencia el magonismo es minoritario. Desde un punto de vista cuantitativo, el maderismo es con mucho la facción principal en esta fase de la lucha, aunque su grado de conciencia, su programa de acción y los objetivos de su embate, son limitados, superficiales y extremadamente cuidadosos de no rozar con los principios socialistas. El magonismo tiene una estructura relativamente sólida con un centro directivo en el extranjero (sobre todo en Saint Louis Missouri, y en otro momento en Canadá) que envía sus directrices (más consejos que órdenes, en consonancia con su concepción libertaria) mediante periódicos como *Regeneración*. El movimiento maderista es tan vigoroso, trae consigo un peso social tan indiscutible, que algunos liberales, como Antonio I. Villarreal, Juan Sarabia y el mismo Jesús Flores Magón¹⁵, entre muchos otros, se pasan al bando maderista. La facción escindida no sólo se contrapone al núcleo original del PLM sino que, en México, bajo el auspicio de Antonio I. Villarreal, Jesús Flores Magón y otros, publica un periódico *Regeneración* inclinado ideológicamente al maderismo. El grupo disidente se imagina que la manera de “participar en la historia” es sumarse a la gran oleada antireeleccionista, aunque se sacrifiquen –“por ahora”, pensaban- los principios socialistas de la negación del Estado y la propiedad privada. El Manifiesto del 23 de septiembre de 1911 -que es la primera declaración pública francamente anarquista de los liberales- es publicado a raíz precisamente de las deserciones maderistas del grupo magonista. No sólo los maderistas eran renuentes a aliarse con los liberales –son conocidos los reiterados desencuentros entre villistas y orozquistas con los magonistas-, sino también lo eran los liberales con los maderistas “burgueses”¹⁶. Quizás pecaban estos últimos de cierto sectarismo, muy comprensible, por otra parte, si se toma en cuenta el carácter de clase y la orientación política del maderismo. Por eso probablemente esté en lo cierto Rubén Trejo cuando dice: “los liberales tuvieron razón al insistir en la improcedencia de la vía civil para derruir un sistema como el de Díaz. No obstante, somos de la opinión de que los magonistas no comprendieron la aportación que encerraba la lucha de Madero: la construcción de una amplia

¹⁵ El hermano mayor de Ricardo y Enrique.

¹⁶ Es interesante hacer notar, sin embargo, que en El Paso, Texas, en enero de 1911, hubo una serie de pláticas entre los maderistas, representados por Abraham González, y los liberales encabezados por el líder de Cananea Lázaro Gutiérrez de Lara que buscaban la fusión de los dos partidos. El intento fracasó. Rubén Trejo, op. cit., p. 103.

oposición política con fuerte apoyo social y la creación de un movimiento nacional alternativo al gobierno de Díaz”¹⁷.

En el período de 1910-11 el magonismo es un partido de masas que, además de la influencia que ejerce en el territorio mexicano, tiene en su haber luchas verdaderamente legendarias. Algunos autores, como Armando Bartra, comparan el magonismo con el leninismo en virtud de que ambas corrientes de pensamiento y acción creen que en sus respectivos países, donde existe una autocracia (representada por el zar) y una tiranía (personalizada por el general Díaz) y en que a un desarrollo industrial insuficiente y rezagado se añade una economía predominantemente agrícola, antes de crear el socialismo y para poder crearlo (desplegando las condiciones económico-sociales indispensables para ello), es necesario pasar por una fase capitalista. Bartra arguye: “los magonistas, al igual que Lenin, se atreven a vislumbrar una nueva posibilidad: la de una revolución de nuevo tipo que, sobre la base de la configuración de clases de los países atrasados, conduzca a una total emancipación de los trabajadores ‘evitando los dolores de la fase capitalista’ ”¹⁸. Bartra no quiere decir con lo anterior que Flores Magón esté bajo la influencia de los bolcheviques, lo cual es impensable por muchas razones, sino que ante situaciones más o menos similares respondieron de manera análoga. De ahí que explique: “El PLM no es un partido leninista simplemente porque es contemporáneo del leninismo. Las notables coincidencias que existen entre una y otra experiencias responden al hecho de que se actúa en contextos semejantes y a la capacidad de unos y otros para enfrentar creadoramente situaciones nuevas”¹⁹. Bartra cree hallar otra similitud entre el leninismo y el magonismo en el hecho de que se valieron ambas corrientes de un periódico (*Iskra* o “La Chispa” en el caso del leninismo y *Regeneración* en el del magonismo) para difundir y organizar sus respectivas concepciones político-partidarias. “La conciencia leninista sobre el papel de un periódico político nacional constituye la formulación teórica de lo que para Ricardo Flores Magón fue una concepción política más o menos intuitiva. La vía ‘iskrista’ para cohesionar un partido y un proceso revolucionario que Lenin formula en *¿Qué hacer?* tiene infinidad de puntos de coincidencia con la vía magonista para impulsar el proceso revolucionario en México”²⁰.

¹⁷ Rubén Trejo, op. cit., p. 34.

¹⁸ Armando Bartra, op. cit., p. 95. La tesis de Lenin, por otro lado, no consiste en promover una revolución que evite los dolores de la fase capitalista, si por ello se entiende saltar del sistema autocrático al socialismo. Esta idea pertenece más bien al populismo.

¹⁹ Ibid., p. 94.

²⁰ Ibid., pp. 95-96.

No me convencen del todo estas apreciaciones. La comparación entre magonistas y leninistas no me parece muy afortunada ya que, aunque se pueden buscar y hallar analogías entre dos movimientos de lucha tan alejados en el espacio y la ubicación teórica, tales similitudes no dejan de ser aparentes y superficiales. El “lugar teórico” (o los principios) desde el que Lenin o Flores Magón establecen su programa de acción, su estrategia y su táctica, se diferencia de modo ostensible y radical. Los dos son desde luego socialistas y, por serlo, se sitúan nítidamente y sin taxativas en una orientación anticapitalista. Pero los dos son herederos y consecuencia de una añeja escisión en las filas del socialismo que data, como se sabe, fundamentalmente de los setentas del siglo XIX, y que tuvo como sitio ostensible de realización la Primera Internacional. Uno, Ricardo Flores Magón, proviene de los planteamientos “antiautoritarios” de Bakunin y Guillaume y el otro, Lenin, de los puntos de vista “autoritarios” de Marx y Engels. La afirmación de Bartra, en relación con el periódico como instrumento organizador en ambas perspectivas, de que mientras en Lenin hay una “formulación teórica”, en Flores Magón predomina “una concepción política más o menos intuitiva”, es cierta no sólo en este caso, sino que lo es en general: Lenin es más teórico, doctrinario, y en algunos aspectos más profundo que Flores Magón, y este último es más intuitivo, más acorde con la lucha espontánea de las masas, menos centralista, y en otros aspectos más lúcido que Lenin. No cabe duda de que Lenin es más teórico que el socialista mexicano. En Lenin encontramos, entre otras muchas piezas, una teoría del partido (en *¿Qué hacer?* y en *Un paso adelante, dos pasos atrás*), una teoría del tipo de revolución que se requiere llevar a cabo en un país atrasado (en las *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*), etc.; pero todo ello dentro de una concepción, que los anarquistas califican de autoritaria, que afirma la necesidad de un Estado férreo tanto en la fase de la revolución democrática como en la socialista. La concepción leninista no sólo se halla inscrita en el marxismo sino que al parecer conduce la teoría marxista del Estado a una versión más autoritaria y verticalista que la de su maestro.

Ricardo Flores Magón vislumbra las dos revoluciones, pero la suya es una intuición ínsita en el pensamiento libertario. Flores Magón no construye grandes teorías, ni intenta establecer un camino seguro e indudable para el mejoramiento y la emancipación de los trabajadores. Pero algo vislumbra y lo que vislumbra es muy importante. Él sabe que todo Estado se sustantiva. Siempre tiene presente que el poder público, aunque diga representar al pueblo o a los trabajadores, ineluctablemente se separa y contrapone a ellos. La importancia de la intuición de Flores Magón no es que se acerque o se asemeje al marxismo-leninismo, sino que busca, dentro de la perspectiva anarquista,

cómo procesar el problema de las dos revoluciones, sin generar un Estado –o una dirección del proceso revolucionario hipertrofiado hasta devenir Estado- y sin abandonar la estrategia de la anarquía. En otro lugar he escrito que –en el problema del poder- el marxismo peca por exceso y el anarquismo lo hace por escasez. En esta problemática se mueve el vislumbre magonista. Él no quiere pecar por exceso, pero tampoco –frente a una realidad tan compleja como la mexicana de entonces- por déficit o escasez. Dentro de este mismo problema está el hecho de que, a diferencia de la mayor parte de los anarquistas, y ubicándose sin reservas en la herejía, Flores Magón, siendo ya anarquista, es afecto a crear un partido (el PLM), como en su momento lo fueron Malatesta y Pestaña.

Pero la intuición de Flores Magón no resolvió el conflicto. La tensión que traía consigo la idea bilineal de la revolución no pudo ser resuelta por él. Su vislumbre, incapaz de convertirse en teoría, no pudo hallar el lugar teórico en que se sintetizan y superan las posiciones del superávit marxista y del déficit anarquista sobre el poder. Por eso, en el clímax la problemática, prefirió acogerse a lo que le pareció indudable: la ortodoxia anarquista. Y por eso también se ve en la necesidad de dar a luz el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911 con su afirmación pública del anarquismo tradicional. Y ello no es ajeno, en fin, al hecho ya mencionado de que el magonismo empieza a perder fuerza frente al maderismo, aunque tal acaecimiento es el resultado, no sólo del radicalismo manifiesto de los magonistas, sino de un cúmulo de circunstancias que hay que destacar.

Bartra no sólo compara a Flores Magón con Lenin, en el sentido que acabo de mostrar, sino también lo hace con Mao Zedong. Dice: “La vía ‘iskrista’ [la política editorial basada en *Regeneración*] para consolidar una fuerza revolucionaria, aplicada a un país abrumadoramente campesino²¹...estaba casi fatalmente destinada a reducirse a la consolidación de una base social obrera y pequeñoburguesa de carácter urbano. Y esta limitación... hace crisis cuando el proceso adopta la forma de una guerra campesina prolongada”²². Aquí la comparación ya no puede ser con Lenin, sino que tiene que ser con Mao. Afirma Bartra: “Sólo el maoísmo, muchos años después, enfrentará exitosamente el reto ante el cual se estrellaron los ‘iskristas’ mexicanos de Flores Magón”²³. En un sentido estrictamente empírico no deja de tener razón Bartra. Dicho de manera muy compendiada, y echando mano del simbolismo,

²¹ En donde de doce y medio millones de habitantes sólo un millón setecientos mil sabía leer y escribir.

²² Armando Bartra, *ibid.*, p. 96.

²³ *Ibid.*, p. 96.

podemos asentar que mientras en la revolución bolchevique el martillo se alió con la hoz, en la revolución china la hoz se alió con el martillo; es decir, que en tanto en Rusia el sujeto principal de la revolución fue la clase obrera y su aliado el campesino pobre, en China se invirtieron las cosas de modo tal que el sujeto principal de la revolución fue el campesino pobre y su aliado el proletariado urbano. Según Bartra, Flores Magón no supo pasar del esquema “leninista” de primacía de lo obrero –recordemos que las luchas más visibles del magonismo son proletarias: Cananea y Río Blanco- al planteamiento maoísta del predominio del campesinado pobre. No cabe duda que Bartra entrevé con todo esto una falla del magonismo –limitación que saltará a la vista cuando años después (en 1913) Ricardo Flores Magón rechazará una invitación de Zapata (del que tenía muy buena opinión) a trasladarse de Estados Unidos a Morelos y publicar en tierra zapatista *Regeneración*. Pero la comparación de Flores Magón con Mao adolece nuevamente de un error de fondo, ya que el anarquista Flores Magón en ninguna circunstancia puede olvidar, con independencia del sujeto histórico que encabece el proceso revolucionario, el papel enajenante del poder. Y precisamente al desatarse en México “la guerra campesina prolongada” es cuando Flores Magón reafirma su posición libertaria radical y, con ella, sus invectivas contra el Estado y las condiciones que coadyuvan a su gestación.

c) Hacia 1912 y, por consiguiente antes del asesinato de Madero, que tuvo lugar a principios de 1913, el magonismo empieza gradualmente a debilitarse hasta prácticamente desaparecer como factor político importante en el proceso revolucionario subsiguiente²⁴. ¿A qué atribuir tal cosa? ¿Por qué, al iniciarse la guerra campesina contra Madero –claramente expresada en el Plan de Ayala zapatista-, el movimiento magonista se estancó y paulatina pero inexorablemente comenzó a decrecer?

Varias son las causas de que ello ocurra. Mencionaré algunas que me parecen evidentes. Desde la entrevista que el general Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman para el *Pearson's Magazine* de Nueva York en 1908²⁵ hasta el ascenso a la presidencia de Madero, pasando por el arresto del candidato independiente y el fraude electoral perpetrado por el régimen porfirista, lo electoral saltó a primer plano a lo largo y a lo ancho de la república. La sustitución del dictador por un presidente cuya legitimidad

²⁴ No me refiero aquí a la indiscutible influencia que tendrán los planteamientos magonistas posteriormente (por ejemplo en la Constitución de Querétaro de 1917) sino al debilitamiento y extinción del magonismo militante organizado.

²⁵ Donde Díaz declaró, como se sabe, “que vería gustosamente la aparición de partidos políticos de oposición”.

brotara de las urnas interesaba a todos. Fue convirtiéndose en lugar común la idea de que la manera de derrocar al tirano e iniciar la alternancia tendría que ser mediante la democracia electoral (el sufragio efectivo y la no reelección) como ya lo había subrayado Madero en su libro *La sucesión presidencial en 1910* publicado en Coahuila en octubre del mismo año. En este momento de la historia, por consiguiente, lo político (en su manifestación más tosca: como demanda de un sufragio universal y directo) atrae al mayor número de voluntades. Lo social –la lucha por la tierra y el embate de los trabajadores urbanos por mejorar sus condiciones de vida- no deja, desde luego, de existir y hasta de incrementarse; pero por un tiempo aparece frente a lo anterior en una relación semejante a la que presenta lo particular con lo universal. Mientras lo político-electoral unía a las personas –lo social (agrario o laboral-urbano) las dividía. Después de la larga y antipopular dictadura de Díaz, adquiere una importancia tal la demanda del sufragio efectivo que el fraude perpetrado contra Madero se convierte en la condición posibilitante y la bandera más eficaz para aglutinar a amplios sectores populares e iniciar la lucha armada contra el viejo dictador. Las dictaduras acaban por generar un anhelo de recambio y alternancia en el pueblo sojuzgado. Lo mismo ocurre, aunque con diferente desenlace, cuando el pueblo soporta años y años no a un tirano sino a un partido-gobierno como es el caso, en nuestro país, del partido único o casi único (PNR-PRM-PRI) que estuvo en el poder más de 70 años. Cuando se suma al “cansancio” de los gobernados la evidencia de un fraude electoral, se crean las condiciones para un estallido social. En la época de Madero este último tomó la forma de lucha armada. Después de los fraudes -más seguros que probables- de 1988 contra Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y de 2006 contra Andrés Manuel López Obrador tornaron a presentarse similares condiciones de descontento, pero las circunstancias habían cambiado de tal manera, que entre las posibilidades reales de canalización de esa rebeldía latente no estaba la guerra civil. Pero algo que revela la comparación de estos tres momentos es que la evidencia del manotazo fraudulento eleva a primer plano el problema de la democracia electoral, como un problema de interés generalizado.

Volviendo al año de 1910, advertimos que la demanda de sufragio efectivo y no reelección unifica, como dije, de manera transitoria y un sí es no es efímera a una oposición mayoritaria, pluriclasista y nacional. Los planteamientos sociales y clasistas –enarbolados por el magonismo y el zapatismo- interesan al principio –aunque de manera tan decidida como intensa- sólo a ciertos sectores. Y aun en éstos –dado que predominaban en el país la ideología dominante, surgida en y administrada por el poder, o la ideología electoral sustituta, emanada del maderismo- había reticencias y desconfianza. El

magonismo exigía más que el maderismo, pugnaba por un cambio radical no sólo en las condiciones sociales, sino en la subjetividad del militante. Exigía que su epígono fuera más tenaz, más culto y crítico, más desprendido y solidario. Y esta demanda –a pesar del combate apasionado e inmarcesible de *Regeneración*- no prendió en aquel momento (1911-1913) en el grueso de un pueblo ignorante, analfabeto y en buena medida confundido.

4. Una tercera etapa del socialismo en México aparece durante el régimen de Madero. Me refiero al socialismo, más que nada anarquista, que inspiró a los impulsores de la Casa del Obrero Mundial (COM), fundada el 22 de septiembre de 1912. La COM es el resultado de la confluencia de un movimiento obrero y artesanal, que se fue gestando poco a poco, y un puñado de intelectuales, extranjeros y mexicanos, preferentemente partidarios del anarquismo²⁶. Uno de los promotores más importantes de la COM fue el anarquista colombiano Juan Francisco Moncaleano. Éste llegó a México clandestinamente desde Cuba. Se trataba de un militar que había desertado y que, vinculado probablemente a la CNT española, dedicaba todo su tiempo a difundir las ideas de Proudhon, Kropotkin, Malatesta, Mella y Reclus en varios países de América Latina.

El 20 de agosto de 1911, ocupando aún la silla presidencial el presidente interino Francisco León de la Barra, se organizó un partido proletario, de efímera existencia, con el nombre de Partido Socialista Obrero, el cual, después de una lucha intestina, se escinde, ya en la época de Madero, el 23 de junio de 1912. Como producto de esta escisión aparece pocos días después el Grupo Luz (antecedente de la COM), al cual pertenecen, entre otros, Juan Francisco Moncaleano, Jacinto Huitrón, Pioquinto Roldán, Eloy Armenta y Luis Méndez. Los propósitos iniciales de este grupo, francamente antiautoritario, eran crear más que una central proletaria de carácter anarcosindicalista (como la IWW), gestar una organización obrera donde se estudiara y difundiese la idea del socialismo ácrata en México, se negara la lucha política –intervenir en la pugna electoral y ocupar puestos públicos-, se optara por la acción directa (lucha por el mejoramiento del proletario, huelgas e, incluso, huelga general) y se fundara la “escuela racionalista” bajo el modelo del gran pedagogo anarquista Francisco Ferrer Guardia fusilado, tras de una falsa acusación, en los fosos del castillo de Montjuïc, Barcelona, en

²⁶ La COM se constituyó con las siguientes organizaciones de trabajadores: Grupo Luz, Unión de Canteros, Unión de Resistencia de la Fábrica de Textiles *La Línea*, Unión de Operarios Sastres y Unión de Conductores de Coches Públicos. También la Confederación Nacional de Artes Gráficas.

1909²⁷. Más o menos al mismo tiempo en que apareciera el Partido Socialista, al que acabo de referirme, surgió otra organización de trabajadores: el Partido Popular Obrero, de carácter francamente maderista, y en el que, aparentemente, tenía cierta influencia el hermano mayor de Ricardo Flores Magón. Es interesante anotar el hecho de que en una reunión de este partido –donde predominaba el punto de vista burgués, oficialista y meramente político, y al que había asistido como representante de las autoridades el Procurador de Justicia– intervino de pronto Juan Francisco Moncaleano, hizo una severa crítica, desde las posiciones del socialismo libertario, al obrerismo burgués y oportunista, creó un gran desorden en la sala y tuvo que salir por piernas. La justicia maderista, a partir de este momento, fijó la atención en él, investigó su procedencia, supo de su entrada clandestina al país y acabó por deportarlo a las Islas Canarias el 5 de septiembre de 1912. No contento con esto, el gobierno de Madero ordenó la detención del Grupo Luz debido a las “ideas extrañas” de que hacía gala. Esta es, quizás, la primera vez que la burguesía revolucionaria en el poder emplea la expresión de “ideologías extrañas” o “ideas exóticas” para denostar los planteamientos socialistas, tratando de cobijar la ideología y la práctica de la burguesía en ascenso con un pretendido nacionalismo, como si las ideas del republicanismo capitalista hubieran surgido de manera autónoma e independiente en el país y no hubieran sido importadas, en diversas circunstancias y momentos históricos, de experiencias extranjeras como la revolución francesa o la revolución norteamericana.

Al salir de la prisión los obreros detenidos del Grupo Luz, toman la decisión de reorganizarse y forman una agrupación que en su inicio no se denomina Casa del Obrero Mundial sino sólo Casa del Obrero²⁸. A esta Casa del Obrero pertenece el mérito de haber organizado la primera celebración del primero de mayo, en honor de los mártires de Chicago, en la ciudad de México y en pleno régimen del traidor Huerta, que se levantó contra Madero el 9 de febrero de 1913. Es en este momento cuando los organizadores de la Casa del Obrero, inspirados por el internacionalismo de la lucha proletaria, deciden cambiar el nombre y en cierto modo el carácter de la agrupación llamándola Casa del

²⁷ Aunque la supuesta inauguración de la “escuela racionalista” (independiente del Estado y de la Iglesia) debía ser el 8 de septiembre de 1912, al parecer no pudo funcionar, dados los acontecimientos políticos de la época.

²⁸ En la fundación de la Casa del Obrero estuvieron los anarquistas españoles Eloy Armenta, José Colado, los hermanos Celestino y Manuel Sorrondequi. Entre los mexicanos hay que mencionar a Rafael Quintero, Rosendo Salazar y Manuel Sarabia que formaban parte del grupo de tipógrafos que, se podría decir, constituía el alma de la organización. También estuvieron asociados al grupo o tuvieron alguna relación con él Antonio I. Villarreal, el poeta peruano José Santos Chocano, Rafael Pérez Taylor, Serapio Rendón, Jesús Urueta, Juan Sarabia y Heriberto Jara.

Obrero Mundial. Ante la agitación obrera y el repudio de la COM al régimen reaccionario de Huerta, éste, de modo todavía más contundente e implacable que Madero, reprime a los obreros en vías de reorganización y arresta a José Santos Chocano, José Colado, Eloy Armenta, los hermanos Sorrondoqui y los expulsa del país.

La COM no transigió nunca con el gobierno golpista de Victoriano Huerta. Aún más. Muy pronto lo denunció públicamente por el asesinato de Madero y Pino Suárez. Huerta –que detentó el poder de febrero de 1913 a julio de 1914- tuvo un trato represivo similar al del general Díaz con el proletariado mexicano en trance de organización. No obstante ello, los sindicatos pertenecientes a la COM –como dije- llevaron a cabo la primera manifestación realizada en México el primero de mayo de 1913, día del Trabajo. Marjorie Ruth Clark dice al respecto: “La manifestación del primero de mayo se desarrolló en paz y el gobierno no tomó ninguna acción contra ella, pero cuando unas semanas después la Casa convocó a una reunión de todos los sindicatos afiliados... el gobierno de Huerta la prohibió e imposibilitó que los obreros encontraran otro lugar de reunión seguro. El mitin tuvo lugar a pesar de todo en la Alameda, un acto de franco desafío... la dirigencia de la Casa, los oradores en la reunión y toda persona reconocida por su influencia en el mundo laboral fueron arrestados, imponiéndoles fuertes multas. Cinco de los extranjeros con actividad en los sindicatos fueron expulsados del país”²⁹. Finalmente, Victoriano Huerta clausuró la Casa y confiscó su imprenta. La burguesía reaccionaria de ese momento, acosada por todas partes, no se anduvo con contemplaciones, ni titubeos ni con el juego populista de la necesidad de “armonizar los intereses del capital y del trabajo”. Su práctica fue simplemente la de la represión implacable y sin miramientos.

Tras la renuncia de Huerta –acaecida el 15 de julio de 1914- la capital fue tomada por el ejército constitucionalista. El carrancismo –un movimiento burgués que no descuidaba su base democrática- permitió que la COM pudiera reabrir sus puertas en la ciudad de México el 21 de agosto de 1914.

Para entender lo que viene a continuación, resulta conveniente aludir a la Convención destinada a unificar a los revolucionarios que Carranza deseaba se realizase en la capital, pero que finalmente tuvo lugar en Aguascalientes el 10 de octubre de 1914. La importancia de la *Convención de Aguascalientes* es mayúscula ya que en ella culminó un deslinde crucial en la historia de la

²⁹ Marjorie Ruth Clark, *La organización obrera en México*, Ediciones Era, México, 1984, p. 20.

revolución mexicana: entre la corriente a la que es dable llamar *plebeya* (Zapata y Villa) y la que puede recibir el nombre de *burguesa* (Carranza y Obregón). Poco después de realizada la Convención de Aguascalientes y de la alianza de zapatistas y villistas (que a partir de entonces se les conoce con el nombre *convencionistas*), Carranza, presionado por la amenaza representada por la unificación de la División del Norte y el Ejército Liberador del Sur, abandona la ciudad de México y se dirige a Veracruz a fines de 1914. Este es el momento en que los zapatistas y villistas firman el Pacto de Xochimilco y entran a la capital.

Se podría pensar que la irrupción de los convencionistas en la ciudad representaba la gran oportunidad para que se realizase la alianza obrero-campesina que, como se sabe, es la condición de posibilidad para el nacimiento, desarrollo y triunfo de una revolución anticapitalista. Los convencionistas –y más que nada el zapatismo– traían consigo una fuerte carga contra el latifundismo y la propiedad privada y la COM podía ser considerada sin reservas como la primera organización obrera urbana, después del socialismo artesanal del siglo XIX, que se proclamaba socialista y se oponía al capital y al poder. Pero, por desgracia, privó la desconfianza entre el plebeyismo de los campesinos y el obrerismo clasista de la COM. Esta incompreensión entre los socialistas declarados y el zapatismo no era nueva. Por eso escribe Max Nettlau que entre Zapata y el movimiento magonista “siempre hubo una buena armonía, pero ningún trabajo en colaboración”³⁰. A pesar de algunas manifestaciones de simpatía y solidaridad que la COM había dirigido a los zapatistas –por ejemplo la carta que la Casa envió a Zapata deseándole suerte en la Convención de Aguascalientes y que Zapata agradeció con entusiasmo³¹– a la hora de hallarse frente a frente en la capital los dos movimientos no pudieron establecer un puente de entendimiento, y ello debido a varias razones. Como anoté con anterioridad, los obreros habían accedido, no sin ciertas dificultades, a una concepción internacionalista de la lucha, como lo demuestra, entre otros sucesos, la transformación de la Casa del Obrero en Casa del Obrero Mundial. En ello jugó un papel importante el hecho de que el socialismo europeo y norteamericano –desde la formación de la Primera Internacional– abandonara el localismo de la pugna proletaria a favor del internacionalismo. El zapatismo, por lo contrario, y más que nada en

³⁰ Max Nettlau, *Actividad anarquista en México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2008, p. 56.

³¹ Anna Ribera Carbó, “Emiliano Zapata y la Casa del Obrero Mundial. Historia de un desencuentro” en *XXX Jornadas de Historia de Occidente*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, Lázaro Cárdenas, A.C., Guadalajara, Jalisco, 2009, p. 176.

sus orígenes, llevaba en sus entrañas una radical visión regionalista. El regionalismo no pudo comprender el internacionalismo en la misma medida en que el internacionalismo no lo pudo hacer con el regionalismo. Los testimonios de dos de los dirigentes de la Casa, Rosendo Salazar y José Tudó, sobre los convencionistas en la ciudad de México resultan en extremo elocuentes de este desencuentro obrero-campesino. Rosendo Salazar escribe: “¡Oh exhibición bárbara de hombres! ¡Oh, dolencias ancestrales! Desfiló la gente como justificación de la Revolución Mexicana. A caballo y asida por una mano, la Guadalupana, virgen folklórica de México; en sombreros y en pechos mal cubiertos imágenes religiosas sobre papel como las que se hacían antiguamente en tórculos y piedras de litografiar para ser vendidas a los pueblos. No se puede decir más. Villa y Zapata se dejaron ver. La Guadalupana los acompañaba en su lienzo”³². José Tudó, militante catalán, dice: “El que nos ha sorprendido ha sido Zapata. Zapata se hizo simpático por su apego al programa agrario y por su espíritu de rebeldía ante todos los centros obreros del mundo. Veíamos a Zapata como el Espartaco moderno dispuesto a luchar hasta morir o a lograr la liberación de los esclavos de la gleba. Pero hete aquí que por azares de la fortuna llegan los zapatistas a la capital y en vez de indios indómitos que celebran gallardos su triunfo, contemplan nuestros ojos asombrados a cohibidos y humildes parias que piden temerosos a los transeúntes una limosna “por el amor de Dios”... Los reaccionarios hacían manifestaciones de regocijo y la gente de orden se manifestaba satisfecha de la respetuosa actitud de los zapatistas. Nosotros, sin salir de nuestro asombro, nos resistíamos a creer lo que veíamos. El desengaño era demasiado cruel. Luego hizo su entrada triunfal el general Zapata del brazo del general Villa. Y nosotros nos preguntamos ¿qué tienen en común un Zapata y un Villa? Siguió el desfile de fuerzas y vimos a los zapatistas llevar como un pendón de combate a la virgen de Guadalupe. Otra desilusión. Y por fin la reapertura de iglesias y la reanudación de las prácticas religiosas. El zapatismo, tal como lo habíamos imaginado, había muerto”³³.

Los zapatistas, con una monocorde reivindicación agraria y con ojos más vueltos (en su regionalismo) hacia el pasado precapitalista que hacia el futuro, no comprendieron el discurso anarquista de los miembros de la Casa, y estos últimos, inscritos en un jacobinismo a ultranza –recordemos que para Bakunin los enemigos fundamentales de los trabajadores eran Dios y el Estado-, no supieron ver el contenido profundamente social y anticapitalista de la Comuna

³² Citado por Anna Ribera Carbó, op. cit., p. 178 y tomado de Rosendo Salazar, *La Casa del Obrero Mundial y la CTM*, México, Partido de la Revolución Institucional, Comisión Nacional Editorial, 1972, p. 74.

³³ Citado por Anna Ribera Carbó, op. cit., pp. 178-179 y tomado de José Tudó, “Desde la atalaya”, en *Revolución Social*, Etapa 1, número 4, 28 de febrero de 1915.

de Morelos. Pero del lado de los miembros de la COM –con algunas excepciones- las cosas fueron más graves ya que, después de la “desilusión” que les produjo la presencia del Ejército Liberador del Sur en la capital, se deslizaron hacia una caracterización teórica de los zapatistas extremadamente grave: los empezaron a calificar de conservadores y hasta reaccionarios, y este punto de vista pronto coincidiría con los planteamientos carrancistas y obregonistas que hacía poco, en la Convención de Aguascalientes, habían entrado en un franco deslinde, en términos clasistas, con Zapata y Villa.

Varios intelectuales estuvieron con el zapatismo. Pero el movimiento se inició antes de su incorporación a él y, por consiguiente, con independencia de sus puntos de vista que eran en general socialistas o socializantes. Anna Ribera Carbó aclara, por eso mismo, que: la mayoría de los intelectuales “llegó cuando la rebelión campesina estaba en marcha, por lo que su presencia no fue determinante ni en la participación de los campesinos en la lucha ni en sus planteamientos ideológicos fundamentales”³⁴. Ante la inminente ocupación de la ciudad por parte de los convencionistas, que se hallaban ya en Xochimilco y San Angel en noviembre de 1914, y que eran parte importante del ejército zapatista, un solo miembro de la COM se adhirió al movimiento convencionista y éste fue Luis Méndez, el cual, un poco antes (en septiembre del mismo año) estuvo en compañía de Jacinto Huitrón en Cuernavaca para entrevistarse con Zapata, como representante de la COM. Un intelectual más relevante y participativo, y que no dejó de tener cierta influencia en el movimiento zapatista a partir de su incorporación, fue Antonio Soto y Gama. Pero no es el único. Los intelectuales urbanos que se fueron incorporando al zapatismo, jugaron, en ciertos niveles, un papel significativo: elaboraban documentos, proclamas, llamamientos; se encargaban de las relaciones diplomáticas con las distintas facciones de la revolución y con otros países; emitían sus opiniones sobre estrategia militar y brindaron al zapatismo el lema de “Tierra y Libertad” que provenía de los populistas y anarquistas rusos.

La capital de la república no sólo fue el escenario (a fines de 1914) del *desencuentro* entre la COM y los zapatistas, sino que también lo fue del *encuentro* entre los obreros organizados y el carrancismo. Después de que la ciudad de México fue de nuevo tomada por los constitucionalistas a fines de enero de 1915, el general Obregón funge como “operador de izquierda” de los constitucionalistas³⁵ y no sin dificultades logra establecer un pacto entre el

³⁴ Anna Ribera Carbó, *ibid.*, p. 174.

³⁵ Francie R. Chassen de López escribe al respecto: “Las relaciones entre la COM y el general Alvaro Obregón tuvieron gran importancia para el desarrollo del movimiento obrero mexicano. Cuando Obregón y sus fuerzas constitucionalistas ocuparon la capital a principios de 1915, inmediatamente se establecieron relaciones entre aquél y la COM. Obregón fue un político astuto y ambicioso; se dio cuenta de la importancia

movimiento carrancista y la COM que tiene lugar el 17 de febrero de 1915. La COM hace públicas las razones por las cuales el movimiento obrero auspiciado por ella hace causa común con el carrancismo: el Pacto se realiza “con el afán de acelerar el triunfo de la Revolución Constitucionalista e intensificar sus ideales en lo que afecta a las reformas sociales evitando en lo posible el derramamiento innecesario de sangre” y toma las armas “ya para guarecer las poblaciones que están en poder del Gobierno Constitucionalista, ya para combatir a la reacción”³⁶.

La revolución mexicana, al transitar del maderismo al carrancismo, presenta un desarrollo digno de examinarse, ya que va de un planteamiento que tiene más de burgués que de democrático, a una orientación democrático burguesa y hasta, en sus formulaciones extremas, a una práctica que, sin dejar de ser burguesa, hace énfasis en lo democrático populista. En fin de cuentas, la revolución mexicana –como la francesa, la turca, la china de Sun Yatsen, etc.- es una revolución hecha *por* la democracia *para* la burguesía. Pero aquí los términos de democracia y burguesía están tomados –como ya expliqué- de manera diacrónica o sucesiva. Hay que aclarar sin embargo que, para que la democracia promoviente coadyuve a la consolidación del poder capitalista, necesita y requiere que su clase enemiga en ascenso (la burguesa) le proporcione ciertas concesiones que, pareciéndole atractivas, la hagan jugar el papel de factor empírico-decisivo del proceso de cambio. *Esta es la razón por la cual la democracia burguesa en sentido sucesivo implica siempre la democracia burguesa en sentido simultáneo.* Si pensamos ahora en el concepto de democracia burguesa en sentido sincrónico –es decir aludiendo a una burguesía que, de necesidad, tiene que poseer una base democrática-, advertimos que, de manera esquemática y general, tal democracia burguesa puede tener y de hecho ha tenido dos interpretaciones antitéticas: una, hacia la derecha, pone el acento en lo burgués; otra, hacia la izquierda, hace énfasis en lo democrático. Hay, por consiguiente, una democracia burguesa *oligárquica* y una democracia burguesa *populista*. Si el maderismo expresaba un idioma más burgués que democrático –como lo evidencia el hecho de que no quería contaminar la revolución política con la revolución social-, en el carrancismo hay dos tendencias en incesante pugna: la democrático burguesa oligárquica (representada por el Primer Jefe) y la democrático burguesa populista (encarnada, en el momento que examinamos, por Alvaro Obregón).

que el apoyo del movimiento obrero podría tener para su futuro político, y se esforzó por obtener su amistad”, *Lombardo Toledano y el movimiento obrero mexicano (1917-1940)*, Colección Latinoamericana, Editorial Extemporáneos, México, 1977, p. 24.

³⁶ Citado por Marjorie Ruth Clark, op. cit., pp. 31-32.

Desde el punto de vista político, Carranza en lo personal, como buen terrateniente, se halla más cerca de Madero (e incluso del general Reyes) que del populismo obregonista o, más aún, del plebeyismo socializante de Zapata. Al igual que Madero, él busca la consolidación de una revolución política, no de una revolución social. De ahí que Pedro Salmerón haga esta breve pero exacta caracterización del “varón de Cuatro Ciénegas”: “Venustiano Carranza concebía la revolución como una revolución política, como la restauración del orden constitucional que eliminaría el régimen de privilegio, restableciendo el Estado de derecho, es decir, el régimen liberal”³⁷. No todos los jefes del carrancismo eran de la misma opinión. Desde los albores de este movimiento, hubo revolucionarios, como Lucio Blanco y Francisco J. Múgica, que no se identificaban con la ideología y la práctica burguesa liberal del Primer Jefe y tendían más bien a la concepción democrático burguesa, es decir, a una orientación política en que la burguesía no sólo se atrajera al pueblo (sobre todo campesino) con la promesa de la implantación de la democracia formal, sino que lo hiciera con la progresiva realización de la democracia real³⁸. En una discusión que don Venustiano sostuvo en marzo de 1913 con Blanco, Múgica, Baroni y otros que pedían la inclusión de la reforma agraria y otras exigencias sociales en el Plan de Guadalupe –que no iba más allá del liberalismo burgués del Plan de San Luis–, respondió lo siguiente: “Las reformas sociales que exige el país deben hacerse; pero no prometerse en este plan, que sólo debe ofrecer el restablecimiento del orden constitucional y el imperio de la ley”³⁹. Con el paso del tiempo, Carranza se vio obligado a asumir una posición ligeramente distinta a la original. El buen éxito de las prácticas “obreristas” del general Obregón con la COM en la ciudad de México y la Ley del 6 de enero de 1915 –redactada por la astucia y lucidez de Luis Cabrera en Veracruz– lo hicieron abandonar el liberalismo burgués que siempre lo había acompañado, a favor de una posición democrático burguesa o sea de un planteamiento que se dispone a otorgar concesiones significativas a los campesinos y a los obreros para que éstos se conviertan en un soporte entusiasta de la revolución. Don Venustiano no era ciego ante el hecho de que la democracia real –no sólo prometida sino realizada cotidianamente– era el motor que movía a las masas campesinas de Morelos y a los convencionistas en general. Carranza, sin embargo, no fue nunca un democrático burgués radical –a la manera de Obregón y Calles y, mucho menos, de Lázaro

³⁷ Pedro Salmerón, *Los carrancistas*, Editorial Planeta Mexicana, México, 2010, p. 227.

³⁸ El famoso reparto de la hacienda “Los borregos” –que pertenecía a Félix Díaz– en Matamoros, aunque no fue demasiado importante, sí muestra la tendencia agrarista de ciertos revolucionarios, como Lucio Blanco, que pertenecían al carrancismo.

³⁹ Citado por Pedro Salmerón, *ibid.*, p. 227.

Cárdenas- sino que, en el mejor de los casos, fue lo que he llamado un demócrata burgués oligárquico, como lo muestra el hecho de que sus partidarios en el Congreso Constituyente de Querétaro representaron el ala derecha y que él no quedó satisfecho con la Carta Magna resultante de tan memorable ocasión.

En el Pacto del 17 de febrero de 1915 se expresó nítidamente el punto de vista populista de la concepción democrático burguesa sostenida por Obregón, el que, como político astuto que era, pugnaba porque el carrancismo primero (y el obregonismo que surgiría después) tuvieran una base obrera que le sirviera a la burguesía –junto con los campesinos- como sólido pedestal. Una etapa más alta de este populismo surgirá, como ya anoté, en el Congreso de Querétaro y la culminación de esta tendencia tendrá lugar durante el sexenio cardenista cuando el régimen democrático-burgués se hace de una base obrera (CTM) y otra campesina (CNC) en una versión extrema del populismo burgués.

Pero la clase obrera agrupada en la Casa sufre una cabal desorientación: confunde a los enemigos con los amigos y a los amigos (por lo menos potencialmente) con los enemigos. Y la base de esta desorientación tiene dos vertientes: la primera consiste en caracterizar a los zapatistas (y convencionistas en general) como reaccionarios y la segunda en alimentar ilusiones en el carrancismo y su operador populista (Alvaro Obregón), creyendo que la revolución constitucionalista traía consigo, o podía derivar hacia, la posible realización de reformas sociales significativas. ¿A qué se comprometieron respectivamente el gobierno de Carranza y la COM al firmar el Pacto? El gobierno dio su palabra de prestar ayuda a la Casa en la formación de nuevos sindicatos y de filiales de la COM en varios estados, y a apoyar a los trabajadores cuando los patrones violentaran el contrato de trabajo y las demandas de aquéllos fueran justas. Como todos los gobiernos populistas –el cardenista es un claro ejemplo de ello- el de Carranza no veía con desagrado la lucha económica de los obreros –que, a diferencia de la lucha política, no pretende hacer desaparecer la explotación del hombre por el hombre, sino cambiar, supuestamente a favor del obrero, la relación entre el salario y la plusvalía. Los obreros, por su lado, se comprometieron a defender con las armas en la mano, y en la medida de sus posibilidades, el territorio conquistado por los constitucionalistas, y entrar al proceso revolucionario en grupos que recibirían la denominación de “batallones rojos”⁴⁰.

⁴⁰ No obstante, como dice Marjorie Ruth Clark, “Carranza contrajo este acuerdo con mala gana. Cuando fueron a verlo los representantes de la Casa respondiendo a la insistencia de Obregón de que hicieran saber al Primer Jefe su intención de tomar parte activa en la revolución, Carranza les dio una fría bienvenida y expresó

Estos batallones, llamados rojos por su filiación anarquista, cumplían una doble función a favor del carrancismo: desde un punto de vista militar, actuaban como vanguardia o retaguardia de las divisiones del ejército constitucionalista y, bajo un aspecto político-ideológico, hacían propaganda gubernamental (y no sólo anarco-sindicalista) a donde quiera que iban. Max Nettlau, condoliéndose, dice que lo anterior ocurría “al tiempo que Ricardo Flores Magón tensaba cada uno de sus nervios para llevar al pueblo a sublevarse contra ese mismo gobierno”⁴¹. Es de subrayarse, por consiguiente, que, a principios de 1915, los anarquistas mexicanos son presa de una profunda disensión: los magonistas, siendo fieles a su ideal antiautoritario, se hallan convencidos de que el Estado –todo Estado- es el enemigo principal (junto con la propiedad privada) de los trabajadores, lo cual los lleva a recusar terminantemente toda asociación con Carranza⁴². La COM, por las razones mencionadas con anterioridad, cierra filas con el carrancismo y se imagina que ha conformado un frente de lucha que, a más de combatir a los “reaccionarios” zapatistas, le da la oportunidad de consolidarse, crecer y propagar sus ideas. Es importante tener en cuenta que la decisión de firmar el Pacto de febrero de 1915 no fue unánime. Hubo un grupo minoritario de anarquistas internacionalistas que se opuso a tal cosa y es muy digno de tenerse en cuenta que el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), que no estaba formalmente afiliado a la COM, se negó a colaborar con los carrancistas.

Después de cierto tiempo, la COM cayó en cuenta de cuál era la esencia de clase del movimiento revolucionario (los constitucionalistas) con el que se había asociado. El rostro verdadero del carrancismo –su nítida actitud antiproletaria- se manifestaría descarnadamente y sin tapujos durante la huelga general en el DF el 31 de julio de 1916. El gobierno de Carranza veía con preocupación el estallido de huelgas que fue teniendo lugar en diversas partes del país durante el año de 1915: en Tampico, Guadalajara, Veracruz, Yucatán y más que nada en la ciudad de México, donde estalló “una campaña de agitación sindical para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo, la cual acabó en una ‘lluvia de huelgas’...”⁴³ que, aunque fueron resueltas favorablemente por el carrancismo, obligó a éste a tomar una drástica posición de clase. El origen tanto del paro general del 22 de mayo de 1916 como de la

sus sospechas sobre la Casa. Pero más tarde, a medida que se vio más o menos presionado, aceptó la ayuda que le ofrecían y que Obregón ya había aceptado ansiosamente”, op. cit., p. 32.

⁴¹ Max Nettlau, op. cit., p. 64.

⁴² Max Nettlau escribe al respecto: “En el otoño tardío de 1915 Carranza preparaba la persecución de *Regeneración*, tal como Ricardo lo previó con claridad y lo manifestó en ‘Vientos de Tempestad’ (*Regeneración*, 13 de noviembre, II, pp. 126-130).

⁴³ Berta Ulloa, *Historia de la Revolución Mexicana 1914-1917. La Constitución de 1917*, El Colegio de México, No. 6, México, 1988, p. 286.

huelga general de julio de 1916 fue el hartazgo de la clase obrera por el pago de su salario con papel moneda devaluado⁴⁴. Con la huelga general, durante tres días se paralizó la capital de la República quedando sin luz, sin transporte y otros muchos servicios. El primero de agosto de 1916 Carranza denunció la “ilegalidad” de los paros, declaró la ley marcial y un día después anunció con un decreto la pena de muerte para quienes “trastornaban el orden público”. Apeló, para llevar a cabo este decreto ignominioso, a la ley juarista del 25 de enero de 1862 que aludía a otras situaciones y que Carranza acomodó a su visión de las cosas. Se acusó a los trabajadores del delito de rebelión que consistía “en el hecho de haber provocado la interrupción de los servicios públicos, impidiendo que prosiga la fabricación de armas y cartuchos, habiendo soldados extranjeros en el territorio nacional y alzadas en armas partidas rebeldes”⁴⁵. En esta ocasión, y desde un poco antes, Carranza ya no utilizó los servicios de Obregón en su trato con la Casa y otros sindicatos en rebeldía, por haber sido nombrado Secretario de Guerra, sino que designó para los mismos menesteres al general Benjamín G. Hill. Una vez declarada la ley marcial, el gobierno consintió en tener varias reuniones “tripartitas” con los obreros, los patronos y el general Hill como representante gubernamental, iniciando con ello una de las formas más socorridas con que “la revolución hecha gobierno” intentó permanentemente, para decirlo con sus palabras, “armonizar los intereses del capital y el trabajo” como si el Estado fungiera en ello como un árbitro independiente y neutral. Resultado de estas reuniones, y ante la promesa de aumentos de salarios y otras prestaciones a los trabajadores, los obreros (que habían estado en paro) decidieron jalar las riendas y frenar momentáneamente el ímpetu de su movimiento huelguístico. No fue en realidad un repliegue ordenado. La ciencia del avance y el retroceso, el dominio de la táctica o la “sabiduría del repliegue” que José Revueltas consideraba, entre otros factores, como un elemento fundamental para que un partido o un movimiento obrero *real* operara de manera efectiva, estaba ausente, desde luego, en la Casa. La contención de los obreros duró poco tiempo, y en julio de 1916 estalló de nuevo la huelga general en el D.F. Marjorie Ruth Clark escribe: “Los líderes obreros fueron puestos a disposición de un tribunal militar, juzgados y puestos en libertad, para ser arrestados de nuevo, juzgados por segunda vez y de nuevo absueltos. Todo esto gracias al general Obregón que, aunque era Ministro de Guerra en el gabinete de

⁴⁴ “El 18 de mayo, la Federación de Sindicatos del Distrito Federal puso en circulación una demanda pidiendo que los sueldos se pagasen en oro o en su equivalente en papel moneda a partir del 22 de ese mismo mes. Cuando, pasada esta fecha, el gobierno no dio muestras de ceder a las demandas de los obreros, se declaró una huelga general en el Distrito Federal”, Marjorie Ruth Clark, op. cit., p. 40.

⁴⁵ Citado por Berta Ulloa, op. cit., p. 316. La alusión a la presencia de soldados extranjeros se refiere a la Expedición Punitiva norteamericana (iniciada el 6 de marzo de 1916).

Carranza, no simpatizaba con la actitud de éste. Bajo la amenaza de un tercer juicio, algunos de los miembros del comité, entre los que estaban Alfredo Medina y Reynaldo Cervantes Torres, abandonaron la ciudad de México. Otros se quedaron y permanecieron durante meses en la cárcel antes de ser puestos finalmente en libertad, y a uno de ellos, Ernesto Velasco, se le impuso el castigo previsto por el decreto de Carranza y fue condenado a muerte⁴⁶. A pesar de las palabras con que pretendió defenderse Velasco, diciendo que “todos los que secundamos el movimiento huelguístico pensamos que no podía durar más de 24 horas”⁴⁷, el fallo del Consejo de Guerra fue, como dije, la condena de muerte, a menos que Carranza decidiera indultarlo. Presionado sobre todo por Obregón y la opinión pública, Carranza aceptó conmutar la sentencia por la de cadena perpetua y después de un año optó finalmente por el indulto.

¿Qué reflexión se puede llevar a cabo sobre la huelga general de julio de 1916 y su desenlace? Antes que nada conviene poner de relieve que en este conflicto, como en toda lucha obrero-patronal, cada grupo intenta justificar su actuación ante la opinión pública, evidenciando con ello el choque de dos ideologías, dos concepciones de la vida y hasta dos morales.

Es importante hacer énfasis en que toda lucha económica que contrapone a los trabajadores asalariados y a los dueños de los medios de producción, aparecen los dos primeros términos de la *tríada preposicional* que define a una revolución social, y de la que he hablado ya en diferentes momentos: el *por* (los agentes o promotores del cambio) y el *contra* (los enemigos de la transformación). Pero es de subrayar asimismo que en sentido estricto en la lucha huelguística *no hay un “para” desglosado del “contra”*. El *para* en una revolución es, en efecto, el beneficiario de la pugna de los agentes del cambio y los conservadores o enemigos de la mutación. En la lucha contra la nobleza terrateniente (en Europa) o contra los hacendados (en México) el *para* (o el capitalizador último del proceso) estuvo representado por la dirigencia del *por* (la burguesía nacional) es decir por un factor –una clase- no coincidente con los *enemigos* del proceso revolucionario. En la lucha huelguística, los obreros jamás pueden ser los beneficiarios fundamentales o absolutos del movimiento, ya que, aun suponiendo que salgan victoriosos en sus luchas y que, por consiguiente, se modifique a su favor la relación entre el trabajo *para sí* y el trabajo *para otro* (con lo cual obtienen ciertos beneficios por lo menos temporalmente) *la explotación del trabajo ajeno y con ello la generación de un excedente impago no se erradica*. Por eso Lenin hablaba de “la lucha

⁴⁶ Op. cit., p. 42.

⁴⁷ Citado por Berta Ulloa, op. cit., p. 318.

burguesa de la clase obrera” cuando se refería al embate proletario puramente tradeunionista.

En la breve huelga general que nos ocupa, intervinieron tres protagonistas relevantes: los obreros, los patronos y el gobierno carrancista. Los obreros y sus dirigentes de la COM denunciaron el hecho de que los salarios pagados con papel moneda en permanente proceso de devaluación representaban un descomunal golpe contra las condiciones de vida de ellos y sus familias. Hagamos notar, entre paréntesis, y como contraste con el carrancismo de entonces, “que Emiliano Zapata fue el único que en plena lucha armada acuñó monedas de plata, con ley de oro, de uno y dos pesos, con el fin de facilitar e incrementar las transacciones comerciales, así como para combatir la carestía de la vida dentro de la zona dominada por el movimiento zapatista”⁴⁸.

Es probable y hasta seguro que los patronos también hayan sido perjudicados por la inestabilidad monetaria y el empleo como circulante de los famosos “bilimbiques” en lo que a la esfera de la circulación se refiere, pero ello no modificaba el hecho de que, en la esfera de la producción, la relación salario/ganancia continuara siendo una relación de explotación y que la merma de salario (producida por la devaluación del dinero) incrementase la plusvalía relativa. Aunque en la lucha huelguística no hay, en sentido estricto, un *para* o un beneficiario absoluto de la lucha, como dije, sí hay o es posible que haya ciertos beneficios y prestaciones que, hasta cierto punto, pueden resarcir las condiciones de vida de los operarios y disminuir –aunque no eliminar– la explotación del hombre por el hombre. Los miembros de la Casa tenían la esperanza de que, mediante la lucha, se mejorara la situación de trabajo excesivo y salarios cada vez más castigados. La COM demandaba al gobierno⁴⁹ que obligara a la patronal a restituir el valor de su fuerza de trabajo, pagándoles a los obreros en oro o en su equivalente en papel moneda. Este requerimiento se inspiraba en la ilusión de que el Estado actuara como un Estado autónomo e imparcial, o como una institución que se hallara por encima de las clases y sus antagonismos cotidianos (con una actuación, podríamos decir, “bonapartista”), pero el Estado carrancista estuvo lejos de actuar de esa manera. En realidad se trataba de un Estado larvario, en vías de construcción, y que no se encontraba, en ese difícil momento de la lucha revolucionaria, en una situación en que quisiera y pudiera ejercer ningún tipo de autonomía relativa. Era un Estado represor, antiobrero, que llegó incluso a

⁴⁸ Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata*, Libro-Mex Editores, México, 1960, p. 203.

⁴⁹ conservando todavía ciertas ilusiones, la verdad es que ya muy disminuidas, en el poder público que había llevado a cabo el Pacto del 17 de febrero de 1915.

algo inconcebible en cualquier país republicano: blandir la pena de muerte contra el movimiento obrero.

La patronal no jugó, en apariencia, un papel protagónico en el conflicto. La verdad es que no lo necesitaba: el gobierno se adhirió de hecho a la acción conservadora de los capitalistas –asimilándose al *contra* de la huelga o a los enemigos capitalistas de la huelga obrera- y siendo como era un gobierno armado hasta los dientes o, lo que tanto vale, el factor material determinante, impuso por la fuerza el dominio de los intereses del capital sobre los del trabajo.

El gobierno carrancista utilizó todo el espectro de sofismas antiobreros justificatorios de su actuación. Pero el argumento fundamental que blandió contra la COM y sus dirigentes fue el patriotismo. No era una novedad. Uno de los dispositivos más comúnmente empleados por la burguesía en todas partes es acusar a los obreros en lucha de antipatriotas e incluso traidores cuando la nación se halla real o ficticiamente amagada por otra. Con esto pretende justificar su acción represora ante la opinión pública, en el entendido, según dijo, de que cuando la patria pelagra, las contradicciones de clase pasan o deben pasar a segundo plano. Conviene recordar que unos meses antes del estallido de la huelga general, o sea en marzo de 1916, había tenido lugar la expedición punitiva norteamericana a la búsqueda en territorio nacional de Francisco Villa, después de que éste se internara en Estados Unidos y atacase a Columbus, Nuevo México⁵⁰. Esta penetración en territorio nacional del ejército norteamericano comandado por John J. Pershing, le sirvió de excelente pretexto a Carranza para denunciar a los operarios paristas de traidores a la patria ya que, entre otras razones, con su suspensión de actividades (la luz, etc.) estaban impidiendo que las usinas constructoras de armamento militar (cartuchos, etc.) funcionaran con la regularidad requerida. Lo que no decían los carrancistas es que ellos eran responsables de la invasión extranjera, ya que el Primer Jefe se puso de acuerdo con el presidente Wilson para que éste enviara tropas al norte de México en ayuda a los carrancistas que perseguían al general Francisco Villa, y que, a pasar de que la invasión se fue incrementando, la “patria en peligro” no era otra cosa que una pantalla o pretexto para desmovilizar a la insurgencia obrera y beneficiar a los dueños de los medios de producción⁵¹. Para armar debidamente su tinglado el

⁵⁰ Los norteamericanos no volvieron a su país sino hasta el 5 de febrero de 1917, sin poder capturar a Villa, y lo hicieron ante la decisión de participar en la primera guerra mundial.

⁵¹ El gobierno de Estados Unidos, por conducto del secretario del Departamento de Estado, señor Robert Lansing, dirigió al gobierno de facto carrancista la siguientes palabras, entre otras: “Es un asunto de verdadera gratitud para el gobierno de Estados Unidos, que el gobierno de “facto” de México haya demostrado su espíritu tan amistoso y cordial de cooperación en los esfuerzos de las autoridades americanas

carrancismo añadió a lo dicho con anterioridad, la aseveración de que el movimiento de huelga no era nacional, sino que estaba instigado desde afuera por la organización obrera anarquista o sindicalista revolucionaria Industrial Workers of the World (IWW) y desde dentro por extranjeros incrustados en su directiva. Aunque, a decir verdad, la huelga general de julio de 1916 no fue una huelga que pretendiese destruir las relaciones burguesas de producción – porque sus demandas eran estrictamente económicas o tradeunionistas- y aunque la solución de esta *huelga general* podría haber sido otra que la *represión general*⁵² develó el carácter profundamente antidemocrático y antiproletario de Carranza.

5. Una revolución se reconoce por sus frutos. Los vencidos (por el lado del conglomerado de fuerzas revolucionarias) puede haber jugado un papel importante, incluso crucial; pueden haber erguido banderas más justas e ideologías más avanzadas; pero los vencedores son quienes, adueñándose del poder, instauran el nuevo régimen y despliegan las características definitorias de éste. El proceso confirmativo del beneficiario fundamental de la revolución no es nada fácil. Quienes derrotan al ala radical del proceso de cambio no constituyen por lo general un grupo homogéneo, sin fisuras, capaz de inaugurar la historia de la nueva formación social sin contradicciones y reajustes. El triunfo sobre los adversarios populares, es el inicio de las luchas intestinas de los vencedores o lo que me gustaría denominar los *reacomodos del “para”* o sea del capitalizador definitivo de la insurrección. ¿Cuál es el criterio para reconocer el desplazamiento y dominación del *por* (o sea de los agentes de la revolución) por el *para* (o sea los beneficiarios de ella)? Este criterio no es otro que la derrota material o armada de los enemigos. No sólo el triunfo sobre el *contra* (o sea el antiguo régimen), sino sobre aquellos sectores del frente revolucionario que, dados sus intereses de clase, querrían empujar la revolución hacia niveles más altos o perspectivas diferentes a los requeridos por los vencedores y sus intereses clasistas. En lo que a la revolución mexicana se refiere, el carrancismo se perfila como el *para* beneficiario inicial del proceso, porque, por un lado, la revolución triunfó sobre el ejército federal porfirista y huertista⁵³ y, por otro, derrotó al villismo, al zapatismo y al movimiento obrero representado por los trabajadores

para aprehender y castigar las bandas de hombres fuera de la ley”..., citado por Porfirio Palacios, *Ibid.*, p. 210.

⁵² Durante el gobierno democrático-burgués *populista* del general Cárdenas, por ejemplo, el estallido de huelgas fue solucionado en general atendiendo las demandas obreras, lo cual, aun beneficiando a la fuerza de trabajo, estaba lejos de cuestionar las relaciones productivas que conforman la estructura económica del modo de producción capitalista.

⁵³ La derrota que Villa y Pánfilo Nateras inflingieron al general Medina Barrón en Zacatecas es un claro indicio de ello.

organizados de la COM. Desde el punto de vista del poder, el carrancismo se quedó como dueño indiscutible del escenario político nacional. Luego vendrán Obregón, Calles, Cárdenas y, con ellos, nuevos reajustes de la democracia burguesa entronizada en el poder por la revolución, pero esto es otra historia.

6. Una cuarta etapa del socialismo anarquista en nuestro país está representada por la Confederación General de Trabajadores (CGT) organizada en 1921 y que –conservando no sin dificultades su espíritu ácrata- duró hasta 1931. Es conveniente señalar que el anarquismo teórico, pero más que nada práctico, ha jugado un papel importante y a veces fundamental durante por lo menos cinco décadas –tres en el siglo XIX y dos en el siglo XX- en la historia de nuestro país. Cuatro son los momentos principales de este anarquismo: 1) el socialismo artesanal, 2) el magonismo, 3) la Casa del Obrero Mundial y 4) la CGT. Es conveniente asimismo subrayar que los cuatro movimientos anarquistas fueron derrotados, no sólo por la mayor fuerza del enemigo, sino por ciertas debilidades –que resulta imperioso investigar- inherentes a su concepción y a su práctica. Fueron derrotados, sí; pero eran manifestaciones de un pensamiento social tan vigoroso en su esencia que en todos los casos –salvo, al parecer, en el cuarto momento- tras cada derrota resurgía el interés por los planteamientos del socialismo antiautoritario y se reemprendía el camino.

La CGT vive una situación asaz diferente a las otras etapas del anarquismo. El primer momento tiene lugar durante los pródromos y la consolidación del Estado nacional, es decir, en el curso de las presidencias de Benito Juárez y Lerdo de Tejada, inicialmente, y de Porfirio Díaz, después. El segundo y el tercer momentos –o sea el magonismo y la COM- surgen durante la revolución o, lo que tanto vale, en medio de los conflictos del “por” contra la dictadura porfirista, y de la lucha intestina de las facciones revolucionarias. El cuarto aparece en una de las fases iniciales de la “revolución hecha gobierno” o en una de las primeras fases del “para” de la revolución (los cuatrienios de Obregón y Calles).

La CGT surgió como una escisión de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Esta última había nacido en el Congreso de Saltillo el primero de mayo de 1918. A este congreso asistieron delegaciones de muchas partes del país y fue inicialmente el escenario de una feroz lucha entre los reformistas (a la manera de Luis Morones, político obrero muy cercano a Obregón) y los radicales (predominantemente anarquistas). El triunfo estuvo de lado, como se sabe, de los reformistas, que en lo sucesivo mantuvieron buenas relaciones con el gobierno interino de De la Huerta e inmejorables con

el de Obregón. Los descontentos con la política de la CROM –afiliada desde sus inicios a la norteamericana American Federation of Labor (AFL) que dirigía el sindicalista conservador Samuel Gompers- intentaron formar una central obrera izquierdista (de anarcosindicalistas y socialistas) pero por lo pronto no lo lograron.

Posteriormente, varios de los sindicatos más combativos del DF –como el de los tranviarios, el de los obreros textiles y el de los panaderos-, junto con otros muchos, después de recusar las conferencias en Laredo entre la CROM y la AFL, organizan el Comité de la Formación Comunista del Proletariado Mexicano que convoca a una Convención Radical Roja que tiene lugar del 16 al 22 de febrero de 1921, y que es de donde surgió la CGT en febrero del mismo año⁵⁴. Al principio los cegetistas se daban el nombre a sí mismos de sindicalistas revolucionarios –denominación que podían aceptar sin dificultades tanto los anarquistas como los socialistas partidarios del bolchevismo. Según se dice, fueron 43 agrupaciones las que integraron inicialmente la nueva organización, entre las que destacaban sindicatos pertenecientes a las industrias textil, tabacalera, del transporte, telefónica, minera, artes gráficas, de la rama agrícola, etc. Tenía como su columna vertebral la Federación de Sindicatos de Trabajadores de Hilados y Tejidos del DF, Estado de México y anexas.

Así como la CROM naciente fue, como dije, el escenario en que tiene lugar una violenta lucha entre los reformistas moderados y los radicales (socialistas y anarquistas), y en que los primeros se imponen ostensiblemente sobre los segundos, la CGT recién nacida se convierte en un campo de batalla entre los anarquistas o anarcosindicalistas y los comunistas partidarios de la KOMINTERN, y en que los primeros acaban por derrotar a los segundos. Como puede advertirse, los conflictos que encarnan la CROM y la CGT incipientes son de diferente carácter. En la CROM entran en colisión el reformismo burgués (no muy distante de la socialdemocracia europea) y el socialismo anticapitalista. La derrota de este último, define a la CROM no sólo como reformista o gobiernista, sino como uno de los dispositivos más importantes para consolidar el poder del beneficiario de una revolución hecha *por* la democracia *para* la burguesía. En la CGT inicial la erradicación del reformismo como definición primera, equivale a la conformación de una agrupación obrera anticapitalista que intenta salirse del proceso de

⁵⁴ Francie R. Chassen de López escribe: En la Convención “tres tendencias estaban presentes: la anarcosindicalista de Herón Proal (del Sindicato Revolucionario de Inquilinos de Veracruz) y Jacinto Huitrón de la IWW; la sindicalista conservadora de Rosendo Salazar y José Escobedo; y la comunista de José Allen”, op. cit., p. 38.

consolidación del *para* democrático-burgués representado por los rebeldes victoriosos del plan de Agua Prieta.

Pero el socialismo anticapitalista, desde los conflictos de Marx y Bakunin, está lejos de ser homogéneo. La exclusión de un tipo de socialismo por parte del otro siempre acarrea problemas⁵⁵. Cuando una organización predominantemente anarquista -como la CGT- excluye o expulsa a los marxistas, está excluyendo o expulsando ciertos aspectos irrenunciables de la ciencia política. Y viceversa, cuando una agrupación eminentemente marxista -como la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) o la Liga Nacional Campesina (LNC)- combate y rechaza a los anarquistas, está combatiendo y rechazando otros elementos imprescindibles de la teorización y la práctica de la clase obrera en su lucha contra el capital. En otro apartado de este libro⁵⁶ he mostrado que, a pesar de sus respectivas pretensiones de absolutismo teórico, tanto el marxismo como el anarquismo son *unilaterales*: a cada uno le falta algo que se halla, por lo menos en esbozo o como insinuación, en el otro. Esto no quiere decir, como es obvio, que puedan o deban cooperar sobre la base del eclecticismo o de la “unidad a toda costa”. Resulta extraño, paradójico y a primera vista incomprensible, que el anarquismo y el marxismo no puedan actuar, de manera pertinente -es decir de modo no sólo destructivo sino constructivo- ni separados, ya que uno necesita del otro, ni unidos, porque el eclecticismo aglutinador embota su efectividad práctica y produce un resultado que no es el perseguido por ellos. ¿Dónde está, pues, la solución? Esta última no puede hallarse ni en un desdén o subestimación del “otro”, ni en una suma o conjunción acrítica de ambas doctrinas, sino en una *síntesis superadora* de ellas⁵⁷. No voy a insistir ahora en este tema. Pero sí deseo reafirmar que la exclusión de los socialistas bolchevizantes de la CGT hizo que predominara en esta confederación un tipo de socialismo -el anarcosindicalismo- limitado y unilateral.

Aunque los organizadores de la Convención (ya mencionada) que dará pie al nacimiento de la CGT, enfatizan, en las conclusiones de dicha asamblea, que ningún miembro de la Confederación “podrá formar parte de ningún partido político so pena de ser declarado traidor a la causa”⁵⁸, también dicen: “La CGT no tendrá ligas con ningún partido político que no acepte la necesidad inmediata de destruir el sistema capitalista por medio de la acción directa

⁵⁵ Y también, desde luego, la coexistencia irresoluta de ambos.

⁵⁶ En “El otro socialismo”.

⁵⁷ O en una puesta en acción del método al que he dado el nombre de *sincretismo productivo*.

⁵⁸ Conclusiones de la Convención convocada por la Federación Comunista del Proletariado Mexicano, volante, s.f., 40 p. Archivo de José C. Valadés (AJV).

revolucionaria”⁵⁹. La razón de esta ambigüedad o contradicción en el texto se debe a que si bien la nueva Confederación desea actuar al margen y con independencia de los partidos políticos, hay uno, el PCM –fundado en 1919– que jugó un papel importante en la gestación de la CGT y que ésta, por lo menos al inicio de su conformación, no puede dejar de lado sin más ni más. Es importante subrayar aquí que, durante algunos meses, la CGT se manifestó como un ámbito en que los dos hermanos en lucha fratricida, acicateados por su común denominador anticapitalista, intentan coexistir y luchar codo con codo contra el enemigo común, y es importante también hacer énfasis en que tal propósito, basado en los buenos deseos, tuvo necesariamente que fracasar ya que el eclecticismo o el intento artificial de unificar lo diverso invariablemente conduce a la incapacidad práctica o al fracaso político. Siete meses después de su fundación, cuando la CGT celebre su primer congreso, estallará la pugna ideológico-política y los comunistas se verán obligados a salir de la Confederación. Los comunistas –escriben José Luis Reyna y Marcelo Miquet– “habían logrado cierta importancia y organización como consecuencia de la repercusión mundial que trajo consigo el triunfo de la Revolución Rusa. En México se organiza el Grupo Marxista Rojo, adherido al Bureau Latinoamericano de Apoyo a la Revolución Rusa, coincidiendo con la llegada de representantes soviéticos para establecer contactos con las agrupaciones laborales. En diciembre de 1920 se crea la Federación Comunista del Proletariado Nacional, vinculada al Partido Comunista y a la Federación de Jóvenes Comunistas. Cuando en 1921 se convoca a la Convención Roja, ésta organiza la CGT, inspirada por la Federación”⁶⁰. Lo que conduce momentáneamente a la colaboración de los anarquistas y los comunistas no es sólo, por consiguiente, el ideario anticapitalista inherente a ambas posiciones, sino también el entusiasmo o por lo menos la atracción que produjo en prácticamente todos los socialistas revolucionarios del mundo la revolución de octubre. No es posible dejar de tener en cuenta que la manera en que los comunistas y los anarquistas “vivieron” e interpretaron los acontecimientos rusos fue, en general, muy diferente: los comunistas, regocijados en extremo, la consideraron como el esperado fin del capitalismo y como el inicio, por ende, de la construcción de una sociedad emancipada, socialista, tendente a la desaparición de las clases sociales. Los anarquistas fueron en general –aunque no dejó de haber excepciones– más cautos, escépticos y reticentes. Pedro Kropotkin –que volvió a Rusia después de la

⁵⁹ Ibidem.

⁶⁰ “Introducción a la Historia de las organizaciones obreras en México: 1912-1966, en José Luis Reyna/Francisco Zapata/Marcelo Miquel Fleury/Silvia Gómez Tagle, *Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*, Jornadas 80, El Colegio de México, México, 1978, pp. 31-32.

revolución bolchevique- tras de criticar cáustica y acerbamente ciertos aspectos de la política leninista, no deja de reconocer que “Con todo y estas muy serias deficiencias, la Revolución de Octubre ha traído un enorme progreso. Ha demostrado que la revolución social no es imposible, cosa que la gente de la Europa Occidental ya había empezado a pensar, y que, a pesar de sus defectos, está trayendo algún progreso en dirección a la igualdad”⁶¹. Tanto los seguidores de Kropotkin o Malatesta, como los discípulos de Lenin y Trotsky veían con simpatía la sustitución del régimen capitalista por una república de soviets (o consejos) organizados con independencia de las instituciones y los intereses de la burguesía. Pero interpretaban de diferente manera el papel de los soviets en el cambio social. Para los comunistas –ya desde la revolución de 1905- la autoorganización espontánea del pueblo trabajador en consejos independientes, significaba un gran avance en el proceso revolucionario; pero dichos soviets –como los comités obreros o los sindicatos- debían hallarse subordinados al Partido Comunista, ya que éste, a diferencia de la clase obrera en cuanto tal, era la conciencia comunista organizada. Para los anarquistas, en cambio, los soviets –o sea la autoorganización “desde abajo” de los trabajadores- debía ser la infraestructura, el soporte o el alma no sólo de la aniquilación del sistema productivo capitalista y de su Estado, sino de la construcción de un socialismo tendente a la organización anárquica futura de la colectividad. De ahí que escriba Kropotkin: “Sin la participación de las fuerzas locales, sin una organización desde debajo de los campesinos y de los trabajadores por ellos mismos, es imposible construir una nueva vida. Pareció que los soviets iban a servir precisamente para cumplir esta función de crear una organización desde abajo. Pero Rusia se ha convertido en una República Soviética sólo de nombre. La influencia dirigente del “partido” sobre la gente... ha destruido ya la influencia y energía constructiva que tenían los soviets, esa promisoría Institución. En el momento actual, son los comités del partido, y no los soviets, quienes llevan la dirección en Rusia. Y su organización sufre los defectos de toda organización burocrática”⁶². No es este el lugar para resolver –o intentar hacerlo- la que podríamos llamar “polémica histórica” del marxismo y el anarquismo; pero no quiero dejar de decir –y esta aseveración se vincula con otros planteamientos sobre el mismo tema que he realizado en diversos apartados de este texto- que, a mi entender, ni una teoría ni la otra “dan en el clavo” o resuelven el complejísimo problema de no sólo dar al

⁶¹ Piotr Kropotkin, *Carta a Vladimir Illich Lenin*, Dmitrov 21 de diciembre de 1920, <http://www.org/fau/teoría-anarquista/Kropotkin/2.htm>

⁶² Piotr Kropotkin, *Carta a Vladimir Illich Lenin*, Dmitrov, 4 de marzo de 1920, <http://www.org/fau/teoría-anarquista/Kropotkin/1.htm>

traste con el capitalismo sino de construir (no una dictadura intelectual-burocrática) sino un socialismo autogestivo. A los anarco-sovietistas les *faltaba* concebir, idear, construir un centro supervisado y eficiente, y a los comunistas les *sobraba*, por así decirlo, poder partidario-estatal que, desde su inicio, empezó a hipertrofiarse hasta convertirse en férrea dictadura”⁶³

La luna de miel entre comunistas y anarquistas en la CGT duró poco. Es cierto que Manuel Díaz Ramírez –miembro tanto del PCM como de la CGT- había asistido a Rusia en septiembre de 1921 como representante de la Confederación ante la Internacional Sindical Roja, y que tuvo la oportunidad de conversar con Lenin sobre los problemas del socialismo en nuestro país⁶⁴. Es cierto asimismo que –como se muestra en *El obrero comunista*, No. 3 del 1º. de septiembre de 1921- el PCM, buscando una manera idónea para convivir con los anarquistas, propuso que se dividiera el trabajo entre ambas tendencias, de modo tal que tocara a los anarquistas el trabajo sindical y al PCM la propaganda ideológica⁶⁵. Pero los intentos de unidad eran vanos y las razones para irse cada quien por su lado se fueron fortaleciendo. Los comunistas estaban inconformes con la situación y más cuando se enteraron de que la orientación que había dado Lenin a Díaz Ramírez iba por el lado de la necesidad de deshacerse de los anarquistas. Los anarquistas por su lado no podían aceptar una división del trabajo en que un elemento tal delicado y fundamental como la propaganda ideológica estuviera bajo el dominio del “socialismo autoritario”. A pesar entonces de los deseos de actuar en común contra el capitalismo que se había entronizado en el país con el triunfo de los revolucionarios sonorenses, anarquistas y marxistas sostienen puntos de vista tan diversos que se vieron en la obligación de separarse, boicotarse mutuamente y, paradójicamente, perjudicar muy en serio a su objetivo común de lucha.

Una vez desembarazados de los comunistas, los miembros de la CGT afinaron su teoría política e intentaron llevarla a la práctica: se trataba de la *acción directa*, es decir, de la lucha de clase contra clase con exclusión de todo tipo de participación política.

⁶³ Llama la atención la agudeza clarividente de Kropotkin cuando advierte que la destrucción del capitalismo no significa sin más ni más el inicio de la construcción del socialismo. Arguye: “Una cosa es indiscutible. Aun si la dictadura del proletariado fuera un medio apropiado para enfrentar y poder destruir al sistema capitalista, lo que yo dudo profundamente, es definitivamente negativo, inadecuado para la creación de un nuevo sistema socialista”, *Carta a Vladimir Illich Lenin*, Dmitrov, 4 de marzo de 1920, Ibidem.

⁶⁴ Consúltese Manuel Díaz Ramírez, “Conversando con Lenin”, en *Liberación*, No. 8, noviembre-diciembre de 1957.

⁶⁵ Citado en Paco Ignacio Taibo II y Rogelio Vizcaíno, *Memoria Roja. Luchas sindicales de los años 20*, Ediciones Leega/Jucar, México, 1984, p. 139.

Para hacernos de una idea clara del papel histórico jugado por la CGT desde su nacimiento hasta el momento de su decadencia y transformación, conviene aludir a sus congresos. Este período, que va de 1921 a 1931, es un amplio período anarquista, lo cual le hace decir a Rocío Guadarrama que la CGT “hasta el término del gobierno de Calles, se opuso a cualquier forma de colaboración”⁶⁶.

La CGT lleva a cabo nueve congresos en el curso de 10 años⁶⁷. Tanto en el Primer Congreso –que tiene lugar del 15 al 21 de febrero de 1921, esto es, durante el régimen obregonista-, como en el Segundo, de 1922, se puede decir que hay una búsqueda de definición ideológica, en el sentido que ya hemos visto, o sea, de deslinde respecto al comunismo y de esclarecimiento de su línea sindical de lucha que no es otra que la acción directa. Sólo en el Tercer Congreso (1923) aparece la ideología cegetista propiamente dicha (anarco-sindicalista) ya deslindada de la marxista. Escriben los cegetistas: “Para poder defendernos y educarnos, así como para conquistar la completa emancipación de los obreros y campesinos, aceptamos como principio fundamental la lucha de clases reconociendo que no hay nada en común entre la clase laborante y la clase explotadora; sostenemos como aspiración suprema el comunismo libertario y como táctica de lucha la acción directa, que implica la exclusión de toda clase de política y el sistema racionalista para la instrucción del pueblo trabajador”⁶⁸. Hagamos un examen sucinto de esta cita. En ella aparecen los siguientes temas: 1) la lucha de clases como principio fundamental de combate, 2) el comunismo libertario como aspiración suprema, 3) la acción directa como táctica de lucha y 4) el sistema racionalista como modelo educativo para el pueblo trabajador. En el punto 1 parece haber coincidencias entre el anarquismo cegetista y el comunismo, por lo menos desde el punto de vista de que para ambas corrientes socialistas el tipo de relación existente entre la “clase laborante” y el capital es una relación de explotación. En cambio, en el punto 2 las dos tendencias se distancian y contraponen. Los marxistas, conscientes del poder de la burguesía y de la contrarrevolución a la hora del cambio social, quieren generar un Estado –la dictadura del proletariado- al servicio de los explotados, pero esto acaba por arrojarlos a la *enajenación estatista*, ya que, lejos de gestar un dominio del proletariado sobre el viejo régimen, crean una dictadura partidaria sobre los trabajadores.

⁶⁶ *Los sindicatos y la política en México: la CROM 1918-1928*, ERA, México, p. 123.

⁶⁷ En el breve examen que realicé de estos congresos me baso en lo fundamental en “La Confederación General de Trabajadores (1921-1931). Obreros Rojos” de Guillermina Baena Paz en *75 años de sindicalismo mexicano*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1986, pp. 365-380.

⁶⁸ Bases de la CGT aprobadas en el Tercer Congreso, *Acta del Tercer Congreso incompleta* (Archivo de José C. Valadés) y *Nuestra Palabra*, 31 de octubre de 1924, p. 3. Consúltese *75 años de Sindicalismo Mexicano*, *Ibid.*, p. 371.

Los anarquistas, que perciben claramente este peligro, rechazan terminantemente toda recreación del poder estatal, lo cual, siendo verdad, obnubila de tal manera su pensamiento que los lleva a hablar y a creer en un cambio abrupto sin régimen de transición. No teorizan, entonces, la necesidad de lo que he llamado en otra parte la Comuna Operativa Transitoria (COT)⁶⁹.

En el punto 3 también hay diferencias. Para los comunistas a veces es conveniente adoptar la táctica de la acción directa, pero no siempre, dependiendo una cosa u otra –y aun una mezcla de ambas- de las circunstancias imperantes. Además del problema de la “dictadura del proletariado”, al que se aludió, el comunismo marxista le da importancia a temas como el de las alianzas (y su fundamento: la existencia de enemigos principales y secundarios), sufragio en todos los niveles (o la participación electoral), el de la creación y consolidación del partido-vanguardia y el del carácter (violento o pacífico) de la revolución. El marxismo rechaza entonces la táctica absolutizada de la *acción directa* por parecerle unilateral y rígida o, para decirlo con la terminología de entonces, por caer en el sectarismo. En el planteamiento del comunismo tradicional, sin embargo, no sólo existe la tendencia irrefrenable hacia la enajenación estatista –la gestación de un régimen *intelectual-burocrático*, si el proceso revolucionario sale victorioso-, sino el peligro del oportunismo derechista, del electorerismo y la colaboración, consciente o no, con el enemigo. El anarquismo cegetista piensa que la táctica de lucha para construir finalmente el comunismo libertario es la acción directa, lo cual conduce a veces –no hay que negarlo- a cierta estrechez de miras y a una suerte de primitivismo táctico: a todos los enemigos se les coloca en el mismo plano. El desdén por los matices, y las consecuencias prácticas de ello, hacen que la lucha de clases del proletariado dé un tropiezo tras otro y no pocas veces termine en el fracaso y la bancarrota. La alianza con el enemigo secundario en contra del enemigo principal, con frecuencia le parece al anarquismo obscena y riesgosa. La participación electoral, invariablemente enajenante y desafortunada. La organización partidaria, la génesis de un pequeño Estado. En varios de estos puntos, o en algunos aspectos implicados en ellos, el pensamiento ácrata tradicional tiene razón y la formulación teórica y la asimilación práctica de ellos es un vislumbre y una lección, pero otros adolecen –si tomamos en cuenta las condiciones históricas que traen consigo el régimen capitalista y el imperialismo- de un esquematismo extremista que vuelve ineficaz la acción. Se puede afirmar, entonces, que la “pureza doctrinaria” del anarquismo apoliticista invariablemente acaba por conducir al aislamiento y hasta a la proliferación de

⁶⁹ De la que hablo en otro de los capítulos de este texto.

grupúsculos narcisistas que, presos de descontento y sumergidos en la furia contestataria de todos los días, coexisten sin verdaderos problemas con la formación capitalista.

En el punto 4 también existen diferencias de peso, y no sólo porque la escuela racionalista –gestada principalmente por el pedagogo antiautoritario Ferrer Guardia- tiende al materialismo científicista, mientras que la educación marxista se basa en el materialismo dialéctico y en la interpretación materialista de la historia, sino porque –cayendo en una antinomia en apariencia irresoluble- los anarquistas veían en el Poder su principal enemigo, en tanto que los marxistas lo vislumbraban en la explotación, y esta contraposición de pareceres –que no halla su síntesis superadora verdadera- se convierte en el nódulo a partir del cual se separan y contraponen los modelos educativos del marxismo y el anarquismo.

En 1925 –durante su IV Congreso, que tiene lugar al inicio del régimen callista- la CGT empieza a abandonar su extremismo. Antes planteaba que los obreros se apoderaran de las fábricas y los campesinos de las haciendas, influidos por el agrarismo zapatista. Ahora la CGT rechaza esta doble línea de acción –que le hace enfrentarse a enemigos cada vez más poderosos, sin que les sea dable ampliar su fuerza laboral de combate⁷⁰-, aunque no deja de echar mano de las huelgas, los paros, los boicots. En este congreso, a diferencia de los precedentes, la CGT se preocupa ostensiblemente, como puede advertirse, por los campesinos. Los núcleos más poderosos de campesinos adheridos a la CGT se encontraban en Nayarit, Veracruz, México y Puebla. Estos sindicatos se hallaban conformados por campesinos que habían adquirido tierras más por la lucha que por un reparto “desde arriba” y se organizaban para defenderlas. En Puebla, por ejemplo, se formó una Federación campesina con 67 sindicatos que, además de llevar a cabo la política defensiva de sus tierras, proporcionó grandes cantidades de cereales a los huelguistas de la CGT que se hallaba en pie de lucha en Veracruz.

El V Congreso de la CGT ha sido caracterizado como un congreso de reestructuración y consolidación organizativa. Además de afinar y dotar de mayor precisión y ductilidad a sus estatutos, “se aclara su postura ante los problemas nacionales, con énfasis particular en la cuestión campesina y obrera, e internacionales, lo cual le da presencia en Europa y Latinoamérica”⁷¹. La CGT siempre tuvo interés de relacionarse con el movimiento obrero extranjero de la misma orientación que la suya. Ya el 15

⁷⁰ Dado que la mayor parte de los trabajadores cae bajo el dominio del sindicalismo amarillo de la CROM.

⁷¹ Guillermina Baena Paz, *ibid.*, p. 371.

de septiembre de 1923, tras de romper con la Internacional Sindical Roja de Moscú, se adhirió a la Internacional Working Men's Association con sede en Berlín. Ahora pondrá más el acento en sus relaciones con el movimiento sindical extranjero (sobre todo anarquista) porque la CGT se consideraba parte de un movimiento internacional y no una agrupación única y exclusivamente nacional.

Dos años después, en 1928, cuando tiene lugar el VI Congreso, la Confederación transita de la culminación que caracteriza al V Congreso al declive o franco inicio de la decadencia. Factores socio-políticos del momento, aunados a las dificultades y hasta inoperancia de la acción directa (que implicaba, como vimos, la abstención política), condujeron al viraje evidenciado en este Congreso. El VI Congreso se ve invadido por las dudas de si su táctica central es la apropiada, y aunque insiste en luchar por viejas reivindicaciones, no puede impedir la aparición de cierto inmovilismo.

El VII Congreso, de 1929 –el año crucial de la sucesión presidencial y de la consolidación del PNR, nacido por entonces- pone de relieve la mala situación que, en comparación con el pasado, vive la CGT, agraviada por la desorientación ideológica, las pugnas internas –que llevan a la separación de varios cuadros- y la incidencia de la depresión económica del 29 en el movimiento obrero nacional, lo cual aumenta las dificultades de recuperación y desarrollo de la Confederación.

La reflexión que llevan a cabo los cegetistas sobre el funcionamiento y la efectividad de su central obrera, conduce, imperceptiblemente primero, y de manera deliberada y contumaz después, a poner en tela de juicio la concepción anarcosindicalista originaria y a modificar, si no todos, sí algunos de los principios medulares de ella. Esta tendencia, que se hace cada vez más evidente y vigorosa, estallará de manera inocultable en el VIII Congreso de la CGT, que tiene lugar en 1930. La asamblea se ve, en efecto, en la necesidad de hacer públicos los conflictos ideológicos que la embargan, la desorientación táctica que limita y carcome su práctica diaria y la visible reducción de su influencia social.

El IX Congreso, que se realiza en la época de Pascual Ortiz Rubio en 1931, pone en un brete a la CGT. He aquí por qué: “Es ya un hecho la reglamentación a la Ley Federal del Trabajo y la organización cegetista ha de optar entre perder a sus miembros o encuadrarse en los lineamientos que el Estado le ha marcado”⁷². Las Juntas de Conciliación y Arbitraje de la Secretaría del Trabajo entran en contradicción, en efecto, con la táctica

⁷² Ibid., p. 372.

anarquista de la *acción directa* –clase contra clase, al margen de la acción política. La CGT opta por adherirse a los lineamientos oficiales, lo cual no tiene otro significado, en fin de cuentas, que el sumarse a la estructura global y jerarquizada del beneficiario de la revolución (o el *para* de la misma).

El cuestionamiento de la ideología anarquista o, al menos, de la acción directa que la CGT tenía como su modo específico de actuar, presentaba dos posibles “soluciones” o salidas: la marxista –que en aquel momento era ya francamente estalinista- o la democrático-burguesa. La CGT, no sin dificultades, optó por la segunda, y así como el zapatismo –después de asesinado Zapata- se entrega al obregonismo, la CGT le abre los brazos amorosamente al maximato callista y al cardenismo.

El IX Congreso, en un inocultable viraje derechista, expulsa a los anarquistas que permanecían aún en su dirección y decide participar –“por razones de supervivencia” decían los “renovadores”- en las Juntas de Conciliación y Arbitraje. La ruptura de la CGT con su ideario opositor y radical y su domesticación por parte de la “revolución hecha gobierno” se produjo, como se dijo, “al reglamentarse la Ley Federal del Trabajo, con ella la acción directa se vuelve inoperante, la solución a los problemas laborales se lleva a un cauce legal”⁷³. Esta tajante transformación de la CGT no se hizo sin contradicciones y de manera unitaria, sino que pudo llevarse a cabo tras de una lucha intestina que condujo a la Federación Local de Trabajadores del DF, impulsada por Enrique Rangel, a separarse de la Confederación y a justificar su acción con los siguientes términos: “Nos separamos de la CGT, porque aparte del nombre, ella no constituye ya ninguna de las cosas que la integraron al principio; ha perdido su ética desde que su Pacto confederal y Declaración de principios están siendo pisoteados cínica y deliberadamente por la camarilla que mangonea su representación y la de la Federación General Obrera del Ramo Textil, sin que valieran las constantes protestas de numerosos sindicatos y de esta Federación Local”⁷⁴.

A partir de este momento, la CGT sigue un camino irrefrenable de degeneración política: en 1932 se integra a la Cámara de Trabajo; en 1936 se asocia con la CROM –su enemiga histórica- en contra de la CTM; en 1941, en unión de obreros de la CROM y de la CTM, integra la Federación Sindicalista Revolucionaria de Obreros y Campesinos del DF y durante el sexenio de Díaz Ordaz forma parte del Congreso del Trabajo.

⁷³ Ibid., p. 375.

⁷⁴ *Manifiesto* de la Federación Local de Trabajadores del DF, México, DF, julio 12 de 1931, citado por Guillermina Baena Paz, Ibid., p. 377.

7. La CGT es la última manifestación importante del anarquismo organizado en nuestro país. Tiene en común con sus antecedentes –el anarquismo decimonónico, el magonismo y la Casa del Obrero Mundial- el hecho de que acabó por ser derrotada. La CGT presenta, sin embargo, dos diferencias importantes con el magonismo y con la COM: en primer lugar, mientras el magonismo y la Casa son vencidos en diferentes etapas del proceso revolucionario, la CGT lo es al inicio de la revolución triunfante; en segundo término, en tanto el magonismo y la COM fueron derrotados fundamentalmente –aunque no únicamente- por sus enemigos de clase, la CGT lo fue principalmente –pero también no sólo- por un proceso degenerativo de sus dirigentes con mayor influencia obrera.

Es muy digno de tenerse en cuenta que el estrato de los agentes de la revolución (o el *por* de la misma) que, convirtiéndose en el factor hegemónico, va a usufructuar finalmente el proceso revolucionario, emprende normalmente dos luchas: una hacia arriba y otra hacia abajo. No sólo combate el poder del enemigo contra el que se levanta (o sea el viejo régimen) sino también pugna por dismantelar aquellas franjas de los participantes de la revolución que, empujados por intereses de clase opuestos al *por hegemónico* que pugna por convertirse en *para*, tratan de dar un cauce distinto a la revolución. Esto es lo que acaece con el carrancismo (heredero del maderismo): ciertamente que contiende primero contra el porfirismo y el huertismo (primera lucha) pero al mismo tiempo, o casi, se lanza contra el zapatismo, el villismo y el anarquismo (segunda lucha). Cuando el *por dirigente* se convierte en *para* o, lo que es equivalente, cuando los participantes victoriosos se transforman en usufructuarios del movimiento, la segunda lucha o lucha hacia abajo lejos de desaparecer se convierte en la acción principal del nuevo poder. Si el *por dirigente* de la revolución representa los intereses de una burguesía en afán y trance de modernizarse, estos revolucionarios tendrán el doble objetivo de “sacar de la historia” a la burguesía víctima del atraso y el estancamiento, que se halla dictatorialmente enclavada en el poder (como el porfiriato) y de derrotar, dispersar y subordinar a las incómodas y peligrosas oposiciones plebeyas y socializantes. Cuando una revolución pasa de su fase armada –en que los enemigos de arriba, y sobre todo de abajo, son derrotados en lo esencial- a su fase institucional, ésta no deja de tomar en cuenta que los explotados y todos los oprimidos y marginados constituyen una amenaza latente y continua. Las nuevas instituciones, entonces, aunque se presentan ideológicamente como expresiones de toda la sociedad, responderán a los intereses de la clase que ha accedido al poder, lo cual significa, entre otras cosas, que estarán diseñadas

para impedir o por lo menos obstaculizar el resurgimiento de una oposición anticapitalista. No es un accidente, por eso mismo, que la CGT se tropiece de pronto con una reglamentación oficial de la Ley Federal del Trabajo que simple y llanamente le prohibía ejercer su práctica definitoria.

8. Al llegar a este punto, me veo en la necesidad de llevar a cabo una reflexión sobre la historiografía en general y su aplicación al caso de la Revolución Mexicana. Comenzaré con algo muy obvio: la indispensable diferenciación entre historia e historiografía. La historia es el conjunto de hechos que constituyen la vida de los pueblos. La historiografía o historia escrita es, en cambio, la relación más o menos rigurosa de tales sucesos. Aquí conviene destacar el hecho de que en el mismo sentido en que el materialismo filosófico afirma la precedencia del ser sobre la conciencia, se puede asentar que la historia es anterior a la historiografía. Por otro lado, no cabe duda de que no debe confundirse la historia escrita con la *teoría historiográfica*, la cual se propone reflexionar, de manera más o menos sistemática y rigurosa, acerca del sentido, utilidad y limitaciones que posee la historiografía. Si el objeto de la historiografía es la historia, el objeto de la teoría historiográfica —o simplemente de la llamada teoría de la historia— es la historiografía. Y así como la historia precede y funda a la historia escrita, la historiografía precede y funda la teoría de la historia. No todas las teorías de la historiografía poseen el mismo *status*. Las hay ricas, limitadas, inteligentes, superficiales, ideológicas, etc. La que a mí me parece más profunda, penetrante e imprescindible es la interpretación materialista de la historia, aunque no en su versión mecanicista y dogmática.

Desde hace tiempo he propuesto, de conformidad con el materialismo histórico, una fórmula, deliberadamente condensada, para interpretar las revoluciones sociales. La he llamado “tríada preposicional” porque son tres preposiciones —*por*, *contra* y *para*— las protagonistas del esquema. El *por* alude a los revolucionarios, a quienes luchan por cambiar el orden de cosas existentes. El *contra* se refiere al régimen imperante o al poder contra el que se lucha y al que se pretende derrocar y sustituir por otro. El *para* designa a aquella parte de los elementos revolucionarios que salen victoriosos de la contienda y resultan los beneficiarios del proceso. Antes que nada, conviene aclarar dos cosas respecto a esta formulación: 1. los protagonistas fundamentales de esta tríada preposicional son clases sociales. Una revolución no es otra cosa que una agudización extrema de la lucha de clases. 2. La historia demuestra —por lo menos hasta ahora— que hay un desfase entre la masa popular y oprimida del *por* y el usufructuario (o el *para*), por lo cual se puede afirmar que si la masa es el factor empírico-decisivo del triunfo sobre el

antiguo régimen, no es la que cosecha los frutos de la victoria. En la revolución mexicana, el *por* está constituido por un complejo conglomerado de revolucionarios que, coincidiendo en su lucha contra el enemigo común (el *contra*) mantienen diferencias y en ocasiones antagonismos entre sí. El magonismo, el maderismo, el carrancismo, el villismo y el zapatismo pugnan contra el porfirato (y después contra el huertismo). Constituyen el *por* en su lucha con el *contra*. Pero no todos los integrantes del *por* logran convertirse en *para*. El villismo y el zapatismo, por ejemplo, combaten contra el antiguo régimen (porfirista-huertista) y batallas como las de Cuautla en 1911 y Zacatecas en 1914 son fundamentales para el desmantelamiento del viejo régimen e incluso para la obstrucción, la merma y la final derrota del ejército federal; mas, aunque formen parte fundamentalísima del *por*, el aplastamiento que sufren ambos por parte del carrancismo los excluye del *para*.

En el México de hoy, con la derecha en el poder, la teoría de la historia y la historiografía en general, con algunas excepciones, se ha volcado a lo que me gustaría llamar una *interpretación empirista* del proceso revolucionario. Esta interpretación centra su interés, sus investigaciones, sus análisis, su supuesta “renovación de los enfoques históricos” en los agentes de la revolución, en la experiencia o las prácticas de los promotores del cambio, en una palabra, en el *por* de la revolución. Creen, entonces, que una revolución se define principalmente por sus participantes. La mexicana –nos dicen- fue sobre todo una revolución agraria. O también: en nuestro país –de 1910 a 1920- no hubo una revolución sino muchas. Las más importantes fueron la del norte (con las divisiones del noreste, del norte y del noroeste) y las del sur (con un zapatismo que se desborda de Morelos a Puebla y Guerrero). Esta concepción historiográfica empirista puede manifestarse como macro-historia (cuando trata de hacerse de una idea clara del conjunto de los protagonistas esenciales de la revolución) o como micro-historia que, aduciendo el hecho de que ciertas peculiaridades regionales nos son desconocidas, dedica todo su esfuerzo a investigar lo que ocurrió en tal pueblo, tal región, tal municipio. Hay incluso una interpretación empirista que, yendo más allá todavía que la micro-historia –como la que cultivaba Luis González y González- confunde la historia con la biografía y se pone a contarnos ciertos hechos –en ocasiones verdaderamente fútiles- que acaecieron en la vida de tales o cuales personalidades de la revolución. Para entender una revolución o un radical cambio de régimen social es importante examinar el *por*, pero es fundamental desentrañar el *para*. El *por* es la premisa, el *para* la conclusión. Una revolución no se define, como dije, por los agentes que la realizaron, sino por la clase social o el sector de clase que la usufructuó. No cabe duda, asimismo, que hablar del *para*, de los resultados del proceso, del nuevo Estado que se crea, sin analizar el *por*, o

aludiendo a él de manera superficial e impresionista, perjudica el proceso cognoscitivo de la revolución. Es verdad que la *esencia* de un proceso de cambio revolucionario se halla en el *para* o, lo que es igual, en el nuevo modo de producción engendrado; pero el *para* surge del *por* y no es posible entender la estructura definitoria de la revolución o los resultados de la conmoción social sin examinar los antecedentes que acaban por configurarlo. La *tríada preposicional* sale al paso, por consiguiente, tanto a las interpretaciones empiristas (que centran su preocupación en el *por*) como en las concepciones *dogmático-doctrinarias* (que hacen referencia a un *para* postulado al margen de sus condiciones históricas de posibilidad)⁷⁵. Cae de suyo que el *contra*, el enemigo de la revolución, el régimen condenado a desaparecer, también amerita un estudio profundo y detallado. Si no se caracteriza adecuadamente el viejo régimen lo más probable es que no se entienda a profundidad ni qué es el *por* ni qué el *para*. Pongo un ejemplo. Durante mucho tiempo -desde antes de la revolución de 1910, pero sobre todo a partir del maximato y el cardenismo-, buena parte de los historiadores y políticos mexicanos veían el viejo régimen como un sistema esencialmente feudal y caudillista. Si se leen los planteamientos históricos de Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez o Luis Cabrera (Blas Urrea) o de Hernán Laborde, Dionisio Encina o Vicente Lombardo Toledano se advierte que ellos hacen un trasplante mecánico de la concepción eurocentrista que, a la luz de la historiografía marxista o socialista, afirma que el capitalismo surge revolucionariamente de las entrañas de un sistema productivo feudal. O, si se quiere ser más detallista, se gesta a partir de una formación social que tenía como estructura económica las relaciones de producción feudales y como superestructura política el absolutismo. Los historiadores y políticos mexicanos argüían otro tanto: la revolución mexicana se realizaba en contraposición con el feudalismo (heredado de España) o, también de modo más particularizado, emergía de un régimen que asimismo presentaba una estructura económica fundamentalmente feudal y una superestructura política caudillista (el porfiriato). No es necesario echar a volar mucho la imaginación para advertir que este punto de vista, trasladado mecánicamente de Europa, distorsionaba el conocimiento tanto del *por* como del *para*.

La fórmula que he propuesto es, pues, de gran utilidad; pero va acompañada de un cierto peligro que no se me oculta, y que consistiría en emplearla de modo esquemático y reductivista y hacerla operar como dogma o modelo especulativo en el peor sentido del término. Para salir al paso a esta amenaza,

⁷⁵ He hablado también de un *por* dirigente y un *por* dirigido. El *por* dirigente no es otro que el *por* hegemónico y el *por* dirigido su base social.

me ha parecido conveniente comentar dos inteligentes artículos de reciente aparición, que tratan el tema que me ocupa y que, al analizarlos y entablar un diálogo con ellos, me ayudará a prohibirle el paso a una interpretación esquemática y empobrecedora de la fórmula del *por*, el *contra* y el *para*.

El primer texto al que aludo es el intitulado “El águila y el sol. Genealogía de la rebelión, política de la revolución” de Adolfo Gilly publicado en *La Jornada*, pp. 4-6, del 20 de noviembre de 2010⁷⁶. En este escrito Gilly pone el acento en la diferencia entre revolución y rebelión⁷⁷. La revolución –escribe Gilly– “derriba las antiguas instituciones y establece otras nuevas. Es programa y es política”. Y agrega: “Los programas de las élites revolucionarias apuntaban hacia una sociedad y una organización política *futuras*”. La rebelión, en cambio, surge del pasado “y de él toma sus razones, sus motivos y sus métodos. Es herencia y es genealogía”. Y más adelante: “La rebelión no habla del futuro, habla de la abolición de los agravios del pasado. Su violencia exasperada, en apariencia sin sentido y hasta a veces contraria a sus fines, viene de otro origen que las imaginaciones del porvenir. Viene de una interminable cadena de humillaciones y despojos, humillaciones propias y de los padres y de los abuelos”. Gilly aclara que los motivos de la rebelión pueden “no ser antagónicos con los objetivos políticos de la revolución. Son ciertamente diferentes”. De ahí que: “una fue la rebelión de las comunidades y campesinos del norte y del sur que se hizo revolución del pueblo en los ejércitos de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Otra fue la revolución política de los jefes y dirigentes liberales que culminó en la Constitución de 1917 y en los sucesivos gobiernos mexicanos desde 1920, una vez derrotados los campesinos en armas y absorbidas sus rebeldías radicales en reformas agrarias y democráticas legales”. El México institucional de hoy –asienta Gilly– “olvida, oculta o deja en la penumbra del pasado a las rebeliones... Éstas, a diferencia de las revoluciones y sus programas, no soñaban con instituciones y políticas. No más querían justicia”.

La invectiva de Gilly contra los olvidos u ocultamientos de las rebeliones, nos ayuda a comprender la compleja morfología del *por*. En los agentes del proceso de cambio no sólo hay que tomar en cuenta los factores revolucionarios que, integrando el *por*, se van a convertir en *para* (creando un

⁷⁶ Se trata de una conferencia magistral en el centenario de la Revolución Mexicana-Université du Québec a Montreal, 12 de octubre de 2010; y University of California, Berkeley, 23 de octubre de 2010. Mucho tendría yo que decir sobre la concepción de Gilly en torno a la revolución y de las ideas de su ya clásico libro *La Revolución interrumpida*. Aquí sólo me voy a referir a su conferencia.

⁷⁷ Ya antes había hablado Octavio Paz de tres conceptos: revuelta, revolución y rebelión, tratando de precisar sus relaciones y diferencias, consúltese *Corriente Alterna*, Siglo XXI, 1982, p. 147 y ss. En su Conferencia Gilly no hace ningún distingo entre rebelión y revuelta.

nuevo Estado con sus respectivas instituciones), sino que se precisa no olvidar, o dejar tendenciosamente “en la penumbra del pasado”, las discontinuas rebeliones que aunque parecen fracasar y disolverse, entrañan un latente repudio contra las injusticias que puede incorporarse a las revoluciones o influir directa o indirectamente en ellas. Como aclara Gilly, a veces rebelión y revolución se unen o articulan y a veces se bifurcan. Las rebeliones se gestan abajo, responden a viejos agravios y despojos, buscan hacerse justicia y reivindicar la dignidad humana; mas, en ocasiones, condicionan a las revoluciones y les proporcionan su base social. Toda revolución implica una o más rebeliones, pero no al revés. La revolución mexicana no podría entenderse sin las rebeliones que la condicionan. Los peones del norte y los comuneros del sur se levantan en trance de rebelión o revuelta, pero después se hacen “revolución del pueblo” en los ejércitos de Zapata y Villa. Por eso, si queremos hacer una “radiografía del *por*” tenemos que tener en cuenta, entre otras muchas cosas, la presencia fundamental de las rebeliones en la entraña y hasta en la matriz de la lucha de clases revolucionaria. Pero si la rebelión que forma parte del *por* juega un papel esencial en la derrota del viejo régimen – Zapata y Villa son un incuestionable ariete destructivo- es arrasada y destruida por el proceso de la revolución y excluida del *para*. La élite revolucionaria –el caso del carrancismo es muy claro al respecto- se enfrenta a la rebelión y, por así decirlo, la saca de la jugada. Es cierto que cuando la revolución política de los liberales culmina en la Constitución del 17 y en los sucesivos gobiernos de la revolución en el poder –y esta “culminación” no es otra cosa que el *para*-, la rebeldías radicales son absorbidas “en reformas agrarias y democráticas legales”, como bien dice Gilly. Pero esta absorción legalista de los anhelos populares ínsitos en la rebelión no tiene otro significado que el de la instauración de un régimen que, por ser democrático burgués (en el sentido sincrónico que expliqué más arriba), necesita hacerse de una base y una reserva popular. Estoy de acuerdo entonces con la aseveración, al final de la conferencia de Gilly, de que el buen historiador será el que sepa advertir en el seno de la revolución la revuelta “sin confundirlas en una y sin separarlas en dos”.

Hay otro aspecto en el escrito de Gilly que me parece importante y hasta insoslayable, pero al que –por no caer en la temática que estoy desarrollando- le voy a dedicar sólo unas cuantas palabras. Para explicar el proceso histórico con sus cambios de cantidad y sus saltos cualitativos, Gilly echa mano de la “aporía fundamental” –de la que habla Walter Benjamin⁷⁸-, la cual alude a la oposición entre lo *continuum* y lo *discontinuum* de la historia. El *discontinuum*

⁷⁸ En su “Tesis sobre la Historia”, pertenecientes a *Écrits Francais*. Gallimard, París, 1991, p. 346.

hace referencia a la historia de los oprimidos, a sus rebeliones, a sus estallidos –que pueden ser el soporte de una revolución- y que los convierte en los *protagonistas* de los momentos críticos de la historia. El continuum se refiere a los opresores y poderosos, con sus instituciones, su racismo y yo añadiría con su machismo inveterado y su permanente ecocidio que operan como *figurantes* elitistas de los cambios revolucionarios. Una revolución puede triunfar, porque está inscrita en lo discontinuum; pero las rebeliones seguirán existiendo porque el poder, y todas las tropelías que trae consigo, constituye un continuum que no deja nunca de dar pie al estallido de las revueltas. El realce que adquiere aquí el problema del poder, me parece que tendría necesariamente que llevarnos, entre otras cosas, a dialogar con el anarquismo, y hacerlo en serio y de manera profunda, razón por la cual creo que no es este el sitio para llevar a cabo una tarea de tamaña envergadura.

El segundo texto que deseo comentar se intitula “La herencia de la revolución” de Arnaldo Córdova y también publicado por *La Jornada*, p. 20, del 28 de noviembre de 2010⁷⁹. Córdova asienta que en su proceso gestativo y realizador, la revolución mexicana fue “un enorme condensado de movimientos”, afirmación que no sólo me parece pertinente sino el feliz inicio metodológico de un asedio cognoscitivo a este gran acontecimiento histórico. La “radiografía del por”, en efecto, tiene que comenzar por una sobria descripción de los agentes (o movimientos) que participan en la gesta en cuestión. Córdova añade que estos movimientos no se dan aislados, sino que “todos se conjuntaron para formar un vórtice que los mezcló a todos”. Quizá los movimientos –entre los cuales hay que incluir las rebeliones- surjan con un cierto grado de aislamiento, pero más temprano que tarde conforman un torbellino que, quiéranlo o no, los obliga a interrelacionarse y a fraguar, en la mezcla, algo que difícilmente coincide con los designios y propósitos de un solo grupo. Arnaldo Córdova señala que hablar de varias revoluciones –la zapatista, la villista, la carrancista, etc.- es más que nada una ocurrencia, ya que tiene como fuente de inspiración la abstracción de los movimientos y padece la ceguera cognoscitiva que impide advertir cómo se van mezclando, condicionando, excluyendo los protagonistas y figurantes –como diría Gilly- de la revolución. En realidad, Córdova está criticando lo que he llamado la interpretación empirista de la historia que se caracteriza por hablar –y a veces de manera prolífica y erudita- de los protagonistas del proceso sin tematizar cómo, a partir de ellos y sus múltiples y complejas relaciones, se genera un resultado (el *para*) que le da sus contornos definitorios al nuevo régimen

⁷⁹ Lo mismo que con el escrito de Gilly, aquí no voy a aludir a otras obras de Arnaldo Córdova –de las que también tendría mucho que decir-, sino sólo voy a hacer referencia a las ideas contenidas en este breve artículo.

gestado en y por la revolución. Arnaldo tiene reservas también respecto a la microhistoria que por ver el árbol se olvida del bosque. Por eso dice: “siempre he preferido ver el conjunto y considerarlo en su totalidad”. La “radiografía del por” nos muestra no sólo varios movimientos, sino cómo se van entrelazando en el proceso revolucionario y cómo unos son derrotados y excluidos, mientras otros –u otro en fin de cuentas- se convierten en hegemónicos y se tornan victoriosos. Esto lo ve con claridad Arnaldo Córdova, el cual hace notar con toda justeza que “ninguno de los movimientos revolucionarios podía definirse aisladamente sino en sus relaciones con los demás y en confrontación abierta entre sí por sus diversas posiciones y programas”. Uno de los movimientos –por un conjunto de razones que hay que tomar en cuenta y evaluar- sale finalmente triunfante y genera un nuevo régimen o un nuevo Estado. Dice Córdova: “Es verdad que el régimen político, social y económico que surgió de la Revolución lo definieron los triunfadores y no los vencidos en la lucha armada”. Nuestro articulista hace notar, sin embargo, que esto es relativo, ya que “Carranza aplastó al zapatismo y al villismo, pero Obregón destronó a Carranza y se hizo aliados a los zapatistas y hasta les dio la Comisión Nacional Agraria...”. La clase beneficiaria de la revolución (o el *para* de la misma) no se instaura, me gustaría dejar en claro, de manera plena y definitiva, sino que, una vez que accede al poder, sufre ajustes, reacomodos, impulsos hacia su estructura “natural” de funcionamiento. El *para* de la revolución mexicana se inicia con Carranza; pero la forma de una democracia burguesa *oligárquica* representada por él –en contra de la “izquierda” de los constituyentes- no se adecua a las necesidades de la burguesía nacional en ascenso. De ahí que Obregón lo sustituya o destrone y, llevando a cabo ciertas concesiones al elemento popular y plebeyo de la insurgencia, logra hacerse de una base social más amplia y cambiar el signo de la democracia burguesa de *oligárquica* a *populista*. Este proceso de reacomodo del *para* culminará con el cardenismo. De ahí que Córdova asiente: “El grupo de Sonora en sus diferentes regímenes presidenciales, de 1920 a 1934, excluyó del poder...a villistas y carrancistas, pero Cárdenas los llamó para que se integraran a su gobierno. Desde entonces empezó la tradición de dejar de ver a los movimientos particulares para ver tan sólo un gran movimiento en el que todos cabían”. Con Cárdenas el beneficiario de la revolución queda plenamente constituido y consolidado. Las fases precedentes del *para* –de Carranza en adelante- son estadios aproximativos y deficientes. El cardenismo muestra la esencia realizada de la revolución mexicana como una revolución democrático burguesa *populista*, con la burguesía nacional al timón y todos los sectores y clases sociales participantes de la revolución subordinados a su hegemonía.

Gilly pone el acento, entonces, en el *por*. Córdova, en el *para*. Pero ello no quiere decir que Gilly ignore qué clase es la beneficiaria del proceso revolucionario o que Córdova no tenga una clara idea de quiénes son y cómo actuaron los agentes del proceso de cambio. Pero, en los escritos que he citado, ellos hacen énfasis (sin decirlo, es claro, con esta terminología) en diferentes momentos de la “tríada preposicional” y al hacerlo me ayudan a esclarecer las radiografías del *por* y el *para*.

9. La “tríada preposicional” es una fórmula histórico-dialéctica, de la cual puede valerse la concepción materialista de la historia para comprender la esencia y especificidad de una revolución. Pero también es un llamado a la investigación, al estudio, a la búsqueda del dato en las fuentes primarias y secundarias, cuando no está claro –a cierto nivel de suficiencia- la conformación, el accionar, la manera particular de relacionarse y separarse de los actores del proceso revolucionario.

En México, durante los últimos lustros, se ha enriquecido mucho el estudio y el conocimiento de los agentes de la revolución y de las condiciones geográficas, militares, socioeconómicas, culturales y regionales en que ellos actuaron y dieron de sí lo que podían dar. Hay, para poner algún ejemplo, un verdadero salto, en lo que a la información se refiere, de *El dilema del desarrollo en México* de Raymond Vernon⁸⁰ –que ignora de hecho la participación en el proceso revolucionario del villismo en el norte y el zapatismo en el sur- a los escritos de Womack, Katz, etc –que revisten una importancia tal, que pueden ser considerados como obras clásicas de la historiografía sobre la revolución- y hasta de estos últimos, a un número significativo de investigaciones llevadas a cabo en los últimos años, y en que se hallan tematizadas cuestiones tan decisivas en el decurso revolucionario como son el tipo de armamento utilizado y su procedencia, la estrategia militar, la manera específica de actuar de cada División o Ejército y las circunstancias geopolíticas que enmarcaron su acción, etc.

No cabe duda de que una parte fundamental del *por* fueron las mujeres. A diferencia de los planteamientos tradicionales, hay que proclamar con el mayor énfasis posible que la revolución mexicana fue realizada *por hombres y mujeres* en contra del porfiriato y el huertismo. El viejo régimen fue abatido por la lucha coordinada de los hombres y las mujeres revolucionarios. Las mujeres no sólo colaboraron con los combatientes como sus compañeras de la retaguardia o el campamento o como simples soldaderas. Las feministas han tratado de desmitificar, con toda razón, la idea –tan socorridamente empleada

⁸⁰ Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México*, Editorial Diana, México, 1966.

en los corridos, las novelas o el cinematógrafo- de las adelitas o rieleras acompañado a su Juan. Es cierto que un gran número de campesinas e indígenas, dada la situación de semi-esclavitud en que vivían, tenían por lo general “como única alternativa, acompañar a sus hombres a la guerra para seguir ejerciendo allí, cerca de los campos de batalla, sus tareas tradicionales: buscar maíz, molerlo, hacer las tortillas, parir a los hijos, pero ahora también cargar el metate, municiones y otros implementos durante las movilizaciones. Con frecuencia, sobre todo en el sur y el centro, ellas transportaban a pie esa carga pues el caballo era para los combatientes”⁸¹. Se puede afirmar que un espectro muy amplio de mujeres intervino en la revolución: campesinas, indígenas, obreras, empleadas, maestras, estudiantes, y lo hicieron “difundiendo las ideas revolucionarias, atendiendo hospitales de campaña y consiguiendo auxilios para la población civil”...También ejecutaron “labores de enlace y correo y participaron como combatientes”⁸² Pero no sólo eso. También ocuparon puestos de mando como es el caso de Carmen Alanís, levantada en armas en Casas Grandes, Chihuahua, y que, al frente de 500 hombres, participa en la toma de Ciudad Juárez que dio el triunfo a Madero sobre Díaz. Otro caso es el de Ramona Flores quien, muerto su marido en la insurrección maderista, ocupa su lugar de mando en las filas del carrancismo⁸³. El caso de las coronelas Libiana Fernández y Carmen Amelia Flores es distinto. Ellas, como muchas otras, sólo logran “entrar a la bola” vestidas de hombres, lo cual, al ser advertido, hace que, en lugar de recriminarlas, se les compense convirtiéndolas en coronelas⁸⁴.

Como es evidente, en todos los movimientos, grupos o rebeliones que conforman el *por* de la revolución, la presencia activa de las mujeres es un hecho incuestionable: las mujeres son parte del magonismo, del maderismo, del zapatismo, del carrancismo y del villismo. Muchas luchadoras que habían colaborado con Flores Magón –quien otorgaba a la “cuestión femenil” una importancia fundamental- una vez derrotado el movimiento magonista, se incorporan al zapatismo y en algunos casos reciben mando de tropas⁸⁵. Tal fue el caso de dos mujeres excepcionales: las coronelas Juana Gutiérrez de Mendoza –la ya mencionada por Leñero y quien, al lado de la notable folklorista y militante de izquierda Concha Michel, formó parte de la

⁸¹ María Antonieta Rascón, “La mujer y la lucha social en la historia de México”, en *Cuadernos Agrarios*, Núm. 9, UAM-I, CONACYT, México, 1957, p.105.

⁸² *Ibid.*, p.105.

⁸³ *Ibid.*, p.106.

⁸⁴ *Ibid.*, p 106.

⁸⁵ Tres mujeres anarquistas han sido recientemente recordadas (enero de 2011) por la reconocida dramaturga Estela Leñero –en su obra *Soles en la sombra*–: Juana Belén Gutiérrez, Leonor Villegas Magnon y María Talavera Broussé, militante y compañera de Ricardo Flores Magón.

organización *Las hijas de Cuauhtémoc*- y Dolores Jiménez y Muro⁸⁶, la cual participa en la redacción del Plan de Ayala. Junto a Zapata, en Puente de Ixtla también combatió La China, fornida guerrillera que comandaba un destacamento integrado por las viudas, hermanas e hijas de los revolucionarios muertos en batalla⁸⁷.

La mayor parte de las mujeres que participan en la revolución mexicana, lo hacen, no obstante, sin pugnar por una reivindicación de género. Si la historiografía de la revolución mexicana de 1910-1920 prescinde de las Adelitas, soldaderas, coronelas y tantas luchadoras provenientes de diversas clases sociales, oficios, profesiones, es una historia paralítica y parapléjica, a la que le falta la mitad de los protagonistas del proceso de cambio. Pero las mujeres revolucionarias, consideradas como masa en acción, por lo general lo hacen sin levantar, al interior de la lucha social, las banderas de su propia liberación como mujeres. Si son maderistas, como Carmen Serdán, luchan contra Díaz y el viejo régimen dictatorial. Si carrancistas, contra el usurpador y golpista Victoriano Huerta, primero, y...contra Zapata y Villa después; si villistas, contra Carranza; si zapatistas, como La China, contra Madero, Huerta y Carranza, etc. Hay que decirlo de manera resuelta y sin tapujos: la lucha de estas mujeres es la lucha de los hombres, porque también les interesa. Pero no levantan sus demandas específicas que –en medida importante- las contrapondría a los varones. Cada sector social entra en la lisa o se incorpora al *por* movido por sus intereses particulares –los trabajadores magonistas en contra del capital que los subyuga, los peones villistas en oposición a los latifundistas que los marginan, los comuneros zapatistas en lucha contra los hacendados que los despojan. Pero la mujer lo hace guiada no por sus intereses de mujer dominada tradicionalmente por los hombres, sino como parte del pueblo aplastado por la dictadura o en peligro de hallarse esclavizado –en esa suerte de moderna esclavización que es el trabajo asalariado- por la burguesía nacional en ascenso. Sólo una valiosa y preclara minoría de mujeres revolucionarias intenta vincular las reivindicaciones particulares o las demandas de género con la lucha social o la lucha de clases. Pero en general este puñado de mujeres sale vencido y, en multitud de casos, doblemente vencido, ya que, por ejemplo, las villistas o zapatistas son derrotadas como agraristas plebeyas y como *mujeres conscientes de sí*. Las únicas mujeres que pueden obtener a la larga ciertas “conquistas” o “migajas de conquistas” son aquellas que militan –como es obvio- en la facción del *por* que va a

⁸⁶ Redactora del Plan Político y Social firmado en la sierra de Guerrero en marzo de 1911 que desconoció al régimen porfirista, directora del periódico liberal “Diario del hogar” e integrante de *Las hijas de Cuauhtémoc*.

⁸⁷ “Hasta Genovevo de la O trataba a la China con respeto”, John Womack jr., *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, novena edición, México, 1978, p.167.

convertirse en *para*: el carrancismo, etc. Pero obtendrán esos resultados después de muchas dificultades, avances y retrocesos, y de forma extremadamente parcial y limitada.

Vale la pena consultar el texto por Internet “Las mujeres en la revolución mexicana de 1910 y en el movimiento de mujeres y feministas de los años veinte” de Miriam Martínez Méndez porque en él se sigue año con año y en diferentes estados del país la lucha de las mujeres por sus demandas sociales, políticas y los relativos éxitos que van obteniendo. Mencionaré algunos momentos importantes: en 1916 se organiza el Primer Congreso Feminista en Yucatán, al que asistieron 617 delegadas. Aquí se advirtió que la sociedad debe abrir las puertas de todos los campos de acción al trabajo femenino, ya que “la mujer del porvenir podrá desempeñar cualquier cargo público que no exija vigorosa constitución física, pues no habiendo diferencia alguna entre su estado intelectual y el del hombre, es tan capaz como éste para ser elemento dirigente de la sociedad”. La Constitución de 1917, promulgada en Querétaro, concedió a las mujeres la igualdad de los derechos individuales y laborales con los varones, pero no los políticos (de votar y ser votada). Importante fue el Consejo Feminista Mexicano, formado en 1919 –el mismo año en que nace el Partido Comunista Mexicano- y dirigido por las maestras Elena Torres y Refugio García, proponiéndose la emancipación general de la mujer: económica, social, política y cultural. En 1924, en el estado de San Luis Potosí se aprobó el voto de las mujeres en las elecciones municipales. Un año después en Chiapas se concedió a las mujeres de mayoría de edad los mismos derechos del hombre, etc. La historia de las “conquistas” de la mujeres en los regímenes postrevolucionarios es sumamente tortuosa, irregular, compleja, hasta que, después de mil dificultades, el 17 de octubre de 1953 apareció en el Diario Oficial, durante la presidencia de Ruiz Cortines, la concesión por parte del gobierno del derecho al voto de la mujer.

10. Habría que hacer, sin embargo, una diferencia entre las conquistas socioeconómicas de la mujer y su emancipación. Así como el aumento de salarios y prestaciones sociales no significa la desenajenación del obrero, la obtención de ciertas mejoras económicas y políticas, o la igualación de la mujer y el hombre desde el punto de vista electoral, no pueden interpretarse como la liberación de la mujer, desde una perspectiva de género. Las feministas más conscientes y algunos teóricos de avanzada (por ejemplo Marcuse) han hecho énfasis, con toda razón, en que la liberación de la mujer no puede ser identificada sin más con la obtención de un “igualitarismo” con los varones, por importante que éste sea, ya que el hombre en general, y los trabajadores en particular, se hallan enajenados. No cabe duda, por ejemplo,

que es un avance significativo el que el trabajo femenino sea remunerado de manera igual al masculino –y no en cuantía menor, como suele suceder-; pero esta conquista –cuando realmente se lleva a cabo- no emancipa a la mujer, sino que la ubica en el mismo nivel de explotación del hombre, ya que tanto un género como otro, e independientemente de si existe entre ellos una remuneración igualitaria o no, son víctimas del sistema del salariado. La mujer trabajadora manual, pero también intelectual, está explotada por el sistema, y dominada, en general, por el hombre. Pero el trabajador que domina a la mujer también se halla esclavizado por el régimen. De ahí que el feminismo, en sus versiones avanzadas, sabe que su pugna no puede culminar sin la convicción de que tanto las mujeres como los varones tienen que luchar por liberarse. Y no sólo me refiero a la cuestión económica, la que aparentemente tendría su solución si desapareciera la propiedad privada y los hombres y mujeres asalariados dejasen de hallarse explotados. Hago referencia también al poder, al macro-poder de las instituciones públicas –con inclusión del Estado- y al micro-poder que campea en lo familiar y lo individual. Mujeres y hombres – para no referirme ahora sino al micro-poder de la vida cotidiana- no se liberarán nunca si no logran des-cosificarse. Las mujeres, en especial, no podrán cantar victoria mientras los hombres pretendan y consigan “poseerlas” como cosas. No es este el sitio para tratar a profundidad los temas y las expectativas del feminismo. Pero sí resulta conveniente por lo menos esbozar cuál es a mi entender el meollo de la cuestión y hacia dónde, por consiguiente, pienso que debería caminar y orientarse la investigación al respecto. Las causas de la enajenación femenina no sólo residen en las relaciones económico-sociales, en la política o en la cultura, en una palabra, en las *condiciones objetivas* o “morféticas”, como las he llamado en otro sitio. También se las localiza en ciertos impulsos o afanes que trae consigo el aparato psíquico de los individuos, es decir, en las *condiciones subjetivas* o “hyléticas” (como las designé) que existen en los hombres y mujeres. Estos impulsos –que inicialmente son inconscientes- no son otra cosa que *pulsiones apropiativas* o tendencias deseantes dirigidas a la posesión de lo ajeno. He subrayado en diferentes lugares que hay tres tipos principales de pulsiones apropiativas: las *cosísticas* –el deseo o la tendencia a adueñarse de algo material: bienes de consumo, medios de producción, tierra-, las *eidéticas* –afán de conocimientos, disposición a obtener medios intelectuales de producción- y las *antrópicas* –inclinación a la “posesión” de los otros: individuos o grupos sociales. Siempre he subrayado, y lo vuelvo a hacer aquí, que los impulsos subjetivos no pueden realizarse al margen de las condiciones objetivas e históricas, ya que si lo hylético es la “materia”, lo “morfético” es la forma. La manera particular en que se realizan las pulsiones depende del

curso histórico específico de las condiciones objetivas. El hombre a través de la historia ha ejercido su pulsión apropiativa con la mujer de manera decisiva⁸⁸, y lo ha podido hacer porque las condiciones objetivas –incluida la fuerza física– han sido favorables a esta dominación. Sin un esclarecimiento del problema del poder no es posible vislumbrar la emancipación femenina, y sin una teoría de las pulsiones que destaque las apropiativas y, dentro de éstas, las antrópicas, no es posible hacernos una clara idea de qué es el poder en general y cuál la dominación que se ejerce sobre las mujeres. Poseer a una persona es cosificarla, negarle su libertad, su capacidad decisoria. Aunque la mujer obtenga tales o cuales conquistas en la sociedad capitalista o “socialista”, si no logra liberarse de las redes de la cosificación, no se hallará plenamente emancipada.

⁸⁸ Y también la mujer sobre el hombre, pero de modo menos visible, aunque más tortuoso.

LA IDEA DEL SOCIALISMO, EL ZAPATISMO Y EL VILLISMO

11. En una investigación como la presente, hay que preguntarnos si el zapatismo y el villismo –los movimientos plebeyos derrotados- tuvieron algo que ver con el ideal socialista. El concepto de socialismo al que me refiero aquí no es, por lo pronto, el marxismo libertario o el anarco-marxismo del que he hablado en otros sitios, sino del marxismo-leninismo en boga durante el período revolucionario de 1910-1920.

Una de las diferencias fundamentales entre el zapatismo y los regímenes de Madero y de Carranza –para no hablar del viejo sistema porfirista y del intento restaurador de Huerta- es su concepción de la propiedad. Los primeros desde un punto de vista teórico y propositivo ponen el acento en la pequeña propiedad y, bajo el aspecto de la realidad empírica que les toca cobijar, mantienen una política de respeto casi absoluto al latifundio tradicional. Zapata, por su lado, tanto en sus proclamas de lucha social como en una serie de experiencias prácticas en que trató de llevar el ideal agrario a la realidad, sin desdeñar la pequeña propiedad, alza en alto la bandera de la propiedad colectiva de la tierra.

No se puede entender la actividad de Emiliano Zapata y la importancia del movimiento zapatista en la revolución mexicana, sin aludir al conjunto de despojos, tropelías e injusticias sistemáticas padecidas por los indios de lo que es ahora el estado de Morelos desde tiempos precolombinos, y por ellos y los campesinos mestizos durante el virreinato, el México independiente y el régimen porfirista. De ahí que Jesús Sotelo Inclán afirme que: “La biografía de Emiliano Zapata empieza muchos siglos antes de que él naciera, en los estratos más profundos de la historia de México que es, en gran parte, la historia del problema agrario”⁸⁹.

Al parecer –y dejando de lado la presencia de los toltecas y los chichimecas en la región de lo que hoy es Morelos, y que pertenece a la prehistoria-, la historia verdadera de esta parte de México empieza con el nomadismo de las siete tribus nahuatlacas que hacia el año de 830 emprendieron desde el legendario Chicomostoc⁹⁰. Las siete tribus no salieron juntas. Los primeros en emigrar fueron los xochimilcas, los siguieron los chalcas. Estos dos linajes se asentaron en la orilla sur de la laguna de México y fundaron sus ciudades. Luego llegaron los tecpanecas que, además de poblar las orillas occidental y

⁸⁹ Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y Razón de Zapata*, Editorial Etnos, México, 1944, p. 20.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 21.

norte de la laguna, fundaron Atzacapotzalco. Los cuartos fueron los culhuas que se fijaron en el oriente de la laguna y fundaron el imperio de Tezcoco. Después arribaron los tlahuicas –que eran menos violentos y más toscos que los demás- y al hallar ocupados todos los sitios en derredor de la laguna, se dirigieron a la otra parte de la sierra donde fundaron Quahunáhuac (Cuernavaca) en una tierra fértil, espaciosa y caliente⁹¹. En sexto lugar llegaron los tlaxcaltecas que, encontrando asimismo cercada la laguna, se fueron a asentar en lo que es el estado de Tlaxcala. Aunque los mexicas llegaron al último, se empeñaron en permanecer en la laguna –cuyas orillas estaban prácticamente ocupadas por los otros- y se introdujeron por la fuerza al interior de ella donde fundaron Tenochtitlan.

Los aztecas al principio vivieron sometidos a los tecpanecas, pero después, mostrando su carácter belicoso y audaz, dominaron a los tecpanecas y xochimilcas y formaron una alianza tripartita con los de Tacuba y Texcoco. Tras de esto, no les resultó difícil conquistar a los tlahuicas, que en costumbres y manera de ser eran muy contrarios a ellos. “Los tlahuicas –dice Sotelo Inclán- fueron industrioses y agrícolas opuestos a la guerra como medio de dominio; explotaban la tierra directamente, con su propio trabajo, en vez de explotar a los hombres mismos como los aztecas... Los tlahuicas no se ejercitaron en las armas como los aztecas, ni cultivaron las letras como los de Texcoco; pero fueron en cambio más industrioses que estos dos pueblos”⁹². Al parecer fue Itzcoatl el que, hacia 1425, y en nombre de la Triple Alianza, no sólo conquistó varios pueblos del Valle, sino que llegó hasta Quahunáhuac. Otros muchos pueblos de lo que hoy es el estado de Morelos cayeron bajo el dominio de los aztecas jefaturados por Moctezuma Ilhuicamina y puede afirmarse que Anenecuilco, sujeto a Huastepec (o Oaxtepec) cayó bajo la dominación mexicana en 1437⁹³. El hecho de que Anenecuilco aparezca en el Códice Mendocino, es muy importante porque prueba, por un lado, su existencia precortesiana –lo que le permitió defender su derecho sobre la tierra durante la colonia- y, por otro, que se veía obligado a pagar tributo a sus conquistadores aztecas, lo cual nos muestra que este pueblo, como muchos otros, fue víctima muy temprana de la dominación y la injusticia. Otro hecho digno de tenerse en cuenta es que los indios asentados a las orillas de la laguna o en el centro de la misma, así como en otros lugares, y especialmente en Quahunáhuac y, por lo tanto, en Oaxtepec –que era la cabecera de Anenecuilco-, poseían sus tierras de manera comunal, eran tribus que vivían dentro de la organización llamada calpulli o chinancalli. Estas tierras no son

⁹¹ Ibid., pp. 21-22.

⁹² Ibid., p. 23.

⁹³ Ibid., p. 24.

de los individuos del barrio, sino que pertenecen al común del pueblo y no pueden ser enajenadas. El calpulli tenía ciertos jefes o principales, a los que se llamaba calpuleques o chinancaleques, que representaban los intereses de los pueblos frente a los invasores aztecas. Sotelo Inclán dice: “Quisiéramos que estos primeros datos sobre los calpuleques quedaran muy presentes en el ánimo del lector, porque son esenciales en esta historia que ha de enseñarnos cómo Emiliano Zapata fue, ni más ni menos, un *calpuleque*”⁹⁴.

El agravio mayor que sufrieron los pueblos de Morelos y muchas otras regiones del país fue el despojo de sus tierras, ya sea por medio del simple atropello o la violencia sin disfraces o mediante triquiñuelas jurídicas perpetradas por el Estado o los particulares. No voy a hablar aquí de los despojos que tuvieron lugar durante el virreinato o en el México independiente anterior al régimen porfirista. Baste decir que fueron sistemáticos, crueles, genocidas. Especial importancia tienen para el tema que trato las confiscaciones, arrebatos o despojos que ocurrieron durante el porfiriato. Pongo un ejemplo tomado de Womack: “La plutocracia del régimen de Díaz en la década de 1880 allanó el camino de los hacendados. El Ministro de Fomento les vendió casi todas las tierras públicas que quedaban en el estado y les concedió resoluciones favorables en sus peticiones de títulos limpios a otras adquisiciones. La nueva legislación federal suprimió muchos títulos de tierras y derechos de aguas, previamente reconocidos, a muchos pueblos”⁹⁵. La reacción contra estos despojos tiene su expresión cabal en el Plan de Ayala, pero fue Otilio Montaña el que, antes de la redacción de éste, le dio su expresión más sintética y elocuente al decir: “¡Abajo haciendas y viva pueblos!”⁹⁶. La reacción contra los despojos fue la lucha y, cuando las condiciones lo permitían, la reforma agraria. Esta última no sólo se basaba en la restitución de los ejidos o, lo que tanto vale, en la reconfiguración de la propiedad territorial de manera colectiva, sino también de la reestructuración de la pequeña propiedad. Manuel Palafox lo expresó con toda claridad al declarar, en septiembre de 1914, “se llevará a cabo esa repartición de tierras de conformidad con la costumbre y usos de cada pueblo...es decir, que si determinado pueblo pretende el sistema comunal así se llevará a cabo, y si otro desea el fraccionamiento de la tierra para reconocer la pequeña propiedad así se hará”⁹⁷.

⁹⁴ Ibid., p. 28.

⁹⁵ John Womack Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, 9ª. Edición, México, 1978, p. 42.

⁹⁶ Ibid., p. 74.

⁹⁷ Citado por Womack, Ibid., p. 224.

El énfasis puesto por el zapatismo en la propiedad colectiva alarma y disgusta a los “demócratas” en general y a Madero en particular. En uno de los informes al Congreso de la Unión Madero dice el 1º. de abril de 1912: “Por fortuna, este amorfo socialismo agrario, que, para las rudas inteligencias de los campesinos de Morelos, sólo puede tomar la forma de vandalismo siniestro, no ha encontrado eco en las demás regiones del país”⁹⁸. Los hacendados azucareros, ante el agrarismo radical de los zapatistas, también ponen el grito en el cielo, ya que, como dice Womack, “las requisiciones revolucionarias de tierras parecían ser el resurgimiento de un comunismo atávico”⁹⁹. Lo mismo pensaban muchas personas en EEUU. Un agente norteamericano citado por Womack afirma por ejemplo de Palafox –que hacia 1915 jugaba un papel importante en la política agraria del zapatismo-: “Es intratable y sus rabiosas ideas socialistas no ayudarán a resolver los problemas de manera beneficiosa para su país”¹⁰⁰. Las expresiones anotadas –“amorfo socialismo agrario”, “comunismo atávico”, “rabiosas ideas socialistas”- son una muestra elocuente de la reacción ideológica de los liberales burgueses frente a un plebeyismo independiente y reivindicador de los derechos ancestrales de las comunidades indígenas y mestizas que, acercándose al socialismo en algunos puntos –el más importante de todos: la propiedad colectiva-, difiere en muchos otros.

Mas preguntémonos, ¿el zapatismo –en las interpretaciones de Zapata, Montaña e incluso Palafox- puede sin más ni más identificarse con el socialismo, si por socialismo entendemos el ideario de Marx y Engels? Mi opinión es que *stricto sensu* no puede o debe hacerse tal identificación. Pero tampoco es una concepción y una práctica que se oponga del todo y por todo al socialismo marxista. El zapatismo y el socialismo científico poseen muchas diferencias (como resultado de condiciones históricas muy diversas); pero presentan puntos de contacto y coincidencia. En oposición al maderismo y al carrancismo, el zapatismo no tenía como ideal la instauración de la pequeña propiedad y estaba lejos de rechazar la colectivización de la tierra y el trabajo en común. Por razones históricas –que ya he esbozado con anterioridad- no es defensor, en lo que se refiere al campo, de la propiedad privada ni padece del “fanatismo por la propiedad” de que hablaba Karl Kautsky. Prefiere la pequeña propiedad frente al latifundio capitalista –donde existe la inmisericorde explotación de la mano de obra campesina-, pero es más favorable a la organización comunal, sin propiedad privada, que a la pequeña finca o ranchería pertenecientes a un individuo o una familia. Desde cierto

⁹⁸ Citado por Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1973, p. 190.

⁹⁹ Womack, op. cit., p. 98.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 226.

punto de vista –para decirlo con una expresión puramente aproximativa– mientras el socialismo ofrece, entre otras cosas, tanto una solución para el campo (o en relación con la hoz) como una política para la ciudad (en relación con el martillo), el zapatismo sólo plantea una práctica (no capitalista) para el agro, pero nada dice, o muy poco, sobre la industria urbana. Habla, pues, de la hoz y se olvida del martillo. El mismo término de socialismo se usaba por entonces de manera ambigua y anfibológica. Jesús Silva Herzog, en alusión a la época, asienta: “a menudo la gente de izquierda no comunista confundía los principios de la Revolución Mexicana con ideales socialistas creyendo que no había notoria diferencia entre unos y otros; y la bandera rojinegra se usaba entonces y se usa todavía...en todos los actos y manifestaciones importantes de los trabajadores de las ciudades y de los campos. Por supuesto que cada quien entendía el socialismo a su manera y según su leal saber y entender. Unos pensaban que el socialismo consistía en pagar buenos salarios y tratar bien a los trabajadores; otros en la práctica de las doctrinas esenciales de Jesús; y unos terceros, en la socialización de los bienes de producción, a semejanza de lo ocurrido en la Unión Soviética”¹⁰¹.

El socialismo de procedencia marxista, al tratar el problema de la producción agrícola, utiliza dos métodos imbricados: el estructural y el histórico. En relación con el primero, hace notar que es preciso distinguir entre la extensión de la propiedad (aspecto cuantitativo) y el carácter de la misma (aspecto cualitativo). De acuerdo con su tamaño, la empresa puede ser grande, mediana, pequeña y muy pequeña (minifundio). De conformidad con su carácter, puede ser: a) individual (o familiar), b) colectiva y c), en un intento de solución intermedia, individual (o familiar) pero con un status de propiedad usufructuaria e inalienable. En este último caso –que fue una de las interpretaciones principales que dio al ejido la revolución mexicana hecha gobierno– se considera que el Estado (que es el propietario originario de la tierra) concede a los individuos su parcela sólo en usufructo, lo cual significa que no puede enajenarse.

El aspecto cuantitativo se halla entrelazado con el cualitativo: la gran empresa, la mediana y la pequeña pueden ser patrimonio individual o colectivo. No sólo, en este caso, la gran empresa o la mediana con propietarios individuales es capitalista, sino también lo es la de reducida extensión, a la que se considera pequeño-burguesa¹⁰². En vinculación con el método histórico, el

¹⁰¹ J. Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, Segunda Edición, FCE, México, 1959, p. 343.

¹⁰² Y a la que en ocasiones llama Marx “propiedad fantasma”, porque no impide que el campesino se empobrezca y acabe proletarizándose.

socialismo marxista subraya que el predominio de alguna de las modalidades del aspecto cuantitativo –gran empresa, mediana o pequeña- o de alguna de las formas del aspecto cualitativo –propiedad privada o colectiva y también, desde luego, propiedad usufructuaria inalienable- depende de las condiciones históricas de cada región del mundo.

En la Europa del siglo XIX –lo cual no deja de influir en nuestro país- hay una serie de panegiristas de la pequeña propiedad individual. Karl Kautsky, en su excepcional libro sobre *La cuestión agraria*, menciona entre éstos a Sismondi, a Stuart Mill, a los librecambistas y a sus rivales los fisiócratas¹⁰³. Del primero dice Kautsky: “Sismondi combate la explotación en gran escala porque crea proletarios, pero no porque la explotación en pequeña escala pueda producir más y mejor”¹⁰⁴. Del segundo afirma: “John Stuart Mill, uno de los más ardientes defensores de la pequeña propiedad agrícola, presenta como principal característica de ésta la infatigable labor de quienes la trabajan... Habla luego de la actividad casi sobrehumana de los pequeños propietarios, que impresiona *enormemente* a cuantos la ven”¹⁰⁵. No cabe duda, la pequeña propiedad implica por lo general en el capitalismo un mayor rendimiento de trabajo que el de la gran extensión, pero su productividad es menor. Kautsky dice: “El jornalero ordinario, especialmente en la gran explotación, piensa durante su trabajo: ¡Cuándo terminará la jornada! El pequeño campesino, cada vez que apremia la faena, dice: ¡Si el día se alargara dos horas más!”¹⁰⁶. El pequeño campesino –dice Kautsky- “además de condenarse al trabajo, condena también a su familia”. Se refiere a los niños, los viejos, las mujeres.

El socialismo marxista –desde Marx y Engels hasta Lenin y Trotsky pasando por Kautsky- creen que la gran explotación supera, en términos de productividad a la pequeña, y que la propiedad colectiva es superior –no sólo en razón de la productividad sino de la distribución de la riqueza- a la propiedad individual –incluida, podríamos añadir, la parcela que se da en usufructo. Los marxistas mencionados, y en especial Kautsky –quien escribe su monumental obra *La cuestión agraria* a partir de las tesis de la “renta del suelo” del III tomo de *El Capital*- abogan por la gran empresa en el capitalismo –y no se diga en el socialismo- porque juzgan que encarna una indudable superioridad en lo que a la rentabilidad y productividad se refiere¹⁰⁷.

¹⁰³ Karl Kautsky, *La cuestión agraria*, Ruedo Ibérico, Imprimé en France, 1970, p. 140.

¹⁰⁴ Ibid., p. 140.

¹⁰⁵ Ibid., p. 116.

¹⁰⁶ Ibid., p. 121.

¹⁰⁷ Ernst Schraepler, en el prólogo a la obra de Kautsky, dice que para el socialdemócrata alemán la gran explotación “era la mejor alternativa y recomendaba su *promoción* por parte del futuro régimen socialista”, op. cit., p. XXXVII.

Son muchos los argumentos que da Kautsky a favor de su parecer. Mencionaré algunos. La mecanización potenciadora de la productividad agraria –por ejemplo el arado y las trilladoras a vapor- no puede realizarse en pequeñas parcelas. Kautsky apunta que, hacia 1895, “casi todas las explotaciones agrícolas son tan pequeñas que no pueden utilizar plenamente un arado animal, cuanto menos las máquinas”¹⁰⁸. Kautsky registra el hecho de que en todas partes la gran explotación –donde una amplia extensión de tierra es trabajada por un número significativo de jornaleros sometidos a la cooperación de la división del trabajo- es la que emplea el mayor número de máquinas, y que, fuera de la trilladora, en la pequeña propiedad no se ve – porque las condiciones no lo permiten- ninguna otra máquina. Añade el socialista alemán: “lo que sucede con los aperos, instrumentos y máquinas, pasa también con las fuerzas humanas y animales y otras que las ponen en movimiento o las dirigen. La pequeña explotación gasta proporcionalmente más para obtener el mismo efecto útil, y no puede utilizarlas con el provecho de la gran explotación ni aumentar del mismo modo su rendimiento”¹⁰⁹. Ciertas funciones económicas, en efecto, no pueden cumplirse provechosamente si no se llevan a cabo en gran escala: tal el caso de la cría de animales, la ejecución de ciertos trabajos técnicos, el empleo de máquinas y sistemas de máquinas, la aplicación de mejoras, etc. “El gran propietario tiene, sobre todo, la ventaja, valido de su situación y de sus fines, de organizar su empresa con un plan determinado que le permite abarcar y coordinar la ejecución de distintos trabajos y desarrollar en mayor grado el rendimiento de las fuerzas productivas, ejercitándolas en cada dirección particular, aplicando el importante principio de la división del trabajo”¹¹⁰. En resumidas cuentas, las ventajas de la gran explotación agrícola son las siguientes:

- la menor pérdida de superficie cultivable,
- la economía de hombres, aperos y animales,
- el aprovechamiento completo de todos los medios,
- la posibilidad del empleo de máquinas negadas a la pequeña explotación,
- la división del trabajo,
- la dirección técnica,
- la superioridad comercial,
- la mayor facilidad de procurarse dinero, etc.¹¹¹

¹⁰⁸ Ibid., p. 104.

¹⁰⁹ Ibid., p. 105.

¹¹⁰ Ibid., p. 115.

¹¹¹ Ibid., p. 114.

La gran empresa capitalista es más rentable y productiva que la pequeña; pero se basa, como la gran industria, en la explotación del trabajo asalariado. Por eso, aunque contenga *in nuce* la estructura de una forma superior de producción, debe ser negada y superada en una gran empresa cooperativa que ha de ser la célula conformadora del régimen socialista. Kautsky escribe: “una propiedad explotada en cooperativa ha de aprovecharse de la superioridad que tiene el trabajo hecho por sí mismo sobre el trabajo asalariado. Una cooperativa de este género habría de ser, no sólo igual, sino superior a la gran explotación capitalista”¹¹².

Aunque el marxismo clásico está convencido de la superioridad que mantiene en general la gran empresa agrícola sobre la pequeña –y ello no sólo en el capitalismo sino en el socialismo- no deja de advertir la importancia histórica que el “amor por *su* parcela” tiene para el campesino. Tal vez la gran empresa –dice el pequeño agricultor- sea mejor que mi parvifundio, quizá pueda darse el caso en que viva mejor como jornalero o asalariado que como pequeño campesino, pero así como estoy la propiedad es mía, puedo hacer con ella lo que desee y es el patrimonio que he de heredar a mis hijos. El pequeño campesino en general sigue siendo renuente a la gran empresa en el “socialismo” por razones similares a las precedentes. En un *Koljós*, por ejemplo, es dable producir más y mejor que en una pequeña propiedad, pero no puede compararse la relación “afectiva” que el agricultor privado tiene con *su* tierra –y todas las consecuencias que ello acarrea- y la que suele mantener el campesino colectivista con una extensión que es “de todos y de nadie”. Kautsky, después de afirmar –en palabras ya citadas- que “Una cooperativa de este género [se refiere a la gran propiedad cooperativa, EGR] habría de ser, no solamente igual, sino superior a la gran explotación capitalista”, añade: “Pero cosa asombrosa, no hay campesino que se interese por este género de cooperativas”¹¹³. ¿A qué se debe tal cosa, en términos generales, en el capitalismo? ¿Por qué los regímenes “socialistas” muchos pequeños propietarios pusieron una resistencia tal a la política oficial en torno a la agricultura que ésta, en algunos casos, se vio obligada, a regañadientes a dejar de coaccionar a los pequeños campesinos a incorporarse en las grandes empresas colectivizadas y prescindir de su pequeña extensión territorial? El marxismo tradicional se ha limitado a confirmar el hecho; lo ha descrito

¹¹² Ibid., p. 132. Con más detalle aún, Kautsky aclara: “Sólo el modo de producción capitalista crea las precondiciones de la gran explotación cooperativa, no sólo porque con ella aparece una clase de trabajadores sin propiedad privada de los medios de producción, sino también porque hace del proceso de producción un proceso social y provoca y agudiza las contradicciones de clase entre capitalistas y asalariados que incitan a éstos a reemplazar la propiedad capitalista de los medios de producción por la propiedad social de los mismos”, Ibid., p. 138.

¹¹³ Ibid., p. 132.

pormenorizadamente y ha documentado el conservadurismo pequeño burgués de los agricultores en pequeño. Estos planteamientos son, me parece, importantes, pero insuficientes. No basta saber cómo ocurren las cosas, sino por qué. ¿A qué responde el hecho de que, con independencia del país en que se asienten y del tiempo en que discurren, los pequeños productores se aferran a su propiedad a veces con razón pero a veces sin ella? En varios sitios he propuesto esta tesis explicativa: los individuos nacemos con un afán de poseer o con el deseo de fortalecer nuestra individualidad vía la apropiación de lo otro. A esta tendencia o impulso le he dado el nombre de *pulsión apropiativa*. Todo ser humano, mujer u hombre, por el hecho de serlo, quiere incorporar a sus pertenencias lo ajeno, desde que nace. Como he dicho con anterioridad, la pulsión apropiativa tiende a adueñarse de objetos materiales (y es, así, *cosística*), busca apropiarse de conocimientos (y es, entonces, *eidética*), pugna por poseer a los otros (y es, por consiguiente, *antrópica*). La posesión de una pequeña extensión de tierra representa, para el pequeño campesino, la realización de su pulsión apropiativa cosística. El campesino siente que, así como posee brazos y piernas, tiene la fortuna de detentar un trozo de tierra. Y así como perder un brazo o una pierna, lo reduce a ser manco o cojo, perder su propiedad lo convierte en paria. Claro que la propiedad colectiva es también propiedad, claro que en ella también se realiza una pulsión apropiativa cosística; pero la pulsión apropiativa enderezada a lo colectivo (a lo “nuestro”) no satisface en un primer momento, por difusa y abstracta, al que se halla acostumbrado a ejercer su afán de posesión de modo individual. La pulsión apropiativa cosística puede dirigirse sin dificultades a lo colectivo (a la cooperación) cuando en su direccionalidad interviene la pulsión gregaria, participación que, en general, sólo puede realizarse cuando las condiciones sociales favorezcan su aparición, o cuando haya una política educativa exitosa.

En el zapatismo está lejos de predominar la propiedad privada agrícola, lo cual significa que este movimiento, si bien no es ajeno a la pulsión apropiativa, y a una pulsión apropiativa (cosística) tendente a poseer ese instrumento primordial de producción que es la tierra, no tiene como su principio aglutinador predominante el afán posesivo egoísta individual, sino que posee una pulsión apropiativa que se halla al cobijo de lo gregario. ¿Cómo entender la diferencia entre el comunero morelense y, por ejemplo, el rancharo del norte de la República? La explicación está en tomar en cuenta los dos lados del problema: el objetivo o, lo que tanto vale, el peculiar proceso histórico regional, y el subjetivo, o sea el tipo de pulsión apropiativa que, en relación con dicho proceso, se ejerce en ambos sitios. Los zapatistas, en general, no están enamorados de la propiedad privada o no padecen el “fanatismo por la propiedad” ya que, desde que los tlahuicas se asentaron en las regiones que

conformarían después el estado de Morelos, lo hicieron de manera gregaria, con visos de comunismo primitivo, con afanes de cooperación. Y esta tendencia y manera de ver las cosas no desapareció nunca, pese a los despojos que los campesinos del lugar –indígenas y mestizos- sufrieron durante la colonia, el México independiente y el porfiriato. Frente al marxismo, el zapatismo tiene una visión intuitivista y unilateral, además de localista; no está en posibilidad de internarse en los vericuetos del materialismo histórico, no ve la relación contradictoria entre la ciudad y el campo –que no desaparecerá en un régimen postcapitalista-, no visualiza la necesidad de una planificación económica que dé al traste con la anarquía de la producción, no lucha por un “Estado”¹¹⁴ que coadyuve a la desaparición del sistema del salariado y su sustitución por un régimen emancipatorio, etc.

12. La oligarquía y los representantes diplomáticos de otros países en México veían el villismo y el zapatismo como igualmente radicales y enemigos del capital. Víctor Ayguesparre, encargado de negocios de Francia en México, informaba, por ejemplo, a su Ministerio de Relaciones Exteriores en diciembre de 1914: “Estos dos movimientos, el villismo que viene del norte y el zapatismo que viene del sur, tienen similitudes: son demasiado intransigentes, demasiado dogmáticos, no suficientemente sinceros; albergan demasiados odios personales, demasiados deseos de venganza, demasiados negocios y ambiciones personales, y ambos tienen una tendencia claramente anárquica y destructiva que ataca al capital allí donde lo encuentra y bajo cualquier forma que se presente. Bajo tales circunstancias, esos movimientos apenas representan alguna esperanza”¹¹⁵. Es cierto que el villismo y el zapatismo, como también el ala izquierda del carrancismo (Lucio Blanco, Francisco J. Múgica, Heriberto Jara, etc.) están en contra de las grandes concentraciones de tierra y tienen como su principal enemigo al latifundismo que explota a los jornaleros y deja inculta buena parte de la tierra. Pero la forma en que conciben la reforma agraria difiere ostensiblemente, y esta distinción seguramente tiene su origen en condiciones histórico-económicas tan diversas como las que existían en Chihuahua, Sonora, Coahuila, etc. y las prevalecientes en Morelos, Guerrero, Puebla, etc. Villa se inclinaba en general por una anulación del latifundio a favor de la pequeña propiedad y pensaba que, dadas las grandes diferencias económicas que existían en la República, cada estado o región debía hallar y poner en práctica la reforma. Zapata, con su Plan de Ayala, ponía el acento en la restitución de la tierra a los pueblos víctimas del despojo, hacía énfasis en la propiedad y el trabajo colectivos y

¹¹⁴ O una Comuna o Contrapoder que opere como régimen de transición.

¹¹⁵ Citado por Friedrich Katz en *Pancho Villa*, Tomo 2, ERA, Segunda Edición, México, 2000, p. 28.

consideraba la reforma agraria no sólo como una necesidad regional. Si se medita en lo anterior, se puede concluir que, siendo Villa enemigo del latifundio pero no de la propiedad individual, y siendo Zapata adverso no sólo a la hacienda sino, en términos generales, a la propiedad privada, mientras el zapatismo cuestiona el capital y, con él, la explotación del hombre por el hombre, el villismo se halla lejos de hacer tal cosa porque su posición e ideario se limitan a combatir el viejo latifundismo de los “científicos” porfiristas. Esta es la razón por la que si a la corriente agraria de la revolución mexicana le doy el nombre, como otros lo han hecho, de la facción *plebeya* del proceso¹¹⁶, hay que hacer un deslinde entre el *plebeyismo espontáneo*, pequeño-burgués, del villismo y el *plebeyismo anticapitalista* del zapatismo. En un momento dado, tras el surgimiento de la Convención de Aguascalientes, ambos movimientos se unen en contra del carrancismo y Villa por algún tiempo se dice partidario del Plan de Ayala. Luis Cabrera hacía notar en 1932 –como lo explica Arnaldo Córdova– que “El zapatismo había empezado a tomar *de hecho* las tierras de los latifundios del sur, especialmente de Morelos, Guerrero y Puebla, pero *no había dado aspecto legal a las expropiaciones*; el villismo no pretendía resolver el problema agrario, del cual no se entendió sino hasta cuando se encontró con el zapatismo en el seno de la Convención de Aguascalientes”¹¹⁷. Las contradicciones entre el zapatismo y el villismo en torno a la cuestión agraria surgieron, sin embargo, poco después de la Convención. Womack nos ilustra sobre esto: “A mediados de marzo [de 1914], Palafox y Soto y Gama llevaron a cabo una lucha feroz con el presidente villista de la Convención Roque González Garza”¹¹⁸. ¿Cuál era el fondo de esta discrepancia que terminaría en una franca ruptura? “A los villistas les molestaba no sólo las pretensiones al poder de los zapatistas y su voluntad de reforma social, sino también, y sobre todo, la debilidad de los esfuerzos militares contra los carrancistas. Los zapatistas, a su vez, protestaron de que no podían hacer, comprar, o recibir de Villa municiones suficientes para llevar a cabo campañas regulares, y que, de todas maneras, tenían derecho a desempeñar un papel de igual importancia en la formación de la política; lo que más les desagradaba era la manera en que los villistas eludían la realización de reformas sociales, agrarias o de otra índole”¹¹⁹. Los villistas

¹¹⁶ El plebeyismo radical coincide con lo que Felipe Angeles designaba la “facción que pudiéramos llamar exclusivamente agraria”, John Womack, op. cit., p. 212. José Revueltas, por su parte, dice: “En este período se desencadena con formidable ímpetu la revolución agraria popular independiente de franco carácter ‘plebeyo’ que Zapata proclama con el Plan de Ayala”, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Obras Completas, T. 17, ERA, México, 1980, p. 156.

¹¹⁷ Arnaldo Córdova, op. cit., p. 202.

¹¹⁸ John Womack, op. cit., p.235.

¹¹⁹ Ibid., p. 235.

pretendían una descentralización de la reforma agraria: que cada región o estado la llevara a cabo de conformidad con sus peculiaridades históricas. Los zapatistas estaban convencidos de que, a pesar de las diferencias regionales – por ejemplo del norte y el sur- había que combatir el latifundio y entregar la tierra a los campesinos víctimas del despojo. Esa era la proclama de un plan, el de Ayala, que los zapatistas ponían siempre como condición para luchar conjuntamente con otras fuerzas, incluido el villismo. Pero si la agenda social de Villa tendía a ser regional –y esa era su limitación frente al zapatismo- su capacidad guerrera no estaba confinada, como el zapatismo morelense, a una región, sino que era una fuerza militar capaz de hacer frente al carrancismo que también tenía la capacidad de desbordar todo localismo. Es muy posible que el villismo haya sucumbido finalmente ante el carrancismo (y su extraordinario jefe militar Alvaro Obregón) debido a errores estratégicos que pueden resumirse en el hecho documentable de que Villa –que era un gran guerrillero, pero que carecía de conocimientos de ciencia militar¹²⁰- no atendió los consejos de Felipe Angeles (que, por ejemplo, recomendó salir en persecución de Carranza cuando éste abandonó la ciudad de México con destino a Veracruz) y también los que hizo respecto a las batallas del Bajío –si no al principio (en la primera de Celaya) porque Angeles aún no se reponía de la caída de caballo que sufriera por entonces-, sí en las que vinieron posteriormente.

Cuando Villa intentó hacer la reforma agraria en Chihuahua –a pesar de que con anterioridad había aceptado supuestamente el Plan de Ayala¹²¹ no lo hizo con base en dicho Plan. No tenía, desde luego, la actitud de Carranza con los latifundistas del viejo régimen¹²², pero no actuaba con la radicalidad y urgencia del zapatismo. Villa expropió, sí, tras la ruptura con Carranza, las tierras de la oligarquía en Chihuahua; y en agosto de 1915 inició propiamente la reforma agraria en tal estado. En esa fecha, “Villa pidió que comenzara la reforma agraria en Chihuahua, y el gobernador Fidel Ávila firmó la ley correspondiente. Sin embargo, Villa le dio instrucciones a Ávila de que no repartiera todavía las haciendas de Terrazas, probablemente porque quería que les fueran repartidas a sus soldados”¹²³. Cuando, un poco antes, en mayo de 1915, Villa decretó una ley agraria, abandonó el abstencionismo ideológico que en general había sostenido. Fue después de sufrir las dos derrotas de

¹²⁰ Y que, a diferencia de Obregón, no leía ni estudiaba las nuevas tácticas de lucha que se estaban desplegando en Europa durante la Primera Guerra Mundial.

¹²¹ Lo que posibilitó la alianza del villismo y el zapatismo en la Convención.

¹²² “Así ocurrió que Carranza devolvió sus propiedades a Limantour y se inclinaba a hacer lo mismo con Creel y Terrazas” ..., Friedrich Katz, op. cit., p. 30.

¹²³ Friedrich Katz, op. cit., p. 57.

Celaya –y antes de sucumbir en León y Aguascalientes-. Pero en ese decreto no se mencionaba la propiedad comunal de los pueblos.

EL COMUNISMO

13. La radicalización del movimiento obrero en varios países europeos al término de la Segunda Guerra Mundial, y en especial la toma del poder en Rusia por los bolcheviques, influyeron poderosamente en la clase trabajadora mundial. México no fue una excepción, aunque no de la manera abrupta y espectacular que han supuesto algunos historiadores. El PCM, surgido durante la presidencia de Venustiano Carranza, fue producto de varios factores entremezclados, pero uno de ellos –el aparente triunfo de la clase proletaria en el país más extenso del mundo- operó como un vigoroso elemento aglutinador. En nuestro país, sin embargo, no se conocía el marxismo, o casi. Como he mostrado con anterioridad, en el México previo al interés por el marxismo –sobre todo en su versión leninista- y a la conformación del Partido Comunista, cuando se hablaba de socialismo, se hacía referencia al anarquismo o al socialismo democrático-burgués (por ejemplo a los partidos socialistas regionales). El socialismo con pretensiones de científicidad –como la interpretación materialista de la historia o el develamiento en economía de la explotación del trabajo- y con una posición filosófica elaborada y única –como el materialismo dialéctico-, era prácticamente desconocido, con alguna que otra excepción, en nuestro país¹²⁴. Dice Paco Ignacio Taibo II que “Los convocantes al Congreso [de donde terminaría por surgir el PCM, EGR] le hablaban a un movimiento militante formado en el anarquismo. Y a partir de este anarquismo las posiciones deberían deslindarse”¹²⁵. El PCM no surgió como producto de una síntesis del marxismo y el anarquismo o, lo que es equivalente, como superación de las limitaciones –no iguales, sino asimétricas- que padecían entonces ambas formas del socialismo revolucionario. Acicateados por el enemigo común –la burguesía nacional entronizada- y por la arrebatadora experiencia de la revolución bolchevique, el PCM nace como una suma, una mezcla o un pacto entre los anarquistas y los marxistas-leninistas, a lo que me referiré posteriormente con mayor detalle. Algo en lo que, no obstante, se ponen de acuerdo provisionalmente es que el PCM debe luchar por convertirse en la vanguardia de la clase trabajadora. Paco Ignacio Taibo II, al inicio de su libro sobre los bolcheviques en México, dice: “Esta es la historia de un conjunto de militantes que pretendieron ser la vanguardia de una clase trabajadora, y no lo lograron”¹²⁶. Muchos años después, José Revueltas, en el documento denominado *Enseñanzas de una*

¹²⁴ La primera edición importante del *Manifiesto Comunista* no se publica en México sino hasta 1925.

¹²⁵ Paco Ignacio Taibo II, *Bolchevikis, Historia de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*, Joaquín Mortiz, México, 1986, p. 16.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 7.

derrota (sobre el movimiento ferrocarrilero de 1959) hablará de “la inexistencia de un partido de vanguardia” en nuestro país¹²⁷, queriendo decir con ello que el PCM –y también el Partido Obrero-Campesino de México (PO-CM), su hermano gemelo escindido-, aunque pretendían encabezar a la clase trabajadora mexicana, en realidad no eran su vanguardia. ¿Qué significaba el hecho de que el PCM, a pesar de sus muchos años de vida –de 1919 a 1959-, no fuera un partido-vanguardia o que no hubiese conquistado ese papel? ¿Por qué José Revueltas hablará posteriormente de un “proletariado sin cabeza”? Se trata en realidad de la teoría leninista del partido. Cuando Lenin se refiere al partido como “la vanguardia de la clase obrera” usa una metáfora tomada del ejército. Revueltas emplea una metáfora distinta para hablar de lo mismo: la metáfora anatómica de cabeza-cuerpo. José Revueltas nacionaliza, por así decirlo, la teoría leninista sobre el partido, al hacer notar que en México –después dirá que en el mundo entero- el cuerpo del proletariado carece (ha carecido siempre) de cabeza o, mejor, que a este cuerpo acéfalo, se le implantan “cabezas” (o direcciones) que no le pertenecen. El proletariado mexicano ha sido una especie de monstruo mitológico, ya que es un cuerpo obrero con una cabeza burguesa. ¿Por qué acontece tal cosa? Por muchas razones, pero una muy visible es la de que el triunfo de la revolución mexicana –la “revolución hecha gobierno” que culmina con el cardenismo- significó la victoria del Estado democrático-burgués, de una revolución –dicho en mi lenguaje- hecha *por* la democracia *para* la burguesía (nacional) y como, en general, la ideología dominante es la de la clase dominante, en consecuencia la cabeza que ostentó el cuerpo proletario mientras existió el PCM era, teratológicamente, una cabeza extraña, burguesa en fin de cuentas. Claro que como una organización socialista no nace siendo partido, sino que se hace o, lo que es lo mismo, como la conformación del partido-vanguardia no surge como producto de un acto (o de buenas intenciones), sino como resultado de un proceso –que, además, no tiene garantizada su operatividad-, se podría pensar que una agrupación política –en este caso el PCM- estuvo en alguna etapa en posibilidad de transformarse o conquistar el status de vanguardia, entendiendo ésta no sólo como la jefatura empírica de la clase trabajadora, sino su dirección histórica o sea representativa de los intereses del proletariado. Para aclarar este punto, y a continuación negar que el PCM haya estado alguna vez en potencia de convertirse en vanguardia, Revueltas hace una diferencia entre un proceso –organización de la conciencia comunista- y un resultado –la conciencia comunista organizada (que es la *conditio sine qua non* de la existencia de un

¹²⁷ José Revueltas, “Escritos Políticos”, Tomo II, *Obras Completas*, Tomo 13, Ediciones ERA, México, 1984, p. 101.

partido-vanguardia). El PCM nunca, en ninguna de sus etapas históricas, llevó a cabo la compleja tarea de organizar la conciencia socialista y, en consecuencia, nunca fue una agrupación política en la que se hallase la conciencia comunista organizada. *Para que una organización política se empeñe en organizar la conciencia tiene que se consciente de que no posee una conciencia organizada y está lejos de ser, por consiguiente, un partido-vanguardia.* El PCM jamás realizó dicha autognosis, nunca se atrevió a sospechar que, aun colocado al frente de los sectores obreros que conformaban su radio de influencia, no era en realidad de verdad la cabeza apropiada del cuerpo proletario. El PCM se imaginaba dogmáticamente, y sin siquiera cuestionárselo, que era la vanguardia. Sus integrantes se habían asociado precisamente para serlo. Llevaba el nombre de comunista que en general se asume, o debería de hacerlo, bajo la suposición de que es o tiende a ser la dirección revolucionaria de la clase. Pero si se analiza la historia del PCM, desde su nacimiento hasta el XIII Congreso (que rechaza la crítica de José Revueltas), se advierte con claridad meridiana que varios elementos esenciales que forman parte de la conciencia comunista –y que deben ser conquistados en el proceso de la organización de la conciencia- nunca existieron en ella. José Revueltas acuñó precisamente el concepto de la *inexistencia histórica del PCM* para mostrar que este partido, del que no se podía negar la existencia empírica, no era *real*. Esta diferencia entre lo existente y lo real es de prosapia hegeliana y Revueltas lo tomó de Engels. Según este punto de vista, no todo lo que existe es real. Hay cosas que existen, están allí, ocupan un lugar en el espacio y el tiempo, pero pronto van a sucumbir. Para que aquello que existe además de existir sea real, requiere ser necesario. La síntesis de la existencia y la necesidad provoca, pues, la realidad. El PCM era un partido existente, pero irreal. Era existente porque formaba parte del conjunto de partidos políticos del país. Pero como no era necesario –porque no era una conciencia comunista organizada- era un partido irreal¹²⁸.

Antes de proseguir, no resulta ocioso hacer notar que el hecho de que un partido obrero ejerza su dirección en un contingente grande de trabajadores (como los partidos social-demócratas) no es garantía, ni con mucho, de que lo haga de manera revolucionaria, y, por el contrario, el que un partido obrero en un momento dado carezca de una gran influencia (como los partidos comunistas en su fase conformativa) no impide que, en determinadas circunstancias, pueda convertirse en un factor esencial de cambio y le sea

¹²⁸ El que esto escribe, señaló en aquel tiempo (hacia 1958), que era más conveniente hablar de la “irrealidad histórica del PCM” que de la “inexistencia histórica”; pero la diferencia es sólo de matiz y me parece ahora un tanto irrelevante.

dable realizar un salto desde el partido de cuadros hasta el partido de masas. Lo cuantitativo tiene, desde luego, importancia; pero lo esencial es lo cualitativo o, lo que es igual, la existencia histórica de ese partido. Para comprender el punto de vista de Revueltas y también, desde luego, lo que ocurre en la realidad, en varias ocasiones he hablado de que hay dos tipos de partido: el *partido-sumisión* y el *partido-destrucción*. Un partido que se dice socialista o comunista, pero que en la realidad se halla a la zaga de la burguesía o enajenado a la ideología burguesa, presenta la anomalía descrita por Revueltas: se trata de un proletariado con una cabeza postiza. El partido-sumisión puede ser una organización política más o menos reformista, puede ser un partido que muestre cierta inconformidad con el presente y se avoque a realizar o provocar ciertos cambios; pero estos últimos no atentan nunca la esencia del sistema, son ajustes a la maquinaria, perfeccionamientos al régimen capitalista. Un partido obrero con una cabeza sumisa en fin de cuentas a la burguesía, es un partido, entonces, que adolece de irrealidad histórica. Puede llevar a cabo algunos aciertos o cometer errores; pero estas conductas nada tienen que ver con el contenido sustancial de un partido-vanguardia que no sólo es existente, sino real. El partido-vanguardia, la cabeza real del proletariado histórico, tiene que ser un partido-destrucción. Existe, sí, dentro del capitalismo, pero su lucha estratégica central consiste en buscar el desmantelamiento de la formación social capitalista en el momento que sea posible y con las mediaciones indispensables. El PCM nunca fue un partido-destrucción. Simplemente no podía serlo, carecía de los elementos esenciales –comenzando por la conciencia de su inoperancia histórica– para adquirir el plexo de virtudes de una organización de combate anticapitalista necesarias para su urgente refundación. Para que un partido que se dice comunista pueda devenir partido-destrucción necesita conquistar varios factores sin los cuales nunca podrá ser lo que dice ser o aspira a ser. Para que surja el partido, hace ver Revueltas, se requiere organizar la conciencia comunista. ¿En qué consiste este proceso? Revueltas lo explica de la siguiente forma: “Corresponde a los ideólogos proletarios la tarea de dar a la clase obrera su conciencia en una forma organizada, es decir, organizar esa conciencia instituyéndose ellos mismos en el *cerebro colectivo* que piense *por* la clase, *para* la clase y *con* la clase”¹²⁹. El proceso de organización de la conciencia comunista es concebido, en realidad, en dos fases importantes: la del *por* y la del *para*, por un lado, y la del *con*, por otro. Si existe el *por* y el *para*, pero aún no se logra el *con*, la organización anuncia al partido, pero no es todavía en sentido estricto, el

¹²⁹ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p. 193.

partido-vanguardia¹³⁰. Como Revueltas y la célula Marx¹³¹ dan la lucha en contra de la *inoperancia histórica* del PCM al interior de éste –de 1957 a 1960- se puede afirmar que pugnan por una *refundación* de la organización partidaria, una refundación que, a diferencia de la fundación del PCM en noviembre de 1919, se empeñara en llevar a cabo el proceso de la organización de la conciencia o, lo que tanto vale, se propusiera dotar al proletariado mexicano, en realidad acéfalo, de su cabeza. Mas, para emprender el camino de una refundación concebida en estos términos, era indispensable que existiera o acabase por aparecer -insistiré en ello- la *conciencia* de la inexistencia histórica del PCM. Revueltas advirtió bien pronto que la dirección del partido no sólo carecía de esta conciencia, sino que se resistía ferozmente a que se pusiera en duda –tras de repudiar “la extraña terminología revueltista” (“inexistencia histórica del partido”, “conciencia comunista desorganizada”, etc.)- el papel del PCM como el “jefe político” de la clase trabajadora nacional. Revueltas pensaba que la toma de conciencia de que el PCM era “irreal”, en el sentido ya expuesto, implicaba una autognosis que, habiendo surgido en el propio Revueltas y en una célula del partido, debía extenderse a este último tomado en su conjunto. La autognosis era, entonces, una primera manifestación de la *crítica*. Un partido irreal, una organización partidaria acéfala o con cabeza postiza, es siempre un partido acrítico.

En relación con esta lucha en pro de que el partido realizase la autognosis de su deformada conformación estructural, Revueltas habló de dos etapas de la *crítica* (o de la denuncia de la irrealidad del partido): la *crítica enclaustrada* y la *liberación de la crítica*. La primera tuvo lugar inicialmente en el PCM y, cuando se obligó a la célula Marx y a otras células¹³² a salir de este partido, al interior del Partido Obrero-Campesino Mexicano (PO-CM), al cual solicitó su ingreso la célula Marx. El PO-CM era una fracción escindida del partido - desde hacía años- y que, como se reveló al poco tiempo, padecía también del “complejo de partido-vanguardia”, con el agravante de una influencia lombardista inocultable. La dirección de este partido se rehusó asimismo terminantemente a aceptar su carácter “irreal”, lo cual nos llevó a separarnos de esta agrupación, a crear la Liga Leninista Espartaco (LLE) y a culminar el proceso de la crítica con la liberación de la misma.

¹³⁰ “Las fases anteriores *del* proceso: pensar *por* y *para* la clase obrera no son sino una preparación de la fase siguiente, pensar *con* la clase obrera”, Ibid., pp. 194-195.

¹³¹ A la que también pertenecía el que esto escribe.

¹³² Como la Engels y, si mal no recuerdo, la Joliot Curie.

A riesgo de repetirme, y a manera de resumen, quiero interpretar la teoría de José Revueltas sobre el proletariado sin cabeza de esta forma: antes que nada hay que tomar en cuenta que, para que un cuerpo responda debidamente a los dictados de la cabeza, ésta tiene que existir, poseer un cerebro organizado de manera comunista y hallarse adecuadamente vinculada a su cuerpo. Si no existe la cabeza (y en su lugar se coloca un simulacro de cabeza -como en el PCM y el PO-CM¹³³-), hay que emprender, entre otras, dos tareas principales: a) denunciar la inexistencia de la cabeza y des-velar la presencia de una “cerebración usurpadora” que se halla puesta en su lugar. Este es el papel de la crítica (primero en el PCM y luego en el PO-CM). b) Luchar por que se instituya la verdadera cabeza del proletariado. A esta “lucha de conformación” Revueltas le dio el nombre, recordemos, de “organizar la conciencia comunista”. Al principio se mantuvo la ilusión de que la dirección del PCM (Arnoldo Martínez Verdugo, etc.) o la dirección del PO-CM (Carlos Sánchez Cárdenas, etc.) comprendieran el problema y coadyuvaran al urgente proceso de organizar la conciencia. Si así hubiera ocurrido –cosa más que improbable– se hubiera pasado de la organización de la conciencia a la conciencia comunista organizada¹³⁴. A los dos puntos anteriores, las cabezas ficticias de los dos partidos comunistas mencionados respondieron extrañadas y violentas. En el caso del PCM se acusó a la célula Marx de *liquidadora*, es decir, de manejar una extraña teoría revisionista –pergeñada sobre todo por Revueltas– que pretendía destruir, liquidar o borrar del mapa a un partido que, por definición, reconocimiento internacional y trayectoria histórica, era la vanguardia o la cabeza del proletariado.

14. Vuelvo a la teoría de Revueltas de la *organización de la conciencia* como requisito insoslayable para la refundación del PCM. El pensar *por* la clase y *para* la clase son dos nociones que resumen dicho proceso de organización. Veamos algunos elementos que forman parte del “pensar *por* la clase”, de conformidad con el autor del *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Esto significa que la ideología obrera, dueña ya del instrumental científico necesario, “al pensar *por* el proletariado establece aquellas peculiaridades propias y concretas de su existir que sean diferentes a las del proletariado de otros países”¹³⁵. Pensar *por* implica, asimismo, conocer la historia y la formación particulares de ese proletariado, “sus relaciones con las demás

¹³³ En una situación similar, aunque menos primitiva, a la de 1919, en que surgieron el Partido Comunista de México de Linn A.E. Gale el 7 de septiembre de 1919 y el Partido Comunista Mexicano de José Allen, Manabendra Nat Roy, etc. el 24 de noviembre de 1919.

¹³⁴ José Revueltas creía que cada clase tenía la posibilidad de organizar su conciencia, por eso hablaba también de la conciencia burguesa organizada.

¹³⁵ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p.193.

clases, el estado del desarrollo histórico del país, el peso específico que tiene la clase obrera, los problemas económicos y sociales que confronta en el país la sociedad capitalista y el nivel en que se encuentra, etc.”¹³⁶. El propósito central del “pensar *por* la clase” es “trazar la *estrategia* y la *táctica* a seguir por el proletariado”¹³⁷. En el “pensar *para* la clase”, la conciencia comunista, que ya ha sido organizada, “comienza por formular las *consignas* que la movilicen y la hagan luchar, pero por supuesto, no cualquier clase de consignas caprichosas o improvisadas, sino precisamente *las que se necesitan*”¹³⁸. Revueltas aclara un poco más adelante que hay “una base de principios que debe regir la elaboración de las consignas. Esta norma no es otra que la de establecer siempre una relación armónica, no contradictoria, entre las consignas elaboradas para una situación *inmediata* y los fines *históricos* de la clase”¹³⁹. Respecto al “pensar *con* la clase”, Revueltas hace notar que ahora “la conciencia organizada encuentra en la clase misma el *arma material* para realizarse como *conciencia proletaria*, es decir, ya no es una conciencia que esté sola, aislada, sino que, al haber logrado que el pensamiento teórico... se ‘enseñoree’ de las masas...ahora dispone de una fuerza material para la conquista de sus objetivos históricos”¹⁴⁰.

Como señalé con anterioridad, las nociones que resumen el proceso de organización de la conciencia y el surgimiento del partido-vanguardia son, en realidad, dos: el pensar *por* y *para* el proletariado, y el pensar *con* él. Pensar *por* significa: *en vez de* o, mejor, llevar a cabo lo que el proletariado “debería de hacer” y no puede hacerlo por sí mismo. Pensar *por*, se refiere a la teoría leninista del partido que opina que el socialismo científico (en el cual se expresan los intereses históricos del proletariado) nace “al margen” de la clase. Cuando los trabajadores carecen de conciencia socialista, y se hallan entregados a la lucha puramente *tradeunionista*, los intelectuales revolucionarios deben adueñarse de la teoría, nacionalizarla, derivar de ella la estrategia y la táctica, ponerla al servicio de los trabajadores y evitar que la lucha de éstos, espontánea, termine por beneficiar a la burguesía o, por lo menos, sea un ariete mellado por la ineficacia. El pensar no sólo *por* sino *para*, hace alusión a la necesidad que trae consigo la conciencia comunista de

¹³⁶ Ibid., p.193.

¹³⁷ Ibid., p.193.

¹³⁸ Ibid., p.193.

¹³⁹ Ibid., p.194.

¹⁴⁰ Ibid., p.194. Adviértase que Revueltas ve el “pensar *con* la clase” a la luz de la sentencia del joven Marx de que *el arma de la crítica debe convertirse en la crítica de las armas*. Revueltas toma esta tesis, desde luego, en sentido simbólico: no está haciendo un llamado a la lucha armada, sino a la movilización consciente del proletariado.

movilizar a la clase o reencauzar sus protestas o estallidos espontáneos. Esta es la razón por la cual hace énfasis Revueltas en las *consignas* y en la aseveración de que éstas no son, no deben ser, pseudo orientaciones políticas vacuas y sin sentido, sino encauzamientos tácticos que se hallen en armonía con la estrategia de la liberación. Una vez realizadas las dos fases anteriores – que ocurren en lo esencial al margen del “cuerpo” proletario- se ha de pasar a la segunda etapa: la de “pensar *con* la clase”. Esto significa que la conciencia comunista organizada –que ya ha transitado por el proceso de organizar la conciencia y estar en posibilidad de orientar al proletariado por el derrotero revolucionario específico que le conviene- funge como vanguardia o cabeza de los trabajadores. Pensar *con* no implica un vanguardismo incontrolado – como el stalinismo- o una Dirección sin el apoyo consciente de la clase. La cabeza no puede existir sin el cuerpo y también a la cabeza (el conocimiento indispensable para la acción) no le es dable prescindir de los *sentidos* que, desde el cuerpo, se hallan constantemente pasando su información al cerebro.

15. Al llegar a este punto siento la imperiosa necesidad de aludir a la historia del PCM, no a toda ella, no al conjunto de vicisitudes por las que atravesó, sino únicamente a ciertos momentos que pueden venir en nuestra ayuda en el tema que trato. No me interesa aquí hundirme en los vericuetos de la historia del PC, sino en preguntarle a ella porque éste, que pretendía ser el partido de la clase obrera, no pudo nunca devenir partido-vanguardia, en el sentido ya dilucidado.

Como todo organismo vivo, el PCM nació, se desarrolló y murió, y en estos tres momentos, tanto separados como unidos, dejó la impronta de su carácter o su específica manera de ser. Los interrogantes que quiero hacerme son, entonces, ¿cómo nació, se desenvolvió y pereció el PCM? Y si esto tiene que ver con la hipótesis –considerémosla por ahora como tal- de la “inexistencia histórica” del PCM” elaborada por Revueltas.

Empezaré con la inquisición sobre el nacimiento del PCM el 24 de noviembre de 1919. Hay algo indiscutible: este partido surge con una ambigüedad congénita –a la que ya aludí- entre el marxismo y el anarquismo (bakuninista), como si los problemas entre estas dos interpretaciones del socialismo que llevaron a la escisión de la Primera internacional no hubiesen existido. La libre asociación de las dos posiciones, la suma indiscriminada de dos formas de hacer política en varios puntos antagónicas, impidieron desde un principio que el PCM se ubicara en el carril que lo condujera a ser un partido-destrucción.

Voy a explicar esto. Como aclaré al inicio de “La idea del socialismo en México”, podemos discernir en la historia del capitalismo en general tres tipos de partido que se autodesignan socialistas: los que fueron capaces de destruir el capitalismo, y pusieron en su lugar “otra cosa”; los que, ciñéndose al modo de producción capitalista, metamorfosearon también el concepto de socialismo adaptándolo a la formación capitalista¹⁴¹ y los que, aun soñando con destruir el capitalismo, no pudieron en general sino crear avances, islotes, preanuncios de la emancipación social –basados en la cooperación y la ayuda mutua– pero que, hasta ahora, no pudieron hallar la forma de dar al traste con el sistema capitalista. A los primeros les he dado el nombre de *partidos-destrucción* y resulta importante subrayar que todos ellos eran no sólo marxistas sino leninistas (Partidos de la Unión Soviética, Yugoslavia, China, etc.). A los segundos los he denominado *partidos-sumisión* y pueden ser ejemplificados con los Partidos Socialdemócratas de la II Internacional, el Partido Laborista de Morones, el Partido Nacional Agrarista de Soto y Gama o el Partido Popular Socialista de Vicente Lombardo Toledano. A los terceros los he nombrado *partidos-construcción*¹⁴², que no son, como puede adivinarse, sino los agrupamientos anarquistas. Los partidos-destrucción tienen sobre los otros la supuesta ventaja de su capacidad desmanteladora. Pero la “teoría” o el supuesto doctrinario que subyace en su práctica –la de que lo fundamental es destruir el capitalismo, ya que lo demás (y aquí lo demás es la “humanización del hombre”) vendrá por añadidura–, resultó no sólo falaz, sino la nefasta justificación para que se entronizara una feroz tiranía con el nombre de socialista. Adelantándome a algo que trataré con más profundidad posteriormente, deseo puntualizar que para mí, en lo que se refiere a la problemática de la revolución, la solución se halla en la génesis de un *partido destrucción-construcción*. Este partido no coincidiría con ninguno de los mencionados: estaría en el polo opuesto a los *partidos-sumisión* en virtud de su concepción anticapitalista y su capacidad destructiva; se hallaría en oposición a los *partidos-destrucción* porque no sólo le interesaría el aniquilamiento de la formación capitalista, sino la edificación del socialismo, ya que lo primero no trae aparejado mecánicamente lo segundo; y no podría identificarse, en fin, con los *partidos(u organizaciones)-construcción*, ya que estaría convencido de que la construcción generalizada del socialismo no es posible sin la *destrucción* de las relaciones de producción capitalistas.

¹⁴¹ Identificando, por ejemplo, la noción de socialismo con la proclamación no sólo de las garantías individuales sino de las garantías sociales.

¹⁴² O, de manera más precisa en este caso, *agrupaciones-construcción*.

Si se reflexiona en lo que he escrito, se ve que el *partido destrucción-construcción* sería una síntesis del partido marxista-leninista (y su contenido desmantelador) y de la organización anarquista (y su práctica constructiva). Pero síntesis no es igual a suma, a unidad a toda costa, a eclecticismo organizacional. Si no se logra la superación, en buena dialéctica, del marxismo y el anarquismo –lo cual es un problema teórico-práctico- la convivencia unificada de ambas posiciones perjudica a las dos: el “proyecto” de *partido-destrucción* mediatiza al *partido-construcción* y viceversa. La teoría de la *irrealidad histórica* del PCM de Revueltas alude al partido-destrucción y sólo a él. Revueltas (a pesar de sus forcejeos teóricos y de la exaltación creativa –tan prometedor- de los últimos años) no va más allá en lo esencial del leninismo, y su posición se constriñe a ser, por ende, la concepción del partido-destrucción de Lenin. Volveré más tarde sobre esto.

La simbiosis mecánica entre los anarquistas y los marxistas con que aparece el PCM es, pues, uno de los elementos que –aun siendo eliminado después- colaboraron en la fisonomía “irreal” con que nació y vegetó en su inicio el PCM.

Otro de los elementos de su nacimiento que tiene que ver con su “inoperancia histórica” es el de que el PCM nace como partido al margen no sólo del marxismo en general sino de la teoría leninista del partido en particular. Como su génesis no se realiza a partir de grupos de lectura o círculos de estudio –que estuvieran, desde luego, vinculados a la lucha de clases y a la práctica sindical-¹⁴³ sino de trabajadores artesanales, fabriles, sindicados, etc. –en general de tendencia anarquista- que optan por conformar, primero, el Partido Socialista Mexicano (PSM) el 25 de agosto de 1919, y luego, después de su desintegración, el PCM el 24 de noviembre del mismo año. Textos de Lenin como *¿Por dónde empezar?*, *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante, dos pasos atrás* no sirvieron de guía –ni siquiera existían ediciones en español que facilitaran tal empeño- para dar a luz un partido “real” o sea un partido-destrucción. La teoría leninista del partido implica –para decirlo de manera muy sucinta- tres elementos principales que no tuvieron en cuenta: a) la crítica al espontaneísmo y la necesidad de una guía, una dirección de la lucha, b) la tesis de que la clase trabajadora por sus propias fuerzas no tiende al socialismo, sino que requiere un elemento –externo en su inicio- que infiltre esta idea del socialismo o este “bacilo” de la conciencia de clase en el obrero y c) la afirmación de que una

¹⁴³ “Uno de los muchos mitos en la historia del PCM, es la existencia, previa al partido, de marxistas revolucionarios dispersos”, Paco Ignacio Taibo II, op. cit., p. 324.

lucha económica –o un combate puramente sindical- no cuestiona el sistema y deviene en lo que Lenin llamaba, en famosa frase, “la lucha burguesa de la clase obrera”. Los primeros miembros del PCM, creían que los militantes, por el sólo deseo o la decisión de agruparse en un partido, ya adquirirían el carácter de socialistas o comunistas. Estos primeros militantes no advertían que su identificación con los ideales comunistas y la lucha artesanal y desordenada que emprendían por obtenerlos, no bastaba para realizar sus propósitos revolucionarios y los requerimientos históricos de la clase obrera a la que pretendían representar; era necesario orientar sus prácticas no sólo en el sentido de la eficacia sindical inmediata –lo cual dejaba mucho que desear-, sino de ir sentando las bases para nada menos que la destrucción de un sistema –el burgués- que se hallaba en México en su etapa de consolidación, ascenso incontenible, pujanza arrolladora. El PCM volaba a ciegas. No había nacido diferenciándose del anarquismo y del economicismo democrático-burgués, sino coexistiendo conflictivamente con ellos. ¿Cuáles eran los límites entre el marxismo y el anarquismo? No estaba claro. ¿Cuáles las fronteras entre la “acción múltiple” del moronismo (economicismo, lucha electoral, etc.) y el marxismo. No había claridad. “Los miembros del nuevo partido [debían] buscar el espacio que les dejaba el moronismo por un lado y los anarcosindicalistas por otro, un espacio muy poco claro en la sociedad proletaria mexicana”¹⁴⁴. Uno de los factores que obstaculizó de manera más definitiva la conversión del PCM en el *cerebro colectivo* que pudiese devenir cabeza *real* de la clase trabajadora mexicana, lo constituyó la interferencia enajenante que, en general, tuvo la Internacional Comunista¹⁴⁵, en el PCM y en el conjunto de partidos afiliados a ella, sobre todo cuando, ya muerto Lenin, la tesis estalinista del “socialismo en un solo país” se fue imponiendo en la Comintern. En lo que a México se refiere, el pensamiento “a control remoto”, las orientaciones políticas, el cambio de estrategias, se superpusieron al pensar primitivo del PCM y distorsionaron su proceso cognoscitivo. Durante toda la historia del PCM hubo un Big Brother internacional que era quien decía la última palabra y determinaba la acción. Pero... A una conciencia comunista organizada no se le pueden imponer pensamientos pensados desde afuera; se le puede sugerir, mostrar, convencer o no; pero la ideación y el conocimiento de su realidad política y su entorno social, son producto de su capacidad intelectual intrínseca. Esa interferencia de la Internacional acompañó –decía- al PCM durante toda su trayectoria. A veces parecía no existir u operar de manera invisible; pero siempre estuvo ahí, actuante, como recurso definitivo o como última y suprema instancia. Si este

¹⁴⁴ Ibid., p. 42.

¹⁴⁵ La Comintern o Tercera Internacional.

papel jugó la Tercera Internacional respecto al PCM a lo largo de su existencia –como lo haría con todos los partidos que controlaba- su acto de “reconocimiento- al recién nacido PCM coadyuvó a la extraña vida de un partido existente pero *irreal*.

Como ya se dijo, en México, a fines de 1919, había dos partidos comunistas: el PCM y el PCdeM que pretendían afiliarse a la Internacional Comunista. Los agentes de la Internacional se decidieron por el PCM, lo cual arrojó la doble consecuencia de que el PCdeM fue condenado a la desaparición (por carecer del aval extranjero) y de que el PCM recibiese *desde fuera*, e independientemente de que la nueva organización, al surgir, no se hubiera inspirado en la teoría leninista del partido, el carácter y la designación del partido comunista de la clase trabajadora de nuestro país¹⁴⁶.

El acta de nacimiento otorgada por la Comintern al PCM no sólo significaba un alumbramiento “irreal”, sino que esta irrealidad –determinada por varios factores- se extenderá durante la juventud, la madurez y la ancianidad de este partido. A partir de su génesis, no cabía la menor duda de que el partido *existía*, de que tenía ciertos “éxitos” o fracasos, de que aumentaba su influencia o la disminuía, de que no carecía de militantes abnegados, de que adquiriría cierta experiencia y hasta se hacía de algunos conocimientos; pero la existencia no trae de por sí la *realidad*. En sus altibajos, en sus diferentes edades, en todo momento, el PCM poseía una existencia irreal, o, lo que es equivalente, se hallaba incapacitado para encabezar revolucionariamente a la clase obrera. Creyendo que, con el solo hecho de existir, y operar “como si” fuese un partido real o la verdadera cabeza del proletariado, ya era real, el PCM, como dije, no fue nunca consciente de su peculiar forma de existir- divorciada-de-la-realidad, es decir, de su inexistencia histórica. Sólo en los momentos de crisis –y el PCM vivió varios y muy significativos- sospecha que algo funciona mal en su estructura y actividad o, mejor dicho, únicamente en esos momentos *una parte* del PCM atisba la inoperancia o disfuncionalidad del aparato; pero no va al fondo, a la raíz, a la incapacidad estructural de fungir como partido-vanguardia, y la crisis “se resuelve” o maquilla con cambios superficiales de estrategia o de personas o, las más de las veces, con el arbitraje resolutivo de la IC o de Moscú.

¹⁴⁶ Mijail Borodin, agente de la Internacional en México, fue el encargado de otorgar este reconocimiento. Borodin “descalificaba las pretensiones del PCdeM y de Gale, dándole al PCM el espaldarazo definitivo en materia internacional”, *Ibid.*, p. 56. Y también: “La publicación de la carta de Borodin reconociendo al PCM como único representante de la IC, sin duda alteró los ánimos de los miembros del PCdeM”, *Ibid.*, p. 64.

Además de la permanente ausencia de *autoconocimiento* de su ser mismo, otra señal de que el PCM no operaba como el cerebro colectivo de la clase, podía registrarse en el dato duro de que nunca, o casi nunca, el PC lograba conocer y caracterizar la realidad socioeconómica en la que se movía y a la que pretendía transformar. Pese a que en algún momento supo del principio leninista de que *no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria*¹⁴⁷, nunca lo tomó muy en serio, y substituyó los conocimientos por las impresiones. En vez de análisis científicos que reflejaran el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y su contradicción con las relaciones de producción, etc., tenía ocurrencias, suposiciones, puntos de vista superficiales que presentaba como hechos seguros e irrefutables. La falta de consistencia de sus análisis, arrojaba varias consecuencias desastrosas, entre las cuales no quiero dejar de aludir a la “política de bandazos” (por ejemplo del sectarismo al oportunismo) de que está llena la historia de este partido.

Hablaré de dos virajes del PCM que resultan sumamente ilustrativos de su errónea caracterización del enemigo¹⁴⁸. “No hay un solo viraje importante en la actuación política del partido que no responda a la imitación extralógica de otras realidades o a consignas de la IC o del PCUS, interpretadas mecánica y artificialmente. Este es el caso de la línea defendida en el Pleno de julio de 1929 que no es otra cosa que producto directo del VI Congreso de la IC que tuvo lugar en julio-septiembre de 1928”¹⁴⁹. Trataré brevemente de explicar a qué obedeció el cambio de política tanto en la IC –a la que, recordemos, se halla afiliado el PCM desde su nacimiento en 1919- como en el propio partido.

El VI Congreso de la IC, en su Resolución, habla de tres períodos de la revolución proletaria: el primero es el comprendido entre octubre de 1917 y la derrota de la revolución alemana (espartaquista) en 1923, y abarca los Congresos I (1919), II (1920), III (1921) y IV (1922). El segundo, el que sigue a 1923, es caracterizado como el período de la consolidación económica de la URSS y la estabilidad del mundo capitalista, abarca el V Congreso de la IC y se extiende hasta 1928 en que, como dije, tiene lugar el VI Congreso de la IC. El tercer período es el que se inicia con este Congreso.

¹⁴⁷ O de que es imposible cambiar la realidad, hacerla dar un vuelco, sin conocerla, sin tener una idea clara de ella, por lo menos en sus aspectos esenciales.

¹⁴⁸ El de julio de 1929 hacia un sectarismo izquierdista y el de la *Nueva Política* (1935) hacia un oportunismo derechista.

¹⁴⁹ Alicia Torres Ramírez, *El viraje ultraizquierdista*, Tesis de maestría en Ciencia Política, inédita.

¿Cuál es la característica principal de estos tres períodos? Alicia Torres explica: “Los primeros años de la IC... se caracterizan, de acuerdo con el VI Congreso, por una serie de desviaciones a la izquierda, alimentadas por la apariencia que existía entonces de que el capitalismo se hallaba herido de muerte”¹⁵⁰ ...

En 1923, cuando “el capitalismo consiguió, con la ayuda de la socialdemocracia, triunfar de la situación inmediatamente revolucionaria en Alemania y que la burguesía dominante empezó a reforzar y desarrollar los procesos de estabilización... el peligro de las desviaciones de izquierda cedió plaza, en el seno de los Partidos Comunistas, al peligro de las desviaciones crecientes de derecha”¹⁵¹.

El segundo período (que, según apunté, se extiende de 1923 a 1928) trata de corregir las desviaciones de izquierda, cayendo en las de derecha, coincidiendo con el auge de la Nueva Política Económica (NEP) de la URSS.

Finalmente, “Hacia el VI Congreso, comenzó el tercer período de la revolución proletaria, el período de la nueva acentuación de la lucha de clases, el comienzo de la contraofensiva proletaria”¹⁵².

No sólo hay que tener en cuenta el dominio que la IC ejercía sobre los partidos comunistas y obreros que la integraban, el PCM incluido, sino la hegemonía indiscutible que el PCUS, creador y sostenedor de dicha Internacional, ejercía en ella. “La vinculación entre la Internacional y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) era de tal manera estrecha que las pugnas internas en la más alta dirigencia de este partido repercutieron, a partir de la muerte de Lenin (en 1924), en la orientación de la Comintern y, a través de las decisiones de su comité ejecutivo, en todos y cada uno de los partidos a ella afiliados”¹⁵³.

Después del primer deterioro de la salud de Lenin en mayo de 1922 y, sobre todo, de su deceso en enero de 1924, saltaron a primer plano en el Politburó del CC del PCUS las enconadas luchas por la sucesión. Los estudiosos de este período histórico de la URSS han hablado de que estas pugnas conforman cuatro actos de composición variable: a) el triunvirato (Kamenev, Zinoviev y Stalin) contra Trotsky en 1923-24, b) el duunvirato de Stalin y Bujarin contra Kamenev y Zinoviev en 1925, c) el mismo duunvirato de Stalin y Bujarin contra la oposición conjunta de Trotsky, Kamenev y Zinoviev y d) la mayoría

¹⁵⁰ Ibid.

¹⁵¹ B. Vasiliev, *La labor y las resoluciones del VI Congreso de la IC*, ediciones de ¡Adelante!, Anderlecht, Bruselas, p. 6.

¹⁵² Ibid., p. 8.

¹⁵³ Alicia Torres Ramírez, Ibid.

estalinista contra Bujarin, Rykov y Tomsy en 1928-29¹⁵⁴. Resultado de todo este proceso, dicho de manera muy esquemática, es el hecho de que Stalin aplastó políticamente a la izquierda (Trotsky) y luego a la derecha (Bujarin). El período que va de 1929 a la promulgación de la Constitución de la URSS en 1936¹⁵⁵, y que se inicia con la etapa llamada del Gran Viraje –cuya esencia consistió, como se sabe, en una colectivización agrícola forzada de grandes dimensiones asociada a la creciente industrialización emprendida a fines de los veinte e inicios de los treinta–, representa no sólo el triunfo del despotismo estalinista sobre todos sus oponentes, sino una especie de “izquierdización” desde arriba –si esto es posible– que, al tiempo de oponerse al bujarinismo, hizo suyas sin decirlo demandas de la izquierda trotskista, lo cual llegó a confundir a algunos viejos partidarios de Trotsky.

El VI Congreso de la Internacional (1928) responde a la lucha y triunfo de Stalin sobre Bujarin¹⁵⁶. Este Congreso encarna el tránsito de la política derechista a la izquierdista, y hasta ultraizquierdista, y sienta las bases para la expulsión de la línea de derecha representada en la URSS por Bujarin. “El programa adoptado en el VI Congreso estaba basado de principio a fin en el eclecticismo. Canonizó la teoría del socialismo en un solo país, castrando así a la Comintern”¹⁵⁷. Antes de este Congreso y después de él “se puso en práctica la política fatal de dividir a los sindicatos rojos como organizaciones independientes. Se rechazó cualquier pacto con la socialdemocracia...se promulgó la teoría del social-facismo (la socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelas, decía Stalin) y se negó toda diferencia entre la democracia parlamentaria y la dictadura fascista”¹⁵⁸.

¿Qué sucedía mientras tanto en el PCM? No voy a tratar aquí las condiciones objetivas, socioeconómicas, que propiciaron un cambio de estrategia en este partido –cambio que tiene lugar de 1929 a 1935–, como son la crisis del 29, la insuficiencia del mercado interno, la reforma agraria estancada, las pugnas políticas interburguesas, etc., ya que el propósito de este escrito va por otro lugar. Deseo mencionarlas desde luego, porque no ignoro que repercutieron en dicho cambio y operaron como uno de los factores de su realización. Pero este viraje, que tiene lugar en el Pleno de julio de 1929, que desplaza de la

¹⁵⁴ S. F. Cohen, *Bujarin y la Revolución Bolchevique*, Editorial Siglo XXI, México, 1976, p. 327.

¹⁵⁵ Que substituyó a la de 1924.

¹⁵⁶ El derrotado Bujarin es, no obstante, el encargado del Politburó ante dicho Congreso.

¹⁵⁷ George Novack, Dave Frankel y Fred Feldman, *Las tres primeras Internacionales*, Editorial Pluma, Bogotá, 1980, p. 120.

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 120-121.

Secretaría General de la Comisión Política a Rafael Carrillo¹⁵⁹ y que pone en su lugar a Hernán Laborde y Valentín Campa, está sobredeterminado por la línea política, que representa de por sí también un viraje, del VI Congreso de la Comintern. Campa lo reconoce ampliamente y lo dice con todas sus letras: “El ambiente general en el movimiento comunista internacional era de una disciplina incondicional a la III Internacional dirigida por el PCUS. Plantear discrepancias implicaba expulsión del movimiento comunista con la satanización correspondiente”¹⁶⁰. ¿Qué trae consigo el Pleno de julio de 1929? Revueltas observa, aludiendo a éste, que “representa un viraje de 180 grados en la política seguida hasta entonces por el partido comunista de México... La reunión plenaria de 1929 decide establecer una nueva línea política que preconiza, en síntesis, la ruptura con la burguesía, la lucha frontal contra el gobierno y la preparación de la insurrección armada para instaurar el poder obrero-campesino”¹⁶¹. Lo más disparatado de los resolutiveos de esta reunión plenaria era la preparación de y el llamado a la insurrección armada. A los pocos meses el partido tuvo que dar marcha atrás en este planteamiento ultraizquierdista; pero, no obstante, se vio en la necesidad –en la época de Portes Gil- de pasar a una clandestinidad que duró hasta 1934.

El PCM se somete a la III Internacional, de la misma manera que ésta lo hace respecto a un partido, el PCUS, donde el despotismo estalinista ha aniquilado a la izquierda y a la derecha y preconiza, como línea política de todos los partidos comunistas, la tesis del socialismo en un solo país. ¿Qué efectos tendrá esta supeditación del PCM a una Internacional subordinada al PCUS? El efecto es evidente: produce una disfunción en el “cerebro” partidario. Este cerebro, si queremos llamarlo así, no puede pensar *por* la clase, *para* la clase y *con* la clase o sea no puede autoorganizarse, sino que, víctima de la “disciplina incondicional” de que hablaba Campa, se ve en la necesidad de sustituir su propia cerebración por la captura y puesta en marcha de pensamientos que no son producto de su funcionamiento “neuronal”¹⁶².

Cuando el PCUS cayó en cuenta, finalmente, de las trágicas consecuencias que tuvo la línea del VI Congreso de la IC en muchos lugares –sobresaliendo

¹⁵⁹ También a Úrsulo Galván y a muchos otros.

¹⁶⁰ Valentín Campa, *Mi testimonio*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1978, p. 164.

¹⁶¹ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p. 230.

¹⁶² La línea política del VI Congreso trajo consigo consecuencias nefastas en otras partes del mundo. Pongo un ejemplo: en Alemania, el ultraizquierdismo del PC puso prácticamente en el mismo nivel al Partido Nacional Socialista y al Partido Socialdemócrata y permitió el ascenso al poder en 1933 –como lo previó y lo denunció Trotsky- de la barbarie hitleriana.

entre ellas el ascenso del nazismo-, dio un viraje en su VII Congreso, que tuvo lugar del 25 de julio al 20 de agosto de 1935. Visto a distancia, el tránsito de la línea política del VI Congreso a la del VII, representa un bandazo: no se va de una estrategia izquierdista a otra que corrija ese extremismo, sino que se salta del izquierdismo o ultraizquierdismo al derechismo o ultraderechismo. En una formulación muy sucinta, se puede afirmar que el VII Congreso eleva a primer plano la estrategia del *Frente Popular*, es decir, el llamado no sólo a que la clase trabajadora de los países industrializados cerrara filas contra el fascismo, sino a que los comunistas colaboraran con los partidos y organizaciones burgueses y pequeño-burgueses con la finalidad de impedir el ascenso de un fascismo que, después de Italia y Alemania, amenazaba con tomar el poder en varios países europeos. Esta política se diferenciaba esencialmente de la preconizada en el VI Congreso. En este se hablaba más bien de la estrategia del *Frente único* del proletariado o sea de la necesidad de conquistar la unidad beligerante de los obreros –pugnando por superar o colocar en segundo plano las diferencias existentes entre comunistas, socialistas, católicos- en contra de la burguesía. La política del Frente único implicaba una lucha de clase contra clase en el sentido más o menos similar al que visualizaban Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1847-48). El VI Congreso planteaba, asimismo, la necesidad de la alianza obrero-campesina y, de ser posible, la insurrección armada, la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado. El VII Congreso, al poner el acento en el Frente Popular –y ya no en el Frente único- abandonaba la estrategia de la lucha de clase contra clase, ponía el acento en la colaboración de clases (contra el fascismo) y postergaba para quién sabe cuando la toma del poder, propiciando más bien el ascenso de un gobierno que, aunque estuviera encabezado por la burguesía republicano liberal, impidiese el paso al fascismo, caracterizado como dictadura del capital financiero.

El VII Congreso es encabezado por el comunista búlgaro Giorgiu Dimitrov ¹⁶³. Ninguno de los 510 delegados aludió públicamente a Bujarin, que fuera el dirigente del Congreso anterior y que, como antes Kamenev y Zinoviev, había caído en desgracia. En cambio Dimitrov fue llamado “el piloto de la Internacional Comunista” porque, además de su inocultable estalinismo, gozaba de prestigio internacional, tras de su “valiente defensa ante el tribunal del Reich en donde, con sus camaradas Popov y Tanev igualmente búlgaros y el alemán Torgler, había comparecido bajo la mendaz acusación de ser el

¹⁶³ Muchos comunistas destacados intervinieron en este Congreso como Wilhelm Pieck, Dimitri Manuilsky, Maurice Torez, etc. José Revueltas formó parte de la delegación del PCM ante este Congreso. Pero la luminaria fue Dimitrov.

responsable del incendio del Reichstag”¹⁶⁴. El historiador trotskista Pierre Frank, autor de la importante *Historia de la Internacional Comunista*, que abarca de 1919 a 1943, caracteriza de la siguiente manera el VII Congreso de la Internacional: “Era la primera vez que un Congreso de la IC admitía la colaboración con partidos burgueses en países capitalistas desarrollados... Era una innovación colosal, pero que fue aceptada sin que se produjera una crisis apreciable en los partidos comunistas. No había prueba más flagrante de su descomposición política. Los miembros de base no advertían que se estaba renunciando a la conquista revolucionaria del poder, no eran conscientes del deslizamiento que habían realizado”¹⁶⁵.

Tres fechas importantes en la vida del PCM, en relación con el tema que trato, son 1929, 1935 y 1940. En el período de 1929 a 1935, como ya expliqué, el partido lejos de obtener su línea política, su estrategia y su táctica, del conocimiento de la realidad –una situación verdaderamente compleja que comprendía la consolidación de los sectores dominantes de la revolución, el proceso de institucionalización de la misma, el surgimiento del partido oficial, el modelo de acumulación, etc.- no hacían otra cosa que tratar de aplicar al país lo acordado por la III Internacional. La creación de la Confederación Sindical Unitaria de México y del Bloque Obrero-Campesino, tenían la pretensión, desde luego fallida, de generar respectivamente agrupaciones que coadyuvaran a dos principios fundamentales acordados en el VI Congreso de la Comintern: la unidad de los trabajadores (en contra del capital) y la alianza obrero-campesina, como condición obligatoria de la dictadura del proletariado, supuestamente representado por el Partido Comunista. Pretendiendo romper, al menos en un aspecto, con el ultraizquierdismo adoptado por el PCM con la adopción mecánica de la “línea de la Internacional”, en 1934 la dirección del partido tomó la decisión de intervenir en la lucha electoral, teniendo como su candidato presidencial a Hernán Laborde –que fungió como Secretario General de PC del Pleno de julio del 29 al Congreso Extraordinario, que tuvo lugar del 19 al 24 de marzo de 1940. Hernán Laborde compitió, como candidato del Bloque Obrero-Campesino, con Lázaro Cárdenas, Antonio I. Villarreal y Adalberto Tejeda y quedó muy abajo no sólo de Cárdenas, sino de los otros dos candidatos. Los propios comunistas escribieron después: “En 1934, cuando se presentó la coyuntura electoral para el cambio de gobierno federal, la Dirección del Partido no pudo aprovecharla correctamente; cometió errores de izquierda al considerar, por ejemplo, como fascista el Plan Sexenal que sostuvo el PNR, al mismo tiempo

¹⁶⁴ Pierre Frank, *Histoire de l'Internationale Communiste*, II Tomo, Editions La Breche, Montreuil, 1979, p. 716.

¹⁶⁵ Ibid, p. 718.

que lanzaba la consigna de implantar soviets en México”¹⁶⁶. La caracterización del Plan Sexenal, no como un programa democrático-burgués, sin lugar a dudas avanzado, sino como un plan de contenido fascista, no es algo sorprendente si tomamos en cuenta que, por un lado, la IC había caracterizado a los socialdemócratas como socialfascistas y, por otro, la incapacidad de siempre del partido para aprehender las características relevantes de la formación social mexicana de entonces y su grado de desarrollo.

En 1935 –tras del VII Congreso de la IC al que ya aludí- se inicia “La Nueva Política” del PCM, cuya finalidad principal era luchar por conformar el Frente Popular Mexicano. La caracterización del cardenismo por parte del PCM dio un vuelco vertiginoso: ya no era fascista, ni siquiera liberal burgués, sino expresión de un nacionalismo colindante con el socialismo. Y hasta cuando se formó el PRM en marzo de 1938 y en años posteriores no dejaron de oírse voces en el PCM sobre la necesidad de incorporarse al partido oficial, como años después lo haría el PMS con el PRD. Mucho después, a fines de los 50, el PCM, en boca de la corriente renovadora que se formó de 1956 a 1960 criticó “La Nueva Política” de 1935 a 1940 no tanto por su concepción del Frente Popular –concebido en México no contra el fascismo sino contra el imperialismo- sino porque permitió –o no supo impedir- que la burguesía y no el proletariado dirigiera a dicho frente o tuviera la arrolladora hegemonía dentro de él. Era un Frente, decía el PCM en 1957 “sin lucha acertada con los aliados, de modo que el partido cayó en una posición que el Primer Congreso Nacional Extraordinario calificó de seguidista de la burguesía”¹⁶⁷.

La plena consolidación del poder de la burguesía nacional tiene lugar cuando organiza, gobierna y vigila¹⁶⁸ los tres pilares de su sustento popular: la CTM, la CNC y la CNOP. La conformación del “trípode” del Estado mexicano –señal inconfundible de su estructuración democrático-burguesa- no se realizó sin dificultades. El partido oficial –nacido en 1929 para conquistar y fortalecer la unidad nacional del grupo sonoreense en el poder- después de someter a militares levantiscos, caudillos regionales, asonadas y conjuraciones, incorpora a los obreros, los campesinos y burócratas como los tres sectores de su composición orgánica, con lo que logra hacerse de la reserva fundamental para luchar contra los remanentes precapitalistas y el imperialismo, cuando lo requiere; pero también, si necesita hacerlo, contra los intentos socialistas y

¹⁶⁶ “38 años de lucha del PCM”, Editorial, *Liberación*, No. 7, Revista del CC del PCM, México, septiembre-octubre de 1957.

¹⁶⁷ *Liberación*, No. 7, op. cit., p. 8.

¹⁶⁸ La triple acción heterogestionaria generadora del corporativismo.

comunistas de “ir más lejos” de lo que le conviene al régimen. El PCM fue una de las agrupaciones que intentó conquistar una base obrera, campesina, intelectual y burocrática, como lo muestran la existencia de la Liga Nacional Campesina (LNC), la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) y otras organizaciones. Y cuando fue perdiendo sus bases –ganadas en su mayoría por la política oficial- el PCM intentó en vano reconquistarlas. ¿Cómo iban los comunistas a recuperar para sus posiciones a sectores importantes del “trípode” estatal, cuando estaban en su contra el aparato del Estado, la ideología –no pocas veces anticomunista- del nacionalismo revolucionario y las torpezas políticas del propio PCM? Muchas de estas torpezas –como se reconoció después- se habían caracterizado por el sectarismo o la política izquierdista en el movimiento obrero o campesino (en la CTM o en la CNC), pero la manera de corregirlas o tratar de hacerlo fue el bandazo, el deseo de recuperar “a como dé lugar” la influencia perdida o las posiciones clausuradas. De ahí que la política oficial del PCM, en lo que se refiere a la CTM encabezada por Vicente Lombardo Toledano, y luego por Fidel Velásquez, fue la de “Unidad a toda costa”, con lo que se pretendió enmendar un error (el sectarismo) con otro (el oportunismo)¹⁶⁹. La “unidad a toda costa” de los comunistas con los socialistas demoburgueses –como los llamaba Revueltas- o con los burócratas sindicales, respondía a muchos factores. Uno de ellos tenía que ver con la viabilidad o no del Frente Popular. ¿Cómo iba el PCM a convencer al partido oficial, de organizar un frente popular antiimperialista si carecía de verdadera fuerza popular, y más aún, cómo iba a conquistar la hegemonía en tal frente si los obreros, los campesinos y los burócratas, es decir el “trípode” del Estado mexicano, para no hablar del ejército, se hallaba bajo la plena subordinación corporativa de la burguesía? En estas condiciones parecía no haber otra política que la basada en el angustiado grito de “Unidad a toda costa”¹⁷⁰. Pero ¿esta nueva política, esta reacción visceral, tiene algo que ver con la racionalidad de la conciencia comunista organizada?

Llegó finalmente el Congreso Extraordinario de 1940¹⁷¹. Además de las consabidas expulsiones –con las que se aniquilaba toda discusión- en él, o alrededor de él, se ventilaron dos problemas: uno abierto, visible, exotérico y

¹⁶⁹ En el *Informe al Pleno del CC del PCM* en junio de 1937 se dice: “El buró político ha considerado que la tarea más apremiante de nuestro partido es nuestra lucha por la unidad de la CTM, bajo el lema de “Unidad a toda costa”, “*¡Unidad a toda costa!*”, Informe al Pleno del PCM en junio de 1937, Editorial Popular, México, 1937, p. 3.

¹⁷⁰ Fue en el IV Consejo de la CTM cuando tuvo lugar la ruptura entre los comunistas y los cetemistas.

¹⁷¹ Congreso que tuvo lugar del 19 al 24 de marzo de 1940.

otro cerrado, “clandestino” y esotérico: El primero tenía que ver con la política externa (programática) del PCM y el segundo con el asesinato de Trotsky. 1. Una de las primeras tareas del Congreso fue nombrar una Comisión Nacional Depuradora, al margen de los estatutos y muy dentro del espíritu estalinista, que no sólo expulsó del partido a varios comunistas¹⁷², sino a Hernán Laborde y Valentín Campa, los dirigentes máximos de la organización. En su lugar fue nombrado Dionisio Encina, el cual, después de haber sido electo Secretario del Interior de la Federación Sindicalista de Torreón, adherida a la CSUM, llega a la cumbre del Partido, con el visto bueno de Victorio Codovila, encargado de la Comintern para supervisar el desarrollo del Congreso¹⁷³. El primer informante de este último fue Dionisio Encina, el cual acusó a la Dirección saliente de *sectario-oportunista*. Al parecer, se había dado finalmente en el clavo. El Partido se deslindaba del sectarismo de 1929 a 1935 y del oportunismo de 1935 a 1940, es decir, de los dos períodos en que Laborde y Campa se hallaban al frente del Partido. Todo hacía pensar que el PCM se liberaba por fin de los bandazos que, con una dialéctica irresolutiva, iba sin cesar de la tesis a la antítesis y de la antítesis a la tesis. Si se criticaba tanto a las desviaciones “de izquierda” como a las “de derecha”, parecía que se estaba desbrozando el terreno para tener, ahora sí, un proceso de conocimiento científico de la realidad acompañado de la práctica política pertinente. ¿Pero era así? Lo único evidente es que, a partir de este Congreso, hubo un cambio en las formulaciones políticas del Partido. Pero un cambio que sólo lo es en las palabras, se convierte en simulación. Atacar al izquierdismo y al derechismo era desde luego, o parecía ser, un combate contra las dos desviaciones. ¿Pero, a diferencia de éstas, cuál era la posición correcta? ¿Se hallaba en el justo medio, en el “centro” entre dos extremos? ¿Debía surgir del alejamiento teórico deliberado de los extremos –o sea una mera operación perspectivista- o de la práctica cognoscitiva del cerebro partidario que permitiese conocer la realidad que se pretendía transformar? No cabe duda de que el PCM continuó por el camino de siempre, y al que, por lo visto, se hallaba condenado: el de su *irrealidad histórica*. De 1940 a 1957, el PCM sostuvo, en lo fundamental, no un punto de vista de clase, sino una suerte de nacionalismo “visto desde la izquierda” o una exaltación ideológica de la Revolución Mexicana, que no tengo ningún empacho en llamar oportunista de derecha. Este nacionalismo puede recibir diversas especificaciones interpretativas, según los momentos históricos en que se expresa; pero en esencia siempre sostiene lo mismo: que la Revolución

¹⁷² Por ejemplo al grupo Guerra-Ramírez-Lobato.

¹⁷³ Además de Encina, fueron elegidos para el nuevo CC Andrés García Salgado, Rafael Carrillo, Ángel Olivo, entre otros.

Mexicana, como la octava sinfonía de Schubert, es una revolución *inconclusa* y que no es posible emprender la revolución socialista si antes no se cumple lo contenido en la Constitución de Querétaro, desvirtuada por una serie de reglamentaciones antipopulares. 2. Paralelamente al Congreso Extraordinario, había una segunda tarea, no pública, que debía llevar a cabo la cúspide estalinista del PC: planear el asesinato de Liev Davidovich Trotsky. Victorio Codovila estaba encargado, al parecer, no sólo del buen curso del Congreso, sino de tratar, con un grupo reducido de comunistas –entre los que se encontraban Hernán Laborde y Valentín Campa- el proyecto de eliminación física proveniente del mismísimo Stalin¹⁷⁴. Ahora es un hecho público y notorio¹⁷⁵ que ambos dirigentes se opusieron tajantemente a las sanguinarias órdenes de Moscú¹⁷⁶. Los argumentos con que quisieron fundamentar su oposición –que el homicidio convertiría al “traidor” Trotsky en mártir y que mancharía la imagen del PC, entre otros- no eran las razones que deberían haber ofrecido, sino razones surgidas de dos estalinistas que, afortunadamente, conservaron una cierta dosis de escrúpulos y sentimiento humanitario. No obstante, su actitud fue valiente y sin titubeos, lo cual les costó ser expulsados del Partido. Esta manera de resolver las contradicciones (con la expulsión o, peor aún, con el asesinato) no sólo hablan de una forma troglodita y canibalesca de dirimir las, sino de que, como diría Revueltas, la inexistencia histórica del PCM y de todos los partidos, el PCUS incluido, tiene como una de sus causas la deliberada ausencia de una *democracia cognoscitiva* como regla prioritaria de organización.

De 1940 a 1945, o sea durante la Segunda Guerra Mundial, el PCM cayó bajo la influencia del browderismo¹⁷⁷. Como la Unión Soviética estaba aliada a EE.UU en la guerra contra la Alemania nazi –tras de que Hitler lanzara su ataque contra ella en 1941- el Partido Comunista norteamericano, encabezado por Browder, sostuvo que el enemigo principal ya no era el capital y su gobierno, sino los fascistas, lo que condujo a su partido a aliarse con el C.I.O. e indirectamente con Roosevelt y el Partido Demócrata. El browderismo influyó en varios de los partidos latinoamericanos. Su repercusión en el de México fue desastroso ya que, al empujar a éste a poner en primer lugar la

¹⁷⁴ La historia de Codovila es por demás turbia. Menciono sólo un hecho: la “troika” que formaron Togliatti, Stepanov y Codovila fue la encargada de asesinar, también por órdenes de Stalin, a Andreu Nin, el dirigente del POUM.

¹⁷⁵ Valentín Campa habló sin tapujos de ello.

¹⁷⁶ No así el pintor David Alfaro Siqueiros que, acompañado de varios sicarios, asaltó la casa de Trotsky en Coyoacán el 24 de mayo de 1940.

¹⁷⁷ Earl Browder fue Secretario General del Partido Comunista Norteamericano de 1929 a 1945. El VI Congreso del PCM adoptó oficialmente la línea derechista de Browder.

unidad nacional contra el fascismo, ensambló la ideología liberal antifascista con la idea nacionalista de la revolución inconclusa. La influencia browderista fue tan negativa que hasta, por recomendación de los comunistas norteamericanos, se empezó a reemplazar las células –organización de los obreros de conformidad con su centro de trabajo- por comités de barrio u organizaciones de los militantes según su residencia.

En la historia del PCM podemos discernir dos tipos de crisis: una, permanente y estructural (que se identifica en el fondo con su *irrealidad histórica*) y otras que discurren de tanto en tanto y que son “solucionadas” mediante el expedito recurso de la expulsión¹⁷⁸, que indefectiblemente busca eliminar el “factor nocivo” que cuestiona y amaga la estabilidad de la burocracia dirigente. En octubre de 1943, por ejemplo, la dirección encinista expulsó a la célula José Carlos Mariátegui, la cual, acusada de fraccionalismo -¡la acusación de siempre!-, fue disuelta el 28 de noviembre de 1943. La célula se opuso a su disolución y en 1944 formó el grupo *El Insurgente* y la revista del mismo nombre. En la célula militaban Enrique Ramírez y Ramírez, Efraín Huerta, José Revueltas, Vicente Fuentes Díaz, Rodolfo Dorantes y otros. Un ejemplo más: en 1947 es expulsado otro sector del PC acusado también de fraccionalista: el grupo de Carlos Sánchez Cárdenas, Alberto Lumbreras, Miguel Ángel Velasco, Alexandro Martínez Camberos, etc. Este grupo, lejos de desintegrarse, formó, poco después de ser expulsado, el *Comité Reivindicador del PCM*. Por otro lado, la mayoría de los expulsados en 1940 y 1943, acusados en general de “labordistas”, formó la Asociación Socialista Unificada (ASU), la cual acabó por fusionarse con el Comité Reivindicador y dar a luz el Partido Obrero-Campesino Mexicano en julio de 1950. Quizás la oposición del 43 contenía ciertos ingredientes “de derecha” (porque tendía al lombardismo) y tal vez la del 47 presentaba algunos matices “de izquierda” (a los que la lucha en contra del browderismo había arrojado reactivamente); pero lo grave de la situación no eran las diferencias surgidas al interior del Partido, sino la incapacidad de éste o, mejor, de la Dirección para favorecer una solución racional a las antítesis y contrastes que emergían en cada crisis. Esta incapacidad o “tendencia hacia la crisis” –como la llamaba Revueltas- no es algo que corresponda única y exclusivamente al encinismo, sino que es una característica profunda, permanente e indestructible de toda la historia del PCM por la sencilla y dramática razón de que ella constituye uno de los factores que estructuran a un partido que *existe*, sin poseer la *conciencia comunista organizada*. Producto de esta insuficiencia estructural para resolver

¹⁷⁸ De la expulsión, si se trata de un partido comunista que opera en un país capitalista, pero frecuentemente de un proceso amañado, y de la muerte si ello ocurre en un país “socialista”

los conflictos teórico-políticos, se manifiesta, se objetiva en el hecho de que, a partir de 1950 y durante todo lo que ocurrirá en esta década –como el despertar de la lucha obrera-, en la palestra nacional habrá ¡no uno, sino dos partidos comunistas! Revueltas comenta esta enigmática situación con las siguientes palabras: “La existencia paralela de dos organismos que recíprocamente se consideraban “marxistas-leninistas”, ya tenía de por sí la elocuencia indispensable como para que se comprendiese de inmediato que no existía el partido proletario de clase, el cerebro colectivo *único* que encarnara la *conciencia organizada* de la clase obrera en México”¹⁷⁹.

Durante la guerra fría –en este caso de 1945 a 1957- el PCM sostuvo su concepción nacionalista tradicional. Esta concepción, que puede recibir el nombre de *etapista*, se formulaba de la siguiente manera: en un país atrasado como México –al que tanto Moscú como el PCM calificaban de colonial o semicolonial- el objetivo prioritario de la lucha no podía ser la revolución socialista, sino un cambio nacional-liberador que, inspirado en nuestra Carta Magna de 1917, intentara llevar a cabo sus principios incumplidos. Este planteamiento –que era la *esencia* de los diversos diseños programáticos del PCM desde 1935 a 1957¹⁸⁰- ponía de relieve que la contradicción nación /imperialismo tenía preeminencia sobre la contradicción capital/trabajo o, dicho con otras palabras, que la tarea primordial del movimiento revolucionario era conquistar la independencia política y socioeconómica del país respecto al imperialismo norteamericano, como *premisa* para abordar después los objetivos de la emancipación del trabajo respecto al capital¹⁸¹.

Este etapismo tenía, en su inicio, dos interpretaciones: a) aunque la burguesía nacional (a la que en general se consideraba nacionalista) se pusiera a su cabeza, había que crear, primeramente, un frente liberador, de carácter multclasista, que sentara las bases para acceder finalmente al socialismo. Había que hacer lo anterior ya que, por un lado, el imperialismo era el principal enemigo de los pueblos, porque la burguesía nacional –que había accedido al poder con la Revolución Mexicana- era progresista y en virtud de

¹⁷⁹ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p.37.

¹⁸⁰ Y que tenía su formulación más decantada y firme, sin vacilaciones o reservas, en el lombardismo.

¹⁸¹ El deterioro programático y organizativo del PCM “tiene por origen al Congreso Extraordinario realizado en 1940, durante el cual fue reestructurado para sincronizarlo con la política del PCUS. Por estas fechas la organización asumió la defensa del nacionalismo oficial y del Estado como parte de una política de alianzas que convergía con la idea estaliniana de las dos etapas hacia el socialismo”, Antonio Rousset, *La izquierda cercada*, Centro de Estudios Universitarios Londres, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2000, p. 17.

que la revolución misma no había terminado. Este punto de vista –defendido a capa y espada por Vicente Lombardo Toledano- fue suscrito por décadas también por el PCM, b) era necesario organizar, antes que nada, el Frente Popular, de formación multclasista, como palanca indispensable para conquistar la independencia económica y reafirmar la soberanía nacional; pero había que pugnar denodadamente desde un principio por que la clase obrera adquiriera la hegemonía dentro de ese Frente, lo cual garantizaría que el proceso no se congelara en la etapa que, proclamándose antimperialista, continuaría siendo democrático burguesa. En realidad este planteamiento –que surgió a veces en el PCM- era puramente declarativo porque ¿cómo iba a dirigir o hegemonizar el Frente de marras un proletariado que no tenía en el PCM su vanguardia o -como acabó por reconocer el propio Dionisio Encina- que sólo poseía en tal partido una organización que ejercía “muy débilmente” dicho rol¹⁸² y que, por consiguiente, carecía de conciencia de clase, enajenado como estaba a la ideología de la revolución mexicana? Además de ser esta línea política algo puramente declarativo y sin sustento en la realidad, no se hallaba formulada teóricamente de manera correcta y sin ambigüedades. Esta claridad sólo le podría advenir si hubiese roto con la concepción etapista estaliniana y también jrushoviana, a favor de la tesis marxista de la *revolución permanente*, la cual hace énfasis en que, cuando un país no ha accedido en lo fundamental a la formación capitalista y republicana o se encuentra con residuos precapitalistas sustanciales, la clase obrera debe empeñarse en una revolución permanente que busca realizar las tareas democrático burguesas que están a la orden del día, pero que, al realizarlas, sienta las bases para la conquista del socialismo. La teoría de la revolución permanente está en contra de la tesis de “las dos revoluciones” –primero una burguesa (o antiimperialista) y luego otra socialista- ya que ve el proceso de emancipación proletaria como un *continuum* y no de manera etapista. Claro que la revolución permanente tiene fases, porque no es lo mismo saltar al capitalismo o modernizarlo que socializar los medios de producción; pero dicha tesis no habla de dos procesos separados por el hiato de una conformación estructural global distinta, sino de un proceso permanente que tiende a borrar las fronteras entre una fase y otra. De lo anterior se infiere que la clase obrera prepara desde la fase democrático burguesa su fase socialista. Todo esto es posible si y sólo si hay una clase obrera independiente, con conciencia de clase y con un partido obrero que la sepa orientar en tan complicado proceso. En esta teoría de la revolución permanente de Marx –que he expuesto de manera muy

¹⁸² “El PCM, siendo la vanguardia revolucionaria de la clase obrera en México, todavía juega muy débilmente ese papel de vanguardia”, Dionisio Encina, *Sobre la situación política actual y las tareas de los comunistas mexicanos*, México, FCP, 1957, pp.79-80.

esquemática- podría haber hallado el PCM una guía para su formulación teórico-práctica del Frente. Pero ¿cómo iba a tomar en cuenta esta teoría si después de Marx y de Parvus, Trotsky la había refuncionalizado y puesto al día?

En relación con lo precedente, pero también abarcando otros aspectos, adelantaré algunas de las ideas que he ido concibiendo sobre el partido revolucionario y que desarrollaré de manera más detallada con posterioridad. En varios sitios de este ensayo, como recordará el lector, he hablado, por una parte, de las diferencias que existen entre un *partido-sumisión* y un *partido-destrucción* y, por otra, de las que hay entre un *partido-destrucción* y un *partido destrucción-construcción*. El gran debate al interior (y exterior) del PCM, desde 1919 hasta 1957, puede ser sintetizado en este interrogante ¿cómo hacer para que el partido-sumisión, el partido a la zaga del nacionalismo revolucionario oficial, pudiera transformarse en *partido-destrucción*? El partido-sumisión, aunque se denomine comunista y utilice de cabo a rabo la terminología marxista-leninista, es una organización política amaestrada, puesta estratégicamente al servicio de la clase burguesa. Vive una permanente contradicción entre el dicho y el hecho: se dice vanguardia, y no lo es; se presenta como partido de la clase obrera, y está lejos de serlo, se autoconsidera un partido-destrucción, y no es sino un partido-sumisión. Esta contradicción –que los dirigentes y comunistas ortodoxos no lograron apreciar, pero que las oposiciones y, sobre todo, la revueltista sí alcanzaron a vislumbrar- es un claro síntoma del mal que aquejaba durante toda su historia al PCM: su *irrealidad histórica*. Un partido inexistente, en el sentido histórico de la expresión, indefectiblemente es un partido-sumisión. Ahora bien, ¿cuál es, en nuestra patria, desde el punto de vista teórico, una de las condiciones forzosas para transitar del partido-sumisión al partido-destrucción? La respuesta es la siguiente: *hacer la crítica de la revolución mexicana*. No sé si me equivoque, pero tengo la impresión de que todos los partidos que lograron destruir el capitalismo –el ruso, el yugoslavo, el chino, etc.- y que, por ende, no podemos calificar de partidos sumisión sino que hemos de considerarlos como partidos-destrucción¹⁸³ eran partidos leninistas, lo cual me lleva tentativamente a afirmar que *la teoría leninista del partido es la teoría del partido-destrucción*, y lo cual me conduce asimismo a asentar que el PCM no logró nunca convertirse en partido-destrucción (aunque en algunos momentos, especialmente de crisis, se esforzó por serlo) porque no asumió cabal y profundamente el leninismo. Pero no podemos establecer una ecuación de

¹⁸³ Es decir que fueron partidos que no sólo existieron, sino que, siendo necesarios, devinieron reales, para decirlo como Revueltas.

igualdad entre destruir el capitalismo y construir el socialismo. La destrucción del capitalismo es la condición necesaria pero insuficiente para la construcción del socialismo. Sin un claro proceso constructivo, la mera destrucción del capitalismo conduce espontáneamente a la conformación de un régimen que, habiéndose deslindado del capitalismo, no sólo no es socialista, sino que, independientemente de su autoconsideración y del nombre que se otorgue, no tiene nada que ver con el socialismo. Por eso, así como la crítica de la revolución mexicana es, en nuestro país, *requisito fundamental para pasar del partido-sumisión al partido-destrucción, la crítica de la revolución bolchevique y, por consiguiente, del marxismo-leninismo, es, a nivel general, condición indispensable para transitar del partido-destrucción al partido destrucción-construcción*. La crítica de la revolución rusa implica la búsqueda tenaz, profunda y debidamente fundamentada de la respuesta a esta pregunta: ¿Por qué la revolución bolchevique, siendo encabezada por un partido real (un partido-destrucción) no fue en realidad de verdad socialista y qué hacer para que en lo futuro la destrucción del capitalismo sea efectivamente la antesala de la construcción del socialismo? o ¿Qué hacer para que la realidad destructiva del partido se empalme o fusione con su realidad constructiva? Dejo aquí este problema y vuelvo al PCM.

La crisis de 1957 a 1960 del PCM no es una crisis entre otras o una “lucha interna” de las innumerables que hubo de 1919 a 1957 y de las muchas que habrá desde 1960 (en que tiene lugar el XIII Congreso) hasta la disolución del Partido Mexicano Socialista (PMS)¹⁸⁴ en el neo-cardenismo democrático burgués del Partido de la Revolución Democrática (PRD). No es una crisis cualquiera, ya que, en un momento dado de su proceso, dio a luz y sacó a flote un planteamiento no sólo novedoso en nuestro país, sino encaminado a ir a las raíces del debate, o sea, una formulación desnudamente radical. Este punto de vista fue elaborado principalmente por la célula Marx y sobre todo por José Revueltas. Pensamiento crítico –a diferencia de otros- que no se limitaba a reflexionar y debatir sobre el conflicto o las disensiones del momento, sino que rebasó este horizonte para examinar con detalle lo que podemos designar con el nombre de la crisis histórica o estructural del PCM, que no es otra cosa –con una conceptualización que ya resulta comprensible- que la inexistencia histórica del PCM como partido-destrucción.

Todo comenzó como una de las crisis consabidas que aquejaban al partido, y tuvo inicialmente como sus actores principales al Comité Central y a la

¹⁸⁴ Heredero del PCM.

Comisión Política, por un lado, y al Comité del DF, por otro. Como ya lo dije, en el largo período histórico en que Dionisio Encina estuvo al frente del partido –de 1940 hasta fines de los 50- la organización se caracterizaba, entre otras cosas, por los siguientes puntos: a) un oportunismo derechista en cuestiones programáticas, basado en la tesis nacionalista de la revolución mexicana inconclusa y en una franca aceptación, en lo sindical, de la “unidad obrera contra el imperialismo y sus cómplices” –fundada a su vez en la vieja política de la “unidad a toda costa”- que le llevaba a repudiar toda lucha contra el “charrismo” y a favor de la independencia de la clase obrera, b) la instrumentación de un centralismo democrático, calcado del estalinista, que permitía al “centro” –y su despotismo mostrenco, que no ilustrado- eliminar cualquier diferencia o rebeldía surgida en la base o en cualquiera de las instancias organizativas. No sólo se trataba de un centralismo sin democracia, o un centralismo burocrático, sino de un centralismo cuya semi-velada función consistía en ejercer su dictadura contra la democracia, lo cual, como se comprende, impedía no sólo el crecimiento y la efectividad de la agrupación, sino el proceso cognoscitivo indispensable para conquistar su *realidad*, c) así como la burguesía intermediaria dependía económicamente del imperialismo, el encinismo dependía políticamente de la Comintern o de Moscú. Esta política, y su reproducción ampliada, fue creando un descontento, gradual y latente, en buena parte de la base del instituto político, y fue la condición que favoreció el estallido de la crisis.

Dos hechos, muy cercano el uno al otro, vinieron a conmover la estabilidad del PCM: el XX Congreso del PCUS –que abrió una rendija, pero sólo eso, para empezar a ver y calibrar las caliginosas grutas del estalinismo-, y el despertar del movimiento sindical –nítido reflejo de la situación económica que atravesaba el país en ese momento- cuya expresión más alta fue el movimiento ferrocarrilero de 1958-59.

¿Cómo reaccionó el PCM –sus diferentes partes integrantes- ante estos hechos? La vieja dirección encinista -versión mexicana del estalinismo- aceptó a regañadientes y de dientes afuera la llamada eufemísticamente por Nikita Jrushiov “crítica al culto de la personalidad” y las implicaciones que, en lo general y lo particular, traía consigo¹⁸⁵. La actitud tramposa del encinismo –

¹⁸⁵ El PCM estuvo al tanto de las críticas al estalinismo desde un principio, porque tres de sus dirigentes: Dionisio Encina, Manuel Terrazas y José Encarnación Pérez asistieron al XX Congreso. No supieron, desde luego, del “Informe Secreto”, dado a conocer sólo a los altos dirigentes rusos. Aunque Encina asistió al Congreso, mucho al parecer le pasó inadvertido, ya que se dormía en las sesiones más pesadas, por eso Vitorio Vidali dice que se veía en la necesidad de “despertar de vez en cuando al Secretario mexicano que se ha puesto sus lentes oscuros”, *Diario del XX Congreso*, Grijalbo, México, 1977, p. 86.

aceptación sólo de palabra de la necesidad de transformación del Partido- se manifestó en el Pleno de diciembre de 1956 y, con la salvedad del grupúsculo dirigente y despótico de la mayoría del CC y de la CP, no satisfizo a nadie. El Comité del DF, en cambio, reconoció e hizo suyas las críticas al estalinismo¹⁸⁶ y, sin arredrarse ante las acusaciones de fraccionalismo que no tardaron en aparecer, las dio a conocer a la base del partido. Unos meses después del Pleno de diciembre de 56, en agosto-septiembre de 1957, el Comité del DF organizó una Conferencia, a la que asistieron la célula Marx, la Engels, etc., que en su contenido y en sus Resoluciones se ubicó en el terreno de una crítica beligerante contra el encinismo estalinista que se había encargado de ahogar todo indicio de democracia real en el Partido¹⁸⁷.

Al estallar los movimientos sindicales contra la burocracia “charra” en los telegrafistas, los maestros (el MRM), los petroleros y finalmente los ferrocarrileros, ¿cómo reaccionó el PCM? La dirección encinista –que no pudo nunca desenajenarse de la epidemia lombardista que había contaminado a casi toda la “izquierda” nacional- apoyaba a las direcciones priístas de los sindicatos, ya que, para ella, la contradicción del capital y el trabajo debía supeditarse a la antítesis nación e imperialismo. Me parece importante aludir, brevemente, a la forma en que asimismo reaccionaron los tres partidos de “izquierda” que establecieron un efímero Comité de Enlace durante el movimiento ferrocarrilero: hago referencia al PCM, al PO-CM y al PPS. La dirección encinista del PCM estuvo en contra del vallejismo, por las razones ya dichas. El PPS, respondiendo a su lógica lombardista de siempre, hizo otro tanto. En cambio el PO-CM, donde militaba Demetrio Vallejo, apoyó denodadamente a su cuadro ferrocarrilero en lucha contra el “charrismo” y la patronal. El Comité del DF se diferenció tajantemente del encinismo y el lombardismo y cerró filas con el vallejismo. Pero...

Pero sobrevino la derrota del sindicato ferrocarrilero. No voy a narrar en este sitio las complicadas vicisitudes de este movimiento, que se inició en julio de 58 y terminó en marzo-abril de 59. La célula Marx del PCM –y la corriente espartaquista que generó posteriormente–, elaboraron algunos textos de reflexión crítica detallada sobre esta lucha sindical y las repercusiones que tuvo en el movimiento comunista (y democrático en general) y en el PCM en particular, que, en buena medida, creo que siguen siendo actuales y cuya

¹⁸⁶ No fue al fondo, desde luego; pero cayó en cuenta de que estas críticas le venían como anillo al dedo en su lucha contra los “direccionistas”, y las aprovechó.

¹⁸⁷ Esta corriente renovadora, para llamarla de algún modo, no sólo comprendía al Comité del DF y a todas las células de su jurisdicción, sino también a una minoría del CC y de la CP en la cual se hallaba Arnoldo Martínez Verdugo. Las medidas disciplinarias a altos dirigentes del PCM partidarios de la renovación no se hicieron esperar, y se expulsó a Edmundo Raya, Mónico Rodríguez y otros.

lectura resulta indispensable para hacernos una idea clara de lo acaecido en ese momento de la historia de las luchas obreras de nuestro país¹⁸⁸.

El movimiento ferrocarrilero tuvo lugar casi al mismo tiempo que el recrudecimiento de la lucha interna del PCM, la cual, como vimos, se inició formalmente en el Pleno de diciembre de 1956 y lo hizo de manera real en la Conferencia de agosto-septiembre de 1957. El PCM y el PO-CM –en realidad dos fracciones escindidas del mismo partido- se vieron de pronto en una situación imprevista: la historia los colocaba a la cabeza del sindicato más importante del país. El problema de la vanguardia –permanente quebradero de cabeza del PCM- se presentaba ahora como posibilidad. Antes de esta coyuntura, Dionisio Encina, como dije, se vio en la necesidad de confesar en 1957 que el PCM “jugaba muy débilmente el papel de vanguardia” y mucho después, en los documentos del XVI Congreso en octubre de 1973, se habla incluso –con mayor pesimismo- de que “El PCM es una asociación voluntaria de militantes del movimiento obrero mexicano, que aspira a constituirse en vanguardia del proletariado y de las masas trabajadoras”¹⁸⁹. El despertar semiespontáneo del movimiento ferrocarrilero puso de repente a los “dos partidos comunistas” a la cabeza de un movimiento sindical importante que, bajo consignas puramente economicistas y sindicales en apariencia, se enfrentó a la política antiobrera del régimen. Para no hablar más que del PCM, las circunstancias pusieron a prueba, por así decirlo, a un partido que se decía vanguardia de la clase, ejerciendo débilmente o no este papel o, de plano, aspirando a convertirse en eso: el jefe político de la clase trabajadora. Lo pusieron a prueba... y no pudo triunfar ante las exigencias que brotaban del momento histórico. No sólo fue incapaz de orientar pertinentemente al sindicato –caracterizando adecuadamente al enemigo y tomando conciencia de la índole particular del conflicto-, no sólo no supo actuar como “estado mayor” de los obreros en pugna –echando mano del repliegue oportuno y la sabiduría de las alianzas-, sino que fue el responsable central de la derrota¹⁹⁰ y, perdiéndolo todo (con los líderes encarcelados y la reducción abrupta de influencia comunista en el sindicato), mostró su ineficacia, para decirlo

¹⁸⁸ Los textos más significativos al respecto son los siguientes: *Enseñanzas de una derrota* de José Revueltas, *Resoluciones sobre la cuestión ferrocarrilera* de la célula Carlos Marx, *La cuestión ferrocarrilera* de Jaime Labastida y *El problema ferrocarrilero y el porvenir del PCM* de Enrique González Rojo, todos estos textos están publicados en la Revista *Revolución*, Tomos 2, 3 y 4, Morelia, Mich., 1961.

¹⁸⁹ *Por la revolución democrática y socialista*. Programa y Estatutos del PCM. Documentos del XVI Congreso del PCM, FCP, México, 1974.

¹⁹⁰ Los “distrutistas” no aceptaron este diagnóstico de Revueltas. La culpabilidad de la derrota era, para ellos, la *inusitada represión* desatada por el gobierno. Amparados por esta interpretación “objetivista” se empeñaron en ocultar la responsabilidad del “factor subjetivo” o sea del PCM.

eufemísticamente, como partido obrero. ¿Qué es lo que revelaba el PCM con todo esto? ¿Cuál era la enseñanza de esta derrota? Las respuestas a estas preguntas las brindaron José Revueltas y la célula Marx. Colocado en el lugar estratégico en que la historia lo ubicara, el PCM había mostrado con plena claridad la enfermedad que, desde su nacimiento, lo aquejaba, o sea, que no era la vanguardia de la clase trabajadora, que no era una conciencia comunista organizada, que padecía, en fin, de una inoperancia no fortuita o contingente, sino consustancial e histórica.

Tras de la derrota del movimiento ferrocarrilero surge, entonces, con el documento *Enseñanzas de una derrota* de José Revueltas, la teoría de la *inexistencia histórica* del PCM y, con ella, una formulación especialmente lúcida del ser mismo del PCM a través de la historia. ¿Qué sucedió a continuación? Que la lucha del Comité del DF se desplegó en dos frentes: contra la Dirección Nacional (CC y CP) y contra la célula Marx¹⁹¹. Pero, poco a poco, mientras la lucha contra la dirección encinista se fue debilitando – hasta terminar en un compromiso en toda la regla entre la dirección y los distritistas, con la venia de Moscú- la pugna contra la célula Marx se fue exacerbando hasta convertirse en antagónica e irreconciliable. Por eso dice Antonio Rousset: “En el transcurso de las pugnas se cambiaron los papeles, como lo mostró una parte de la oposición, que pactó con la antigua dirección y contribuyó a la marginación del sector más radical”¹⁹². En vísperas del XIII Congreso –que tuvo lugar en mayo de 1960- se amenaza a la célula Marx con expulsarla del PCM si continúa hablando de la tesis “liquidacionista y revisionista” de la *inexistencia histórica del PCM*. De manera tendenciosa y malintencionada, pero también simplista y demagógica, el Comité del DF argumentó que el contenido real de la extraña tesis, incomprensible y oscura, es que Revueltas y todos nosotros lo que nos proponíamos, era desmovilizar al PC, paralizarlo, sembrar la desconfianza en todos sus militantes, en una palabra, liquidarlo. La oposición distritista, ahora convertida en dirección *de facto*¹⁹³ no oía, no quería ni podía oír, que la idea de la inexistencia histórica del partido era una tesis creativa y vivificadora, precisamente lo opuesto al liquidacionismo. Era una tesis radical, pues iba a la raigambre de la problemática partidaria, y dejaba sentado que la toma de conciencia de dicha “irrealidad” tenía el propósito de que, a partir de ella, los comunistas emprendieran las tareas necesarias para que el PCM no sólo fuera un partido

¹⁹¹ Y otras –como la Engels y la Joliot Curie- que cerraron filas con la primera.

¹⁹² Antonio Rousset, *La izquierda cercada*, op. cit., p. 27.

¹⁹³ Ya que “en 1959, se destituyó a la Dirección Nacional y se aceptó la preparación del XIII Congreso como una necesidad inminente para reformar la vida del organismo en su totalidad”, *ibid.*, p. 112.

existente, sino real, es decir un partido-vanguardia, en el sentido profundo del término.

La célula Marx decidió no enmudecer. Hacerlo era someterse a las exigencias arbitrarias de un partido *irreal* que se negaba *a realizarse*. ¿De qué lado quedaba, pues, el liquidacionismo? Decidimos no enmudecer y solicitamos nuestro ingreso al PO-CM con el objeto de continuar la *crítica* y con la esperanza de que este otro partido comunista realizara lo que al otro le fue prácticamente imposible: autorreconocerse como irreal, como premisa necesaria para empezar a organizar la conciencia comunista. Aunque al principio, tuvimos la impresión de que aquí, en terreno más favorable, podría prosperar la crítica, bien pronto caímos en cuenta, no sólo que los dirigentes de este instituto político compartían las mismas concepciones dogmáticas sobre la vanguardia que el PCM, sino que poco a poco se estaban aproximando a las posiciones de Lombardo y a la creencia de que el partido real surgiría de la fusión del PO-CM y el PPS. Llegó el momento, por consiguiente, de “liberar la crítica”, como dijo Revueltas, y crear un nuevo organismo político que naciera, no creyéndose o autopostulándose como partido de la clase, sino como un ámbito en que se luchara por la creación del partido de la clase trabajadora. Así surgió, entonces, la Liga Leninista Espartaco (LLE).

Como he aclarado en diversas ocasiones, el presente escrito no pretende ser una historia de las diferentes organizaciones que se han autodenominado socialistas en nuestro país o que han tenido algún tipo de nexo con dicha concepción. Mi intención ha sido más bien poner de relieve algunos momentos históricos en que dicha idea jugó un papel significativo, intentó convertirse en factor social, soñó con transformar el país, tuvo estancamientos, retrocesos, disensiones y acabó por desaparecer, o casi, del panorama político de la nación. No pretende ser una historia de las agrupaciones socialistas – PCM, PPS, PRT, OIR-LM, etc.-, pero sí valerse de la historia en la medida en que ello coadyuve a comprender los dos temas esenciales que se hallan implícitos en el título de este capítulo¹⁹⁴ y que pueden ser formulados con dos preguntas: ¿por qué fracasó, por lo menos en apariencia, la propuesta socialista en México? Y ¿es posible refuncionalizarla y convertirla nuevamente en opción?

Después de la expulsión de la célula Marx en mayo de 1960, el PCM prosiguió su vida de partido comunista *irreal* hasta agosto de 1981 en que se

¹⁹⁴ “La idea del socialismo en México”.

fusionó con el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS), el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Partido del Pueblo Mexicano (PPM) y el Movimiento de Acción Popular (MAP). En los más de veinte años que van del XIII Congreso al XIX (que da luz verde a la fusión de partidos o sea al PSUM), el PCM va abandonando, no sin conflictos, avances y retrocesos, la concepción marxista-leninista. Lo diré de esta manera: durante este período, al interior del PCM, se fraguó la conversión de un partido que intentaba ser (aunque fallidamente) un partido-destrucción, en un partido-sumisión –que es lo que ocurre en general cuando un partido comunista se transforma en socialista o socialdemócrata¹⁹⁵. El *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* de José Revueltas no sólo mostró la abismal separación existente entre el movimiento obrero nacional y el PCM¹⁹⁶, sino que dejó en éste, como algo latente y demandante, el deseo de salir de la “crisis histórica” en que se debatía, sin ser, desde luego, el único factor que influyó en dicho empeño. La manera en que se pensó darle “realidad” al Partido, dotarlo de influencia y eficacia, salir del aislamiento, fue en aquel momento por medio de las fusiones y la participación electoral. Suponer que la *crisis histórica* del PCM se superaba con una política de fusiones era una hipótesis vulgarmente cuantitativa. El correctivo de la *inexistencia histórica* del PCM se hallaba, como dije repitiendo a Revueltas, en la toma de conciencia de la existencia *irreal* del PCM, como paso previo para organizar la conciencia comunista. Llevar a cabo fusiones sin solucionar este problema cualitativo, era darle nuevas formas, cuantitativamente diversas, a la misma irrealidad. El PSUM era tan irreal como el PCM, aunque se hubiera embarnecido y en apariencia vigorizado. Y tal vez, en un sentido profundo, con ello más bien había retrocedido. Lenin decía, en famosa frase, “antes de unirnos, y para unirnos, hay que diferenciarnos”. ¿Cuál es aquí la *diferencia* que se precisa conquistar antes de unirse? No es otra que la conciencia comunista organizada. Si se carece de esta última, si no se emprende la tarea de organizarla, las fusiones lo único que hacen –a más de generar ilusiones sin fundamento- es ampliar la irrealidad¹⁹⁷. El afán *fusionista* que caracterizó al PCM al convertirse en PSUM (como al PSUM al transformarse en PMS y al PMS al diluirse en el PRD) fue tan atropellado que muy pronto, en 1982, ex miembros del PCM y del MAP se enfrentaron, en una nueva crisis, con ex miembros del PPM y del

¹⁹⁵ También se podría afirmar que el PCM transitó de una oposición al gobierno que pretendía ser real a una oposición leal.

¹⁹⁶ Y todos los partidos políticos de “izquierda”.

¹⁹⁷ Y la irrealidad, en todos los casos, convierte a un partido en partido-sumisión o partido-impotencia.

PSR, de prosapia lombardista. El grupo de Gascón Mercado (dirigente connotado del PPM) acabó por separarse del PSUM en 1985¹⁹⁸.

El ansia de abandonar el aislamiento y la poca influencia, no sólo embargó el ánimo del PCM y condicionó su práctica, sino que hizo su aparición en prácticamente todo el movimiento opositor: lo mismo en los partidos con registro (PSUM, PMT y PRT) que en las distintas expresiones de la izquierda socialista como eran: la Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) nacida en 1982; la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC) surgida en 1983; la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), que vio la luz también en 1983, etc. El deseo de dejar a un lado la precariedad de la influencia social, no sólo conducía a las agrupaciones mencionadas a la política fusionista¹⁹⁹, sino que se asociaba con la decisión cada vez más franca de participar electoralmente, tras de que, desde mediados de los ochenta, muchas organizaciones de la izquierda revolucionaria fueron abandonando su tradicional abstencionismo. En el caso del PSUM, la política electoral pasó a primer plano. Podría decirse, en efecto, que el PCM propició e instrumentó la unificación de partidos y movimientos en el PSUM, para poder participar con mayor seguridad y amplitud en la contienda electoral de 1982²⁰⁰. La línea de la participación electoral, aunque pone de manifiesto el empeño de abandonar la política restringida y en ocasiones sectaria del abstencionismo, no le da *realidad* a un partido estructuralmente definido por su inoperancia histórica. Un partido autodesignado socialista puede obtener los éxitos electorales más diversos y espectaculares y continuar siendo irreal, porque la finalidad de un partido revolucionario –en el sentido leninista de la expresión– no es crecer en el régimen burgués y convertirse, de manera reformista, en un vigoroso grupo de presión, sino en ser un factor fundamental para la liquidación del sistema capitalista, al operar como la vanguardia *real* de los trabajadores. Ni la política fusionista, ni la línea electoral le dan realidad a un partido que no ha organizado su conciencia revolucionaria²⁰¹. Mucho menos habla a favor de la solución de la crisis histórica del PCM (al convertirse en PSUM) el énfasis puesto en la democracia formal. Todos los elementos que conforman a esta

¹⁹⁸ El PSUM “nunca fue una fusión sino una especie de federación de partidos”, Octavio Rodríguez Araujo, “Ocaso del comunismo en México”, en *La revolución mexicana contra el PRI*, Manuel Aguilar Mora y Mauricio Shojjet (compiladores), Fontamara, México, 1991, p. 163.

¹⁹⁹ Y a no pocos grupúsculos a romper con el narcisismo de la secta.

²⁰⁰ Si Valentín Campa había sido candidato sin registro a la presidencia de la República en 1976, Arnoldo Martínez Verdugo –que fue Secretario General de PCM desde 1963 hasta 1981– fue candidato con registro (condicionado) a la presidencia en 1982, cosa que pudo ocurrir tras la reforma política de Jesús Reyes Heróles en 1976.

²⁰¹ Más adelante, cuando hable del espartaquismo, me referiré de manera detallada al proceso de organización de la conciencia.

última –elecciones en los tres tipos de gobierno, equilibrio de los poderes, régimen de partidos políticos, economía de mercado, propiedad privada, “libertad” de asociación, palabra y pensamiento, etc.-, constituyen la plataforma de principios centrales de un régimen capitalista que desea operar sin tropiezos, desajustes y peligros. Asumir la idea de la democracia en estos términos o, lo que es igual, levantar la consigna de la democracia burguesa conduce a la degeneración política de un partido que, en vez de conquistar la capacidad política de la destrucción, se torna en un partido conformista y amaestrado. Primero en el PSUM y luego en el PMS empezó a flotar en el ambiente la perniciosa idea de que la democracia electoral (representativa) era el camino para acceder a la revolución socialista, cuando la verdad es que esta revolución –después aclararé en qué sentido- es la que puede conducir a la democracia real. Tiene razón Mauricio Shojjet cuando afirma que “la vergonzosa entrega del Partido Mexicano Socialista (PMS) a la política e ideología de la burguesía...no se debió solamente al encanto de la popularidad que Cuauhtémoc Cárdenas conquistó en unos pocos meses en 1989, sino que tuvo raíces en un largo proceso de penetración del oportunismo dentro de la sucesión de partidos: Partido Comunista Mexicano (PCM)/Partido Socialista Unificado de México (PSUM)/y PMS”²⁰². Esta afirmación es justa; pero debe ir acompañada, a mi parecer, por la idea, profunda y esclarecedora, de que un oportunismo que se reproduce sin cesar, que cambia de forma pero no de esencia, que no es una deformación fortuita y superable sino sistemática, tiene como raigambre estructural la *irrealidad histórica*. Si el PCM había hecho aparentemente la crítica de la revolución mexicana, del lombardismo y del oportunismo en el XIII Congreso (1960) y en el XVI Congreso (1973) ¿por qué torna a las posiciones oportunistas en el XVIII Congreso (1977) y ya no se diga en la *sucesión de partidos* que desembocará en el PRD? Se pueden dar muchas explicaciones y todas ciertas. Se puede decir, verbigracia, que el viraje a la derecha del PCM en su XVIII Congreso (mayo de 1977), se debió a la reforma política de Reyes Heróles y al irrefrenable impulso a la participación electoral de dicho partido. Se puede afirmar, asimismo, que la reproducción ampliada del oportunismo (que lleva a las “transmutaciones” partidarias a culminar con la liquidación de la idea del socialismo) era la expresión de la necesidad imperiosa de salir del aislamiento, participar en la política “real” y tener acceso a, y beneficiarse de, los puestos de representación popular. Pero la razón de fondo²⁰³ de todo ello radica en el hecho de que el PCM primero y la dupla PSUM-PMS después, si bien existieron, no tuvieron una existencia como vanguardia *real* de la clase.

²⁰² “Notas para la historia del oportunismo”, en *La revolución mexicana contra el PRI*, op. cit., p. 173,

²⁰³ A nivel organizativo, sin aludir a otras determinaciones y condicionamientos sociales.

El convenio de fusión entre el PMT y el PSUM tiene lugar en marzo de 1987. EL PMT había estado en pláticas con el PCM cuando éste proyectaba dar a luz, con las otras agrupaciones mencionadas, a un partido que unificara a los socialistas mexicanos, esto es, al PSUM; pero el PMT se retiró del proyecto, entre otras causas, porque estaba en desacuerdo con que el símbolo de la nueva agrupación continuara siendo la hoz y el martillo, y porque, según se dijo, cuando Heberto Castillo cayó en cuenta de que no iba a ser elegido como candidato a la Presidencia²⁰⁴, el PMT decidió no participar en la fusión de partidos. En marzo de 1987, como dije, surgió el PMS. Además del PSUM y el PMT formaron parte del nuevo instituto el Partido Popular Revolucionario (PPR), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), una de las fracciones del Partido Socialista de los Trabajadores (PST)²⁰⁵ y la Unión de la Izquierda Comunista²⁰⁶.

El PMS ya no se halla dominado por Moscú. La desvinculación de los comunistas primero y de los socialistas después respecto a los soviéticos se remonta a la última etapa del PCM. En los 60 y sobre todo en los 70, este partido cae relativamente bajo la influencia de o coincide en cierta medida con los partidos comunistas italiano, francés y español, es decir, con los partidos llamados *eurocomunistas*. Tiene razón Aguilar Mora cuando dice: “Internacionalmente el curso del PCM coincidía casi a la perfección con el de los otros partidos comunistas de los países capitalistas, en especial de Europa, que fue conocido como *eurocomunismo*: adaptación a los regimenes democrático-burgueses, abandono, inclusive verbal, de las tradiciones proletarias revolucionarias, alejamiento de los centros burocráticos, en especial de Moscú, en fin, integración a la política burguesa como corrientes ‘democráticas sin adjetivos’; esas fueron algunas de las nuevas formas que abiertamente fueron convirtiendo a los partidos comunistas de agencias de la burocracia soviética, en organizaciones subordinadas a los regímenes burgueses nacionales”²⁰⁷. Este paralelo desligamiento de Moscú y subordinación a las burguesías autóctonas –que llevó, por ejemplo, a que el PCM reprobara públicamente la invasión en 1968 de las tropas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia-, junto con el abandono de la tesis de la dictadura

²⁰⁴ El candidato del PSUM fue, en efecto, Arnoldo Martínez Verdugo.

²⁰⁵ Se trata de los opositores a Rafael Aguilar Talamantes, el cual formó a continuación el Partido del Frente Cardenista de Renovación Nacional (PFCRN).

²⁰⁶ “La UIC era otro desprendimiento de PCM que regresaba después de 14 años, en los cuales se había aliado primero, en 1979, con el PST y después, desde 1982, con el PSUM. Su principal dirigente, Manuel Terrazas, no se distinguía de la vieja guardia comunista sino por su insistencia en la doctrina marxista-leninista”, Máximo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Casa Juan Pablos y Universidad de la Ciudad de México, México, 2003, p. 51.

²⁰⁷ Manuel Aguilar Mora, “La tragedia del PCM-PSUM-PMS”, en *La revolución mexicana contra el PRI*, op. cit., p. 155.

del proletariado y su sustitución por una supuesta búsqueda de la “vía mexicana” al socialismo, si bien aparecieron en la última etapa del PCM, resurgieron, corregidas y aumentadas, en las dos transmutaciones partidarias que anteceden a la disolución del socialismo de origen comunista en el PRD.

El PMS fue un partido político de poca duración. Independientemente de la conciencia que de ello pidieran tener sus artífices y al propio tiempo liquidadores, se podría asentar que nació para disolverse, fue una especie de partido transición que saltó del socialismo a la ideología burguesa. El PMS sólo tuvo dos congresos: el primero, en noviembre de 1987, y el segundo en el Auditorio de la Magdalena Mixhuca el 14 de mayo de 1989, en que toma la decisión de autoliquidarse y disolverse “individualmente” en el PRD, pero en realidad como uno de los muchos grupos (a los que después se les conocerá con el nombre de “tribus”) que se amalgamaron para formar el partido neocardenista.

Antes de proseguir conviene hacer la siguiente reflexión: un buen número de los dirigentes del PCM que nos expulsaron (a los partidarios de José Revueltas) bajo la mendaz acusación de que éramos liquidadores –como ya dije-, actuaron, junto con otros, como los más abiertos y cínicos sepultureros del socialismo en nuestro país. El PCM, primero, y los dos partidos de transición después, eran partidos existentes, aunque irreales, operaban dentro de ciertos límites, aunque carecían de la capacidad de actuar como vanguardias; pero, por tener una existencia empírica –aunque no necesaria- y una trayectoria histórica extremadamente fecunda, podrían haber conquistado su *realidad* si hubieran adquirido conciencia de su situación y emprendido el plexo de prácticas para transformarse. Pero, lejos de emprender este camino, recorrieron descaradamente el camino contrario: la ruta de la traición; dejaron de ser un partido irreal, pero existente (desde un punto de vista fáctico) para saltar de una ideología a otra, de una clase a su opuesta, de lo vivo a lo muerto. El PCM, en la *samsara* de su tribulación existencial, atravesó los avatares del PSUM y del PMS para hundirse en el *nirvana* del PRD...

Aguilar Mora escribe con justa indignación: “La integración del Partido Mexicano Socialista (PMS) dentro del PRD significa un fin del camino de la larga trayectoria de una corriente histórica surgida en 1919: setenta años de peripecias han conducido a este proyecto histórico, vinculado al PCM, a la convergencia-y-disolución en un proyecto nacionalista burgués...La escena final en el Auditorio de la Magdalena Mixhuca en que el PCM realizó su congreso...para votar su disolución y la integración de sus miembros,

individualmente, ‘como ciudadanos’, al PRD, es el último acto de un drama, que no es exagerado calificar de trágico, que se desarrolló durante setenta años”²⁰⁸.

Si algo le resultó imposible al PCM, y también a sus reencarnaciones en proceso degenerativo, fue la *autognosis*. Al aparecer, por ejemplo, la Corriente Democrática del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez (de donde surgiría el Frente Democrático Nacional y el PRD), el PMS tenía una falsa y optimista idea de sí mismo. Modonesi hace notar que, a pesar de todas sus limitantes, el PMS “se consideraba a sí mismo el mayor partido de la izquierda en la historia de México y veía con optimismo hacia delante. Visto en retrospectiva podríamos afirmar que se sobreestimaba... y subestimaba a la CD”...²⁰⁹.

Cuando en Europa un partido comunista se rechazaba, los comunistas ortodoxos decían que se socialdemocratizaba, ya que los partidos socialdemócratas que formaran la II Internacional se fueron aburguesando de manera irrefrenable y espectacular. Así sucedió con el eurocomunismo que, aunque prosiguió empleando el nombre de comunismo, y por más que tenía algunas diferencias con la socialdemocracia tradicional, se puede afirmar que fue presa de una innegable degeneración socialdemócrata. En México, toda rechazación del PCM (o de otras agrupaciones comunistas) puede calificarse de *lombardización*, ya que Lombardo Toledano representó invariablemente (tanto en su teorización política, como en su práctica organizativa) la ideología de la revolución mexicana, es decir, la idea de que el movimiento popular – como ocurrió en el sexenio cardenista- debe cerrar filas con y presionar a la burguesía nacional –que él interpretaba siempre como nacionalista- en su lucha contra el imperialismo y en pro de la realización cabal de los principios de la revolución de 1910-17.

¿Qué buscaba el PMS? Iba en pos, según sus propias palabras, “del establecimiento de un nuevo poder, democrático y popular, cuyas características sean que represente a la mayoría constituida por la clase obrera, los campesinos y el conjunto del pueblo trabajador, sobre las bases de una democracia política desarrollada y un programa económico y social de transformaciones que garanticen la distribución justa de la riqueza conforme al trabajo. El nuevo poder, la democracia y la aplicación del programa

²⁰⁸ Ibid., p. 153,

²⁰⁹ Massimo Modonesi, op. cit., p. 73.

económico y social, abrirán el camino para la nueva transformación socialista de la sociedad”²¹⁰.

En este ideario, ya no se habla de la socialización de los medios productivos; si se alude a la distribución, se menciona -como lo hace siempre la burguesía- una oscura “distribución justa de la riqueza”; no hay una caracterización de clase ni del Estado ni de la propia organización que ha nacido y se cae de nueva cuenta en la concepción etapista concebida de manera inocultablemente democrático-burguesa. Rodríguez Araujo apunta certeramente: el PMS “no está en contra de la explotación de los trabajadores sino de quienes han fincado *su poder económico* en ellos. Es decir, el gran capital o capital monopólico”²¹¹. También Eduardo Montes se conduce de esta evaporación del socialismo: “El capital teórico y político acumulado en decenios anteriores se perdió bajo la influencia del pragmatismo inmediatista sin horizontes dilatados. Antiguos socialistas y comunistas sucumbieron a la tentación de renunciar al marxismo”²¹². Mauricio Shojjet devela, en fin, el fondo de lo que ocurre, esto es, la lombardización generalizada de la práctica comunista y socialista: “Durante cincuenta años la práctica política del lombardismo representó la caricatura de la lucha por el socialismo, el palabrerío marxistoide al servicio de gobiernos burgueses represivos y antipopulares. El delirio de Vicente Lombardo Toledano, su programa máximo, estaba en la concreción de una alianza con el PRI, en la posibilidad de un gobierno priísta con la participación de los ‘socialistas’ del señor Presidente. La creación del PRD representa de alguna manera la concreción de sus ensueños, con la particularidad de que no se trata de una alianza del PRI y el PPS en el gobierno, sino en la oposición”²¹³.

Como tiene a bien señalarlo Mauricio Shojjet, la única “explicación” que un dirigente pemesista ofreció del “salto mortal” del PMS al PRD fue la de Heberto Castillo en “Nuestra identidad socialista”²¹⁴. Esta explicación representa la más burda mistificación teórico-política, ya que, confundiendo el agua y el aceite, establece una forzada identificación de perredismo y socialismo o una ecuación de igualdad entre Estado benefactor y socialismo²¹⁵. No me voy a detener en esta aberrante explicación, porque no

²¹⁰ “Convenio de fusión para la creación del Partido Mexicano Socialista, PMS, *Documentos fundamentales*, Ediciones del Consejo Nacional, México, 22 de abril de 1988, p. 7.

²¹¹ Octavio Rodríguez Araujo, “Ocaso del comunismo en México”, op. cit., p. 167.

²¹² Eduardo Montes, “Siete años después”, en *La revolución mexicana contra el PRI*, op. cit., p. 171.

²¹³ Mauricio Shojjet, “Las razones del oportunismo”, op. cit., p. 176.

²¹⁴ En *Proceso*, 12 de diciembre de 1988.

²¹⁵ Mauricio Shojjet, *Las razones del oportunismo*, op. cit., pp. 167-177.

hay duda de que el factor hegemónico de la nueva agrupación, o sea la Corriente Democrática o el neocardenismo, fue una fracción del PRI que se vio en la necesidad de desligarse del partido oficial para reivindicar, desde la oposición, el ideario de la revolución mexicana o el dispositivo ideológico, democrático burgués, del nacionalismo revolucionario.

El nacionalismo revolucionario fue la ideología de la “revolución hecha gobierno” aproximadamente de 1917, en que tiene lugar el Congreso Constituyente de Querétaro, hasta 1982, cuando ocupa la silla presidencial De la Madrid y se inicia, además del apresurado desmantelamiento de la banca nacionalizada por López Portillo, el caudal de privatizaciones que adelgazaron económicamente al Estado...El neo-liberalismo de De la Madrid y Salinas de Gortari –correspondiente al de Reagan, Thatcher y Pinochet- derrotó en pocos lustros (al interior del partido oficial) el ideario de la revolución mexicana y obligó a sus personeros a abandonar sus filas en 1988. Cuando la revolución mexicana, por así decirlo, se margina del PRI y se contrapone al gobierno, hay un entusiasmo generalizado en la “izquierda” nacional. Con anterioridad a esta grave crisis del PRI-Gobierno, y a esta reagrupación por fuera del nacionalismo revolucionario, a los progresistas en general y a los socialistas y comunistas en particular costaba trabajo, y a veces lo hacían con un evidente sentimiento de culpa, apoyar a un gobierno que, aunque proseguía llamándose revolucionario –y, desde luego, también institucional-, cada vez se mostraba más represivo, autoritario y entreguista sobre todo a partir de Miguel Alemán. Sólo el lombardismo –y la lombardización de los comunistas-apoyaba sin recelos a los gobiernos populistas de entonces²¹⁶. Pero en el momento en que el nacionalismo revolucionario se vuelve oposición o en que, en alguna medida, deviene antigubernista, las personas de “pensamiento avanzado” no tienen escrúpulos en adherirse al neopopulismo emergente o al cardenismo revitalizado por un partido que pretende hacer de la *democracia* su objetivo revolucionario.

No todos los comunistas estuvieron de acuerdo, sin embargo, en la liquidación tanto del PMS como del propio marxismo-leninismo. Una minoría del PMS se reveló contra ello y denunció la política “fusionista” de Martínez Verdugo, Rincón Gallardo, Valentín Campa, Pablo Gómez, Gerardo Unzueta, etc., como, para decir lo menos, un paso dado en falso o un “error histórico”. Pondré el acento en uno de estos pemesistas indignados por la política de la mayoría de la dirección del PMS. Me refiero a Manuel Terrazas, un viejo y destacado comunista. Terrazas había tenido diferencias con los dirigentes del

²¹⁶ La famosa frase de VLT de que Miguel Alemán era “el cachorro de la revolución” muestra con claridad meridiana la aburguesada concepción del dirigente del Partido Popular y la CTAL.

PCM hacia 1973 (si no recuerdo mal) y al salir de dicho partido integró, con otros camaradas, la Unión de la Izquierda Comunista –que formó parte del espectro de agrupaciones de los setentas y hasta obtuvo registro como asociación política el 28 de diciembre de 1978. Es de observarse que, independientemente de las razones que llevaron a Terrazas a separarse del PCM, al reagruparse en la UIC, no lo hizo en nombre del socialismo, ni mucho menos del populismo o de la revolución mexicana, sino en función de su viejo ideal comunista. Terrazas no quería pasar a la historia como un liquidador. No deseaba hallarse codo con codo en el mismo sitio y con la misma actitud de los Verdugo, los Pablo Gómez, los Valentín Campa, etc. Él decía lo siguiente: la propuesta de que el PCM debía ingresar al PRM, hecha por Hernán Laborde en tiempos de Cárdenas²¹⁷, “hubiera significado prácticamente la disolución del Partido Comunista Mexicano” y eso, “ya desde entonces hubiera sido la liquidación del partido de los comunistas”²¹⁸. Y, para que no haya dudas, insiste: “En el fondo de esta propuesta...hacía ya presencia la concepción liquidadora del partido comunista...que posteriormente se expresó en la liquidación del Partido Socialista Unificado de México y en la misma liquidación del Partido Mexicano Socialista para dejar de existir y diluirse en un partido nacional democrático no anticapitalista, como el PRD”²¹⁹. Las razones que aducían los “fusionistas”²²⁰ no son argumentos convincentes, sino subterfugios de liquidadores. ¿Qué debería de haber hecho el PMS, al aparecer la CD y el Frente Democrático Nacional, según Terrazas? El PMS, para salvaguardar sus principios y proteger su concepción anticapitalista, debería de haber pugnado por la subsistencia y consolidación del FDN y hallarse en él, como otros partidos y movimientos, sin perder su fisonomía y liquidar su existencia; algo así –para poner un solo ejemplo- como ocurrió con el PCM dentro del MLN. Los fusionistas hablaban, en cambio, de ingresar al PRD como corriente –como “tribu” diríamos ahora- y que ello garantizaría su identidad. Lo hicieron así, en efecto, con el nombre (clandestino) de la Corriente del Socialismo Revolucionario; pero muy pronto el socialismo se les evaporó de las manos y, sin dejar de ser una corriente (amalgamada en general por intereses comunes), se incorporó al ideario neo-cardenista con el denuedo y entusiasmo de quien ha encontrado finalmente su camino.

²¹⁷ Y que algunos, en el II Congreso del PMS, trajeron a colación como un antecedente de lo que convenía hacer respecto al PRD.

²¹⁸ *¡El socialismo sigue...Da el primer paso para la construcción del Partido Amplio de la Izquierda Socialista!*, Informe de Manuel Terrazas ante la Asamblea Constitutiva de la Comisión Nacional Organizadora, 28-29 de octubre de 1989, México, p.17

²¹⁹ *Ibid.*, P.17.

²²⁰ Entre otras, la de que la integración al PRD “era una necesidad para evitar el aislamiento”... *ibid.*, p. 15.

Ante el hecho consumado, Terrazas, junto con otros compañeros, trata de formar un nuevo partido: el PAIS (Partido Amplio de la Izquierda Socialista) que, a pesar de su nombre, se convirtió en uno de los varios grupúsculos que existían en la izquierda nacional y que al parecer vegetó hasta la muerte de Manuel Terrazas en 2010.

¿Terrazas fue en realidad un anti-liquidacionista? Si nos remontamos a la década de los cincuentas, con anterioridad a la lucha interna de 1957, Terrazas, que era miembro del CC, no se diferenciaba de la línea de Dionisio Encina y su estalinismo a la mexicana. Durante la mencionada lucha estuvo contra el Comité del D.F. y la célula Marx y, cuando los distritistas suavizaron su lucha contra el direccionismo encinista y se volcaron contra la Marx –que sostenía la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM- se sumó a ellos y aceptó sin la menor objeción que tal tesis era...¡liquidadora! Posteriormente estuvo lejos de oponerse a la expulsión de la célula Marx en el XIII Congreso.

La discusión de Terrazas –como minoría de la dirección del PMS- con la mayoría fusionista –y, por tanto, liquidadora- no es, si se ven las cosas a fondo, sobre la *realidad* del PMS, sino sobre su *existencia*. La mayoría liquidadora atentó no sólo contra la *realidad* (la que podría haber surgido si y sólo si...etc.) sino contra la existencia (fáctica) de la agrupación. La existencia, sin embargo, y esto lo he repetido hasta la saciedad, no coincide o puede no coincidir con la realidad. Qué mejor prueba de ello que el hecho de que Terrazas, con el PAIS, generó un grupúsculo socialista existente, pero irreal, y con una existencia además que muy pronto dejaría de serlo...

REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE LAS CONCEPCIONES DE JOSE REVUELTAS Y DE LA CELULA MARX DEL PCM.

Si se analiza a profundidad la tesis de Revueltas de la *inexistencia histórica* del PCM, se advierte que es, en esencia, la teoría leninista del partido-vanguardia. Hay, desde luego, una diferencia que salta a la vista y que conviene poner de relieve. Lenin, en efecto, elabora esta teoría y simultáneamente la lleva a la práctica, sobre todo a partir del II Congreso del POSDR, *para construir un partido de clase*²²¹. La labor de Lenin, tanto teórica

²²¹ El II Congreso del POSDR es en realidad un congreso fundacional, ya que la policía del zar se encargó de arrestar a los participantes del I Congreso (que tuvo lugar en San Petesburgo en 1898) y aniquiló momentáneamente la aparición del partido.

como prácticamente, estaba encaminada a coadyuvar al nacimiento de un partido que no existía en la política rusa de principios del siglo XX. Revueltas se enfrentó a una situación diversa. Cuando escribió el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, en 1960-61, el PCM tenía más de cuarenta años de existir. El PCM existía –no se podía negar este hecho indiscutible-, pero tenía algo en su interior o en su conformación estructural que le impedía, no actuar y tener cierta presencia en el México de entonces, sino de jugar el papel de “jefe político” –como se decía- del proletariado. Como puede verse, la tesis de Revueltas es la nacionalización, con una terminología hegeliana, de la teoría leninista del partido. Detrás del *Ensayo* está el *¿Qué hacer?* de Lenin. A partir de las concepciones de este texto Revueltas se pregunta ¿Por qué el PCM, a través de toda su historia, no ha sido la vanguardia científica y revolucionaria de los trabajadores? Y también: ¿Qué debe de hacerse para que este partido, que se dice vanguardia sin serlo, pueda realizarse como tal, o, lo que tanto vale, que coincida en él el dicho con el hecho? La nacionalización del leninismo le sirve a Revueltas como norma o criterio para diagnosticar los males que le aquejan al partido -su *irrealidad*- y para sugerir la terapia pertinente –la adquisición de *realidad*.

Cuando Revueltas identifica el partido–vanguardia con el partido *real*, conviene dejar en claro y que no haya confusiones, que no es lo mismo vanguardia que influencia. Toda vanguardia, desde luego, implica influencia, ejército de lucha, radio de acción; pero no toda influencia le confiere al partido el carácter de vanguardia, en el sentido leninista y revueltista de la expresión. ¿Qué es lo que pretende la vanguardia desde este último punto de vista? La vanguardia o la cabeza del proletariado se propone la *destrucción* del capitalismo –cuando las condiciones objetivas y subjetivas lo permitan.

Para aclarar este último punto, insistiré, he propuesto distinguir tres tipos de partido: el *partido-sumisión*, el *partido-destrucción* y el *partido destrucción-construcción*. La cabeza de la que carecía el proletariado de nuestro país era, según Revueltas, una vanguardia científica y revolucionaria que sea y actúe como un *partido-destrucción*. El PCM era un partido *irreal* porque, pese a lo que decía de sí mismo, carecía de una conciencia comunista organizada. El camino para adquirir su realidad, o para que su existencia fuera acompañada de la *necesidad*, no podía ser otro, entonces, que el de organizar la conciencia o, dicho con mis palabras, llevar a cabo la teoría de las diferentes prácticas (TDP) requeridas para establecer la conciencia comunista organizada que es el meollo del cerebro colectivo de la clase. Tanto en los países o lugares del mundo en que no existe el partido (ni siquiera fácticamente) cuanto en

aquellos –como nuestro país- en que sí existía, aunque sin realidad histórica, las tareas para la creación del partido eran las mismas: como ya vimos, este conjunto de prácticas implicaban, según Revueltas, el pensar *por* la clase, *para* la clase y *con* la clase. Si examinamos a fondo este conjunto de tareas, advertimos que no es otra cosa que el desglosamiento práctico de la teoría leninista del “bacilo”. La clase obrera no puede acceder por sus propias fuerzas o al calor de la lucha de clases a su conciencia socialista; necesita de un partido o de un “intelectual colectivo” que le introduzca *de fuera adentro*, como si fuese un bacilo, la conciencia de clase indispensable en su lucha contra el capital. Con el llamado a organizar la conciencia comunista, Revueltas estaba diciendo que era necesario crear las condiciones de posibilidad epistémicas para que se generara el partido-vanguardia que, vinculado estrechamente con el proletariado, y combatiendo el culto a la espontaneidad, se convirtiese en un permanente destacamento de lucha contra el sistema del salariado. En términos generales, el *por* y el *para*, entonces, no lo puede engendrar el proletariado manual, sumergido como está en el trabajo cotidiano, la ignorancia o la lucha puramente sindical. Quienes pueden pensar *por* el proletariado y *para* el proletariado son los intelectuales.

Pensar en una teoría de la emancipación y en la manera específica de realizarla en un país determinado (o sea concebir algo y acompañarlo de una intencionalidad proletaria) tiene que ser obra, no de los capitalistas como tales, ni de los trabajadores físicos, sino de intelectuales que pueden provenir, desde un punto de vista social, de la burguesía o de la clase obrera.

¿Quiénes son estos intelectuales, para José Revueltas? En búsqueda de una respuesta para esta pregunta, veamos lo que dice en “Las masas tienen derecho a un partido comunista”, de 1940: “Si Pedro trabaja en una fundición de metales y Juan trabaja en la misma empresa como gerente de la negociación, ¿por qué decimos de Pedro que pertenece a la clase obrera y no decimos lo mismo de Juan? A veces los gerentes gastan cierta energía en el puesto que ocupan y en esta ocasión vamos a suponer que Juan trabaja e, incluso, que abandona la oficina agotado, cansado, casi tanto como el mismo Pedro. ¿Cuál será la diferencia entre ambos si los dos gastan energías y los dos salen del trabajo rendidos de fatiga? ¿Será, por ventura, que el uno maneja hierros candentes y el otro dicta cartas a su estenógrafa? ¿O será que Juan gana más dinero que Pedro? Es muy probable que en estas dos alternativas, la diversidad de trabajo y la diversidad de utilidades, se encuentre alguna parte de la diferencia entre Juan y Pedro. Sin embargo hay muchas personas, que trabajando en oficinas, en labores de escritorio, están tan pobres como Pedro;

y otras que, desempeñando labores manuales, como obreros calificados, están mucho mejor económicamente. Entonces no se trata tan sólo de la diversidad de trabajo y la diversidad de ingresos. En el mundo de la producción hay centenares de miles de personas en la misma condición de Pedro y también su buen número de gentes en la condición de Juan. Los Pedros son obreros y los Juanes son gerentes, dueños, patronos, capitalistas. ¿Cómo es posible esto? Es posible esto porque el Juan de nuestro ejemplo se encuentra dentro de la empresa como *propietario* de la misma”...²²²

En este curioso pasaje podemos advertir varios aspectos significativos:

- a) José Revueltas habla de dos individuos, Pedro y Juan, que, a primera vista, pertenecen a dos clases o categorías distintas: el primero a la clase obrera y el segundo al grupo de los gerentes, administradores o técnicos.
- b) Revueltas se interroga: “¿Cuál es la diferencia entre ambos si los dos gastan energías y los dos salen del trabajo rendidos de fatiga?” Es una pregunta pertinente porque, en el ejemplo puesto por Revueltas, los dos individuos son trabajadores.
- c) Nuestro escritor entrevé que, no obstante, hay ciertas diferencias entre un individuo y otro. De ahí que se pregunte: “¿Será, por ventura, que el uno maneja hierros candentes y el otro dicta cartas a su estenógrafa? ¿o será que Juan gana más dinero que Pedro?”. Y responde: “Es muy probable que en estas dos alternativas, la diversidad de trabajo y la diversidad de utilidades, se encuentre alguna parte de la diferencia entre Juan y Pedro”. A partir de estas preguntas y de la respuesta transcrita, Revueltas podría haber roto con el dogma de la división dicotómica de la sociedad capitalista (capital/trabajo) y advertir que, aunque los gerentes y los obreros son trabajadores asalariados (y se distinguen, por ende, de los capitalistas) mantienen tales diferencias entre ellos (por la diversidad o *tipo* de trabajo y la diversidad de ingresos) que no pueden ser confundidos sin más. Podría haber hablado, por consiguiente, de una tercera clase social *sui generis*: aquella que está desposeída, como los obreros, de medios *materiales* de producción; pero que posee, a semejanza de los capitalistas, de algo de lo que carecen aquéllos: la instrucción, el caudal de conocimientos y experiencias que la ubica en un puesto de mando y le permite vender su fuerza de trabajo intelectual por una remuneración elevada.

²²² José Revueltas, *Escritos Políticos*, I, Ediciones Era, México, 1948, p 21.

- d) Pero Revueltas no llega a la conclusión precedente. Se lo impide la siguiente observación sobre la calificación del trabajo: “Hay muchas personas que, trabajando en oficinas, en labores de escritorio, están tan pobres como Pedro; y otras que, desempeñando labores manuales, como obreros calificados, están mucho mejor económicamente. Entonces no se trata tan sólo de la diversidad de trabajo y la diversidad de ingresos”. Es decir, que no se puede hablar de la diferencia del obrero y el gerente basados solamente en la diversa índole del trabajo y en la distinta remuneración que frecuentemente aparece en ellos, ya que, en ocasiones, de acuerdo con su calificación, existe un trabajo intelectual *simple* mal remunerado y un trabajo manual *complejo* de elevada remuneración. Revueltas no pone de relieve, sin embargo, que, por un lado, el trabajo de los gerentes, de los Juanes, es, en general, más calificado que el de los Pedros y, por otro, que, aunque circunstancialmente el trabajador manual posea un trabajo más calificado y de mejor remuneración que el trabajo técnico-intelectual, sigue diferenciándose, desde el punto de vista del *tipo* de trabajo, de la otra labor.
- e) Pero la posibilidad de entrever la existencia de una tercera clase, con todas sus implicaciones teóricas y prácticas, es cerrada abruptamente por Revueltas cuando nos dice: “En el mundo de la producción hay centenares de miles de personas en la misma condición de Pedro y también su buen número de gentes en la condición de Juan. Los Pedros son obreros y los Juanes son gerentes, dueños, patrones, capitalistas. ¿Cómo es posible esto? Es posible esto porque el Juan de nuestro ejemplo se encuentra dentro de la empresa como *propietario* de la misma”. Con esto, Revueltas nos cambia los términos del problema y se reenajena al *binarismo* tradicional. Ya no se trata, al hablar de Juan, de un mero gerente contrapuesto al trabajador manual Pedro, sino de un gerente-capitalista que se diferencia del trabajador asalariado, no sólo ni primordialmente por la actividad que lleva a cabo, sino porque es el propietario de los medios *materiales* de la producción. La causa de que Revueltas no logre visualizar la existencia de una tercera clase de individuos en el proceso de producción y de que no logre romper con el dogma del *binarismo* estriba en que sustituye al gerente no capitalista por un gerente capitalista o, lo que es igual, en que encarna en Juan la *dualidad clasista* del gerente y el capitalista, del dueño de medios *intelectuales* de producción y del dueño de medios *materiales* de ella,

con lo que vuelve a convertir en dos y sólo dos a los protagonistas de la lucha de clases en el capitalismo.

Los intelectuales son, entonces, para Revueltas, estratos o franjas de la sociedad subordinados a las dos clases fundamentales de la formación capitalista. Sin tomar en cuenta a los ideólogos conservadores a los que Gramsci llamaba *intelectuales históricos o tradicionales* –que son residuos precapitalistas y cuya organicidad o subordinación se refiere a las élites predominantes del pasado-, para Revueltas (como para Marx, Engels, Lenin y toda la tradición marxista) no hay, en lo fundamental, sino dos y sólo dos clases sociales en el capitalismo: los burgueses y los proletarios. Nuestro pensador es partidario, pues, del *binarismo*. La concepción revueltista de los intelectuales, que fue siempre la misma, coincide en lo esencial con la tesis de Antonio Gramsci, a quien podemos considerar como el *teórico marxista más relevante del binarismo clasista* o sea de la contundente aseveración de que los intelectuales carecen de independencia o autonomía pues se hallan al servicio del capital o del trabajo. Los intelectuales se dividen, para Gramsci (y también para Revueltas, aunque sin el rigor y la terminología de aquél) en *intelectuales orgánicos de la burguesía* y en *intelectuales orgánicos del proletariado*²²³. Para Revueltas el intelectual o piensa como burgués o piensa como obrero y no hay tercer término. Aún más –y este es un matiz muy revueltista- la burguesía piensa o se piensa *en* el intelectual burgués (por ejemplo en Vicente Lombardo Toledano) o el proletariado piensa o se piensa *en* el intelectual proletario²²⁴. La idea de que no es el intelectual el que piensa al proletariado, sino que es el proletariado el que se piensa en el intelectual, acentúa el binarismo y no deja advertir que el intelectual tiene un *status* social más complejo, como veremos a continuación. José Revueltas, en efecto, no logra ver, convencido como está del contundente desdoblamiento dicotómico de las clases sociales, los intereses específicos del intelectual.

Para analizar detalladamente el tema del papel que juegan los intelectuales en la sociedad capitalista, remito al lector al capítulo “La clase intelectual y su presencia en la historia” de este mismo libro²²⁵. Aquí sólo haré notar que

²²³ Estos últimos son quienes conforman el partido comunista que, por eso mismo, es el “intelectual colectivo” de la clase obrera.

²²⁴ “No es Marx, es el proletariado quien se piensa en él; o en otras palabras, Marx se transforma en el *cerebro* de la clase obrera al organizar teóricamente su conciencia”, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p 55.

²²⁵ Y también a *La revolución proletario-intelectual*, publicada en la editorial Diógenes y que puede ser consultada en mi página web www.enriquegonzalesrojo.com

si reflexionamos en el concepto *medios de producción*, o sea en el conjunto de intermediarios que, en el proceso laboral, aparecen entre la fuerza de trabajo y el objeto del mismo, podemos caer en cuenta de que dichos instrumentos de intermediación productiva no sólo pueden ser *materiales* – como un martillo o una máquina herramienta- sino también *intelectuales* – como el adiestramiento técnico, la metodología o la información. Al hablar de medios de producción generalmente se piensa en las herramientas que sirven al trabajo manual o, de manera más general, en las condiciones materiales que hacen posible la producción; pero la producción fabril no sería posible si no intervinieran en ella, de conformidad con sus necesidades técnicas, ciertos medios *intelectuales* de producción que, asociados al técnico, al científico o al obrero calificado, son, por así decirlo, las *herramientas intelectuales* que requiere la producción. Si tomamos en cuenta lo que he dicho, podemos advertir que, de acuerdo con la doble modalidad de los medios de producción existentes, la producción capitalista es una combinatoria de dos contradicciones: antes que nada es la antítesis entre el capital –dueño de los medios *materiales* de producción- y el trabajo asalariado u obrero colectivo. Pero si volvemos los ojos al trabajo, atisbamos otra antítesis: la del trabajo intelectual –dueño de *herramientas espirituales*- y el trabajo manual²²⁶. Estamos, pues, ante un cuadrilátero estructural o, en cierto sentido, una antítesis de dos antítesis. Una antítesis tiene su origen en la propiedad o apropiación por parte de un grupo social de los medios de producción *materiales*. Otra, en la propiedad o apropiación por parte de un grupo social y distinto de los medios de producción *intelectuales*. Las dos antítesis no se dan, sin embargo, en términos de igualdad. La contradicción capital/trabajo es la principal y la contradicción trabajo intelectual/trabajo manual es la secundaria. Este cuadrilátero estructural en esencia contiene un *triángulo clasista*, debido a que el trabajo manual es el polo inferior tanto del capital como del trabajo intelectual, lo cual me lleva a asentar que, y esta es la esencia de la concepción *ternaria* de las clases sociales, en el capitalismo hay tres clases: el capital, el trabajo intelectual y el trabajo manual. El trabajo intelectual tiene una situación intermedia ya que, si bien carece de medios *materiales* de producción –lo cual lo convierte en trabajador asalariado-, posee en cambio medios *intelectuales* de producción –lo cual lo coloca en un lugar privilegiado en la jerarquía laboral, así como en términos de remuneración. El trabajo manual, que sirve de polo no sólo al capital sino al trabajo intelectual, se halla desposeído de todo: los medios de producción

²²⁶ El trabajo manual calificado es un trabajo manual intelectualizado y presenta una dualidad conformativa.

materiales no le pertenecen, los *intelectuales* tampoco. El obrero manual es la clase social enajenada por antonomasia, y, dentro de la organización capitalista, tendrá siempre contradicciones estructurales con el dueño, y con los técnicos y administradores. El intelectual, por su parte, se siente dominado por el capital y se sabe dominante sobre el trabajo manual. Y en esta doble relación con-los-de-arriba-y-con-los-de-abajo se incuban su ideología y salen a flote sus intereses. No es un accidente que los capitalistas vean con frecuencia a sus intelectuales asalariados con desconfianza, como tampoco lo es que los obreros manuales hagan otro tanto con sus capataces y técnicos.

Para darle *realidad* a un partido obrero se requiere, según Revueltas, pensar *por y para* el proletariado. Pero ¿quién va a pensar por y para la clase? No van a ser los capitalistas, porque ello va a contrapelo de sus más caros intereses, ni los trabajadores manuales porque, careciendo de medios *intelectuales* de producción, están incapacitados para hacerlo. Tienen que ser, entonces, los intelectuales. Pero un tipo especial de intelectuales: los *comunistas* que son intelectuales que se proletarizan (desde el punto de vista político) o manuales que se intelectualizan (adquiriendo los conocimientos propios de un intelectual revolucionario).

Revueltas cree que el intelectual comunista –como el gramsciano *intelectual orgánico de la clase obrera*- identifica su pensar con el pensar hipotético que realizaría la clase trabajadora si pudiera. Revueltas, como Lenin –y como Marx y Engels- confía en la racionalidad del intelectual comunista. No ve la necesidad –a la que nos ha acostumbrado el kantismo- de examinar críticamente el “lugar” desde donde se lleva a cabo dicho conocimiento, con el propósito de advertir si puede haber algún distorsionamiento gnoseológico a partir de dicho *locus*. El hecho de surgir ese pensamiento no en cualquier cabeza, sino en la cabeza de un intelectual, aunque sea la de un intelectual comunista, ¿no traerá consigo ciertas consecuencias epistémicas imprevistas?

El intelectual suele hallarse *fuera de sí*, es decir, pensando y actuando *por y para* la burguesía, o pensando y actuando *por y para* la clase obrera manual. En el primer caso se trata de un intelectual orgánico del capital y en el segundo de un intelectual orgánico del trabajo. Como esto es lo que ocurre con mayor frecuencia o, mejor dicho, como esto es lo que *parece* ocurrir con mayor frecuencia, la mayor parte de los sociólogos de prosapia marxista niegan toda independencia a esta “capa” de la sociedad y no logran ver que los intelectuales pueden no sólo hallarse fuera de sí, sino también *en*

si o *para si*²²⁷. La intelectualidad *en sí* hace referencia a la ideología de la *aristocracia intelectual*, al hecho de que el “gran intelectual” ve con desdén no sólo a los trabajadores, sino a los burgueses (banqueros, comerciantes, industriales). Tanto unos como otros son vulgares e ignorantes. Aquí el intelectual, por lo menos en apariencia, ya no se halla fuera de sí o “desclasado” sino que está *enclasado* relativamente, como en la obra *Un enemigo del pueblo* de Ibsen. Pero los intelectuales no sólo pueden autoafirmarse (frente al desclasamiento o el hallarse fuera de sí) en esta posición del “aristócrata del conocimiento”, sino de venir franca y decididamente *para si*. ¿Cuándo ocurre esto? Cuando los intelectuales se valen de los trabajadores (a los que dirigen y supuestamente “piensan con” ellos) como trampolín para hacer a un lado a los capitalistas y quedarse como dueños de la situación. El intelectual *para si* –o enclasado absolutamente- es el que busca destruir el capital privado, con ayuda de obreros y campesinos, y tener siempre a raya a los trabajadores revolucionarios.

He dicho con anterioridad que requisito esencial en nuestro país para que un partido sea *partido-destrucción* es la crítica de la revolución mexicana y que es condición indispensable para que cualquier partido-destrucción devenga partido destrucción-construcción llevar a cabo la crítica de la revolución bolchevique. Aunque Revueltas, y todos los que fuimos espartaquistas, no pudimos darle *realidad* al partido de la clase obrera²²⁸, sí llevamos a cabo, guiados por aquél, el examen crítico y el análisis de clase de la revolución mexicana y sentamos las bases en principio para la aparición del *partido-destrucción*. Pero el revueltismo de los sesentas no hizo, no pudo hacer la crítica de la revolución bolchevique y del marxismo-leninismo en que se basaba. ¿Qué ocurre, sin embargo, cuando se logra gestar un partido-destrucción y no se avizora la necesidad de añadir a la destrucción la *construcción*? La destrucción del capitalismo privado, que se realiza con la socialización –o estatización- de los medios de producción, también acarrea, desde luego, una construcción; pero esta construcción, aunque lleve el nombre de socialista, está lejos de serlo. La tesis de que basta la liquidación del capitalismo para crear el socialismo es falsa. Sí se destruye la propiedad privada de los medios de producción fundamentales, y sobre sus ruinas se construye lo que puede construirse, el régimen que *necesariamente* se engendrará a partir de todo ello no será el socialismo – los pródromos de la sociedad sin clases-, sino un sistema social en que los

²²⁷ Esta terminología hegeliana un tanto farragosa resulta muy útil para llevar a cabo un análisis pormenorizado de la categoría social de “los intelectuales”.

²²⁸ Circunstancia que amerita una explicación y a la que me referiré más adelante.

burócratas y los técnicos –manifestaciones ambas de la clase intelectual o sea de la clase dueña de los medios *intelectuales* de producción- gozarán de los puestos de mando. La razón de esto la he explicado en diversas ocasiones. Aquí me limito a repetir que si se modifican las relaciones de producción en lo que a las relaciones de propiedad se refiere (y en esto radica la destrucción) y se dejan intactas las fuerzas productivas o la división del trabajo (y en esto reside la ausencia de construcción), surge un régimen autoritario o despótico (según el caso) al que he llamado *intelectual* (burocrático-tecnocrático).

Vuelvo a Revueltas. El elitismo intelectual –que parece traer consigo la anterioridad del pensar *por* y *para* el proletariado- pretende ser sorteado mediante el pensar *con*. Si en el *por* y el *para* hallamos la *conditio sine qua non* del partido-vanguardia, en el *con* se materializa este último. Mas la cabeza del proletariado, aunque se halle vinculada estrecha y armoniosamente con su cuerpo, sigue siendo cabeza o intelectual colectivo. Como la intelectualidad “comunista” no puede identificarse sin más con la clase proletaria, ya que tiene intereses propios surgidos de su monopolio de conocimientos y todos los privilegios que emanan de ello, la forma de relación que establece con ella es inicialmente autoritaria y finalmente despótica o dictatorial. Pese a lo que diga de si, el partido de la clase obrera es el autoritarismo partidario sobre la clase trabajadora (en un país capitalista) o la dictadura partidaria sobre el proletariado (en el “socialismo”). Al interior del partido ocurre otro tanto: los cuadros intelectuales –que conforman la *clase política* dirigente²²⁹- dominan a los cuadros de base y acaban por contraponerse a ellos.

La organización de la conciencia comunista tiene que ver, para Revueltas, con la forma organizativo-partidaria que han asumido los comunistas. Revueltas es un crítico del centralismo democrático –sobre todo en su versión estalinista-, el cual debe ser reestructurado a su entender a la luz de la *democracia cognoscitiva*. En una entrevista –citada en el prólogo de Andrea Revueltas, Rodrigo Martínez y Philip Cheron al *Ensayo*- Revueltas dice: “Yo tengo un ensayo que no he desarrollado sobre el centralismo democrático como fusión dialéctica de dos opuestos. El centralismo por una parte y la democracia por la otra. Pero de tal suerte que la democracia vaya superando al centralismo continuamente [...]. Naturalmente que yo hablo

²²⁹ El concepto de *clase política* –tan utilizado en nuestros días- sólo adquiere sentido si lo reinterpretemos a la luz de la teoría de la clase intelectual. La clase política es, en efecto, aquella parte de la clase intelectual que se dedica a la cosa pública. Hay que afirmar, entonces, que si toda la clase política es clase intelectual, no toda la clase intelectual es clase política. Un miembro de la clase política no sólo es dueño de medios intelectuales de producción, sino de un afán de poder que hinca sus raíces en la subjetividad.

de democracia en el sentido amplio de la palabra. No solamente democracia numérica, democracia aritmética, sino democracia cognoscitiva al modo en que opera la ciencia. Uno no puede votar en una investigación respecto a la naturaleza de un bacilo”²³⁰. Aunque Revueltas no desarrolló a profundidad la noción de la *democracia cognoscitiva* o de las consecuencias que acarrearía en el centralismo democrático la asunción de ésta, se puede colegir que la incorporación de la democracia cognoscitiva –o de la adecuada conformación de los militantes para conocer y auto conocerse- en el centralismo democrático tradicional, haría que este encarnase una violenta transformación. El centralismo democrático, como organización numérica –de mayorías y minorías, etcétera- es uno de los factores que impidieron la toma de conciencia de la *irrealidad histórica* del partido. El hecho de que a la minoría –que puede tener la razón o algo de razón- se le aplaste mediante una votación o se le expulse del partido, habla de la incapacidad de éste de conocer, dialogar, superar las contradicciones, etcétera, en una palabra habla de la ausencia en la organización partidaria de una *democracia cognoscitiva*. Entre Carlos Marx y Federico Engels había una relación a la que podemos considerar de *democracia cognoscitiva*, decía José.

Para organizar la conciencia por medio del *pensar por* y del *pensar para* se requiere de la *democracia cognoscitiva*, es decir de una conformación partidaria o pre-partidaria que no sólo permita sino aliente, no sólo tolere sino propicie un proceso plural cognitivo. Lo puramente *cuantitativo* del centralismo democrático –causa relevante de que éste devenga de hecho centralismo antidemocrático- debe ser superado con el ingrediente *cuantitativo* de la libre investigación, el diálogo, la actividad teórica colectiva indispensable para dar al partido una *realidad* permanentemente reproducida. En todo esto salta a la vista la concepción racionalista de Revueltas. Para él los teóricos comunistas –los que piensan *por* y *para* el proletariado y que lo hacen enmarcados por una *democracia cognoscitiva*- son capaces de elaborar productos cognoscitivos de carácter objetivo y con la fundamentación necesaria. Si el intelectual no es burgués o pequeño-burgués sino comunista, no tiene en su proceso cognitivo impedimentos para elaborar una ciencia revolucionaria. Pero el hecho de concebir la razón comunista como incondicionada o de carecer de la perspicacia eidética para advertir que los teóricos, aunque sean comunistas, poseen una conformación estructural de tal índole que al pensar no pueden inhibir los

²³⁰ Entrevista realizada por Ignacio Hernández, “José Revueltas; balance existencial”, *Revista de revistas*, nueva época, número 201, 7 de abril de 1976.

intereses emanados de su condición misma de intelectuales, le oculta a sus ojos que la protagonista fundamental de la revolución “socialista” y de la “dictadura del proletariado” es la *clase intelectual*.

Revueltas no pensó nunca en la necesidad de un *partido-construcción*. Su idea del partido *real* es un partido que, organizado por la conciencia comunista y por la crítica de la revolución mexicana, salte de ser un *partido-sumisión* –como lo fue durante décadas el PCM- a un *partido-destrucción*. Como todos los marxistas-leninistas, él pensaba que, por así decirlo, la *destrucción era constructiva* o, dicho de otra manera, consistía simplemente en la reestructuración de la sociedad *sin* el factor perturbador y enajenante de la propiedad privada. No obstante, Revueltas –como los trotskistas o marxistas revolucionarios- después del *Ensayo*, se acercó a una cierta crítica del régimen soviético y del movimiento comunista internacional. Se situó, en efecto, en las inmediaciones de la crítica del “sistema socialista”, sin acceder, a mi parecer, plenamente a ésta, la cual está conformada por una triple afirmación, debidamente fundamentada, que establece: a) la aseveración de que los países llamados socialistas, empezando por la URSS, no lo fueron, b) mostrar las razones de fondo que explican tan extraña circunstancia y c) cómo, a sabiendas de lo anterior, constituir un socialismo verdadero y no sólo de nombre. La tendencia de Revueltas hacia una crítica del movimiento comunista mundial se aprecia con toda nitidez cuando empieza a preguntarse si la inexistencia histórica del PC es un problema sólo de México o es un problema universal, para acabar respondiendo que atañe a todos los partidos del orbe. Las condiciones históricas del país, dice todavía Revueltas en el *Ensayo*, han terminado por convertir al PCM “en un partido *diferente*, un partido irreconocible en comparación con los demás partidos comunistas del mundo y en relación con lo que *debe ser* un *verdadero* partido proletario de clase”²³¹. Pero después, en sus *Escritos políticos*, pone en entredicho tal afirmación al escribir en 1970: “La experiencia de los últimos años ha demostrado que los partidos comunistas han devenido una mistificación de la conciencia histórica, del mismo modo en que devinieron en tal manifestación los partidos socialdemócratas de la II Internacional”²³². La inexistencia histórica es, pues, una deformación general de los partidos comunistas del mundo entero. Pero ¿a qué se debe tal cosa? Revueltas escribe a propósito de ello también en los *Escritos políticos*: “Sujetos dentro

²³¹ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit., p.111.

²³² José Revueltas, “Notas sobre la organización” en “Escritos políticos” III, *Obras Completas* 14, Ediciones Era, México, 1984, p 100.

de esta camisa de fuerza ideológica²³³ que no les permitía moverse sino en la dirección predeterminada por los intereses del Estado soviético, los partido comunistas perdieron su independencia y con ella, pese a la autoridad revolucionaria que pudieran tener unos u otros sobre grandes masas obreras, también perdieron su carácter de vanguardia históricamente real del proletariado en cada uno de sus países”²³⁴.

Revueltas, en plena coincidencia con los trotskistas, cree que el estalinismo produjo una deformación democrática de extrema gravedad en el régimen socialista. El “culto a la personalidad” denunciado en el XX Congreso era, para él, tan sólo un síntoma y más que nada un eufemismo. Los comunistas sinceros del mundo entero no podían cerrar los ojos y clausurar los oídos frente a tamaña desfiguración de los principios del marxismo-leninismo. Pese a todo, era una deformación que, según Revueltas, no negaba la esencia socialista del sistema productivo. También como los trotskistas, José pensaba que la URSS había sido arrojada a una malformación burocrática, pero que pese a todo seguía siendo un estado obrero. De ahí que asiente de manera inequívoca que con el estalinismo, “no se trata de un fenómeno antisocialista, contrarrevolucionario, sino que se produce dentro de los cuadros y los límites del socialismo, aunque puede derivar hasta extremos objetivamente contrarrevolucionarios”...²³⁵. Mi tesis es otra y la expreso aquí sucintamente haciendo notar que, para mí, el estalinismo no es una *deformación del socialismo o dentro del Estado socialista*, sino una *fase despótica* al interior de un régimen que ya no es capitalista, pero tampoco es socialista o dentro de una formación social, a la que he dado el nombre de *Modo de Producción Intelectual* (MPI), generada por la estatización de los medios materiales de la producción, el dominio dictatorial sobre la clase trabajadora y la elevación de los cuadros burocráticos y técnicos –o sea de la intelectualidad comunista o dominada por el PCUS- a los puestos de mando.

Pero ¿qué ocurre con el estalinismo que se genera en un partido como el PCM? Revueltas dice: el estalinismo en el PCM es... “un estalinismo que ni siquiera se produce en un partido *real* sino en algo que no es sino una deformación y una usurpación del verdadero partido proletario”²³⁶. Para Revueltas, por lo visto, había dos enemigos a vencer en lo que a la situación

²³³ Se refiere al hecho de que “el partido comunista y el poder soviéticos constituyen la vanguardia de los partidos comunistas del mundo entero”, “Escritos políticos” III, op. cit. p 187.

²³⁴ José Revueltas, “La ‘guerra fría’ entre las potencias socialistas: parte del contexto de la tercera guerra mundial” en “Escritos políticos” III, *Obras Completas*, 14, op. cit., p 187.

²³⁵ *Ensayos sobre un proletariado sin cabeza*, op. cit. p 61.

²³⁶ *Ibid.*, p 38.

de los comunistas mexicanos se refiere (hacia 1960): la irrealidad histórica del partido y el “estalinismo a la mexicana”, fenómenos que se daban entremezclados e interinfluyéndose, pero que no se confundían, ya que, como pensaba José antes de generalizar su teoría de la inexistencia histórica y, con muchas dudas y reservas después de hacer esto, puede haber un partido *real* que sufra la deformación estalinista, como el PCUS .

Cuando Revueltas se acerca al trotskismo, cuando critica la teoría estalinista del socialismo en un solo país, cuando generaliza su tesis de la inexistencia histórica a todos los países comunistas, se acerca a la idea del *partido destrucción-construcción*. Se acerca. Pero le faltó dar ese paso. Un paso que no supo o no pudo dar jamás.

No voy a tratar en este sitio las ideas políticas de Revueltas en sus últimos años. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que en él va a surgir una tensión entre el leninismo y la autogestión, partido y espontaneísmo que, a mi parecer, no pudo resolver o no tuvo tiempo para hacerlo.

Unos comentarios finales sobre Revueltas. La búsqueda esencial de éste en el *Ensayo* y en la militancia (tanto en el PCM como en la Liga Leninista Espartaco) era darle *realidad* al partido de la clase trabajadora, es decir, pugnaba (pugnábamos) por crear un partido-destrucción. Pero Revueltas veía el partido *real* a la luz del modelo del partido bolchevique. Quería coadyuvar al surgimiento de un instrumento capaz de dar al traste con el capitalismo y crear así el ámbito para que apareciese el socialismo. Pero como era *binarista* –y para él, como para todos los comunistas de la época, el Estado no podía representar en última instancia sino los intereses de la burguesía o los del proletariado- el partido que encabezara a la clase obrera y arrojase del poder a los capitalistas, tenía que ser un partido no sólo destructivo sino que diera el poder a los obreros; mas lo que imaginaba generar, claro que inconscientemente, era el *Estado mayor de los intelectuales* (“comunistas”) en su lucha contra el capital. Cuando él hablaba de organizar la conciencia comunista, sin saberlo estaba pugnando por organizar la conciencia *intelectual*, el cerebro colectivo de la intelectualidad *para sí*. El binarismo, como a todos los clásicos del marxismo, le impedía ver lo que he llamado la revolución *proletario-intelectual* y su producto necesario: el *Modo de Producción Intelectual (MPI)* burocrático-tecnocrático.

Con el concepto de *proletario intelectual* ocurre algo semejante a lo que sucede con la noción de *democrático burgués*. La similitud consiste en que

ambas expresiones pueden ser empleadas de manera diacrónica o sincrónica. Como ya tuve ocasión de mostrarlo más atrás, lo *democrático burgués* en sentido sincrónico (o simultáneo) habla de un régimen capitalista instaurado que tiene un soporte democrático, más o menos amplio y profundo, constituido por concesiones reales de “los de arriba” a “los de abajo” que garantizan el pacto o la alianza entre el poder y sus subordinados; lo democrático-burgués en sentido *diacrónico* (o sucesivo) ve la democracia como el *por* de la revolución y a la burguesía el *para* de la misma. La revolución mexicana, por ejemplo, es una revolución hecha por la democracia para la burguesía. Lo *proletario-intelectual* diacrónico nos dice que la llamada revolución socialista es un proceso de cambio hecho por el proletariado para la clase intelectual. Mientras que lo *proletario intelectual*, en su uso simultáneo, alude a la base social (asegurada por las concesiones) que tienen los burócratas y técnicos –o sea la clase política de la intelectualidad- una vez que su régimen se ha implantado. Quizás convenga hacer notar que mientras el MPI de la época de Lenin presentaba una conformación *proletario intelectual* no despótica, en el periodo estalinista mostraba, en cambio, una configuración *proletario intelectual* despótica y hasta totalitaria. El socialismo no fue, por consiguiente, escamoteado por Stalin, sino por el MPI que fue el resultado, tras la revolución de octubre, de la revolución *proletario-intelectual*, en sentido diacrónico, es decir de una revolución hecha fundamentalmente por los proletarios para los burócratas, técnicos, que constituyen la clase intelectual.

La historia –dice Revueltas- “ha sido la historia de la lucha de clases, y la naturaleza consciente, la conciencia humana, ha debido no pertenecerse a sí misma a través de tal historia, sino existir como enajenada a esas clases y a las relaciones productivas que las habían engendrado”²³⁷. La conciencia del hombre, capaz de conocer y conocerse, de saltar continuamente de la ignorancia a la cognición, es desvirtuada o enajenada por las clases sociales. En el capitalismo la conciencia del hombre se halla distorsionada por la clase burguesa y por el obrerismo vulgar²³⁸. Pero lo que no ve Revueltas –y con él todo el marxismo de la época- es que la clase intelectual también enajena a la conciencia, también hace que la conciencia deje de pertenecerse a sí misma. Y esta enajenación clasista es más sutil y engañosa que las demás, ya que no le viene de afuera –del capital o del trabajo- sino de adentro: del ejercicio intelectual del propio pensamiento. Por eso, más

²³⁷ Ibid., p 49.

²³⁸ No por el proletariado concebido históricamente. Revueltas piensa, por lo contrario, que el pensamiento humano se desenajena cuando comprende el papel de la clase obrera y se adhiere a él.

que una enajenación a las clases es una *autoenajenación* a su propia clase. La conciencia humana puede, sin embargo, desenajenarse: para hacerlo tiene que acudir a la *crítica*, tomar conciencia de cómo las clases –por ejemplo la burguesía, sus intereses, su ideología- perturban su función y deslindarse tajantemente del efecto nocivo de ellas. Yo creo que lo mismo ocurre con la enajenación, ya no burguesa o proletaria vulgar, sino *intelectual* de la conciencia. No voy a abundar aquí sobre este tema, pero sí sugerirle al lector que se interese en él, que consulte algunos de mis escritos al respecto²³⁹.

²³⁹ Más que nada el capítulo de esta obra “La clase intelectual y su presencia en la historia” y “Las revoluciones en la historia de la filosofía y la clase intelectual” en *Las revoluciones en la filosofía*, Editorial Grijalbo, Teoría y Praxis, México, 1979. También se puede consultar www.enriquegonzalezrojo.com.

HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA (PRD)

No tengo la intención en este sitio de llevar a cabo una reflexión detallada o un examen exhaustivo del PRD, ya que el ideario de este partido, deslindado nítidamente desde su nacimiento de la concepción socialista, se halla, como el PRI y el PAN, fuera del tema que se propone abordar este texto. Pero sí me voy a referir a él en el presente capítulo porque en este instituto desembocaron, además del PMS –que no era sino el viejo PCM sometido al maquillaje renovador de su “modernización”-, un buen número de organizaciones que se decían inspiradas en los principios marxistas y socialistas y que se aglutinaron alrededor de la corriente neocardenista desgajada del PRI. Y también voy a hacer referencia a este partido –que se autoconsidera oficialmente “de izquierda”- porque algunos de sus integrantes –sobre todo en su inicio- se imaginaron ingenuamente que el PRD no sólo estaba enfrascado en la lucha por crear un régimen que tuviese como su prioridad fundamental rescatar la soberanía de la nación, eliminar el modelo económico neoliberal y su fábrica de reproducción ampliada de indigentes, democratizar la práctica electoral, combatir el corporativismo, etc., sino que tenía como objetivo de peso generar una formación social que fuese un régimen de transición al socialismo.

¿Por qué nació el PRD? Como se ha dicho muchas veces, la revolución mexicana no fue obra de un partido –de una organización política nacional que cohesionara y encabezase a ese plexo de movimientos dispares que conformaron la revolución-, sino que ocurrió al revés: ella fue quien, en tiempos de Plutarco Elías Calles, generó su propio partido: el PNR. Este partido, como se sabe, tuvo diferentes “reencarnaciones”, por así decirlo. El PNR, creado en 1929 por el régimen callista, se transmutó en PRM en tiempos del general Cárdenas, y el PRM se transformó en PRI en el sexenio alemanista. Los nombres del partido oficial no eran indiferentes a su contenido. Las dos primeras designaciones aluden sin tapujos ni medias tintas a la revolución. El partido generado por dos décadas de revolución era un partido revolucionario, un partido para modificar estructuras, destruir los residuos precapitalistas, independizar a la nación del imperialismo yanqui, crear el mercado interno, etc. La diferencia entre “nacional” y “mexicano”, si bien es importante, implica sólo diferencias ideológicas de matiz. La designación de partido *nacional* revolucionario es una nominación topológica: se refiere a un lugar del planeta, es un término que alude a lo largo y lo ancho de nuestro país. El nombre del partido de la revolución *mexicana*, hace

referencia a los pobladores de la nación, al mexicano orgulloso de la soberanía nacional. La tercera designación –elaborada, no por accidente, en tiempos del alemanismo- presenta un cambio cualitativo respecto a las denominaciones precedentes. Los atributos de *nacional* o de *mexicana* no modificaban la esencia de lo revolucionario; pero la calificación de *institucional* sí lo hace, ya que alude al hecho de que la revolución ha creado sus instituciones y a que las proclamas de cambio y la subversión han de irse modificando y asociando en adelante con las ideas de estabilidad y conservación. Pero una *revolución institucional* es una contradicción en los términos: lo revolucionario no es institucional, lo institucional no es revolucionario. Respondiendo a su contradictoria denominación, el PRI, como partido oficial, fue un partido que a veces ponía el acento en lo “revolucionario” en detrimento de lo institucional (definiéndose como reformista) y otras lo hacía en lo institucional en perjuicio de lo revolucionario (definiéndose como conservador). En esta tensión entre las dos líneas, y en un complejo flujo de avances y retrocesos, lo conservador fue ganando ostensiblemente terreno a lo revolucionario, la política progresista obrero-campesina fue eliminada, el antiimperialismo fue convirtiéndose en cosa del pasado y el autoritarismo político y el corporativismo sindical –que habían acompañado al régimen desde su nacimiento- se incrementaron de manera palmaria y asfixiante. De Ávila Camacho a López Portillo hay una tortuosa y complejísima historia (desde la triple visión de lo económico, lo político y lo social) que no voy a tratar aquí, y en que, a pesar de las dos líneas en confrontación –lo revolucionario y lo institucional- hay un sustrato ideológico fundamental: la ideología de la revolución mexicana. Todos se dicen herederos de ella, todos ven en el nacionalismo revolucionario la ideología definitoria del sistema. Pero, al terminar su gestión presidencial López Portillo, y dejar a sus espaldas la nacionalización de la banca –como si fuera el canto de cisne del populismo estatista- las cosas empezaron a sufrir un cambio vertiginoso. De la Madrid y Salinas producen una especie de golpe de estado incruento al interior del Estado y del partido oficial, convierten el neoliberalismo en política económica del régimen y expulsan, por así decirlo, a la revolución mexicana del poder.

De los artículos, ensayos y libros sobre el PRD probablemente el más significativo y revelador es el texto *Apuntes para el camino. Memorias sobre el PRD* de Rosa Albina Garavito Elías²⁴⁰. Es un libro que tiene la triple virtud de ser reflexivo, crítico y propositivo. Es un escrito que surge, a manera de

²⁴⁰ Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco y Ediciones y Gráficos Eon, SA de CV, México, 2010.

autognosis, de las entrañas del PRD. De la lectura cuidadosa de estos *Apuntes* se deduce, a mi entender, la sorprendente tesis de que el PRD adolece de *irrealidad histórica*. La autora no emplea, desde luego, esta terminología revueltista; pero ella –militante distinguida del PRD hasta su renuncia al mismo– llega a conclusiones similares respecto a su partido a las que accedió Revueltas en relación con el PCM. Veamos algunas afirmaciones de Garavito Elías que me llevan a la idea de que, para ella, el PRD existe fácticamente, pero no es *real*. Escribe nuestra autora: “Pareciera que el partido que nació el 6 de julio de 1988 no tiene remedio. Cuando gana no se da cuenta y cuando pierde no lo reconoce. Ha entrado a una especie de limbo”²⁴¹. Es necesaria –dice también– “una sólida y confiable organización de izquierda, moderna y democrática. El PRD no lo es, no quiso serlo, o sencillamente no pudo serlo. No sé si estemos presenciando su fractura inminente; lo dudo, porque mientras la franquicia siga dando utilidades, por encima de cualquier ruptura predominará el interés del reparto. De lo que estoy segura es de que somos testigos de su extinción como referente de izquierda. Así que en realidad estoy renunciando a continuar en una organización fantasma de izquierda”²⁴². Ante estas aseveraciones, no tengo empacho en decir que Rosa Albina Garavito es al PRD lo que José Revueltas fue al PCM. Como Revueltas respecto a su partido, ella no llegó automática y abruptamente a la convicción del carácter “fantasmal” del PRD, sino que, después de muchos años de militancia y del registro puntual de las acciones y del pensamiento o el “imaginario” perredista, su espíritu crítico, que se fue definiendo y envalentonándose, llegó a tan dolorosa conclusión. Por eso confiesa en cierto momento: “Lo que no tengo muy claro es si el PRD es aún rescatable. Con esa duda he vivido desde marzo de 1999”²⁴³. Durante aproximadamente diez años –de 1989 a 1999– Rosa Albina creyó en el PRD y militó de manera decidida y sin titubeos; pero de 1999 a 2002 se le fue acrecentando y cristalizando una duda. ¿Qué duda? Responderé a esto con un lenguaje revueltista: la duda de si el PRD era *real* o no; de si era fantasmal o no; de si era rescatable (refundándolo) o no. La duda, como siempre, es la avanzada de la crítica. Las dubitaciones de Garavito Elías no hacían otra cosa que preguntarse si el PRD, además de existente, era necesario, de si cumplía con su propósito, de si era lo que decía ser.

Las formulaciones precedentes acerca de la inexistencia histórica del PRD – que es el punto de vista de Rosa Albina Garavito, aunque con otras palabras– no es una extrapolación artificiosa de lo que dice Revueltas del PCM. Revueltas habla, en efecto, de que no sólo puede organizarse la conciencia

²⁴¹ Ibid., p. 449.

²⁴² Ibid., p. 632.

²⁴³ Ibid., pp. 493-94.

comunista, sino que también puede hacerlo la conciencia burguesa. En el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* formula en tres puntos su concepción al respecto. Asienta:

“1. La clase que representa en México la conciencia del proceso democrático-burgués del desarrollo es la burguesía nacional.

“2. La conciencia de la burguesía nacional, a lo largo de la revolución democrático-burguesa, no comparece organizada en un cuerpo de doctrina sistemático y coherente, sino que es una *organización de la conciencia* que reviste la forma crítica de diversas parcialidades del proceso, representadas a su vez por diversos ideólogos.

“3. Como una forma parcial de organización de la conciencia, pero no como la *conciencia organizada* de la burguesía, la ideología democrático-burguesa, entonces, no puede alcanzar todavía el nivel de desarrollo que significa convertirse en esa *conciencia organizada*, o sea, en el partido de clase. Por ello, la burguesía nacional participa en la revolución como una clase sin partido”²⁴⁴.

Para Revueltas la revolución mexicana tuvo precursores ideológicos de la estatura e importancia de Ponciano Arriaga, Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez; pero, antes de iniciarse, careció, en sentido estricto, de un programa y de un partido que lo convirtiera en su línea de acción. Revueltas escribe: “La circunstancia de que la revolución democrático-burguesa mexicana careciera de un sistema ideológico organizado... anterior a la lucha armada, o... que no contara con un *partido de clase*... representativo de su *conciencia organizada*, no quiere decir que también careciera de *ideólogos*”²⁴⁵. Dadas las condiciones objetivas del país y el estado de ánimo de las masas al terminar la primera década del siglo XX, le bastó al movimiento que se desencadenó, encolerizado y arrolladoramente, en aquellos momentos, la presencia orientadora de un puñado de ideólogos que, tras el desmantelamiento de la dictadura porfirista, señalaba un camino de reconstrucción de las relaciones sociales. Para la *destrucción* del régimen porfirista y sus secuelas, fue suficiente la existencia de un conjunto de ideólogos –que conformaban, podría afirmarse, la *conciencia democrático burguesa desorganizada*-; pero para la *construcción* del nuevo sistema social ya no bastó tal situación, sino que se requirió de la existencia de un partido de clase. Revueltas lo subraya de la siguiente manera: “los ideólogos

²⁴⁴ Op. cit., p. 152.

²⁴⁵ Ibid., p. 115.

democrático-burgueses constituyen la minoría dirigente de la burguesía nacional..., los representantes, en suma, de su conciencia de clase. Es aquí donde aparece la peculiaridad *real* que mencionamos: son la conciencia –y ya se ha advertido en otro lugar que fragmentaria, no la conciencia de la totalidad- del proceso del desarrollo democrático-burgués, de una *clase sin partido*, que es la forma como comparece históricamente la burguesía nacional en la revolución de 1910, hasta 1928, año en que se constituye el Partido Nacional Revolucionario”²⁴⁶. La revolución mexicana ya instituida, se ve en la necesidad de organizar su conciencia de clase burguesa. Pero lo hace, desde luego, con las supercherías ideológicas sin las cuales no puede sobrevivir. Por eso asienta lapidariamente Revueltas: “El sello que imprime la burguesía nacional al proceso del desarrollo ideológico no es, entonces, sino el de su propio mito: ella no constituye una clase determinada, sino una revolución de todo el pueblo; su programa no es el de una parcialidad social, sino el programa del país entero que se expresa en la Constitución, y su ‘conciencia organizada’ que no es otra cosa que el gobierno mismo, a través del Partido de Estado, cuyo jefe indiscutible –acaso como una reminiscencia de los antiguos *tlacatecuhtlis* de las comunidades prehispánicas- no es otro también que el propio jefe del poder ejecutivo”²⁴⁷.

Todas las clases sociales pueden organizar, por lo visto, su conciencia. La clase burguesa puede hacerlo y lo ha hecho. La clase obrera pretendió hacerlo, creyó que lo había realizado, pero cayó en un engaño de nefastas consecuencias, ya que, cuando suponía que estaba organizando su conciencia –una conciencia claramente anticapitalista- *lo que estaba llevando a cabo era organizar la conciencia intelectual*, como ya he dicho. Pero dejo aquí este tema para continuar con el de la *irrealidad histórica* del PRD.

¿Por qué me atrevo a decir que el PRD es un partido *irreal* o por qué Rosa Albina Garavito no tiene empacho en hacer énfasis en que el PRD no tiene remedio o en que es un partido fantasmal? La respuesta a ello va por este lado: porque se halla impedido –tal como se encuentra- para realizar lo que supuestamente se propone llevar a cabo, es decir, la línea política y el programa que, con el nombre de *revolución democrática*, enarbó, desde su nacimiento, como el proyecto a realizar o el ideal a cumplir. ¿Cuál es, para Rosa Albina, este *condensado de aspiraciones* que el PRD se proponía realizar o que fue la motivación esencial de su nacimiento en 1989? Se trata de conquistar no sólo una democracia electoral, sino una democracia participativa, la cual es definida por ella de la siguiente manera: “Entiendo por

²⁴⁶ Ibid., p. 151.

²⁴⁷ Ibid., pp. 81-82.

democracia participativa un régimen político en el cual los distintos sectores y clases sociales forman parte del proceso de toma de decisiones sobre los temas fundamentales del país. Este sistema por supuesto no excluye la democracia electoral, sino que la fortalece mediante la participación de las organizaciones sociales en decisiones sobre los temas que les competen...y en el diseño y aplicación de las políticas públicas”²⁴⁸. Garavito habla de dos tipos de democracia: la electoral y la participativa. No hace, en cambio, referencia –al menos con el énfasis necesario- a un tercer tipo de democracia que completaría a las dos anteriores y les daría un nuevo y más profundo sentido: la *democracia autogestiva*. No obstante ello, se acerca a esta noción cuando subraya que la política del PRD debería de incluir, además de la lucha en pro de las democracias electoral y participativa, la pugna por “un pacto social que incluya a los pueblos indígenas en tanto sujetos de derecho público y no solamente de interés público como fue aprobado por el Congreso de la Unión en el 2001”²⁴⁹. El reconocimiento y respeto a la autonomía de los pueblos indígenas, le parece a Garavito otro de los elementos insoslayables integradores del ideario programático de la *revolución democrática*, debido a que “la autonomía de los pueblos indios abriría las puertas a la autonomía social, a la libertad de asociación”²⁵⁰. Esta demanda de autonomía no sólo no se ha logrado –por la negativa del Congreso de la Unión para aprobarla- sino que, en lugar de tener en el PRD un importante factor de lucha por su consecución, ha comprobado cómo dicho partido, en momentos clave, ha cerrado filas con la derecha (PRI-PAN) convirtiéndose de hecho en uno más de los obstáculos para sus reivindicaciones históricas. Rosa Albina Garavito hace notar, respecto al régimen “de la transición y de la alternancia” imperante, que “No haber consolidado la democracia electoral y haber cerrado las puertas a la democracia participativa con la negativa de parte del Congreso de la Unión a aprobar los acuerdos de la COCOPA para los Derechos y Cultura de los Pueblos Indios, ha llevado a una regresión autoritaria en materia de libertades políticas”²⁵¹. Pero ¿a qué atribuir que la “transición democrática” –que debería de implicar no sólo la democracia electoral sino la participativa- se haya estancado y esté en riesgo de retroceder? No hay una sola respuesta a tal pregunta. Pero es innegable que uno de los factores que han participado de manera notoria en tal circunstancia, se halla en la presencia en la política nacional de un partido que dice reivindicar un nacionalismo revolucionario modernizado –en que la democracia electoral y la participativa

²⁴⁸ Rosa Albina Garavito Elías, op. cit., p. 20.

²⁴⁹ Ibid., p. 21.

²⁵⁰ Ibid., p. 21.

²⁵¹ Ibid., p. 25.

jueguen un rol esencial- y que no ha podido reorientar la vida social del país en esa dirección. ¿No ha podido o está incapacitado para hacerlo? Si se trata de lo primero y en el fondo lo que ocurre tiene que ver sólo o fundamentalmente con la dificultad de transformación, menos mal, aunque no deja de ser preocupante; pero si se trata de lo segundo, y el problema estriba en que el PRD, tal como se halla, *no puede llevar a cabo lo que se propone*, estamos ante la cuestión de la *irrealidad histórica* del PRD.

El PRD es un partido que surge, como se sabe, a partir de una corriente (la CD) que, al interior del PRI, representa una reacción contra la cúpula dirigente, antidemocrática y neoliberal, que, desde los ochentas, se había dedicado a liquidar sistemáticamente los principios de la revolución mexicana y, con ello, a desorganizar la conciencia de la burguesía nacional. Siguiendo los planteamientos de Revueltas, podríamos decir que el partido de Estado en México (PNR-PRM-PRI) fue un partido *real*, es decir, una agrupación que, a través de su base corporativa (CTM, CNC y CNOP), fungió como la vanguardia *burguesa* del pueblo trabajador. Pero un partido *real* no tiene garantizada su *realidad* para siempre. Un partido real, o un partido que ha sido real hasta cierto momento, puede sufrir un proceso de degeneración y deterioro, y perder su carácter tradicional ante el predominio de nuevos intereses. Puede, desde luego, conservar su influencia social, pero ésta cambiará de signo y asumirá un contenido diferente y hasta contrapuesto al anterior. La tecnocracia salinista tiene un carácter *liquidador*: dio al traste con la *conciencia organizada* de la burguesía nacional. Esto fue posible porque en el país –lo cual tuvo su reflejo en el PRI-Gobierno- no sólo existía la burguesía nacional (que llegó al poder con la revolución mexicana), sino una burguesía intermediaria, compradora y vendedora, asociada al capital extranjero. Cuando irrumpió la globalización y mundialización del capital, y sobrevino la caída del muro de Berlín y el derrumbe del “socialismo”, la burguesía intermediaria mexicana –y parte de la burguesía nacional, traidora y oportunista- se asoció a las transnacionales en general y al capital norteamericano (y ahora español) en particular. Se hizo cada vez más fuerte y empezó a desplazar a la burguesía nacional. En el PRI ocurrió lo mismo: los neoliberales –portavoces de la burguesía intermediaria, entreguista, modernizada- obligaron a los representantes de la burguesía nacional a abandonar el partido oficial y, fuera de él, a intentar *organizar o reorganizar la conciencia democrático-burguesa* en una situación (1989) desde luego muy distinta a la primera ocasión en que tuvo lugar este proceso (1928-29).

Daba la impresión, entonces, de que el PRD iba a ser un partido *real*, el partido de clase de la burguesía *no entreguista*. No decía su nombre, desde

luego. No se autodenominaba *la reencarnación del PRI populista*. Como siempre, la conciencia organizada burguesa no puede develar su esencia. No le es dable proclamar: soy el partido de la burguesía nacional explotadora. Tiene necesariamente que echar mano de los velos de la demagogia. Pero todo hacía pensar que, por así decirlo, la revolución mexicana había saltado del PRI – donde ya no tenía nada que hacer- al PRD, donde habría de reorganizarse y, de ser posible, continuar el proceso, interrumpido por los tecnócratas monetaristas, de la “revolución inconclusa”. Daba la impresión de que el PRD iba a ser un partido funcional, operativo, capaz de objetivar sus intenciones y proyectos. Tenía gente -mucho en verdad-, tenía entusiasmo, tenía los documentos básicos, tenía el registro que el PMS había puesto a su disposición, tenía dirigentes y en especial, en su inicio, el liderazgo del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, tenía presencia en todo el país, etc. Pero todo lo anterior, si no se organiza en la dirección o el sentido de la conjunción armónica entre el propósito y su realización, no garantiza que un partido salte de la mera facticidad a la realidad histórica. Pongo un ejemplo. El programa es, sin lugar a dudas, uno de los ingredientes obligatorios para que un partido adquiera *existencia histórica*. Un partido sin programa, o con un “programa” que no recoge los intereses de la clase o las clases de las cuales pretende ser portavoz, está condenado a caer en la inoperancia política, con todas las consecuencias que ello acarrea. El PRD nació teniendo programa –el cual no era (o no es) otra cosa que el *idearium* modernizado de la revolución mexicana-; pero el programa no se impone por sí mismo, no se realiza por arte de magia, no atrae a las masas –como un imán- y les muestra los complejos vericuetos que hay que abordar para que su contenido reformista se realice. El programa necesita la colaboración de otras prácticas, otros factores, otros dispositivos para que no se quede en un sueño con los pies de barro. El PRD es un partido *irreal* ya que, aun poseyendo –al menos en su esquema más general- un programa de acción que da sentido a su vida política, carece de los otros elementos indispensables que, organizados, permitan el desempeño de ese partido en el sentido de su intencionalidad primigenia. Como tantas cosas en el México de hoy, el PRD es un partido fallido. ¿A qué atribuir tal cosa y existe alguna terapia para hacerle frente a tamaña patología?

No cabe duda de que el conjunto de factores entrelazados que, desde su nacimiento y durante su historia, han conformado la estructura del PRD, lejos de coadyuvar a su efectividad y capacidad de incidencia reformista en la realidad política y social del país, han sido agentes de la autodeformación que padece este partido. Destacaré, antes que nada, tres elementos que constituyen uno de los ejes que nulifican –o por lo menos obstaculizan severamente- la

operatividad del PRD y lo arrojan a la galería de los partidos fallidos. Me refiero al *caudillismo*²⁵² la *burocracia* y el *grupismo*.

El PRD ha tenido dos caudillos de importancia indiscutible e influencia notoria.: Cuahtémoc Cárdenas Solórzano y Andrés Manuel López Obrador²⁵³. El apotegma tradicional de que dos caudillos no pueden en general coexistir uno al lado del otro, se cumplió de manera puntual en lo que se refiere a estos políticos. CCS fue el dirigente indiscutible o el “líder moral” del PRD desde 1989 hasta, aproximadamente, el año de 2000 –en que AMLO empieza a hacer una política independiente del ingeniero²⁵⁴. A continuación hay un corto período en que el PRD poseía un par de dirigentes máximos y una difícil convivencia entre dos líderes de enorme repercusión popular y con perfiles políticos contrastantes. Un caudillo acabó por suplantar al otro. El caudillismo, en un país atrasado como el nuestro, es bivalente. Por un lado, el caudillo atrae, cohesiona, combate o neutraliza el grupismo. Por otro, sustituye a la base por la dirección y a la dirección por el líder influyente y carismático. Aludiendo al primer aspecto, Garavito Elías escribe: “Con Cuahtémoc Cárdenas Solórzano a la cabeza, es evidente que esta corriente tiene el fuerte peso del liderazgo de quien la encabeza, y la peculiaridad sumamente importante en un partido que en realidad es una federación de grupos, de colocarse por encima de los intereses de esos pequeños grupos. Esa característica le viene a CCS de la autoridad moral que propios y extraños le reconocen de haber llevado una lucha sin tregua contra el régimen ilegítimo de Carlos Salinas y de haber encabezado el movimiento ciudadano que emergió el 6 de julio de 1988 sin claudicaciones”²⁵⁵. Pero si el caudillo se coloca “por encima de los intereses de esos pequeños grupos” (o de “las tribus”, como se suele llamar a estas facciones), en la mayor parte de los casos acaba por sustituir el forcejeo inmovilizador de los grupos en pugna por el predominio avasallador de una hegemonía personal que, en casos extremos, deja incluso de ser acotada. En un momento dado, la presencia de un caudillo y la orientación emanada de su poder irrestricto, puede ser “acertada” o por lo menos parecerlo. Pero si se equivoca, si lleva al partido por un camino erróneo

²⁵² El caudillismo no es, como se ha interpretado a veces, un insulto sino una categoría social. Con este concepto se alude al individuo que ejerce –al margen de las formas que asume una agrupación- una influencia decisiva, aplastante e irrestricta sobre un colectivo subordinado a su pensamiento y su palabra.

²⁵³ Podemos hablar también del liderazgo de Porfirio Muñoz Ledo y de Heberto Castillo (muerto en 1997). Pero este liderazgo, por importante que haya sido, no ofrece término de comparación con el caudillismo de CCS y AMLO:

²⁵⁴ La disensión entre el “caudillo dominante” y el “caudillo emergente” aparece y se consolida cuando Cárdenas lleva a cabo su tercer intento de acceder a la Presidencia de la República y López Obrador –que ha dejado la dirección del PRD en 1999- pugna por ser electo como Jefe de Gobierno del D.F.

²⁵⁵ *Ibid.*, p.424.

y hasta si lo conduce previsiblemente a un despeñadero, carece la militancia partidaria de los mecanismos (democráticos) para impedir los problemas, las dificultades y hasta la situación desastrosa en que se sumerge la organización política por obra y gracia del poder sin taxativas del caudillo. Además de ser antidemocrático en grado extremo, el caudillismo no constituye un elemento *que garantice la realidad operativa* de una organización. En el PRD, decía más arriba, se dio en relativamente poco tiempo la suplantación de un caudillo por otro. Este desplazamiento no deja de ser interesante desde un punto de vista político –lo cual trae consigo los interrogantes: ¿cómo fue posible tal cosa? ¿Por qué los partidarios de uno y hasta “incondicionales” de él, se tornan de manera más o menos abrupta en partidarios e “incondicionales” del otro? Pero también es interesante desde el punto de vista subjetivo –lo cual implica asimismo preguntas como: ¿qué ocurrió en la psique del caudillo desplazado contra su voluntad? ¿Qué sucede en el alma del caudillo que salta de un segundo lugar al primero y deliberadamente se coloca (porque puede hacerlo) en la primera línea, con todo lo que ello implica?

No voy a profundizar en este tema²⁵⁶ ya que, dada su complejidad, excede el propósito de este ensayo y porque no me es dable, por lo menos aquí, sacar conclusiones pretendidamente objetivas cuando los caudillos –a los que atribuyo una *pulsión de poder*- probablemente crean de buena fe, y muchos de sus seguidores con ellos, que su liderazgo no es sino el mejor lugar para realizar su decisión de servicio.

Por las razones que sea, el PRD no sólo sufrió un reemplazo de caudillos²⁵⁷, sino que, después del fraude perpetrado contra López Obrador en 2006, las “tribus” sintieron que había llegado su hora, y después de una feroz lucha intestina entre ellas en que salió triunfante el grupo de los llamados “chuchos”²⁵⁸, lograron dominar el aparato burocrático del partido. La realidad es que, a nivel de dirección, *las burocracias tendieron a sustituir a los caudillos*. Esta burocracia con poder decisorio está formada de cuadros medios, en general con una amplia trayectoria política –algunos provenientes del movimiento guerrillero- y, como lo muestra la experiencia, con un afán de poder y de “desclasamiento ascendente” incontenible, con las debidas excepciones. Gramsci hablaba de la disfuncionalidad, para decir lo menos,

²⁵⁶ Que tiene que ver con muchas y variadas cuestiones, entre otras con lo que he llamado *la pulsión apropiativa antrópica* que explica, a mi parecer, el afán de control social o el poder.

²⁵⁷ Condicionado, como dije, por la derrota de Cauhtémoc Cárdenas como candidato por tercera vez a la presidencia de la República, y por el triunfo de López Obrador al ser elegido como Jefe de Gobierno del D.F.

²⁵⁸ Nombre derivado de dos de sus más visibles dirigentes: Jesús Ortega y Jesús Zambrano.

inherente al partido comunista, cuando los militantes subalternos –o sea los cuadros medios que, más que nada, deben servir de correa de transmisión de las élites partidarias- se hacen del poder. La burocracia “chuchista” adopta con toda nitidez esta *subalternidad* y despliega, con ella, su pragmatismo inmediateista, su oportunismo rampante, su pertinaz defensa de la *irrealidad histórica* del PRD, su irrefrenable tendencia a la corrupción.

Voy a abrir, al llegar a este punto, un paréntesis. Uno de los muchos conceptos vulgares que emplea la politología contemporánea²⁵⁹ -y no sólo ella- es el de *clase política*. Es un concepto que reúne en un grupo a personas que se dedican a una misma actividad: la cosa pública. Es como si se hablara de clase deportista, clase científica, clase viajera, etc. Incluso muchos marxistas o intelectuales influidos por el marxismo, hablan sin reticencias y con soltura de clase política, cuando esta noción carece de *status* teórico en la interpretación materialista de la historia. Cuando, en cambio, se habla de *clase intelectual* - como yo lo hago, y explico detalladamente las razones para hacerlo- , ponen el grito en el cielo, consideran que se trata de una herejía y no quieren oír hablar de ello. Pero bien vistas las cosas, e interpretadas a profundidad, la llamada clase política no es otra cosa que aquella parte de la clase intelectual que –a diferencia de la intelectualidad académica- se dedica a la política. Es, entonces, una clase que, dueña de ciertos medios *intelectuales* de producción – los cuales les confieren su estructura definitoria y su capacidad operativa-, se dedican a la actividad política en general –la cual, ojo con ello, no es otra cosa que la *función* realizada a partir de dicha estructura. La clase política es aquella área de la clase intelectual en que forman un todo cierta capacidad intelectual y un afán inocultable de poder. Y aquí cierro el paréntesis.

La burocracia del PRD pertenece a la clase política. Sus dirigentes en casi todos los niveles son las cabezas de las “tribus”. Sus enconos y sus conciliaciones están promovidos sobre todo por los líderes de los agrupamientos y los “intereses faccionales” del agrupamiento. Aunque la “burocracia tribal”, para darle algún nombre, tendió a sustituir a los caudillos, no ha podido desembarazarse totalmente de ellos. Al principio unos grupos apoyaban a Cárdenas en contra de López Obrador y otros a López Obrador en contra de Cárdenas. Después –cuando declinó la influencia de CCS- los grupos hegemónicos (los “chuchos”) siguieron su camino de componendas y conciliaciones con el calderonismo, trazaron su raya con el ingeniero y combatieron denodadamente, y lo siguen haciendo, a AMLO. Ahora, al parecer, mientras unos grupos siguen apoyando a López Obrador –entre otras razones por la gran influencia que éste tiene en la base del PRD-, otros tienden

²⁵⁹ Junto con “poderes fácticos”, “países emergentes”, “empleadores”, “clase media”, etc.

a cerrar filas con Marcelo Ebrard, el nuevo caudillo –de prosapia camachista- que luce en la luminaria de dirigentes perredistas. Pero la burocracia dominante tiene, a no dudarlo, una cierta independencia respecto a los grandes líderes y hace su política de conformidad con sus intereses, prejuicios y limitaciones. En cierto sentido puede afirmarse, como ya lo dije, que los caudillos son anti-grupistas y los grupos son anti-caudillistas. Cuauhtémoc Cárdenas habla de la necesidad, por ejemplo, de “superar los conflictos y confrontaciones surgidos del predominio, en las decisiones partidarias, de los intereses de *las corrientes* y aún más que de éstas como colectivos, de sus dirigentes en lo individual o como grupos copulares”²⁶⁰. Las corrientes –y más que nada los “chuchos”- presentan su embate contra los caudillos, no como la necesidad del grupismo de actuar sin los estrechos límites que el caudillismo les impone, sino como una lucha por la democratización del partido.

La organización popular del PRD es precaria y asimétrica. Aunque al interior del partido –y en sus estatutos- siempre se ha hablado de la necesidad de que su fundamento organizativo debe estar conformado por comités de base²⁶¹, a más de 20 años de su fundación son minoritarios. El partido no se ha empeñado en realidad en crear una plataforma nacional, más o menos homogénea, de organismos de base, y mientras en ciertas partes de la República hay colectivos inframunicipales, en otras –las más- son municipales o supramunicipales y hasta estatales. Cuando no hay comités de base –en que se asocien libremente los ciudadanos y trabajadores- se agrupan, en organizaciones más o menos amorfas, miembros de la clase política (burocracia) y sus seguidores, conformando las corrientes o tribus que no sólo han perjudicado severamente al PRD, sino que son factores que impiden la toma de conciencia y la superación de la *inoperancia histórica* del PRD. Ninguno de los dirigentes o de las diversas comisiones ejecutivas que se han sucedido en el PRD se han dedicado, como tarea absolutamente prioritaria, a crear comités de base a nivel nacional, como, al parecer, lo ha hecho López Obrador con las unidades municipales y territoriales que conforman el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)²⁶².

Los estatutos del PRD guardan una gran similitud con los de cualquier agrupación verticalista que se preocupa por ocultar su centralismo; hablan de democracia, asambleas representativas, participación de la ciudadanía en

²⁶⁰ Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, Aguilar, México, 2010, p. 481.

²⁶¹ A los que, dada la política fundamentalmente electoral del PRD, se concibe más como agrupaciones de vecinos o militantes que como organizaciones de trabajadores de un mismo centro ocupacional.

²⁶² El propio AMLO no impulsó una acción organizativa de este tipo cuando estuvo al frente del PRD.

ciertas prácticas de la organización, permanente pugna por la unidad del PRD (y de la “izquierda” en general), reforzamiento de la legalidad y lucha contra la corrupción. Pero la *esencia* de este partido –en su funcionamiento real- es la *heterogestión* o, lo que tanto vale, la negación en todo y por todo de la autogestión. Si esta última consiste en ir de abajo arriba y de la periferia al centro²⁶³, la agrupación heterogestionaria –independientemente de lo que diga ser- consiste en ir de arriba abajo y del centro a la periferia. El predominio del caudillismo y/o del de la burocracia son una clara manifestación de esta práctica. El sojuzgamiento de la base por la clase política representa otro tanto. La lucha entre las diversas tribus, lejos de ser una manifestación de la democracia, es el choque de diferentes grupos heterogestionarios en búsqueda de cotos de poder en el partido y fuera de él. Sin entrar en detalles, la característica de estos estatutos o de esta forma (heterogestionaria) de organización interna, consiste en realizar congresos o asambleas que presentan el triple carácter de ser *deliberativas*, *resolutivas* y *electivas*. No es una forma de organización nueva: es la manera tradicional que tienen los partidos y las agrupaciones verticalistas de hacerlo. Si una asamblea no sólo es deliberativa y resolutive, sino también electiva, si no sólo discute tal o cual tema y se ve en la necesidad de tomar una decisión, sino asimismo elige o reelige a la dirección, la racionalidad del debate y la pertinencia de los acuerdos es indefectiblemente distorsionada por la lucha faccional de los individuos y las corrientes por el poder, lo cual redundará en perjuicio de los principios, el programa y la actividad de la organización. En realidad, los estatutos del PRD están hechos a modo por un partido heterogestionario integrado por grupos heterogestionarios. Si se hace una radiografía de lo que es, en general, un congreso del PRD –como el de, por lo demás, otras muchas asociaciones verticalistas- se puede afirmar que es una reunión hecha ex profeso para delinear jerarquías, desigualdades y centralizaciones. Si se examina el contenido de la convocatoria, el cumplimiento o no de la misma, el carácter del mayor número de los integrantes o del quorum de la asamblea, el tiempo de las intervenciones, la forma de la discusión –cuando la hay- el modo en que se toman acuerdos y, sobre todo, la manera en que se elige a la nueva dirección²⁶⁴, es necesario concluir que se trata de una forma organizacional diseñada para perpetuar el verticalismo y sabotear la verdadera unidad que requeriría un partido con realidad histórica. En estas condiciones, dado que en él hay un predominio del ansia de poder sobre la reflexión teórica, el PRD no

²⁶³ en que el abajo controla al arriba y la periferia fiscaliza al centro.

²⁶⁴ ya sea por la hegemonía de una de las tribus (por ejemplo Nueva Izquierda) o la negociación “por cotos de poder” entre la clase política de los diferentes grupos (Nueva Izquierda, Izquierda Democrática Nacional, Alternativa Democrática Nacional, etc.).

puede prescindir, en su actividad militante de todos los días, del pragmatismo y la política electoral inmediata. El pragmatismo no sólo es el olvido de los principios y la estrategia que son o deberían de ser la columna vertebral de la organización, o el desdén a la necesidad de renovarse programáticamente, aprender de los errores y adecuar la táctica a las circunstancias en permanente cambio, sino uno de los síntomas de la *irrealidad histórica* del PRD. El pragmatismo es la ideología de la clase política perredista. Los grandes objetivos –reinstalar a la burguesía nacional en el poder– son inhibidos o dejados de lado a favor de las pequeñas conquistas (puestos de representación popular, etc.) que benefician no al PRD como opción de cambio o partido reformista, sino al carrerismo inocultable de algunos capitostes de los agrupamientos tribales. El problema del PRD no es sólo que haya privilegiado la democracia electoral sobre la democracia participativa y otras modalidades de democracia real, sino que muestra cada vez de manera más evidente que incluso en la actividad meramente electoral hace visible su inoperancia, yendo de más a menos, en una situación en que –dado el desprestigio del PRI y del PAN en amplios sectores de la sociedad– podría el PRD jugar un papel opuesto al que está jugando.

Como es obvio, en toda disputa aparecen cuando menos dos contendientes: proletariado y burguesía, en la lucha anticapitalista; burguesía nacional y burguesía neoliberal, en la lucha democrático burguesa. Así como en el movimiento ferrocarrilero de fines de los cincuenta, la dirección del PCM culpaba de la derrota obrera al Estado burgués y su represión “inusitada”, con lo que eximía de cualquier responsabilidad a los partidos comunistas (PCM y PO-CM) que ejercían una evidente influencia en el sindicato ferrocarrilero, también predomina en los dirigentes del PRD la idea de que sus fracasos y su decadencia se deben más que nada a las tropelías del Estado. La invariable actitud de los partidos *irreales* de echarle la culpa al enemigo de sus incapacidades cotidianas y hasta de su inoperancia histórica, reaparece en el PRD. Esto no quiere decir que el enemigo –los gobiernos priísta y panista– no haga su trabajo reaccionario y antipopular (fraudes, represión, uso faccioso de instituciones y medios masivos de comunicación, etc.) pero la acción golpadora y hasta delictiva del gobierno no debe nunca engeuecer a la oposición de sus faltas de previsión, errores, oportunismos y malformaciones.

Pongo un ejemplo. Uno de los temas a debate en la actualidad en el PRD es el de las alianzas electorales o no con el PAN. El problema no está en la alianza del PRD con otros partidos y fuerzas de “izquierda” (Morena, PT, Convergencia) sino con el PAN. Al parecer, hay un hecho indudable: el PRI, a pesar de haber perdido la presidencia de la República en 2000, conservó en

buena parte su estructura política tradicional (sobre todo en diferentes entidades federativas) y, a pesar de ciertos tropiezos electorales (Oaxaca, Sinaloa y Puebla), parece haberse vigorizado en algunos puntos (Estado de México, Nayarit, etc.) y hasta amenaza con volver al poder en el 2012. En estas circunstancias, en el PRD han aparecido dos líneas de acción contrapuestas, dos estrategias que (en relación con lo dicho anteriormente) atañen más a la oposición de izquierda y a la realidad o no del PRD: ¿sí a las alianzas con el PAN o no? El debate se finca en un dilema: si se llevan a cabo dichas alianzas, el PRD pierde identidad; si no se realizan, pierde las elecciones. Veamos el primer caso. La alianza electoral del PRD con el PAN – en algunas partes del país en que parece posible y necesario eso- es una alianza extraña, para decir lo menos, ya que el PAN, lo mismo que el PRI –y no menos- es un enemigo principal del PRD. Cerrar filas con el PAN en contra del PRI es cerrar filas con uno de los representantes principales del neoliberalismo contra el otro. El gobierno que puede resultar de esto se basaría en un compromiso entre dos concepciones antagónicas del ejercicio gubernamental; ese compromiso adultera los principios del PRD y fractura su identidad ideológica. Pasemos al segundo. La alianza del PRD con el PAN, pese a los “inconvenientes” mencionados, es necesaria para acceder al poder, aunque sea para el poder compartido de un gobierno híbrido, ya que, si no se ejecuta dicha alianza, el PRI continúa en el poder, lo conquista o lo reconquista. La polémica se establece, pues, entre un principismo abstracto y un pragmatismo deformante. El principismo dice: es necesario salvaguardar la identidad, porque, de acceder al poder sin ella, se desvirtuaría la línea programática del PRD. El pragmatismo aduce: es necesario aliarse con el PAN para acumular fuerzas y sacar del poder al PRI, ya que si no lo hacemos motivados por los escrúpulos ideológicos- el dinosaurio continuará dando coletazos. Extraña polémica ésta, porque las dos posiciones parecen tener razón en lo que afirman y rechazan. Se diría que es una lucha de contrarios sin posibilidad de síntesis. Y este dilema irresoluto, que ya en el caso de la lucha por las gubernaturas es delicado y entorpecedor, en el caso de la lucha por la presidencia es peligroso en grado extremo. Pero ¿no es posible superar esta polémica? ¿Se está condenado a alinearse con el principismo y perder las elecciones o subordinarse al pragmatismo y perder la identidad? Creo que para dar respuesta a estos interrogantes, se requiere previamente contestar a esta pregunta: ¿cuál es el origen de este dilema o por qué un partido político de oposición se ve enredado en esta antinomia? Estoy convencido de que este dilema tiene su matriz en la reducción del plexo de prácticas que debería de emprender el PRD, a la lucha puramente electoral, o casi. Esta constricción (a la que podemos llamar electorera) es una de las causas fundamentales de que

tanto el principismo abstracto como el pragmatismo vulgar se hallen en un atolladero y produzcan un dilema, sin visos de resolución, en las opiniones y la práctica del PRD. Lo que debe preocupar a este instituto político es no sólo acceder al poder, sino hacerlo sin perder la identidad, es decir, llevar a cabo lo que quiere el pragmatismo, pero si y sólo si se realiza lo que desea el principismo. Pero esta forma políticamente acertada de acceder al gobierno, choca frecuentemente con las condiciones temporales de la ley electoral. A veces, en efecto, no es posible realizar²⁶⁵ tal propósito en un solo sexenio y a veces ni en dos o más. El partido que es movido por el pragmatismo y el ansia de llegar al poder a como dé lugar, termina por ser indiferente al enturbiamiento de su propuesta política. Lo ideal es que “alcance” un período electoral (un sexenio, por ejemplo) para que un partido de oposición arribe al gobierno sin aliarse con un partido de derecha como es el PAN y, por consiguiente, sin difuminar su propuesta y confundir al electorado. Como esto no siempre es posible, los pragmáticos saltan a la palestra y aducen que, aunque tengamos diferencias con el partido de derecha (el PAN), hay que unir nuestras fuerzas [más bien debilidades] con las de él para ganar las elecciones. Pero en este planteamiento saltan a la vista dos enfoques erróneos: en primer lugar, se hace una división artificial en el enemigo principal del pueblo mexicano, al suponer que es peor el PRI que el PAN, cuando en realidad este enemigo (el PRIAN, como se le ha llamado) es bicéfalo y, desde la perspectiva popular no ofrece diferencias sustanciales²⁶⁶, y en segundo lugar, se muestra con claridad que el precio que se paga para llegar al poder en estas condiciones –o sea la pérdida de la identidad programática- tiene sin cuidado al pragmatismo vulgar partidario de estas alianzas contra natura. Tomando en cuenta lo aducido, soy partidario de una política de principios –aunque no de un principismo abstracto e ineficiente- la cual tiene razón en rechazar las alianzas con el enemigo principal o cualquiera de sus facciones, *aunque no consiga acceder al gobierno en un período de lucha electoral determinado*. Hará todo lo posible para ganar las elecciones. Pero si no logra hacerlo, continuará la lucha, a la espera de acumular pacientemente la fuerza necesaria para sacar del gobierno al enemigo principal bipartidista. La toma de conciencia de que la oposición de “izquierda” podría no llegar al poder a corto plazo, debería conducir al partido a evaluar el papel de la lucha electoral en su actividad cotidiana. La lucha electoral, qué duda cabe, es importante; la pugna

²⁶⁵ porque las condiciones objetivas y/o subjetivas no son favorables a ello.

²⁶⁶ “La sustitución de Calderón por Peña Nieto y del PAN por el PRI en el gobierno próximo no asegura ningún cambio positivo, pues los compromisos esenciales que tienen con la mafia oligárquica financiera son evidentes y no serán hechos de lado por una bonhomía repentina de quién siempre ha gobernado despóticamente”, Arturo Ramos, en *¿Por qué López Obrador?* de Arturo Ramos y María Teresa Lechuga, Cultura, Trabajo y Democracia/UCD/Ceiba/Comuna Oaxaca, México, 2ª. Edición, 2011, p. 68.

denodada en contra de la forma desigual e inequitativa en que tiene lugar por lo común la competencia electoral entre el poder y la oposición, tiene que ser persistente y sin desmayos; el hallarse preparado, con anticipación a los hechos, para la política defraudadora de la derecha y la consecuente decisión de defender el voto con formas enérgicas de lucha (como la desobediencia civil, etc.) es insoslayable, el tener claridad de qué es lo que ha de hacerse cuando se dé, porque se va a dar, el fraude de Estado, es fundamental. Pero la lucha electoral no es todo y su absolutización es un síntoma de la *irrealidad histórica* de un partido. El peligro de un partido de oposición –y con mayor razón de un partido anticapitalista- es el cretinismo parlamentario propio de la democracia representativa. Tanto la pugna electoral (en que se eligen los representantes públicos del poder ejecutivo y del poder legislativo en los tres niveles de gobierno) cuanto el funcionamiento regular de estos poderes, están diseñados de cabo a rabo para que la burguesía produzca y reproduzca su poder. Ignorar esto es caer en la ingenuidad o el oportunismo. No obstante “las izquierdas” –como suele decirse- deben participar en la contienda electoral, a sabiendas de su contenido enajenado, ya que, en las actuales circunstancias, no puede de ninguna manera despreciarse ese frente de lucha²⁶⁷.

La *realidad histórica* de un partido –sea burgués o “socialista”- se manifiesta en la formulación teórica y la realización empírica del *plexo de prácticas* indispensables para acceder a la finalidad que se propone. Si un partido no realiza este conjunto de acciones *indispensables* para dar cuerpo a su finalidad, si lleva a cabo ciertas tareas pero otras no, o si, como en el caso de la lucha electoral, exalta una práctica hasta la hipertrofia en detrimento de las otras, deviene ineficaz e inoperante. El concepto de *realidad histórica* no debe interpretarse de manera perfeccionista, es decir, como una organización política dotada de manera óptima de todas las cualidades revolucionarias que nos sea dable imaginar, sino como la agrupación, debidamente vinculada a las masas, que tiene, domina, echa a andar los elementos indispensables para sacar de la historia o por lo menos del poder a su clase adversaria. Por eso un partido con realidad histórica es un partido-destrucción. El PCUS era un partido *real* porque supo y pudo derrotar al capitalismo privado, independientemente de lo que haya sucedido después. La revolución mexicana –su sector democrático-burgués- era un proceso *real* –y después, con el PNR, un partido *real*-, porque logró vencer al sistema político porfirista. Si tomamos

²⁶⁷ La manipulación que de las elecciones “hace el poder político del capital responde a una necesidad propia de su interés de clase y nunca dejarán de hacerlo a menos que sean obligados a ello, pero para las clases y los sujetos subalternos y para la izquierda organizada no es sino un frente de lucha más que no podemos abandonar por la antipatía que nos suscite, por las dificultades y los peligros que nos genera”, *Ibid.*, p. 77.

en cuenta esta sinonimia entre partido-destrucción y partido real, tenemos que convenir en que el PRD no es, como quiera que se le vea, un partido real.

Si unimos todos los elementos enlistados: caudillismo, burocracia, corrientes o tribus más atentos a sus intereses grupistas que a los del instituto partidario del que forman parte, precaria existencia de comités de base y organización asimétrica y desbalanceada, estatutos centralistas heterogestionarios y principios y programa rebajados por el pragmatismo, el electorerismo y el oportunismo, caemos en cuenta de por qué el PRD es una agrupación partidaria que no sólo ha cometido y sigue haciéndolo errores y prácticas internas y externas que lo alejan de la simpatía de sectores importantes del pueblo, sino algo peor y más drástico: *está incapacitado para actuar correctamente en armonía con los propósitos con que nació y el ideario que pretende llevar a cabo*. A esto es lo que llamo, parafraseando a José Revueltas, la *inexistencia histórica del PRD*. Un partido irreal existe físicamente, está allí, tiene tantos diputados, senadores y gobernadores, está relativamente “en el poder” en los diferentes niveles de gobierno, puede acertar en ciertos aspectos como errar en otros, pero está incapacitado para hacer el partido que cambie radicalmente el escenario actual y lleve al poder a la clase social de la que es representante o que (para aludir más directamente a sus intenciones programáticas) conduzca dicha clase a reconquistar el poder que, con el golpe de Estado intrapartidario del neoliberalismo en el PRI, se le fue de las manos.

Todo hace pensar que el FDN primero (en 1988) y el PRD y sus aliados después (en 2006) ganaron las elecciones para la presidencia de la república. Y también que en ambas circunstancias la maquinaria estatal (del PRI en el primer caso y del PAN en el segundo) echó a andar un fraude espectacular cuyas consecuencias estamos padeciendo todavía. Conviene asimismo anotar que ni en el primer caso, ni en el segundo, la “izquierda” separada del PRI y la “izquierda organizada” del PRD, estaban preparadas para defender su triunfo, desenmascarar la política defraudadora del Estado e impedir que el enemigo ocupara el lugar que les pertenecía. En esos dos momentos clave de la historia moderna del país, la “izquierda” evidenció que, aun teniendo una fuerza social mayoritaria expresada en las urnas, no era un partido-destrucción, ya que no supo dar con las prácticas adecuadas para cambiar las cosas y no dejarse arrebatar el triunfo. Claro que un partido *real* puede tener reveses, errores, fracasos; pero sosteniendo el plexo de prácticas que le confiere su carácter específico, aprende de los errores, resana las heridas y vuelve con mayor experiencia y más preparado a la lisa política. No es el caso, me parece, del

PRD, el cual, después de la usurpación de la presidencia por Felipe Calderón, inició una etapa donde se fue evidenciando poco a poco y como nunca su *irrealidad histórica* y en que la burocracia política “chuchista”, en nombre de una izquierda moderna y actualizada, se alió de hecho, en varias situaciones de diferente carácter, con los enemigos del pueblo mexicano.

Si las tribus del PRD cerraron filas con AMLO cuando ello las favorecía -¡y vaya si les favoreció!-, después se distanciaron de él, se hicieron eco de los planteamientos filisteos de que la actitud rijosa del tabasqueño perjudicaba al PRD y, al tiempo que incrementaron y fortalecieron su oportunismo, empequeñecieron al partido.

AMLO, sin embargo, no se rinde. Consciente de las fallas del PRD, relacionadas, entre otras cosas, con la incapacidad de éste para defender el triunfo electoral se pone, autocráticamente, a realizar lo que debería llevar a cabo el PRD y que no hace: organizar comités a nivel nacional. Echando mano de cierta semejanza –y sin olvidar que la semejanza implica también lo diferente- se puede decir que AMLO (y MORENA) es al PRD lo que en su momento fueron Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y la Corriente Democrática del PRI. En efecto, el PRI neoliberal de Salinas y compinches representaba la desorganización de la conciencia burguesa nacional. Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez, etc., salieron del PRI para rescatar la “revolución mexicana inconclusa”, organizar su conciencia y darle *realidad*. Algo semejante ocurre con AMLO. El PRD “chuchista” torna a desorganizar la conciencia, a fracturar la idea y la posibilidad de un partido-destrucción²⁶⁸. AMLO traza su raya con esta clase política del PRD –no con la base del mismo- con el objeto de darle *realidad* a un movimiento nacionalista y revolucionario que haga a un lado –o acabe por arrastrar- a un partido, como el PRD, desfalleciente, oportunista e inoperante.

No sé si el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), que próximamente se convertirá en Asociación Política²⁶⁹, sea el origen a la larga de un nuevo partido o continúe formando parte, ahora como asociación política, de un frente amplio de partidos y movimientos. Sin negar la importancia que puede tener este reacomodo o reorganización de fuerzas de la “izquierda nacionalista”, lo decisivo no es, sin embargo, su aspecto formal organizativo, sino la pregunta, que tiene que ver con el contenido, de si la Asociación Política MORENA, promovida fundamentalmente por López

²⁶⁸ El concepto de partido-destrucción no equivale, como se comprende, a un partido promotor de la lucha violenta. Su destructividad se refiere a su capacidad de desplazar del poder a su enemigo.

²⁶⁹ Estas líneas están escritas el lunes 18 de julio de 2011 y MORENA anuncia que se convertirá en Asociación Política el 1º. de octubre de este año.

Obrador y los partidos, grupos y movimiento social vinculados con ella, están en un proceso de *organización de la conciencia*²⁷⁰ y si lograrán convertirse en un partido *real*, un partido –usando esta palabra en sentido amplio– capaz de arrebatarse el poder a la derecha. No estoy seguro de que así ocurra; pero hay algunos indicios importantes de que la política seguida por AMLO –su firme combate contra la oligarquía financiera y política, su línea programática nacionalista y revolucionaria, su deslinde del oportunismo (de los “chuchos”, los “amalios”, etc.) y su infatigable acción organizativa– va por buen camino. Esto no quiere decir que no haya peligros y posibles desviaciones, ni que la lucha por dotar al movimiento de una capacidad desmanteladora *real* esté asegurada y se halle a la vuelta de la esquina. Si comparamos la forma en que el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas –consciente también de la crisis histórica del PRD– pensó en un momento dado cómo refundar el partido, y la manera en que lo está haciendo López Obrador, concluyo que el segundo tiene, a mi parecer, una mayor claridad sobre las enérgicas medidas correctivas que requiere este partido o este movimiento. No estoy seguro, sin embargo, de que la concepción política y la práctica de López Obrador logren sacar a la “izquierda nacionalista” del atolladero en que se halla, como veremos más adelante.

Como otros miembros del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas adquirió conciencia de la crisis de este partido, de su desprestigio, de lo que dio en llamarse el “cochinero” en las elecciones internas, del nefasto papel de las corrientes y de muchos otros aspectos que hablan de una traición a los propósitos programáticos originales del PRD. El ingeniero es partidario de la *refundación* del partido. Desde 2001 aproximadamente, cree que es necesario “volverlo a sus orígenes, enmarcar su actividad en los principios con los que surgió a la vida pública y convertirlo, como fue antes de quedar atrapado en las *disputas de las corrientes*, en elemento activo para alcanzar los fines planteados en su programa de acción; superar los conflictos y confrontaciones surgidos del predominio, en las decisiones partidarias, de los intereses de las *corrientes* y aún más de éstas como colectivos, de sus dirigentes en lo individual o como grupos copulares”²⁷¹. Inspirado por la divisa de que “a grandes males, grandes remedios”, Cárdenas propone esta vía para recomponer el PRD: “Demos plena libertad a nuestro Presidente para que lleve a cabo la reestructuración de los órganos de dirección –del Comité Ejecutivo y el Consejo Nacional para abajo-

²⁷⁰ democrático-burguesa, nacionalista, enemiga del neoliberalismo.

²⁷¹ Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, op. cit., p. 481.

que conduzca al fortalecimiento de nuestra organización y a dar viabilidad efectiva a nuestro proyecto”²⁷².

Para el ingeniero Cárdenas, como para López Obrador y para muchos otros, el PRD, tal como se halla en la actualidad, es un partido “fallido”, para emplear este epíteto tan socorrido en la actualidad, o un partido *irreal*, para emplear el adjetivo revueltista, es decir, un partido que, aunque tiene una existencia fáctica indudable (ya que se halla en el *hic* y en el *nunc* de la política nacional), es un instrumento deteriorado o incapaz para llevar a cabo el proyecto original que le dio nacimiento. A pesar de lo acertado de este punto de vista, no me convence la opinión del ingeniero de que, para corregir el rumbo del PRD y darle “viabilidad efectiva”, es indispensable “volverlo a sus orígenes”, porque, además de que ha pasado ya mucho tiempo desde que vio la luz y han surgido nuevos intereses y compromisos –lo cual vuelve materialmente imposible tornar al momento de su gestación-, no me cabe la menor duda de que el PRD acarrea vicios de origen. Un proyecto de cambio por sí solo no garantiza el cambio. Los Principios y el Programa de Acción de un partido, si no van acompañados por una estructuración adecuada y un plexo de prácticas indispensables, resultan insuficientes o se quedan cortos ante el propósito transformador o revolucionario del partido. No es necesario hacer demasiado hincapié en que la existencia, *desde un principio*, de las corrientes y sus intereses de grupo, de la conformación de una nueva burocracia y de la presencia indiscutible del caudillismo, no conformaban el terreno propicio para darle *realidad* al partido de nuevo cuño. Dicho de manera tajante: el PRD, tras de su nacimiento, no supo *organizar la conciencia democrática burguesa* ni aplicar las diferentes prácticas necesarias para dar a luz dicha *conciencia organizada* y el *partido-destrucción* de la burguesía nacional. Si la solución a la crisis del PRD no es, no puede ser, volver a sus orígenes ¿cuál es el camino a seguir para que adquiera la operatividad histórica requerida? El ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas es de la opinión de que habría que darle al Presidente del partido el “espacio de maniobra” adecuado para superar los problemas del PRD “reestructurando los órganos de dirección”, etc. El ingeniero parte de la idea de que si el Presidente del partido²⁷³ es animado por la “sensibilidad política” y el “alto sentido de responsabilidad” para el propio partido”, es posible corregir las desviaciones del PRD y salir del estancamiento en que se encuentra. La opinión cardenista de que, para abandonar la crisis y refundar el partido, se requiere de la intervención organizadora de un presidente bien intencionado del partido²⁷⁴, no sólo es un

²⁷² Ibid., p. 529.

²⁷³ que en aquel momento era Leonel Godoy.

²⁷⁴ Que fue rechazada por Godoy de una manera un tanto rijosa.

planteamiento verticalista, heterogestionario –con todas las implicaciones negativas que ello acarrearía-, sino que resulta irreal e imposible dada la anómala conformación del PRD.

La solución de AMLO va por otro lado. El tabasqueño, a diferencia de Cárdenas Solórzano, está convencido –aunque no lo diga de esta manera- de que la radical rectificación de camino del PRD, no puede realizarse sólo al interior de esta agrupación. La reestructuración del movimiento democrático-nacionalista y anti-neoliberal ha de organizarse fuera del PRD (y de todos los partidos de “izquierda”), es decir, tiene que ser un proceso de organización del pueblo, no sólo con independencia del gobierno y los partidos de derecha, sino también con independencia del PRD: Morena no es una corriente más del PRD. Ahora bien, como en el PRD hay una tajante diferencia política entre la base y la dirección, y en la primera los partidarios del radicalismo lópezobradorista probablemente sean los más, AMLO está llevando a cabo la rectificación externa del ideal de la revolución democrática (llamándola regeneración nacional) sin romper con el PRD. Lo menos que se puede decir de este hallarse simultáneamente “fuera” y “dentro” del PRD, es que se trata de una solución novedosa. La justificación de López Obrador para sostener esta extraña duplicidad –o sea que ha solicitado permiso al PRD- está jalada de los cabellos, ya que este permiso no existe en los estatutos, aunque tampoco está prohibido. La decisión de darle o no permiso, al no poder fincarse en los estatutos, tiene que realizarse en una decisión positiva o negativa de unos órganos de dirección en donde la burocracia oportunista tiene la mayoría. Mas, al parecer, a esta clase política, por estrictas razones de conveniencia, no le es dable expulsar a AMLO ni lo puede obligar a dejar de trabajar afuera, coadyuvando a gestar Morena y aliándose al PT y a Convergencia²⁷⁵.

Este actuar en dos pistas de AMLO: en el PRD –con sus partidarios- y fuera –con su práctica organizativa nacional- le permite, entre otras cosas, presionar a la cúpula “chuchista” (por ejemplo impedir la alianza electoral con la derecha) e influir en la base del PRD.

¿El lópezobradorismo –que excede a Morena y a la izquierda partidaria y que penetra en amplias masas de la población- le dará *realidad* a un partido o a un movimiento capaz de llevar a cabo una nueva alternancia: ya no del PRI al PAN sino del PAN al PRD? Antes de intentar dar respuesta a este interrogante –si me es dable hacerlo- se precisa aludir al hecho de que el jefe de gobierno del DF, Marcelo Ebrard Casaubon, también desea competir para ser el

²⁷⁵ Que ha cambiado recientemente su nombre por el de Movimiento Ciudadano.

candidato de las “izquierdas” al poder ejecutivo en 2012. Conscientes, al parecer, tanto López Obrador como Marcelo Ebrard, de que la izquierda no tiene posibilidad de acceder al triunfo electoral si no sabe salvaguardar la unidad, han llegado al acuerdo de que uno y otro, con sus respectivos radios de influencia, declinará a favor del “mejor posicionado”. Ignoro si quieren o puedan ser fieles a su compromiso. Pero, supongamos que lo sean, ¿qué ocurriría si AMLO fuera el candidato, y qué si lo fuese Marcelo Ebrard? En el primer caso, la lucha electoral se hallaría bajo el auspicio de una línea nacionalista, revolucionaria y antineoliberal tajante (en consonancia con los gobiernos progresistas del cono sur). No es seguro que el frente electoral conformado así obtuviera la victoria –dada la guerra sucia informativa que la mafia en el poder despliega sin cesar-, pero sí que lleva aparentemente consigo la posibilidad de hacerlo y de que, si no pudiera lograrlo, agruparía las fuerzas de izquierda en una oposición real, que no fingida, a la derecha (probablemente priísta) que se encaramara de nuevo al poder. Otro escenario posible es que el PRI y/o el PAN trataran de echar mano de la alquimia defraudadora para impedir el triunfo electoral de AMLO –como en 2006-, pretensión que chocaría con los comités de Morena preparados ex profeso para cuidar las urnas y defender el voto. ¿Qué ocurriría en cambio si Marcelo Ebrard resultara el elegido para ser el candidato a la presidencia del frente electoral de izquierda? Sucedería, me parece, que el movimiento electoral se hallaría encabezado por la “izquierda” burguesa conciliadora, próxima a los “chuchos” si no es que identificada con ellos, con todas las consecuencias y agravantes que emanarían de ello, ya que una línea de “concertaciones” con la derecha, aun resultando victoriosa en los comicios, encarna una peligrosa adulteración de los principios democrático burgueses y de la *organización de la conciencia burguesa nacional* derivada de y entroncada con ellos. Tampoco es seguro que el frente electoral estructurado de esta manera lograra el triunfo, por razones similares a las anteriores en lo que a la política publicitaria y la alquimia defraudadora se refiere. También existe la posibilidad de una ruptura entre AMLO y sus partidarios y Marcelo Ebrard y los suyos, pero no me voy a introducir por ahora en la tierra movediza de lo posible.

No voy a analizar este escenario, ya que, entre otras razones, no es el tema de este escrito. Conviene aclarar, sin embargo, por qué en un texto que se intitula *La idea del socialismo en México* me he detenido a examinar, con cierta parsimonia, la génesis del PRD y el relativo resurgimiento de la ideología del nacionalismo revolucionario. Dos son las razones principales que me han conducido a ello: en primer término, la necesidad de mostrar cómo la mayor parte del movimiento socialista –con excepción del grueso de los trotskistas– se desparrama, por así decirlo, en el PRD y pierde su identidad, tema que ya

traté en las páginas anteriores. En segundo lugar, el convencimiento de que resulta interesante aludir a las ideas de quienes han opinado que entre el PRD (o el lópezobradorismo) y el socialismo no hay una contradicción antagónica o, de manera más optimista aún, de que la lucha por el socialismo implica necesariamente que la derecha burguesa sea derrotada por la izquierda burguesa, ya que, de alguna manera, la *conciencia burguesa organizada* facilita la aparición de la *conciencia comunista organizada*. El ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas es partidario, por ejemplo, de “la idea expresada por algunos revolucionarios, mi padre entre ellos, que al desarrollarse el proyecto de la Revolución a plenitud, se llegaría a un sistema y a una sociedad socialistas”²⁷⁶. Este planteamiento de entronque entre el nacionalismo revolucionario y el socialismo antisistémico ha sido planteado por muchos militantes y no deja de ser formulado en la actualidad. Arturo Ramos, por ejemplo, asienta en 2011 que es necesario “retomar, con un perfil propio y una estrategia más definida en términos clasistas, el planteamiento de un proyecto de nación alternativo al neoliberalismo y de un programa democrático de gobierno, que, sin responder plenamente a una perspectiva de transformación estructural antisistémica, sí podría cimentar hoy el camino para su construcción en el mediano y largo plazo”²⁷⁷. Estas ideas que vinculan la revolución mexicana “llevada a plenitud” o el “proyecto de nación alternativo al neoliberalismo” con el socialismo o la transformación social antisistémica, visualizan correctamente, a mi entender, un hecho: que no hay condiciones en el México actual para acceder abruptamente al socialismo, máxime cuando entendemos o hay que entender por socialismo no el sistema tecnoburocrático tradicional sino un régimen democrático y autogestivo. Pero esta concepción vinculatoria de sistemas se vuelve abstracta e irreal si no tomamos en cuenta que el carácter de las fuerzas impulsoras del nacionalismo antineoliberal y el carácter de las fuerzas impulsoras del socialismo son cualitativamente distintas. Una transformación nacionalista antineoliberal, como la preconizada por el lópezobradorismo, si no va acompañada, supervisada, presionada por una clase trabajadora independiente, no se va a transformar *motu proprio* en socialista. La burguesía nacional es enemiga, sí, del neoliberalismo imperial – y en este sentido recoge demandas populares-, pero también es adversa al proletariado (en el sentido amplio del término) y no está dispuesta a ceder su poder. Aún más, un régimen creado por la burguesía nacional, sin el contrapeso de una clase trabajadora independiente, inexorablemente tiende a la larga a convertirse en conservadora y retomar las prácticas del capitalismo salvaje, y no, cambiando sustancialmente su *modus operandi*, a propiciar o

²⁷⁶ Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, op. cit., p. 500.

²⁷⁷ Arturo Ramos y María Teresa Lechuga, op. cit., p. 120.

facilitar la emergencia de un sistema –el socialista- donde ya no es posible explotar el trabajo asalariado, aunque los “empleadores” sean muy nacionalistas.

Pero, por otro lado, ¿la vuelta de la burguesía nacional al poder es posible hoy en día? ¿No nos hallaremos en una situación en que, como el capital se encuentra en lo esencial globalizado y la política neoliberal es promovida por las instituciones financieras, el empeño de las burguesías nacionales de volver al poder no es otra cosa que romanticismo económico? Es posible que así sea. Tengo la impresión de que la hora de las burguesías nacionales –tan importante a mediados del siglo pasado- ha dejado de sonar. Pero algo –que no es poco- podría hacerse. Si no nos es dable llevar a cabo una revolución democrático-burguesa del viejo tipo, sí es posible realizar un régimen que, con todas las limitaciones que se quiera, resista el poder del imperialismo y se proponga democratizar al país dentro de ciertos límites (como en el caso de Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc.). Sin embargo, el problema del socialismo, del verdadero socialismo, del socialismo autogestionario y no del régimen burocrático impostor, sigue en pie. Estos regímenes –que no pueden gestar un sistema burgués nacional pleno, pero en los que la burguesía nacional se atrincheró para defender sus intereses- ¿saltarán hacia el socialismo o acabarán por meter freno y caminar en reversa? La respuesta a esta pregunta no está en los dirigentes de esos movimientos, sino en los trabajadores que adquieren la conciencia de que la lucha contra el imperialismo y el neoliberalismo imperantes no es una garantía para brincar del mundo de la explotación del hombre por el hombre a una sociedad sin clases. Ellos y sólo ellos tienen la palabra.

ÍNDICE

LA IDEA DEL SOCIALISMO EN MEXICO.....	1
LA IDEA DEL SOCIALISMO, EL ZAPATISMO Y EL VILLISMO.....	60
EL COMUNISMO.....	73
REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE LAS CONCEPCIONES DE JOSE REVUELTAS Y DE LA CELULA MARX DEL PCM.....	114
HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA (PRD).....	130